LA SOCIEDAD POR LA PRESERVACIÓN DE LOS KAIJU

JOHN SCALZI

AUTOR *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

«John Scalzi es el autor más divertido y accesible de la ciencia ficción de hoy en día» — Joe Hill

minotauro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Nota del autor y agradecimientos
Nota
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Cuando el COVID-19 arrasa con la ciudad de Nueva York, Jamie Gray se ve obligado a trabajar como repartidor de comida a domicilio, hasta el día en que hace una entrega a un viejo conocido, Tom, que trabaja en lo que él define como una «organización para los derechos de los animales». El equipo de Tom necesita un integrante de última hora para su próximo trabajo de campo. Jamie, que está ansioso por hacer cualquier otra cosa, se apunta de inmediato.

Lo que Tom no le cuenta es que los animales que cuidan no están en la Tierra. No en la nuestra, al menos. En una dimensión alternativa, unas criaturas inmensas, parecidas a los dinosaurios, llamadas kaiju, vagan por un mundo libre de humanos. Son los pandas más grandes y peligrosos del universo y tienen problemas.

Los miembros de la Sociedad para la Preservación de los Kaiju no son los únicos que han hallado la manera de cruzar a un mundo paralelo. Otros también lo han hecho, y su descuido podría provocar millones de muertes de vuelta en nuestra Tierra.

La Sociedad para la Preservación de los Kaiju es la primera aventura autoconclusiva de John Scalzi desde el cierre de la trilogía *best seller* del *New York Times El fin del imperio*.

LA SOCIEDAD POR LA PRESERVACIÓN DE LOS KAIJU

JOHN SCALZI

minotauro

Para Alexis Saarla,
mi publicista favorito,
y para Matthew Ryan,
que escribe las canciones

CAPÍTULO 1

—¡Jamie Gray! —Rob Sanders asomó la cabeza por la puerta de su despacho y me saludó con una sonrisa—. Baja. Acabemos con esto.

También con una sonrisa, me levanté de mi cubículo y tomé la tableta en la que había tomado notas. Miré a Qanisha Williams, que me dio un rápido choque de puños.

—Déjalo atónito —dijo.

—Patidifuso —respondí, y me adentré en la oficina del director general. Era el día de mi evaluación de rendimiento y, no voy a mentir, iba a bordarla.

Rob Sanders me dio la bienvenida y me hizo un gesto para que avanzara hasta su «rincón de conversar», como le gustaba llamarlo, que consistía en cuatro pufs enormes de colores primarios colocados alrededor de una mesa baja de esas que tienen una cuenta magnética que arrastra arena de un color blanco cegador bajo el cristal al tiempo que traza patrones geométricos. En ese momento, dibujaba un patrón de remolinos. Escogí el puf rojo y me hundí en él de una forma algo extraña. La tableta se me resbaló de la mano y la atrapé antes de que se escurriera hacia el suelo. Miré a Sanders, que seguía de pie, y sonreí. Me devolvió el gesto, le dio la vuelta a una silla de escritorio y se reclinó en ella con los brazos cruzados a la espalda antes de mirarme.

«Oh, ya veo. Un movimiento de poder de director general. Muy bonito», pensé. Entendía cómo funcionaba el ego de los CEO y estaba preparado para superar a este. Había ido a que Rob evaluara mi rendimiento de los últimos seis meses y, como he dicho antes, me disponía a dejarlo atónito.

—¿Estás cómodo? —me preguntó.

—Muchísimo —dije. De la forma más discreta posible,

ajusté mi centro de gravedad para no quedarme al borde del asiento.

—Bien. ¿Cuánto tiempo llevas en füdmüd, Jamie?

—Seis meses.

—¿Y qué opinas de tu estancia aquí?

—Me alegro de que lo preguntes, Rob. Ha sido fantástica. Y, de hecho… —Le mostré la tableta—, me gustaría aprovechar parte de la sesión para hablar de cómo creo que podríamos mejorar, no solo la aplicación de füdmüd, sino también la relación con los restaurantes, el personal de reparto y los usuarios. Ya estamos en el 2020, y el sector de las aplicaciones de comida para llevar ha madurado mucho. De verdad pienso que debemos darlo todo y diferenciarnos de la competencia si queremos rivalizar con Grubhub, Uber Eats y todas las demás aplicaciones tanto en la ciudad de Nueva York como fuera de ella.

—¿Así que opinas que podemos mejorar?

—Por supuesto. —Traté de inclinarme hacia delante en el puf, pero solo conseguí hundir más el trasero en el hueco. Me resigné y me limité a señalar la tableta—. Bueno, supongo que habrás oído hablar de la covid-19.

—Sí —admitió Rob.

—Creo que es más que evidente que nos acercamos a un confinamiento. Aquí en la ciudad, significará que la gente pedirá comida para llevar más de lo habitual. Pero también indica que los restaurantes se verán afectados porque no podrán servir en mesa. Si füdmüd estuviera dispuesta a reducir nuestros honorarios a cambio de una lista de clientes exclusivos y un servicio de reparto, haríamos buenas migas con los dueños de los restaurantes y les sacaríamos ventaja a las otras aplicaciones.

—Quieres que reduzcamos nuestros honorarios.

—Sí.

—Reducir nuestros ingresos durante una posible pandemia.

—¡No! Ves, ahí está el tema. Si somos rápidos y cautivamos, si me permites la gracia, a los restaurantes más

populares, nuestros ingresos aumentarán porque el tráfico de pedidos también lo hará. Y no solo ocurrirá con los ingresos. Nuestro personal de reparto…

—Entregadores.

Cambié de postura en el puf.

—¿Qué?

—Entregadores. Así es como los llamaremos a partir de ahora. Inteligente, ¿verdad? Se me ha ocurrido a mí solo.

—Creía que lo había inventado Neal Stephenson.

—¿Quién?

—Es un escritor. Escribió *Snow Crash*.

—Y eso qué es, ¿una secuela de *Frozen?*

—En realidad, es un libro.

Rob hizo un gesto despectivo con la mano.

—Mientras no pertenezca a Disney, no nos demandarán por utilizarlo. ¿Qué decías?

—Veremos un repunte en nuestros, eh, *entregadores*. Podríamos pagarles más por las entregas, aunque no demasiado. —Vi cómo Rob fruncía el ceño—. Lo suficiente para diferenciarnos de las demás aplicaciones. En una economía colaborativa, un pequeño empujoncito puede ser de gran ayuda. De verdad pienso que podemos crear un sistema basado en la lealtad que se verá positivamente reflejado en el servicio, lo que será otro modo de diferenciarnos.

—Quieres competir en calidad, básicamente.

—¡Sí! —Estiré el brazo y me hundí más en el puf—. Quiero decir, ya somos mejores que las demás aplicaciones. Solo tenemos que asegurarnos el puesto.

—Lo que quieres decir es que nos costará un poco más de dinero, pero que valdrá la pena.

—Eso creo. Lo sé, increíble, ¿verdad? Pero esa es la clave. Estaremos donde el resto de los miembros del mundo de las aplicaciones de reparto no están. Y, para cuando se percaten de lo que estamos haciendo, seremos los dueños de la ciudad de Nueva York. Para empezar.

—Tienes muy buenas ideas, Jamie —dijo Rob—. No temes arriesgarte y llevar la voz cantante en la

conversación.

Le dediqué una sonrisa radiante y bajé la tableta.

—Gracias, Rob. Creo que tienes razón. Corrí un riesgo al dejar el doctorado para venir a trabajar a füdmüd, ¿sabes? Mis amigos en la Universidad de Chicago creían que me había vuelto loco por hacer las maletas y mudarme a Nueva York para trabajar en una *start-up*. Pero me parecía una buena idea. Creo que estoy marcando la diferencia en la forma en que la gente pide comida a domicilio.

—Me alegra escucharte decir eso. Porque el motivo por el que estamos aquí es para hablar de tu futuro en füdmüd. Queremos ver dónde te colocamos para que puedas desarrollar tu pasión de la mejor forma posible.

—Bueno, me gusta oírte decir eso, Rob. —Intenté moverme hacia delante de nuevo, fallé y decidí arriesgarme a realizar una pequeña flexión. Estiré el puf, de forma que estuviera menos doblado sobre mí mismo, pero la tableta se resbaló en el hueco que mi cuerpo había creado y me acabé sentando sobre ella, aunque decidí ignorarlo—. Dime, ¿cómo puedo servir a la empresa?

—Entregadorando.

Parpadeé.

—¿Cómo?

—Entregadorando —repitió Rob—. Eso es lo que hacen nuestros entregadores. Entregan, así que entregadorando.

—¿Es distinto a «repartir»?

—No, pero no podemos patentar «repartir».

Cambié de tema.

—Así que quieres que dirija las estrategias de reparto de füdmüd?

Rob negó con la cabeza.

—Creo que eso sería limitarte demasiado, ¿no lo crees?

—No lo entiendo.

—Lo que estoy diciendo, Jamie, es que füdmüd necesita a alguien como tú sobre el terreno. En las trincheras. Que nos proporcione información de la calle. —Hizo un gesto desde la ventana—. Real. Crudo. Llano. Como solo tú puedes hacerlo.

Me llevó un minuto asimilar sus palabras.

—Quieres que forme parte del personal de reparto de füdmüd.

—Quiero que seas un entregador.

—Eso ni siquiera es un puesto en la empresa.

—No significa que no sea importante, Jamie.

Traté de reajustar mi postura y volví a fallar.

—Espera, ¿qué está pasando aquí, Rob?

—¿A qué te refieres?

—Creía que esto iba a ser mi evaluación de rendimiento de los últimos seis meses.

Rob asintió.

—En cierto modo, lo es.

—Pero me estás diciendo que quieres que sea una persona de re…

—Entregador.

—… Lo que coño quieras llamarlo. No es ni un puesto en la empresa. Me estás despidiendo.

—No te estoy echando —me aseguró.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Te estoy ofreciendo la emocionante oportunidad de enriquecer la experiencia del trabajador de füdmüd de una forma totalmente distinta.

—Una forma que no me aporta beneficios ni me proporciona un seguro sanitario ni un salario.

Rob chasqueó la lengua ante mi respuesta.

—Sabes que eso no es cierto. Füdmüd tiene un acuerdo de reciprocidad con Duane Reade, que ofrece a nuestros entregadores hasta un diez por ciento de descuentos en productos sanitarios seleccionados.

—Sí, vale, hemos terminado —sentencié. Me levanté del puf, me resbalé, caí sobre la tableta y rompí la pantalla en el proceso—. Genial.

—No te preocupes por eso —dijo Rob, que señaló el aparato mientras me arrastraba fuera del asiento—. Es propiedad de la empresa. Déjala por ahí cuando te marches.

Le lancé la tableta y la atrapó.

—Eres un auténtico capullo —añadí—. Solo para que

lo sepas.

—Te echaremos de menos en la familia de füdmüd, Jamie —dijo—. Pero recuerda que siempre habrá un hueco para ti como entregador. Lo prometo.

—No lo creo.

—Lo dejo a tu elección. —Señaló la puerta—. Qanisha ya tiene todo el papeleo listo para tu indemnización. Si sigues aquí en quince minutos, el equipo de seguridad del edificio te ayudará a encontrar la puerta. —Se levantó de la silla, caminó hacia el escritorio, depositó la tableta en una papelera y sacó el teléfono para hacer una llamada.

—Lo sabías —acusé a Qanisha mientras me acercaba a ella—. Lo sabías y me has deseado suerte de todas formas.

—Lo siento —dijo ella.

—Levanta el puño.

Lo hizo, confusa, y le di un ligero golpe.

—Ya está —comenté—. Retiro el choque de puños solidario de antes.

—Me parece justo. —Me tendió el papeleo para la indemnización—. Me han pedido que te informe de que te han abierto un perfil de entregador. —Pronunció «entregador» como si le doliera decirlo—. Ya sabes, por si acaso.

—Creo que preferiría morir.

—No vayas tan rápido, Jamie —me advirtió Qanisha—. El confinamiento se acerca, y nuestro descuento con Duane Reade ha subido al quince por ciento.

* * *

—Así que ese ha sido mi día —le conté a Brent, mi compañero de piso. Vivía en un cuarto piso sin ascensor patéticamente pequeño en Henry Street, que compartía con Brent, su novio Laertes y una extraña muy oportuna llamada Reba, a quien casi nunca veíamos. Si no hubiera sido porque dejaba largos pelos en la pared de la ducha a diario, habríamos pensado que no existía.

—Es duro —respondió Brent.

—Bombardea el sitio —dijo Laertes desde la habitación

que compartía con Brent mientras jugaba a un videojuego.

—Nadie va a bombardear nada —exclamó Brent.

—Aún —replicó Laertes.

—No puedes responder a todos tus problemas con un bombardeo —dijo Brent.

—Tú no puedes —contestó Laertes.

—No vueles el sitio por los aires —susurró Brent para que Laertes no lo escuchara.

—No lo haré —le prometí—. Pero es tentador.

—Así que, ¿estás buscando otro empleo?

—Sí, pero no tiene buena pinta —dije—. Toda Nueva York está en estado de emergencia. Todo está cerrando. Nadie está contratando y los trabajos que he encontrado no me ayudarán a pagar esto. —Hice un gesto hacia el cutre cuarto piso sin ascensor—. La buena noticia, si se le puede llamar así, es que mi indemnización por despido de füdmüd cubrirá mi parte del alquiler durante unos meses. Quizá me muera de hambre, pero no seré un sintecho, al menos, hasta agosto.

Brent parecía incómodo con mi respuesta.

—¿Qué? —dije.

Alcanzó el montón de correo de la mesa de la cocina a la que estábamos sentados y sacó un sobre en blanco.

—Supongo que no has visto esto.

Lo tomé y lo abrí. Dentro había diez billetes de cien dólares y una nota que decía: «A la mierda esta ciudad en pandemia. Me marcho. R.».

Miré hacia la habitación de Reba.

—¿Se ha marchado?

—Si consideramos que alguna vez estuvo aquí, sí.

—Es un fantasma con una tarjeta de crédito —exclamó Laertes desde la otra habitación.

—Bueno, genial —dije—. Al menos nos ha dado el dinero del alquiler del último mes. —Dejé el sobre, la nota y el dinero en la mesa y coloqué la cabeza entre las manos —. Esto es lo que pasa por no haberos incluido a ninguno de vosotros en el contrato. No os vayáis vosotros también, ¿vale?

—Bueno —dijo Brent—, sobre eso…

Lo miré a través de los dedos.

—No.

—Mira, Jai…

—No.

Brent alzó las manos en el aire.

—Mira, lo que ocurre es que…

—Noooooooo —gimoteé, y dejé caer la cabeza sobre la mesa, contra la que me golpeé con fuerza.

—Montar un numerito no te ayudará —dijo Laertes desde el dormitorio.

—Tú quieres volarlo todo por los aires —le grité.

—Eso no es dramático, es una revolución —respondió.

Miré a Brent por encima del hombro.

—Por favor, dime que no vais a abandonarme —rogué.

—Trabajamos en el teatro —contestó Brent—. Y, como has dicho, van a cerrarlo todo. No tengo ahorros, y sabes que Laertes tampoco.

—Estoy totalmente arruinado —confirmó Laertes.

Brent puso una mueca de dolor y continuó.

—Si las cosas empeoran, y va a pasar, no podremos permitirnos quedarnos.

—¿Dónde iréis? —pregunté. Por lo que sabía, Brent no tenía familia.

—Nos quedaremos con los padres de Laertes en Boulder.

—Mi antigua habitación está como la dejé —dijo Laertes—. Hasta que la bombardee.

—Nada de bombardear —replicó Brent, aunque no del todo en serio. Los padres de Laertes son de esos que aparentan ser amables conservadores, pero que no desaprovecharían la oportunidad de insultar a Laertes, y eso desgastaría a cualquiera.

—Os quedáis —dije.

—De momento, nos quedamos —aceptó Brent—. Pero, si nos quedamos sin…

—Os quedáis —repetí con firmeza.

—Jamie, no te puedo pedir que lo hagas —añadió

Brent.

—Yo puedo —dijo Laertes desde el dormitorio—. Que le den a Boulder.

—Jamie…

—Haremos que funcione. —Le sonreí a Brent y me encaminé a mi habitación, que tenía el tamaño de un sello postal, pero por lo menos estaba ventilada y el suelo chirriaba.

Me senté en mi horrible cama doble, suspiré, me acosté y miré al techo durante una hora larga. Entonces, suspiré de nuevo, me erguí y saqué el teléfono. Lo encendí.

La aplicación de füdmüd me esperaba en la pantalla.

Solté un suspiro por tercera vez y la abrí.

Como me habían prometido, mi perfil de entregador estaba listo para usarlo.

CAPÍTULO 2

—Hola y gracias por pedir en füdmüd —le dije al chico que abrió la puerta del absurdamente elegante apartamento de un edificio recién construido al que el portero me permitió entrar porque sabía que era un repartidor al que esperaban y no un ladrón—. Soy su entregador, Jamie. Es mi pasión traerle su… —Aquí revisé el teléfono—… pollo a las siete especias y los rollitos de huevo veganos—. Le tendí la bolsa para que la cogiera.

—¿Os hacen decir todo eso? —preguntó mientras aceptaba la bolsa.

—Sí —confirmé.

—Repartir comida a domicilio no es tu pasión, ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Lo entiendo. Será nuestro pequeño secreto.

—Gracias. —Me di la vuelta para marcharme.

—Espero que encuentres tus espadas samurái.

Me detuve en seco.

—¿Cómo?

—Perdón, es una broma interna —dijo el tipo—. Ya sabes, «entregador» es de *Snow Crash,* ¿verdad? ¿El libro de Neal Stephenson? Bueno, da igual, la cuestión es que el protagonista del libro es un repartidor de comida a domicilio que lleva espadas samurái. Nunca recuerdo el nombre del héroe.

Me volví a dar la vuelta hacia él.

—Gracias —dije—. Llevo seis meses repartiendo comida y eres la primera persona que entiende la referencia. Al fin i al cabo, creo que es bastante evidente...

—Lo es, ¿verdad? Es un clásico moderno del género, pero nadie lo entiende. En primer lugar, a nadie le

importa… —Hice un gesto amplio con las manos para incluir a todos los ignorantes del Lower East Side y, posiblemente, los cinco distritos de la ciudad de Nueva York—… y, segundo, cada vez que alguien hace un comentario sobre la palabra cree que es un juego de palabras con *Terminator*.

—Para ser justos, es un juego de palabras con *Terminator*.

—Bueno, sí —respondí—, pero creo que ya es conocida de por sí.

—Creo que acabamos de encontrar tu pasión —añadió el chico.

De pronto, fui consciente de mi lenguaje corporal enfático, quizá exagerado por el hecho de que tanto el chico como yo llevábamos una mascarilla porque la ciudad de Nueva York estaba envuelta en una pandemia en un país envuelto en una pandemia y cualquier vacuna potencial todavía estaba sometida a estudios de doble ciego en algún lugar del mundo.

—Disculpe —dije—. En algún momento de mi vida, mi doctorado iba a tratar sobre las literaturas utópica y distópica. Como sospechará, *Snow Crash* era una de las incluidas en la segunda. —Asentí y me giré para marcharme de nuevo.

—Espera… —exclamó el chico—. ¿Jamie… Gray?

«Oh, dios mío», dijo mi cerebro. «Vete. Aléjate y jamás admitas que alguien sabe la verdad sobre tu vergonzoso trabajo como entregador». Pero a medida que mi cerebro hablaba, mi cuerpo se giró de nuevo porque, como los cachorros, nos han adiestrado para que respondamos cuando alguien nos llama por nuestro nombre.

—El mismo. —Las palabras brotaron de mi boca, y la última sonó como si mi lengua estuviera desesperada por recordar la frase entera.

El chico sonrió, dejó la bolsa en el suelo, dio un paso atrás para alejarse de la zona donde nuestros alientos chocaban y se apartó la mascarilla un momento para que le viera el rostro antes de volver a colocársela.

—Soy Tom Stevens.

Mi cerebro rebuscó a toda prisa por la lista de LinkedIn de mi memoria en un intento por averiguar de qué conocía a este tipo. Él tampoco es que fuera de ayuda. Era evidente que esperaba ser tan memorable que me vendría a la mente enseguida. No lo era y, aun así…

—Tom Stevens, que salía con Iris Banks y era el mejor amigo de mi compañero de piso, Diego, cuando vivía en el apartamento de South Kimbark justo encima de la calle Cincuenta y tres y, a veces, venía a nuestras fiestas —dije.

—El mismo —respondió.

—Fuiste a la Escuela de Negocios.

—Así es. Espero que no te importe. No es demasiado intelectual.

—Bueno… —Hice un gesto hacia el apartamento en el edificio recién construido—, parece que te ha ido bastante bien.

El malnacido miró a su alrededor, como si viera su casa por primera vez.

—Supongo que sí. Bueno, recuerdo que en una de esas fiestas no dejabas de hablar de tu disertación.

—Lo siento —dije—. Lo hacía bastante por aquel entonces.

—No pasa nada —me aseguró—. Hizo que leyera *Snow Crash,* ¿no? Cambiabas vidas.

Sonreí.

—Y ¿por qué dejaste el doctorado? —preguntó Tom la siguiente vez que le llevé comida: esta vez una mezcla etíope de carne con injera.[1]

—Sufrí la crisis del cuarto de vida —contesté—. O la crisis de los veintiocho años, que es lo mismo pero un poco más tarde.

—Lo entiendo.

—Vi a toda esa gente que conocía, gente como tú, sin ánimo de ofender…

Tom sonrió a través de la mascarilla; lo noté por las patas de gallo alrededor de los ojos.

—No me ofendo.

—… saliendo, teniendo una vida, carreras, tomándose vacaciones, conociendo a gente muy guay mientras yo me sentaba en Hyde Park con las mismas dieciséis personas, en un apartamento cutre, leía libros y discutía con estudiantes que no, bueno, espera, que tenían que entregar los trabajos a tiempo.

—Creía que te gustaba leer.

—Me gusta, pero cuando lo haces por obligación resulta menos divertido.

—Pero podrías haber sido profesor tras haber acabado el doctorado.

Resoplé.

—Tienes una visión mucho más optimista del panorama académico que yo. Aspiraba a convertirme en profesor adjunto para el resto de mi vida.

—¿Eso es malo?

Señalé su comida.

—Ganaría menos aún que al traerte la injera.

—Así que lo dejaste todo para convertirte en entregador —comentó Tom cuando le llevé su pollo frito coreano.

—No —respondí—. Tenía un trabajo en füdmüd. Uno de verdad, con beneficios y participaciones accionarias. Entonces, el soplapollas del director general me despidió cuando la pandemia empeoró.

—Vaya mierda.

—¿Sabes lo que es una verdadera mierda? —dije—. Después de echarme a la calle, se apropió de todas las ideas que le había propuesto de ofrecer nuestros servicios a los restaurantes que iban a cerrar y de subirles el salario a los entregadores. Bueno, a algunos. Solo te pagan más si te valoran con más de cuatro estrellas, así que recuerda ponerme cinco, por favor. Estoy en el límite. Cada estrella cuenta, mi querido entregado.

—¿Entregado?

Puse los ojos en blanco.

—No preguntes.

Tom sonrió de nuevo y volví a ver las arrugas

alrededor de sus ojos.

—Entiendo que lo de «entregador» no se te ocurrió a ti.

—Por supuesto que no.

—Pues, si trabajabas allí, podrás responderme a una duda —continuó Tom cuando le entregué una pizza estilo Chicago, que me sorprendió que estuviera permitida dentro de los límites de la ciudad de Nueva York y mucho más al estar tan cerca de la Pequeña Italia—. ¿Qué es eso de las diéresis?

—¿Te refieres a por qué se llama füdmüd cuando lo más lógico sería FoodMood?

—Sí.

—Porque FoodMood ya era una empresa de reparto a domicilio en Bangladesh, y no quisieron vender el nombre —expliqué—. Así que, si alguna vez vas por la zona de Mymensingh, asegúrate de utilizar la aplicación cuyo nombre tiene mucho más sentido.

—He estado en Bangladesh —dijo Tom—. Bueno, más o menos.

—¿Más o menos?

—Por trabajo. Es complicado.

—¿Eres un espía?

—No.

—¿Un mercenario? Eso explicaría este precioso apartamento en un edificio nuevo.

—Estoy bastante seguro de que los mercenarios viven en casas rodantes en mitad del bosque en Carolina del Norte —añadió.

—Seguro que dirías eso —contesté—. Eso es lo que les piden que cuenten.

—En realidad, trabajo para una ONG.

—Definitivamente, eres un mercenario.

—No soy un mercenario.

—Recordaré que has dicho eso cuando te vea en la CNN durante un golpe de Estado en Bangladesh.

—Me temo que pasará un tiempo hasta que vuelvas a traerme comida —me dijo Tom cuando le llevé un plato de *shawarma*—. Me necesitan para hacer trabajo de campo

durante unos meses.

—En realidad, es la última vez que te traeré comida —comenté.

—¿Lo dejas?

Me reí.

—No exactamente.

—No lo entiendo.

—Oh, entonces no lo has oído —dije—. Uber ha comprado füdmüd por unos cuatro mil millones de dólares y lo ha incluido en Uber Eats. Por lo visto, tuvimos tanto éxito al hacernos con los mejores restaurantes y entregadores, que Uber ha decidido que era más fácil comprarnos y, con ello, todos nuestros contratos de exclusividad.

—Así que el director general que te robó las ideas…

—Rob Culodemono Sanders, sí.

—… va a ser multimillonario.

—El ochenta por ciento del trato se paga en metálico así que, sí, eso parece.

—Y no quieres repartir comida para Uber.

—Esa es la mejor parte —le conté—. Uber ya tiene su propio personal de reparto y no querían tener que lidiar con todos los entregadores, pues eso haría infelices a sus trabajadores. Así que solo se van a quedar con los que tienen una puntuación de cuatro estrellas o más. —Abrí la aplicación de füdmüd para enseñarle mis estadísticas—. 3,95 estrellas.

—Yo siempre te puntúo con cinco —afirmó Tom.

—Bueno, lo agradezco, Tom, aunque de poco me sirve ahora.

—¿Qué vas a hacer?

—¿A largo plazo? No tengo ni puñetera idea. Apenas salía del paso con mi posición actual. Soy el único de mis compañeros de piso que tenía lo más próximo a un trabajo estable, así que pagaba el alquiler, los servicios públicos y la mayor parte de la comida. Estamos en medio de una pandemia, así que nadie está contratando. No tengo ahorros ni ningún lugar al que ir. Así que, sí, a largo plazo no tengo

ni idea. Pero… —Alcé un dedo—. ¿A corto plazo? Voy a comprar una botella de vodka de mierda y me la voy a beber en la ducha. De ese modo, cuando me vomite encima, mis compañeros lo tendrán más fácil para limpiarme.

—Lo siento, Jamie.

—No es culpa tuya —dije—. Y, de todas formas, siento haberme desahogado contigo.

—No pasa nada. Quiero decir que somos amigos, vaya.

Me reí de nuevo.

—Es más como una práctica relación de servicios con una ligera historia personal. Pero gracias, Tom. Ha sido divertido traerte la comida. Disfruta del *shawarma*. —Empecé a marcharme.

—Espera —dijo él. Dejó el *shawarma* y desapareció entre los rincones del precioso apartamento. Un minuto más tarde, volvió y me tendió una mano—. Toma esto.

Le miré la mano en la que sostenía una tarjeta de visita. Puse una mueca involuntaria.

Tom se percató, aún tras la mascarilla.

—¿Qué ocurre?

—¿En serio?

—Sí.

—Creía que me ibas a dar una propina en efectivo.

—Esto es mejor. Es un empleo.

Parpadeé.

—¿Qué?

Tom suspiró.

—La ONG para la que trabajo es una organización para los derechos de los animales. Seres grandes. Hacemos mucho trabajo de campo. Formo parte de un equipo. Tenemos que embarcar la semana que viene. Uno de los miembros tiene covid y está ingresado en el hospital de Houston, conectado a un respirador. —Tom vio cómo ponía otra mueca y alzó una mano—. Está fuera de peligro y se va a recuperar, o eso me han dicho. Pero no se curará antes de que el barco de mi equipo zarpe. Necesitamos que alguien lo sustituya. Tú podrías hacerlo. Esta tarjeta es para nuestro oficial de reclutamiento. Hazle una visita. Le diré que irás.

Mire la tarjeta un rato más.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Tom.

—De verdad pensaba que eras un mercenario.

Era su turno para echarse a reír.

—No soy un mercenario. Lo que yo hago es mucho más divertido. Y más interesante.

—Yo, eh… no tengo conocimientos de lo que sea que tenga que hacer. Que involucre a animales grandes.

—Lo harás bien. Además, si no te importa que sea franco, ahora mismo lo que necesito es un cuerpo vivo que levante cosas. —Señaló el *shawarma*—. Sé que puedes levantar cosas.

—¿Y el pago? —pregunté y, enseguida me arrepentí, porque era como mirarle el diente a un caballo regalado.

Tom gesticuló hacia el apartamento como si dijera: «¿Ves?». Después, me volvió a ofrecer la tarjeta.

Esa vez, la acepté.

—Le diré a Gracia que irás —dijo y se miró el reloj—. Es la una de la madrugada. Podrías verla hoy. O pronto mañana por la mañana. Pero eso sería apurar demasiado.

—¿Necesitas que responda tan rápido?

Tom asintió.

—Sí, digamos que esa es la trampa. Mientras Gracia dé el visto bueno, el trabajo es tuyo, pero debes decidir ahora si lo aceptas o no. Sé que no está bien por mi parte, pero tengo las manos atadas y, si no lo aceptas, tendré que encontrar a otra persona, y rápido.

—Bueno, estoy libre —dije—. Literalmente, has sido mi último entregado.

—Vale, bien.

—Tom…

—¿Sí?

—¿Por qué? Quiero decir, gracias, y lo digo de verdad y de corazón. Muchas gracias. Me acabas de salvar la vida. Pero ¿por qué?

—Uno, porque necesitas un empleo y yo tengo uno que ofrecerte —me explicó—. Dos, porque desde un punto de vista totalmente desinteresado, me vas a salvar el culo, pues

no podemos salir al campo con el equipo incompleto y no quiero que nos endosen a un desconocido. Tienes razón, no somos amigos. Aún. Pero te conozco. Y tres… —Tom sonrió de nuevo—. Digamos que el hecho de que me hicieras leer *Snow Crash* hace unos años, me puso en el camino en el que estoy ahora. Así que, de algún modo, te estoy devolviendo el favor. Ahora… —Señaló la tarjeta—. Esa dirección está en Midtown. Le diré a Gracia que te espere a las dos y media. Ponte en marcha.

CAPÍTULO 3

—Vamos a ello —me dijo Gracia Avella—. ¿Qué te ha contado Tom de la SPK?

Las oficinas de la SPK, el nombre de la organización que ponía en la tarjeta que Tom me dio, estaban en la Treinta y siete, en el quinto piso del mismo edificio en el que se encontraba el consulado costarricense. Al parecer, compartían sala de espera con una pequeña clínica médica privada. No había nadie más en la SPK. Supongo que, como muchos otros, trabajaban desde casa.

—Me ha contado que sois una organización que defiende los derechos de los animales —respondí—. Que hacéis trabajo de campo y que necesitáis gente para levantar objetos pesados.

—Lo somos y lo necesitamos —afirmó Avella—. ¿Te ha dicho qué tipo de animales tratamos?

—Eh, ¿animales grandes?

—¿Es una pregunta?

—No, quiero decir que solo dijo animales grandes, pero no especificó más.

Avella asintió.

—Cuando piensas en animales grandes, ¿qué te viene a la mente?

—Supongo que ¿un elefante? Hipopótamos. Jirafas. Rinocerontes quizá.

—¿Algo más?

—Ballenas —dije—. Pero no me dio la impresión de que Tom se refiriera a ellas. Dijo «de campo» no «en el mar».

—En teoría, «de campo» podría referirse a ambos —me corrigió Avella—. Pero, sí, la mayor parte de nuestro trabajo es en tierra.

—Me gusta la tierra —añadí—. No puedo ahogarme.

—Jamie… ¿Puedo llamarte por tu nombre?

—Por favor.

—Jamie. Aquí van las buenas noticias. Tom tiene razón: necesitamos un cuerpo más para nuestra siguiente misión en el terreno, y lo necesitamos ya. Tom te ha recomendado y, entre que me ha llamado y has llegado, he investigado tus antecedentes. Nunca te han arrestado, ni parece que trabajes para el FBI, la CIA o la Interpol. Tampoco tienes publicaciones polémicas en redes sociales y, hasta tu capacidad crediticia es buena. Al menos, todo lo buena que puede ser para alguien que tiene préstamos estudiantiles.

—Gracias. Estoy encantado de pagar de por vida un máster que jamás utilizaré.

—Sobre eso, tu tesis del máster es realmente buena.

Parpadeé.

—¿Has leído mi tesis?

—La he ojeado.

—¿Cómo te has hecho con ella?

—Tengo amigos en Chicago.

—¡Vale, vaya…!

—Lo que quiero decir es que no supondrás un peligro inminente ni un problema para tus compañeros. Y, ahora mismo, eso nos sirve. Así que, enhorabuena. El trabajo es tuyo si lo quieres.

—Eso es maravilloso —exclamé—. Vale.

La montaña de estrés que no sabía que había acumulado sobre los hombros desapareció de golpe. No me quedaría sin casa ni moriría de hambre en medio de una pandemia.

Avella alzó un dedo.

—No me lo agradezcas todavía —añadió—. El trabajo es tuyo, pero necesito asegurarme de que entiendes qué implica para que de verdad decidas si lo aceptas o no.

—Vale.

—En primer lugar, debes comprender que cuando decimos que la SPK es una organización para la defensa de

los derechos de los animales, nos referimos a que estamos comprometidos con unos animales muy grandes, salvajes y peligrosos. Te entrenaremos para que aprendas a interactuar con ellos, siempre bajo estrictos protocolos de seguridad. Sin embargo, puedes resultar herido de gravedad y, si no tienes cuidado, podrías morir. Si tienes alguna duda con respecto a este punto o si te resulta un problema seguir las indicaciones e instrucciones que se te den al pie de la letra, entonces este trabajo no está hecho para ti. Necesito que verbalices que lo comprendes.

—Lo entiendo —contesté.

—Bien. En segundo lugar, cuando decimos que hacemos trabajo de campo, nos referimos a que estamos lejos. Lejos de la civilización durante meses sin parar. Sin internet. Con muy poca comunicación con el mundo exterior. Las noticias apenas entran o salen. Te llevas contigo lo que tienes. Vives con lo mínimo, te apoyas en los demás y permites que los demás hagan lo mismo contigo. Si no puedes vivir sin Netflix, Spotify y Twitter, este trabajo no está hecho para ti. Trabajarás sobre el terreno todo el tiempo. Debes ser consciente de esto, por favor.

—¿Me puedes aclarar una cosa con respecto a eso?

—Por supuesto.

—Cuando nos referimos «al campo», ¿a cuánto sobre el terreno es eso? —pregunté—. Se refiere a que «estamos alejados del resto del mundo, pero todavía tenemos paredes» o a que «vivimos en tiendas de campaña y cagamos en agujeros que cavamos nosotros mismos»?

—¿Tienes algún problema con cagar en un agujero que hayas cavado tú mismo?

—Jamás lo he hecho, pero estoy dispuesto a aprender.

Creo que Avella sonrió, pero la mascarilla hizo el gesto más ambiguo de lo que me habría gustado.

—Cabe la posibilidad de que tengas que hacer tus necesidades en un agujero de vez en cuando. Con esto, nuestra base en el terreno cuenta con estructuras independientes. Y con un sistema de fontanería.

—Vale —dije—. Lo comprendo y acepto.

—En tercer lugar, esto que hacemos es confidencial, lo que significa que no puedes contarle a nadie de fuera de la organización lo que haces o a dónde vas. Debo enfatizar que la seguridad y el secretismo sobre lo que hacemos y la forma en que trabajamos son de suma importancia. Hasta el punto que, de descubrirse que has filtrado información a alguien, incluidos tus seres queridos, te perseguiremos con todo el peso de la ley. No es una amenaza vacía; lo hemos hecho antes.

—¿Esto significa que debo firmar un acuerdo de confidencialidad?

—El acuerdo es esto.

—Pero ya sé lo que tengo que hacer.

—Sabes que somos una organización para la defensa de los derechos de los animales.

—Sí.

—Bueno, eso sería como decir que la CIA es una mera empresa de servicio de datos.

—¡Así que sois espías! O mercenarios.

Avella negó con la cabeza.

—Ninguna de las dos. Trabajamos como lo hacemos para garantizar la seguridad de los animales que cuidamos. Ocurrirían cosas horribles si no lo hiciéramos.

Pensé en la historias que había leído sobre unos cazadores furtivos que mataban animales en peligro de extinción tras haber consultado la información de geolocalización de las fotos que los turistas habían compartido en sus redes sociales. Lo entendí.

—Una pregunta —dije—. No me van a pedir que me salte la ley, ¿verdad?

—No —respondió Avella—. Eso te lo aseguro.

—Perfecto. Entonces, lo entiendo todo y acepto.

—Muy bien. —Avella sacó una pequeña hoja de papel —. En ese caso, voy a hacerte unas preguntas rápidas. Primero, ¿tienes el pasaporte en vigor?

—Sí. —Tenía la intención de viajar a Islandia antes de la llegada de la pandemia, de que me despidieran y de que tuviera que pasarme el tiempo repartiendo comida a

ciudadanos de Manhattan encerrados en sus casas.

—¿Tienes alguna discapacidad física importante? —Avella alzó la mirada—. Debo decirte que la doctora Lee te realizará un examen físico completo, así que estas preguntas son genéricas.

—Ninguna discapacidad, y estoy sano.

—¿Alguna alergia?

—Ninguna todavía.

—¿Cómo aguantas el calor y la humedad?

—Realicé unas prácticas durante un verano en la ciudad de Washington, y no morí en el intento —dije.

Avella empezó a formular la siguiente pregunta y se detuvo.

—Esta pregunta es sobre lo que piensas de la ciencia ficción y la fantasía, pero tras leer la tesis de tu máster, me la voy a saltar. Asumo que te sientes bastante cómodo con el género.

La tesis de mi máster había sido sobre la bioingeniería en la ciencia ficción desde *Frankestein* hasta las novelas cortas de *Matabot*.

—Sí, aunque es una pregunta bastante extraña.

—No lo es —me aseguró ella—. ¿Tienes o has pensado realizar una planificación de patrimonio?

—Eh, no.

Chasqueó la lengua y tomó nota.

—¿Alguna restricción alimentaria?

—Traté de ser vegano durante un tiempo, pero no podía vivir sin queso.

—Existe el queso vegano.

—No es verdad. Tienen tristeza naranja y blanca rallada que trata de emular el queso y todo lo que representa.

—Tiene sentido —dijo Avella—. De todas formas, no podrías ser vegano en el sitio al que vas a ir. Última pregunta: ¿te dan miedo las agujas?

—No soy un gran admirador, pero no tengo ninguna fobia —contesté—. ¿Por qué?

—Porque vas a vértelas con muchas de ellas.

* * *

—Hagamos esto primero y acabemos con ello —dijo la doctora Lee antes de introducirme un bastoncillo de algodón por la nariz hasta el cerebro. Esta era la última parte del examen físico, que me habían dicho que había superado, pero la primera de la sesión de vacunación.

—Bueno, ha sido divertido —comenté cuando acabó.

—Si crees que esto es divertido, será mejor que no salgamos nunca —respondió la doctora. Guardó el bastoncillo en una bolsita para que lo examinaran—. No parece que te hayas infectado, pero también es cierto que nadie lo aparenta al principio, así que solo queremos asegurarnos. Y, mientras tanto, vamos a pincharte. —Alcanzó una vitrina de la que sacó una bandejita en la que había varias jeringas.

—¿Qué son? —pregunté.

—Son tus vacunas básicas —explicó—. Las habituales, algo nuevo y dosis de refuerzo. Sarampión, paperas, rubeola, gripe, varicela y viruela.

—¿Viruela?

—Sí, ¿por?

—Se erradicó.

—Debería, ¿verdad? —Tomó una de las jeringas—. Esta es nueva. La vacuna de la covid.

—¿Ya ha salido?

—En teoría, es experimental. No se lo cuentes a tus amigos. Se pondrán celosos. Ahora, ¿has viajado mucho al extranjero?

—No demasiado. Fui a una conferencia en Canadá el año pasado y a México durante las vacaciones de primavera cuando estudiaba.

—¿Asia? ¿África?

Negué con la cabeza. La doctora Lee hizo un sonido de desaprobación y sacó otra bandeja llena de jeringuillas. Empecé a contar y me puse nervioso.

Ella se percató.

—Te prometo que quieres vacunarte más de lo que deseas que te protejan —me advirtió.

—Te creo —dije—. Son muchas.

Me dio una palmadita en el hombro.

—No son tantas. —Volvió a rebuscar en el armario y sacó una última bandeja que contaba con, al menos, diez jeringas—. Ahora sí que hay muchas.

—Dios mío. —Me aparté ligeramente de la mesa donde estaban las bandejas—. ¿Qué puñetas es todo eso?

—Te han dicho que vas a trabajar con animales grandes, ¿verdad?

—Sí, ¿y?

—Vale, pues… —La doctora Lee señaló las jeringas que le quedaban más cerca en la nueva bandeja—. Estas son para las enfermedades que esos animales podrían contagiarte. —Señaló un poco más lejos—. Esas son para las que te contagiarían sus parásitos. —Apuntó a la última de la bandeja—. Y aquellas son para las que podrías contraer por el mero hecho de estar al aire libre.

—Hostia puta.

—Mira hacia aquí —me pidió—. No solo te estamos protegiendo a ti de ellos. También a ellos de ti.

—¿No puedes ponérmelas todas a la vez con un gotero o algo parecido?

—Oh, no, eso sería malísimo. Algunas de estas vacunas no reaccionan bien con otras.

—Y, aun así, me las vas a meter todas en el cuerpo.

—Bueno, las tenemos que administrar en un orden concreto —dijo—. Así, tu sangre habrá diluido la primera cuando acabemos.

—Estás de broma, ¿verdad? —contesté.

—Sí, diremos que sí —dijo—. También tenemos que hablar de los posibles efectos adversos. Será rápido. Durante los siguientes días, sentirás dolores y quizá tengas algo de fiebre. No te preocupes, es completamente normal. Significa que el cuerpo está asimilando la enfermedad y se dispone a combatirla.

—Vale.

—Además, al menos dos de ellas harán que sientas un hambre voraz. Puedes comer lo que quieras menos comidas

excesivamente grasientas, pues una de estas ordenará a tu cuerpo que purgue las grasas de una forma que desafía el control del esfínter.

—Eso… no es bueno.

—Es un desastre. De verdad, ni se te ocurra pensar en tirarte un pedo en las próximas dieciocho horas. No es una flatulencia. Te arrepentirás.

—No me gustas.

—Me lo dicen mucho. También es posible que el color azul te provoque migrañas durante los próximos días.

—El azul.

—Sí. No sabemos por qué ocurre, pero es así. Cuando te pase, fija la mirada en algo que no sea azul durante un rato.

—Sabes que el cielo es azul, ¿verdad?

—Sí. Quédate dentro. No mires arriba.

—Increíble.

—Mira, yo no hago que ocurra, solo te pongo las vacunas que son las que lo provocan. Para acabar… —La doctora señaló una de las últimas jeringas en la bandeja más larga—, una de cada doscientas cincuenta vacunas de esta provoca un ataque urgente de, como lo digo, una violencia intensa y homicida. Un nivel de violencia que hará que desees asesinar a todo el mundo en el edificio y construir una pira funeraria con sus cráneos.

—Lo entiendo —le aseguré.

—No, no lo haces —afirmó ella de vuelta—. Por suerte, va acompañado de un efecto secundario directo que causa una flojera extrema, que evita que la mayoría de la gente cumpla con la necesidad de matar.

—¿En plan «quiero matarte, pero eso significaría levantarme del sofá»?

—Exacto —contestó—. Lo llamamos el síndrome del porrero asesino.

—No es cierto.

—Es muy cierto, amigo mío. Hemos descubierto que ciertos alimentos ayudan a mantener esa necesidad a raya. Si te ocurre y te sientes con la energía suficiente para

levantarte y moverte, fríe algo de beicon, cómete un bote de helado o unta dos pedazos de pan con mantequilla.

—Así que, comida grasienta.

—Básicamente.

—Recuerdas la parte en la que me has dicho que evite la comida grasienta, ¿verdad?

—Sí.

—Así que, para que yo me aclare, las opciones son maníaco homicida o tornado de mierda.

—Yo no lo definiría así, pero sí. Aunque tienes muchas posibilidades de no experimentar ninguna de las dos, mucho menos las dos al mismo tiempo.

—¿Y si ocurre?

—Mi consejo es que engullas beicon en el baño. —La doctora alzó la primera vacuna—. ¿Listo?

* * *

—¿Han ido bien las vacunas? —preguntó Avella cuando volví a su oficina.

—No he asesinado a la doctora Lee —respondí—. Pero puede que se deba a que casi no puedo mover el brazo derecho.

—Gracias por no acabar con nuestra doctora —dijo ella antes de quitarse la mascarilla—. Me vacuné hace semanas —comentó al ver cómo la miraba—. Y ahora que tú también lo has hecho, no tengo que fingir que yo no. Sin embargo, me la volveré a poner si te hace sentir incómodo.

—No, tranquila. —Pensé en quitármela también, pero no lo hice.

Avella le dio un toquecito a la carpeta que tenía en la mesa.

—Tenemos algo de papeleo que debes rellenar. Necesitamos información para ingresarte el salario e inscribirte en nuestros programas de salud y bienestar. También hay unos papeles opcionales que nos permitirán representarte legalmente por una temporada para que lidiemos con asuntos como tu alquiler o los préstamos estudiantiles.

—¿Qué?

Avella sonrió.

—Veo que Tom no te habló de esto. Además de tu salario, la SPK se hará cargo de tu alquiler mensual y cualquier préstamo estudiantil que puedas tener. Tendrás que pagar cualquier tarjeta de crédito u otra deuda comercial a tu nombre, pero te ofrecemos pagártelo y descontarlo de tu salario o ayudarte a establecer una domiciliación si todavía no lo has hecho.

—Es maravilloso —dije.

—Vamos a exigirte mucho y, cuando lo hagamos, te alejaremos del mundo tal y como lo conoces. Lo mínimo que podemos hacer es asegurarnos de que tengas un hogar al que regresar. Por cierto, hablando de sueldo, me acabo de percatar de que no hemos hablado de cantidades todavía. Si te parece aceptable, queríamos empezar por 125000 dólares anuales.

—Eh, sí, está bien —dije, aturdido.

—Esto no incluye el bonus de diez mil dólares al firmar que se añadirá a tu primer salario.

—Claro que no —añadí despreocupado como un idiota.

Avella se acercó al escritorio y sacó un sobre de papel manila antes de dármelo.

Lo observé.

—Eso es... —empecé.

—Dos mil dólares en efectivo y un cheque de caja con el resto —explicó—. Aunque si lo prefieres, te podemos transferir los ocho mil dólares.

—Puedo... —Me interrumpí.

—¿Sí? —preguntó Avella.

—Iba a preguntar si puedo hacerles una transferencia a mis compañeros de piso, para ayudarlos a cubrir los gastos mientras no estoy.

—Es un bonus en efectivo, Jamie. Puedes hacer lo que quieras con él. Y si tanto te preocupan, mientras no estés en casa, podemos arreglarlo de forma que les llegue una parte de tu sueldo. Lo hacemos mucho. Somos una organización internacional y muchos de nuestros empleados envían una

parte a casa. Esto sería casi lo mismo.

—¡Eso sería genial! —exclamé. La forma en que todos mis problemas se habían resuelto con un uso estratégico del dinero.

—Nos alegra que pienses así —dijo Avella antes de darle otro toque a la carpeta—. Hay un billete de Amtrak para dentro de dos días. Eso debería darte el tiempo suficiente para recoger todo lo que necesites. Hazme llegar por mensajería el resto del papeleo antes de entonces y prepárate para un largo viaje. No te preocupes por el vestuario, excepto para el camino y trae todo lo que te llevarías a un viaje de varios meses. Y no olvides el pasaporte.

Tomé la carpeta.

—¿Dónde voy a ir? —pregunté.

—Al aeropuerto de Baltimore para empezar —respondió ella—. El próximo destino lo descubrirás más adelante.

CAPÍTULO 4

Tom Stevens se reunió conmigo en la parada de tren del aeropuerto de Baltimore mientras bajaba del tren y se fijó en mi equipaje de mano y en la mochila.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Me dijeron que solo tenía que traer ropa para viajar —dije—. Aparte de eso, he traído muchas cosas. —Señalé el equipaje de mano—. Productos de higiene personal y aperitivos. —Me di la vuelta para atraer su atención a la mochila—. Todos mis aparatos electrónicos y unos cuantos terabytes de películas, música y libros. Gafas de sol y una gorra de béisbol. No sé, creí que necesitaría unas gafas de sol y una gorra. ¿Me he equivocado?

—No, lo has hecho bien —me tranquilizó—. Nos haremos cargo del resto. Me alegro de verte, Jamie. Gracias por aceptar el empleo. De verdad que nos has salvado el culo con esto.

—Bueno, tú sí que me has salvado la vida, así que estamos empatados.

—Lo acepto. —Me dio un billete—. Tus documentos para viajar.

Eché un vistazo al billete.

—¿Dónde narices está la base aérea de Tule? —pregunté.

—En Groenlandia.

—¿Nos vamos a Groenlandia? —espeté—. ¿Vamos a ver osos polares?

Vi cómo Tom sonreía tras la mascarilla y supe que ahora la llevaba para camuflarse, como yo.

—Vamos, tenemos que tomar una lanzadera hasta el aeropuerto. Vamos a registrarte. Nuestro vuelo no sale hasta las dos de la madrugada. Nos hemos hecho con una

sala de espera.

* * *

—¿Groenlandia? —me dijo Brent desde la pantalla del móvil.

—Increíble, ¿verdad? —respondí. Estaba sentado en la sala de espera Chesapeake, que, en tiempos más normales, supuse que había sido la que usaban los pasajeros de British Airways antes de subir a sus aviones hacia Londres. Hoy, sin embargo, estaba habitada por una docena de empleados de la SPK, muchos de los que, como yo, hablaban por teléfono con supuestos amigos y familiares mientras aún podían.

—Creo que allí hay osos polares —comentó Brent.

—Y focas —le recordé—. Pueden ser muy grandes.

—Supongo. No lo sé. Cuando te dijeron que ibas a trabajar con animales grandes, imaginé que irías a África. Hasta donde sé, ahí es donde están los más grandes de todos.

—Eso son los prejuicios de la cultura de tu pasado colonial —gritó Laertes desde fuera de la pantalla.

—No es cierto —exclamó Brent, y después volvió a dirigirse a mí—. Bueno, quizá sí.

—Estoy preocupado por haberme llevado mucha menos ropa de invierno de la que debería —dije.

—Abre a un oso polar por la mitad y métete dentro —gritó Laertes aún fuera de la pantalla—. Como un *tauntaun*.

—No ayudas —respondió Brent—. Estoy seguro de que no te permitirán morirte de frío —añadió.

—Eso es lo que Luke pensó —gritó Laertes.

—No le escuches —sugirió Brent.

Sonreí y cambié de tema.

—¿Estaréis bien mientras estoy fuera? —pregunté.

—¿Bromeas? Jamie, nos has salvado la vida. No tendremos que mudarnos y no nos moriremos de hambre. Te besaría ahora mismo.

—¡Qué sexy! —exclamó Laertes.

—No es ese tipo de beso —especificó Brent.

—Ya, lo entiendo —dije—. Al parecer, hoy le he salvado el culo a mucha gente.

—¡También es sexy! —añadió Laertes.

—Echarás de menos sus interrupciones en nuestras conversaciones —me aseguró Brent—. Y nuestras charlas, ahora que lo pienso.

—Lo sé. Te actualizaré en cuanto pueda. —«Si puedo» habría sido más oportuno, pero no quería mencionarlo de momento.

—Suena bien. No permitas que te endosen toda la mierda por ser el nuevo. Y si lo hacen, avísanos.

—¡Tenemos bombas! —gritó Laertes.

—No tenemos bombas. —Brent trató de arreglarlo—. Pero sabes que podemos conseguirlas.

Me reí y me despedí antes de colgar, posiblemente por última vez en un tiempo. Alcé la mirada y vi que una chica me miraba.

—Perdona —dije—. Debería haber usado auriculares durante la conversación.

—Tranquilo, no pasa nada —contestó—. Es agradable escuchar que la gente tiene una vida fuera de esto. —Hizo un gesto con el que señaló la zona de espera y al personal de la SPK— Y en lo que sea que vaya a convertirse.

—Ah —respondí, pues lo comprendía—. También es tu primer día.

—Sí —afirmó—. Un poco más allá hay un par de miembros nuevos más. —Señaló a dos tipos con aspecto de estudiantes que hablaban animadamente y luego se giró hacia mí—. Soy Aparna Chowdhury. Biología.

—Jamie Gray. Levanto cosas.

Sonrió.

—¿Te gustaría sentarte con nosotros?

Guardé el teléfono.

—Me encantaría —dije. Nos acercamos hacia los chicos con aspecto de estudiantes y ellos nos miraron.

—He encontrado a otro nuevo —comentó Aparna, emocionada, antes de señalarme—. ¡Jamie levanta cosas!

—Ese soy yo —confesé.

—Bueno, al menos uno de nosotros resultará útil entonces —dijo el que estaba más cerca de mí—. Kahurangi —señaló—. Y aquí está Niamh. Astronomía y física, y yo me dedico a la química orgánica y a la geología. Somos frikis.

—Hola —me saludó Niamh.

Le devolví el saludo.

—Bueno, yo estaba haciendo un doctorado sobre las novelas de ciencia ficción, así que creo que entraría en la categoría de «friki».

—Vaya, de cabeza —contestó Kahurangi—. Y yo que creía que solo estabas aquí por los pedazos de carne hidráulicos.

—Oh, por supuesto —dije—. La disertación doctoral fallida es un bonus.

—Cuéntale a Jamie de qué estábamos hablando —añadió Aparna.

—Oh, vale —contestó Niamh, y se giró hacia mí—. Groenlandia. ¿Qué narices?

Me dispuse a responder, pero alguien comenzó a aplaudir para pedir nuestra atención. Todos alzamos la mirada para encontrar a una mujer con aspecto autoritario. Todos dejamos de hablar, guardamos los teléfonos y le prestamos atención. Un par de personas la abuchearon a modo de burla.

—Oh, callaos—dijo ella con falsa irritación, y se oyó una risa—. Para aquellos que habéis vuelto, me alegro de veros. Para los nuevos… ¿quién es nuevo?

Los cuatro alzamos una mano.

—Oh, ya os habéis encontrado, qué bonito —dijo ella, y se volvieron a oír unas risas—. Para los nuevos, soy Brynn MacDonald, comandante del equipo Dorado de la base Tanaka de la SPK, que es esto. —Señaló alrededor de la sala, que estalló en vítores y aplausos—. No os emocionéis demasiado —continuó, impávida, a lo que le siguieron más risas—. Ahora, estoy segura de que los nuevos tendréis muchas preguntas, incluido… —Hizo un gesto hacia la multitud.

—¿¡Por qué Groenlandia!? —gritó todo el mundo,

excepto los nuevos.

—… y os lo podríamos contar ahora, pero no lo haremos —continuó MacDonald—. No se debe a que seamos crueles…

—Aunque lo somos —interrumpió alguien entre risas.

—… sino a una tradición de no estropear la sorpresa. Creednos, valdrá la pena. Mientras tanto, pensad que ninguno de nosotros lo sabía hasta que lo vimos con nuestros propios ojos.

»Con eso resuelto, como es habitual, el vuelo a la base aérea de Tule despega a las dos de la madrugada. Es un viaje de seis horas y media y, de nuevo, como es habitual, habrá una mezcla de pasajeros civiles y militares con nosotros. Esto significa que durante el vuelo deberéis llevar las mascarillas —se oyeron gruñidos— y no quiero que nadie proteste. Que estéis vacunados no significa que los demás también o que no podáis contagiar a los que no se han vacunado, así que no seáis unos capullos. —Se oyeron otros gruñidos, pero la gente se tranquilizó.

»Se supone que nos tenemos que sentar todos juntos, pero es posible que alguna persona ajena a la SPK trate de entablar una conversación con vosotros, así que si alguien pregunta por qué vais a la base de Tule, utilizad nuestra coartada habitual: que sois empleados del ministerio de Interior que vais a realizar un estudio geofísico de la glaciación en Groenlandia. Para los nuevos, empleamos esa historia porque es tan aburrida que en la historia de la SPK nadie ha insistido en preguntar. —Se oyeron risas.

»De otro modo, aplicaremos las reglas habituales: no habléis sobre el trabajo de la SPK durante el vuelo, una vez aterricemos o a cualquiera que no pertenezca a la organización. Cuando lleguemos, el personal de recepción de la SPK estará esperando para recibirnos, y así sucesivamente, ya sabéis lo que hay que hacer. Y, para los nuevos, fijaos en los demás y seguidles. No os perdáis ni os quedéis en la base de Tule durante el invierno. No queréis vivir allí. —Más risas.

»El parte meteorológico dice que el cielo está nublado

y cubierto en Tule, pero las temperaturas están por encima del punto de congelación. —Algunos vitorearon esto—. Con ligeros vientos del Este. Descansad y relajaos, llamad a todo el que necesitéis, revisad los correos electrónicos y las publicaciones del Facebook porque tendréis que despediros de todo ello muy pronto. ¡Eso es todo!

MacDonald se volvió a sentar. La conversación general se reinició y la gente sacó los teléfonos de nuevo.

Niamh estaba entre ellos.

—Vale, tener una base llamada «Tanaka» no ayuda —dijo un minuto después—. Las primeras referencias de Google son de un jugador de béisbol.

—Yo estoy en Wikipedia —anunció Kahurangi—. Dice que «Tanaka» es el cuarto apellido más común en Japón. Hay unas cuantas figuras importantes con ese nombre.

—Así que no tenemos ni la más remota idea de nada a excepción de que vamos a Groenlandia —dijo Aparna.

—Y de que es posible que hagamos algo con osos polares —apunté.

—O con focas —añadió Aparna.

—Tengo una pregunta —dije—. Sé por qué estoy aquí. Estaba arruinado, desesperado y necesitaba un trabajo o iba a acabar sin techo y muerto de hambre. ¿Y vosotros?

Los nuevos se miraron los unos a los otros.

—¿Más o menos lo mismo? —contestó Kahurangi.

—Hay una maldita pandemia ahí fuera, amigo —añadió Niamh.

—Yo estoy aquí por una ruptura que acabó mal —comentó Aparna—. Y, bueno, por el dinero.

—Es como la legión extranjera de frikis —dije, y me reí —. Con osos polares.

—O focas —agregó Aparna.

* * *

Unas horas más tardes, nosotros los nuevos, junto con el resto de la plantilla de la SPK, salimos de la sala de espera Chesapeake y embarcamos en nuestro vuelo chárter. Como nos habían asegurado, estábamos sentados todos juntos,

pero yo estaba en una fila con un asiento vacío, que tomó un joven piloto que me preguntó por qué viajaba a Tule. Le respondí la historia de que trabajaba para el Ministerio del Interior. Jamás había visto unos ojos llenarse de desinterés tan rápido como en ese momento. Se puso los cascos y yo me dormí.

Seis horas y media más tarde estábamos en la base aérea de Tule. Me pregunté cuánto tiempo permaneceríamos allí, y la respuesta fue durante lo que tardáramos en salir del avión, que el equipo de la SPK nos recogiera y nos apretujaran dentro de lo que después me contaron que eran dos helicópteros Chinook modificados para soportar el frío, que despegaron de inmediato y se dirigieron tierra adentro.

—¿Dónde vamos? —le pregunté a Tom Stevens, que me había indicado con un gesto de la mano que me sentara a su lado mientras subía al helicóptero. Debíamos inclinarnos el uno hacia el otro para hablar—. No conozco Groenlandia demasiado, pero sé que no hay nada aparte de glaciares y frío.

—Vale, mira, esto es interesante —dijo él—. Había una base estadounidense llamada Camp Century que oficialmente cerró sus puertas en los sesenta. Era una base de investigación militar y contaba con su propio reactor nuclear para obtener energía, pero se apagó cuando se cerró la base. ¿Vale?

—Vale.

—Es mentira —añadió—. Una cortina de humo. Camp Century no cerró jamás. Y tampoco se apagó el reactor nuclear. Ahora lo utiliza la SPK. Y ahí es donde nos dirigimos.

—¿Vamos a una base nuclear secreta en Groenlandia? —dije.

—Ya te he dicho que era interesante.

—Vale, pero ¿cómo se mantiene una base nuclear en secreto? —pregunté. Señalé hacia arriba—. No sé mucho de física, pero sé que los rusos y los chinos tienen satélites espía. Estoy bastante seguro de que se darían cuenta por los

neutrones o lo que sea.

—Verás… —siguió Tom. De pronto, me sentí irritado por el petulante secretismo de la SPK.

Poco más de una hora después aterrizamos en el terreno de Camp Century y nos apresuraron a bajar de los helicópteros para subirnos a unos camiones hasta una zona que parecía un garaje que se cerraba detrás de nosotros. Un empleado de la SPK nos pidió que recogiéramos los equipajes de mano, las mochilas o cualquier otro objeto personal en una especie de cinta transportadora. Miré a Tom.

—Todo va bien —dijo—. Van a esterilizarlo. Lo recuperarás todo. —Me encogí de hombros y lo puse todo en la cinta.

Entonces, formamos una fila y nos registramos en unas mesas. Cuando llegué a la parte delantera, me dieron un montón de prendas, zapatos forrados en plástico y una bolsa antes de señalar hacia una zona llena de duchas.

—La ropa y los zapatos viejos en la bolsa, incluido todo lo que lleves en los bolsillos y cualquier pieza de joyería. Después, ponlo en el cubo de recogida —me ordenó el trabajador de la SPK—. Dúchate minuciosamente con el jabón que se te ha proporcionado. Lávate por todas partes, incluido el pelo, y céntrate en el cuero cabelludo. Cuando hayas terminado, repítelo con la misma intensidad. Si te preguntas si ha sido suficiente, vuelve a hacerlo. Entonces, vístete con la ropa nueva y dirígete a la sala de espera que sigue a la zona de las duchas.

Entré, me desnudé y me duché. El jabón olía a una mezcla entre cloro y frambuesa, una combinación que no quiero volver a probar. La ropa nueva consistía en una especie de mono gris con unas bandas elásticas en el cuello, las muñecas y los tobillos y unos zapatos que parecían unas extrañas botas ligeras. También nos proporcionaban ropa interior y unos calcetines. Me lo puse todo y seguí las señales hasta la sala de espera. Al final, Aparna apareció, seguida de Niamh y Kahurangi.

—No tengo un espejo, así que vosotros me diréis —dijo

Kahurangi antes de hacer una pose—. ¿Me favorece?

—Por supuesto —dije.

—Es gracioso porque a ti te queda como una mierda.

Sonreí.

Oí mi nombre, me di la vuelta y vi que Tom me saludaba. Me disculpé con los nuevos y caminé hacia él.

—Quédate conmigo —me dijo.

—Vale —contesté—. ¿Por qué?

—Porque quiero verte la cara cuando pase.

Le lancé una mirada amarga.

—Este secretismo es una mierda, lo juro.

—Lo sé, lo sé —respondió—. ¿Me creerías si te digo que valdrá la pena?

—Más vale.

Al otro lado de la habitación, una luz se encendió sobre una puerta. Esta se abrió hacia arriba, como la persiana de un garaje.

—Vamos —dijo Tom, y nos guió hacia el interior de la nueva sala al tiempo que nos dirigía cerca de otra especie de puerta de garaje que se encontraba al fondo del cuarto. Otros lo llenaron detrás de nosotros hasta que estaba repleto de personas vestidas con absurdos monos. La puerta detrás de nosotros se desenrolló hasta que se cerró.

—Tengo la sensación de que alguien está a punto de gastarme una broma —le comenté a Tom.

—No es una broma —contestó él.

Las luces se apagaron.

—¿Qué decías? —le respondí en medio de la oscuridad.

—¿Recuerdas cuando te hablé del reactor nuclear?

—¿Qué pasa con él?

—Lo estamos usando ahora mismo.

—¿Usándolo para qué?

Se escuchó un golpe sordo y, por instinto, me agaché en la oscuridad. Al menos un par de personas gritaron detrás de mí.

—Para eso —dijo Tom.

Me disponía a comentar el puñetazo que iba a darle en cuanto las luces se volvieran a encender cuando la puerta

delante de nosotros empezó a abrirse. Mientras lo hacía, el aire se deslizó desde el exterior, caliente, pesado, húmedo y tan denso que veía cómo la luz se difractaba a medida que entraba.

La puerta se enrolló hasta arriba.

Fuera había una selva.

Me quedé embobado.

—Esto es lo que quería ver —dijo Tom.

Lo ignoré y di un paso hacia el amplio pabellón diseñado para acomodar a los nuevos visitantes. Me acerqué al borde. La zona de llegada mediría unos diez metros o más. Bajo ella había algún tipo de base atravesada por vegetación indomable, que parecía que podría aclararse por un tiempo, pero rápidamente se hacía más robusta y verde. La zona construida hacia el perímetro de la base llegaba hasta una pared inmensa de vegetación que crecía más alta y audaz que cualquiera que hubiera visto en mi vida, tanto en persona como en documentales. Convertía el bosque del Amazonas en un estacionamiento.

Tomé aire. Era como masticar oxígeno puro.

Miré a la izquierda y vi a los otros nuevos de pie junto a mí con la boca tan abierta como yo.

—Vale, ¿dónde narices estamos? —preguntó Niamh.

—En Groenlandia —dijo Tom, detrás de nosotros.

Niamh se giró.

—Amigo, esto no es Groenlandia —dijo—. Es… verde.

—Te prometo que es Groenlandia. —Tom alzó una mano para prevenir objeciones—. Pero no es a la que estáis acostumbrados. Te aseguro que hay una buena explicación. Tenemos una sesión de orientación que profundiza en el tema.

—O podrías explicarlo ahora —dije.

—Bien. Esto es Groenlandia. Pero pertenece a una Tierra ligeramente distinta.

Niamh hizo un gesto para enfatizar la zona verde.

—¿Ligeramente distinta?

—Estoy de acuerdo con la afirmación de Niamh en tu uso de «ligeramente» —añadió Kahurangi.

—Vale, muy diferente —afirmó Tom.

—¿Cómo de distinto? —preguntó Aparna.

Tom señaló la zona verde.

—Bueno, esa no es la parte más loca.

—¿A qué te refieres? —pregunté, y entonces me percaté de una sombra que nos cubría a mí, al resto de los novatos, a Tom y la entrada del pabellón.

Miré hacia arriba, junto con todos los demás, para ver lo que parecía un 747 que aleteaba las alas perezosamente por el cielo.

—¿Eso es… un dragón? —preguntó Aparna, tras un largo minuto.

—En teoría no es un dragón —dijo Tom.

—¿En teoría? —exclamó Niamh.

Kahurangi asintió y le señaló.

—Y Niamh ha hablado por mí una vez más.

—Si no es un dragón, ¿qué es? —pregunté.

—Es un kaiju —respondió Tom.

—Un kaiju.

—Sí.

—Un puñetero kaiju de verdad —repetí—. Como los monstruos de las películas japonesas.

—Casi como esos —dijo Tom—. Eh, te conté que trabajábamos con animales grandes.

—Tío, creía que hablabas de osos polares.

Tom se rio y negó con la cabeza.

—No. Puñeteros kaiju de verdad, como acabas de decir. Al fin y al cabo, está en el nombre de la organización.

—¿Cómo? —dije.

—SPK —respondió Tom—. Significa Sociedad para la preservación de los kaiju. Eso es lo que somos, Jamie. Por eso estamos aquí. Es lo que hacemos.

A lo lejos, oímos un rugido grave y estrepitoso. Me giré y vi una pequeña montaña en el horizonte que se levantaba y miraba en nuestra dirección.

CAPÍTULO 5

—Así que esta es la base Tanaka —le dije a Tom cuando recogí mi mandíbula de la pasarela del pabellón.

El sacudió la cabeza.

—Esta es la base Honda —respondió y su mirada se cruzó con la mía—. No recibe el nombre por la marca de coches, te lo prometo. Hace referencia a Ishiro Honda, el director de la película *Godzilla* original de 1954. Todas las bases norteamericanas reciben el nombre de personas que participaron en la película. La base Tanaka, la base Chuko-Kita, la base Nakajima, y así sucesivamente. Tanaka es el nombre del productor, aunque hubo otros Tanaka involucrados. Es un apellido bastante común.

—El cuarto más común en Japón —apuntó Kahurangi.

—Alguien estaba leyendo la Wikipedia antes de que nos marcháramos —observó Tom.

—Habéis dado en el clavo al nombrar las bases a partir de los creadores de *Godzilla* —le dijo Niamh a Tom.

—Cierto —admitió él—. Es lo que nos gusta hacer aquí. Teníamos que hacerlo, porque cómo no, ¿verdad? Uno no puede fingir que no lo sabe. Y no solo por las películas de kaiju. No sabes lo difícil que me ha resultado no decir «Bienvenidos a Parque Jurásico» en cuanto hemos llegado.

—*Parque Jurásico* no terminó bien para nadie —apunté.

—El libro o la película.

— Bueno, eran chapuceros —dijo Tom—. Nosotros no somos chapuceros. Y eran ficticios. Esto es real.

—Pero ¿cómo de real? —pregunté—. ¿Cómo es posible entrar en una habitación en la fría Groenlandia y salir en una que es una selva?

—Y tiene dragones —añadió Aparna.

—Técnicamente, no son dragones —le corrigió Tom,

que nos miró a todos como si incluyera a todos los novatos en un grupo—. Vámonos. Os lo explicaré en la comida.

* * *

El comedor de la base Honda era del tamaño del mercado de una pequeña ciudad y contaba con un bar de ensaladas y un bufé. Todos los novatos lo miramos desconcertados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tom con el plato listo—. Estáis frenando la cola.

—Acabamos de llegar de un mundo donde los bares de ensaladas y los bufés ya no existen —le recordé.

—Todo va bien. Mira. —Me rodeó y comenzó a comer.

—Todos estos productos parecen muy… aburridos —añadió Niamh—. Podrías conseguirlos en cualquier país desarrollado.

—Te preguntas dónde está la producción local —dijo Tom.

—Sí.

—No te gustaría la mayoría.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros hemos diseñado lo que consumimos durante siglos para convertir los productos en cosas que queremos comer —le dijo Aparna a Niamh—. Nada de lo que hay aquí se ha cultivado pensando en nosotros. —Aparna miró a Tom—. ¿Verdad?

Tom asintió.

—Cultivamos nuestros productos agrícolas aquí, en invernaderos. Pero no son de aquí. Pero, si te sientes aventurero, puedes probar eso de ahí. —Señaló el final del bar de ensaladas.

Todos seguimos su dedo con la mirada.

—Amigo, eso parecen zurullos fosilizados —dijo Kahurangi.

—Eso es el motivo por el que los llamamos cakiwis —dijo Tom.

—Tenéis que hablar con el personal de marketing —sugerí.

—Están más buenas de lo que parece.

—Deberían, ¿no?

Un par de minutos más tarde estábamos todos sentados a una mesa de madera de picnic dentro del comedor porque hasta unos minutos en la jungla de Groenlandia habían sido una experiencia exhaustiva. Tom nos contó que el plan era comer antes de que nosotros, y cualquier otro miembro del equipo Dorado, nos encamináramos a la base Tanaka.

Pero primero, necesitábamos algunas explicaciones.

—No soy científico —nos dijo Tom mientras comíamos. Ninguno nos habíamos atrevido a probar el cakiwi—. Y sé que vosotros lo sois, bueno, la mayoría —hizo un gesto con la cabeza hacia mí—… y el único de vosotros que no lo es, es un experto en ciencia ficción. Así que voy a dejar los detalles científicos para otras personas. Me limitaré a contaros lo que me dijeron a mí cuando estuve en vuestros zapatos.

—Eso incluye el cómo es posible que este lugar exista —dije.

—Sí. Así que, para empezar, bueno, claramente. —Tom hizo un gesto con la mano para abarcar todo el planeta—. Los universos paralelos existen. Se dice que, al menos en la teoría, existe una cantidad infinita de ellos, pero este es el único al que podemos acceder. De momento.

—¿Y es igual al nuestro? —pregunté.

—Bueno, creo que ya te habrás percatado de que existen algunas diferencias.

—Antes has dicho «bases norteamericanas». Eso implica Norteamérica.

—Oh, vale, veo a dónde quieres llegar. Sí, en un sentido muy amplio. Esta Tierra tiene los mismos continentes que la nuestra, pero cuenta con algunas diferencias significativas porque esta versión es mucho más cálida. No hay casquetes polares al igual que no existe Florida ni la mayoría de lo que conocemos como la costa este de los Estados Unidos. Todo, desde Boston a Savannah está bajo el agua. O lo estaría, si existiera, que tampoco lo hace. Además, sabemos que esta Tierra existe aproximadamente en el mismo espacio-tiempo que la

nuestra.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Kahurangi.

Tom señaló a Niamh.

—Estoy seguro de que tú lo sabes —dijo.

—Supongo que las estrellas son iguales —respondió Niamh, que después nos miró a los demás—. Si miramos el cielo y vemos las mismas constelaciones que en casa sin ningún tipo de distorsión, significa que estamos en el mismo lugar en el universo. En este universo. —Luego, se volvió hacia Tom—. Y dices que tienen el aspecto que se espera.

—Conozco la constelación de la Osa Mayor y la de Orión —dijo Tom—. Y están ahí arriba, donde esperaba hallarlas. Hemos traído a otros astrónomos para que confirmen el resto.

—Entonces ¿qué explica la diferencia de climas? —le preguntó Aparna a Tom.

—Hay muchas teorías distintas, aunque las que encabezan la lista defienden que no creemos que hubiera un asteroide en Chicxulub. Ya sabes, el que acabó con los dinosaurios.

Todo los miramos con impaciencia.

—Y, por supuesto, todos sabéis lo que fue el asteroide de Chicxulub y yo soy el que parece un cretino ignorante por no saber cómo se llamaba cuando llegué aquí —añadió Tom con un toque de amargura.

—Pero acabas de decir que estamos en el mismo lugar en el espacio-tiempo —le dijo Aparna a Niamh—. ¿Por qué no habría impactado el asteroide aquí?

—Solo porque las estrellas estén en el mismo lugar no significa que cada interacción espacial deba ser igual —respondió Niamh—. Nuestro sistema solar tiene ocho planetas importantes, docenas de planetas y lunas menores y alrededor de cientos de miles de objetos de más de un kilómetro de largo. Todos ellos interactúan los unos con los otros. Y eso sin incluir la nube de Oort.

—Jamás olvides incluir la nube de Oort —dije con seriedad fingida.

—Hay demasiado caos en el sistema para que podamos predecir lo que ocurre entre los planetas o los asteroides —prosiguió Niamh, que me ignoró—. Así que es completamente factible que el asteroide que golpeó nuestra Tierra hace sesenta y cinco millones de años pasará de largo por esta o que incluso jamás existiera.

—Y que cosas que no chocaron con nosotros en nuestro universo, impactaran en esta Tierra —dijo Kahurangi, que se giró hacia Tom—. ¿Qué dicen las rocas? ¿Dónde están las líneas divisorias?

—Tendrás que consultarlo con los científicos actuales —dijo Tom—. Pero, sí, esa es la teoría. Eludimos algunos eventos de la extinción y, quizá, sucedieron otros.

—¿Así que crees que estos monstruos han evolucionado de los dinosaurios? —preguntó Aparna. Tenía el ceño fruncido, que era lo que sospechaba que ocurría cuando le contaban algo a lo que, como bióloga, iba a oponerse a un nivel visceral.

Tom la señaló.

—No —dijo—. Eso lo sé. Los kaiju cuentan con una biología completamente distinta. Técnicamente, ni siquiera son animales.

—¿Y qué son? —pregunté—. ¿Plantas enfurecidas? ¿Hongos vengativos?

—Ninguna de esas —respondió Tom—. Su biología es diferente de cualquier cosa que tenemos en casa. Muy diferente. No penséis en ellos en términos del ciclo de la vida. Consideradlos sistemas biológicos. Son como ecosistemas en sí mismos. —Se giró hacia Aparna—. Lamento decir que no puedo contaros mucho más. No es el procedimiento. —Aparna parecía muy decepcionada con la respuesta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kahurangi.

—Mi título oficial es de director ejecutivo de las operaciones en la base —dijo Tom—. Mi título no oficial es el de «ese tipo que asigna los horarios y arregla todo lo que sale mal». —Me señaló—. Jamie se encargará de todo mi trabajo basura.

—Levanto cosas —confirmé.

—¿Cuánto lleva esto en marcha? —preguntó Kahurangi.

—Empecé en la SPK hace tres años.

—No, tú no —dijo Niamh, que gesticuló a su alrededor —. Esto.

—Vale, disculpa. Bueno, si quieres retroceder hasta los inicios, empezó cuando Godzilla apareció en nuestra Tierra.

—¿Cómo? —Aparna lo soltó primero, pero no tardamos en reaccionar.

—De nuevo, no soy científico —nos advirtió Tom.

—Ha quedado claro —contesté, impaciente.

—La fisión y fusión nucleares hacen más que crear energía. También son un portal entre universos. —Todos los científicos se dispusieron a objetar de inmediato. Tom alzó una mano—. Lo sé. Parece cosa de la imaginación, incluso para mí. Hay una explicación científica tras ello, pero no la recuerdo. El punto es que comenzamos a disparar bombas nucleares en nuestro planeta y los kaiju de aquí sintieron las detonaciones y se dirigieron hacia ellas.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Aparna.

—Se alimentan de ello.

—Qué… —Aparna se interrumpió a sí misma al recordar que Tom no era un científico—. Continúa —le pidió, sombría.

Tom asintió.

—En mayo de 1951, los Estados Unidos detonaron un prototipo de bomba de hidrógeno en un lugar llamado Enewetak, un atolón en las islas Marshall. Dos días más tarde, uno de los kaiju apareció en la zona de la explosión.

—El puñetero Godzilla —dijo Kahurangi.

—Que, para ser claros, ni se parecía ni actuaba como el Godzilla de las películas —dijo Tom—. Era enorme, estaba hambriento y se limitó a pisotear aquí y allá en busca de algo que comer antes de que la armada estadounidense lo espantara y se lanzara al océano.

—¿Qué ocurrió después?

—Se alejó de la armada a nado durante tres días y

después murió y se hundió en vías marítimas japonesas. Ese es el motivo por el que existe Godzilla. Los marineros japoneses vieron a la armada estadounidense perseguir algo grande, hablaron de ello cuando regresaron a Japón y la historia se abrió camino hasta los creadores de la película.

—Oficialmente me declaro escéptico ante la historia del origen de Godzilla —añadí.

—No hay problema —dijo Tom—. La cosa es que no fue un caso aislado. Los Estados Unidos hicieron que ocurriera cuatro veces más, una en el desierto de Nevada. Los soviéticos, al menos tres. Los franceses y los británicos, una cada uno. Ya suponía un problema que en 1955 los poderes nucleares se reunieran en secreto para tratar de averiguar cómo evitar que ocurriera. La solución fue fundar un proyecto que pasara al otro lado para evitar que las criaturas entraran en nuestro mundo.

—La Sociedad para la preservación de los kaiju —dije.

—Nuestra predecesora, sí. Estaban menos preocupados por la preservación de los kaiju que de mantenerlos en este lado de la valla universal hasta que los agujeros que formamos con nuestras bombas se volvieran a cerrar.

—¿Y cómo pretendían hacerlo? —preguntó Kahurangi.

—Con muchos, muchos cortadores de margaritas, por lo que tengo entendido —dijo Tom.

—Aunque, ya no hacemos pruebas nucleares —señalé.

—No, no lo hacemos —afirmó Tom—. Y uno de los motivos, no reflejado en ningún tratado, es que mantener a los kaiju fuera era un engorro mayor del que los poderes nucleares estaban dispuestos a soportar. También estaba el hecho de que el resultado de un intercambio nuclear incluiría monstruos tan altos como un edificio de cincuenta pisos que cruzarían una brecha interdimensional para desatar el caos sobre cualquier superviviente de los misiles balísticos intercontinentales.

—Genial —dijo Niamh—. Sería maravilloso convertir ciudades enteras repletas de gente en ceniza nuclear, pero la idea de que unos monstruos tomen un tentempié después es demasiado.

—Lo que quiero decir es que no es una amenaza que los monstruos vayan a cruzar —dije, e hice un gesto a nuestro alrededor—. Así que, ¿a qué se debe todo esto?

—¿Quieres decir que por qué seguimos aquí? —dijo Tom.

—Sí.

—Bueno, ahí está la parte científica, por supuesto. —Tom hizo un gesto hacia el resto de los novatos—. Tus nuevos amigos realizarán una labor que jamás se ha hecho antes. Es literalmente un mundo completamente nuevo, y solo hemos arañado la superficie. Hacemos cosas que nadie más puede y jamás lo harán. Es increíble.

—Pero no podemos compartir lo que hacemos —dijo Aparna—. Vamos a investigar en el vacío.

—Podéis compartirlo —respondió Tom—. Pero solo con un número muy reducido de compañeros científicos por ahora. Esto podría cambiar en un futuro. En cuyo caso, cada uno de vosotros se convertirá en una estrella del *rock* en vuestros respectivos campos de estudio. Eso no será un rollazo. —Se giró hacia mí—. Por cierto, la mayor parte de nuestra financiación viene de aquí. Los gobiernos aún nos patrocinan, pero menos de lo que solían. Sin embargo, los mismos millonarios que se han echado a la carrera para llegar a Marte nos están financiando con la esperanza de que descubramos algo que se pueda aplicar en casa, con el típico «esto no parece de otro planeta».

—O nos patrocinan para tener un lugar al que ir si las cosas se van a la mierda en casa —sugirió Niamh.

—Estoy seguro de que algunos de ellos lo han pensado —dijo Tom—. Lo que no sé es si les saldrá tal y como han planeado. Estarían mejor en Marte.

—¿Por qué?

—Tiene menos depredadores, para empezar.

—Pero, no es solo ciencia, ¿verdad? —dije, y volví al tema.

—No —añadió Tom—. No nos llamamos la Sociedad para la preservación de los kaiju porque sea un nombre pegadizo. Resulta que los kaiju podrían sernos de ayuda.

—¿Qué utilidad tendría una criatura del tamaño de una colina para los humanos? —preguntó Kahurangi.

—Te prometo que lo descubrirás —respondió Tom—. Pero hacemos mucho más que solo mantener a los kaiju en este lado de la valla. También evitamos que otros entren.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Es como he dicho antes. La energía nuclear deshace la barrera dimensional. —Tom gesticuló para mostrarnos la base Honda—. Mantenemos Camp Century en marcha porque, por varios motivos que escapan a mi comprensión, está situado en el emplazamiento perfecto para abrir la puerta entre nuestros mundos y cerrarla con facilidad y de forma predecible. Esta y un par más alrededor del mundo, regidas por otros firmantes del Tratado para la Defensa y Protección de los Kaiju, son las únicas maneras oficiales de entrar y salir de la tierra kaiju. Están estrictamente controlados y protegidos. Hay un motivo por el que lo hemos mantenido en secreto durante tanto tiempo.

»Pero ya no es tan secreto —continuó—. Los gobiernos y las empresas saben que la tierra kaiju existe. Deben hacerlo para que podamos trabajar y que nos financien. Controlamos las puertas hacia este mundo, pero, si eres ambicioso, puedes burlar a los guardias. O, si eres lo bastante codicioso, puedes hacer un agujero en la barrera. Solo tienes que saber cómo. Y cuando eso ocurre, que ya ha sucedido antes, ambos mundos corren peligro. Es cierto que los kaiju son un peligro para los seres humanos. Pero también se puede aplicar a la inversa.

—Podrían pisotearnos y no se enterarían —apuntó Kahurangi.

—Los mosquitos matan a más seres humanos que el resto de los animales juntos —le dijo Tom—, incluidos otros humanos. Y, para darle la vuelta, los humanos hemos erradicado de nuestra versión de la Tierra a cualquier animal que fuera más grande que nosotros. Los cazamos hasta la extinción y nos entrometemos en sus entornos. El tamaño no es un problema. Jamás lo ha sido.

—Así que ahora también somos la policía de los

monstruos —le dije a Tom.

—Correcto —respondió—. La única duda aquí es: ¿quiénes son los monstruos?

—Sabes que esa pregunta aparece en cada película de monstruos, ¿verdad? Es un verdadero tropo.

—Lo sé —dijo Tom—. ¿Y qué dice eso de nosotros cuando resulta ser relevante cada vez que lo preguntan?

CAPÍTULO 6

Todos los novatos lo estábamos pensando, pero esta vez fue Niamh quien se adelantó.

—¿Vamos a volar en eso?

En este caso, «eso» era un dirigible inmenso que parecía un prototipo del siglo XV realizado por Leonardo da Vinci, pero del tamaño de un kaiju y mínimamente cuidado desde entonces. El resto de los miembros del equipo Dorado en la base Tanaka subía por las pasarelas como si nada.

—¿Qué esperabas? —le preguntó Tom a Niamh tras habernos guiado al aeródromo.

—Algo menos destartalado.

—Es un vehículo sólido.

—Amigo, parece un anuncio del tétanos de un mundo alternativo.

—Nos hemos vacunado —dijo Kahurangi.

—No hay vacunas para eso —contratacó Niamh.

—El *Shobijin* es completamente seguro —dijo Tom—. De hecho, es el dirigible más seguro en el que jamás montarás.

—Convénceme —le retó Niamh—. Me da la sensación de que si lo miro demasiado explotara al estilo Hindenburg.

—Uno, funciona con helio, no con hidrógeno —explicó Tom—. Sería una idea terrible meter un dirigible de hidrógeno aquí. Así que no explotará. Dos… —Señaló la estructura del vehículo—, está construido con dos elementos que abundan aquí: madera de campano y piel de kaiju. La madera de campano crece tan rápido como el bambú y es tan increíblemente ligera como ignífuga.

—¿Cuánto resiste el fuego?

—Si le prendes fuego a un leño, las llamas se apagarán. Y, con respecto a la piel de kaiju, bueno, no hay casi nada

que lo atraviese. Mantiene el helio dentro y lo demás fuera. Así que sí. El *Shobijin* puede parecer una mala obra de artesanía, pero si quieres recorrer largas distancias por aquí, es el vehículo adecuado.

—Sigue sin convencerme —dijo Niamh, que comenzó a caminar hacia el dirigible de todas formas.

—¿De dónde sacáis el helio? —preguntó Kahurangi mientras andábamos—. ¿Lo sustraéis del gas natural?

—La mayoría lo obtenemos a través de un proceso de destilación del aire.

—Eso no es muy eficiente.

Tom gesticuló en el aire denso.

—Es más eficiente aquí. La atmósfera es más espesa y hay más helio aquí que en casa.

—¿Y la piel de kaiju? —intervino Aparna—. ¿Cómo la obtenéis?

—¿Me estás preguntando si cazamos a los kaiju?

—Sí, eso es lo que he preguntado.

—Cazar un kaiju sería una tarea muy ambiciosa —dijo Tom—, y es el eufemismo más suave que se me ocurre. Así que, no. Los kaiju mueren como cualquier otro ser. Cuando lo hacen, saqueamos el cuerpo.

—¿Cómo?

—Muy despacio. —Cruzamos la pasarela hasta la zona de pasajeros del dirigible.

* * *

A pesar de que el exterior de *Shobijin* parecía de estilo *steampunk* podrido, la cabina de pasajeros estaba muy bien organizada. Había unos asientos modernos colocados en filas, unas frente a las otras, con el espacio suficiente entre ellas para movernos y mirar por las amplias ventanas. También contaba con dos pequeñas salas en la proa y en la popa con cuartos de baño y aperitivos, no en el mismo lugar. Miré a Niamh, que parecía haberse tranquilizado una vez dentro. Encontramos unos asientos libres y dejamos caer nuestras cosas antes de guardar los equipajes de mano en los compartimentos superiores.

—Bienvenidos de nuevo, compañeros y miembros del equipo Dorado de la base Tanaka —dijo una voz a través de los altavoces del *Shobijin*—. Les habla el piloto, Roderigo Perez-Schmidt, acompañado como siempre por mi copiloto, Mattias Perez-Schmidt. No somos familia, solo estamos casados. —Esta última frase fue recibida con un gruñido grave de familiaridad, y tuve la sensación de que Roderigo empleaba la misma frase con cada anuncio—. Hoy es un día maravilloso para viajar, y estamos encantados de volar con ustedes. Nuestro destino es la encantadora base Tanaka, ubicada en la pintoresca y preciosa península de Labrador, casi directamente al sur de donde nos encontramos, a una distancia de unos 2650 kilómetros. Para los estadounidenses, eso son unas 1650 millas y, además, esta será la última vez que oigan hablar del sistema imperial de medida, pues, como el resto del mundo civilizado, la tierra kaiju emplea medidas con sentido.

Se oyó otro gruñido bajo, muy bajo, pues la cantidad de estadounidenses parecía bastante reducida y, además, eran científicos, así que empleaban el sistema métrico de todas formas.

—Una vez en el aire, y a menos que haya mal tiempo o suframos el ataque de un kaiju… —Los novatos nos miramos los unos a los otros algo preocupados, pero nadie más interrumpió lo que estaba haciendo—, volaremos a la cómoda de velocidad de ciento veinte klicks por hora. La base Honda me dice que Betsy está hacia el noreste, así que circularemos a una velocidad entre doscientos y trescientos metros hasta que lleguemos al mar. Para los nuevos miembros, bienvenidos, y también, la mayor parte de nuestro viaje transcurrirá sobre la bahía de Baffin y el mar de Labrador, así que no será tan pintoresco como les gustaría. Sin embargo, espero que disfruten de su tiempo en el *Shobijin*. Llegaremos a la base Tanaka en más o menos veintidós horas. —Perez-Schmidt hizo algunos comentarios a la tripulación del dirigible antes de cerrar la transmisión.

—¿Betsy? —le preguntó Kahurangi a Tom, que se había sentado con nosotros.

—Es el kaiju de la zona —dijo Tom—. La visteis cuando llegasteis. Es la que parecía una montaña pequeña.

—¿Habéis llamado Betsy al kaiju? —insistí.

—Yo no fui. Lo hizo otra persona. ¿Tienes algún problema con Betsy?

—No lo sé. Esperaba algo en japonés o un nombre similar a «Golpe de martillo» o algo así.

—Oficialmente, los adultos tienen números. Pero los que habitan cerca de las bases reciben nombres más informales. Y se les pone nombres que son fáciles de recordar. Como Betsy.

—«Golpe de martillo» es fácil de recordar —comentó Niamh.

—Cuando te llegue el turno de nombrar a un kaiju, puedes ponerle ese si lo deseas.

—¿Qué ocurre si alguien se llama igual? —preguntó Kahurangi.

—¿Golpe de martillo?

—Sí, pero me refería a Betsy en este caso.

—Es el siglo XXI, nadie se llama Betsy —dijo Tom—. Pero, aunque fuera el caso, normalmente hay un contexto. Si dices «Betsy tiene los resultados del laboratorio» es muy probable que estés hablando de la humana. Si es «Betsy se ha enfadado y ha reducido a cenizas veinte mil acres de selva», será la kaiju.

—Creía que ya no usábamos medidas imperiales —dijo Niamh.

—No sé cuánto son veinte mil acres en el sistema métrico decimal.

—Alrededor de ochocientas hectáreas —añadió Aparna.

Tom la miró.

—De verdad, ¿tan rápido?

Aparna se encogió de hombros.

—Son matemáticas.

Tom se giró hacia mí.

—¿Tú lo sabías?

—Para nada —le aseguré.

—Gracias.

—Yo levanto cosas.

—Ey, ¿adónde lleva esa carretera? —Niamh, que estaba más cerca de la ventana, señaló un camino ancho y lleno de curvas que se volvió visible a medida que despegábamos.

—No es una carretera —contestó Tom—. Es el camino de los kaiju. Los crean cuando andan.

Todos estiramos el cuello para verlo.

—Madre mía, qué ancho —dijo Kahurangi.

—¿Permanecen en los senderos? —preguntó Aparna.

—La mayoría —dijo Tom—. Por el mismo motivo que nosotros caminamos por aceras y no entre los arbustos. Y hay algo más interesante. En los lugares de esta Tierra que corresponden a las zonas habitadas por humanos en la nuestra, los caminos de los kaiju emulan los de nuestras carreteras principales.

—Siguen el sendero topográfico que menos se les resiste —comentó Kahurangi.

—Bingo.

—¿Y a dónde llevan? —pregunté—. Los caminos.

—Los kaiju adultos tienen sus propios territorios. Despejan las zonas que les gustan.

—¿Y corresponden a nuestras ciudades?

Tom sonrió.

—A veces sí. —Señaló el camino—. Sin embargo, en el caso de Betsy, el camino forma un círculo alrededor de la base Honda. Parece sentir curiosidad por lo que hacemos aquí. Eso o trata de encontrar el reactor nuclear. Aunque casi no nos molesta.

—¿Casi? —dijo Niamh.

—Se la conoce por perseguir a los dirigibles.

—Cómo.

—Relájate, no ha atrapado ninguno todavía. —Tom lo reconsideró—. Bueno, al menos ninguno con gente dentro. Ha capturado un par de drones.

Niamh miró a Tom y se ajustó el cinturón en el asiento con énfasis.

* * *

Habíamos alcanzado la península de Labrador, y no estábamos demasiado lejos de la base Tanaka, cuando un sonido reverberó en la cabina del *Shobijin*. Todos nos quedamos en silencio.

El sonido se repitió mucho más cerca.

—Dime que eso no es lo que creo —dijo Niamh.

La voz de Roderigo Perez-Schmidt volvió a sonar en los altavoces.

—Atención, equipo Gold. Hay un kaiju extraviado. Kaiju extraviado. Prepárense.

Nos quedamos callados. Entonces, Perez-Schmidt volvió a sonar en los altavoces.

—Atención, equipo Dorado. Hay dos kaiju extraviados. Listos para ascender.

La cabina estalló en gritos y todo el mundo se apresuró hacia las ventanas.

—¿Qué significa esto? —le pregunté a Tom, y entonces vi cómo miraba por la ventana con una expresión para nada tranquilizadora en el rostro. Me giré y me asomé a la ventana.

Había una criatura inmensa que miraba hacia el dirigible. Estaba demasiado cerca, y nuestro trayecto nos estaba acercando a ella.

—Oh, mierda —dije, y retrocedí en el asiento.

—Ahí está el otro —exclamó Kahurangi desde una ventana al otro lado de la cabina. Fui hasta él y seguí su mirada.

Este otro kaiju era tan gigantesco como el primero. Nos miró un momento y después se centró en el monstruo anterior. También estaba muy cerca, y nosotros nos estábamos aproximando.

—Bueno, esto parece malo —le dije a Kahurangi. Me giré y le grité a Tom—. ¡Creía que estábamos subiendo!

—¡Estamos ascendiendo! —dijo.

Estuve a punto de decir que no lo bastante rápido cuando uno de los kaiju gritó como si mil reactores arrancaran de golpe y ahogó cualquier posibilidad de

escuchar nada más, para siempre.

Eso fue hasta que el monstruo que estaba al otro lado del dirigible respondió igual de fuerte. No sabía que era posible quedarse completamente sordo en estéreo.

Los gritos cesaron, o al menos creí que lo hicieron, pues era posible que se me hubieran derretido los tímpanos. Entonces, llegó otro estruendo en estéreo de nuevo. Alguien exclamó dentro de la cabina. Miré por encima del hombro hacia la ventana y vi cómo el kaiju que se encontraba en este lado se movía con pesadez hacia el dirigible. Al principio despacio, pero después tomó velocidad de una forma que debería haber sido imposible dado su tamaño.

Me di la vuelta para avisar a los compañeros al otro lado de la cabina y me percaté de que el otro kaiju se movía a la misma velocidad a través de las ventanas.

Me agaché de una forma ridícula.

Se oyó un estruendo seguido por un golpe, y estoy seguro de que la cabina estuvo a punto de partirse en dos, pero no lo hizo. El ruido provenía de abajo, como si los dos kaiju hubieran colisionado. En realidad, habíamos subido lo suficiente para que no impactaran contra nosotros.

Me llevó un par de segundos darme cuenta de que no intentaban matarnos, sino que querían acabar el uno con el otro.

El *Shobijin* viró ligeramente hacia el sudoeste y el lado de estribor de la nave fue testigo del espectáculo de las dos criaturas del tamaño de unos rascacielos que trataban de molerse a palos mutuamente. Kahurangi y yo estábamos observando cuando se nos unieron otros novatos y Tom.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunté a Tom. Hice un gesto hacia la pelea entre los kaiju—. ¿Cómo han conseguido esquivar esto los pilotos?

—Los kaiju adultos llevan rastreadores —dijo él—. A veces perdemos la señal, lo que significa que pueden presentarse en algún lugar inesperado.

—Sí, como al lado del maldito dirigible —protestó Niamh.

—Parecen peligrosos, hasta que no. —Señaló a una de

las criaturas—. Ese es Kevin.

—¿En serio? —dijo Niamh—. Kevin, ¿de verdad?

—Es de la zona. No sé quién es el otro. Quizá sea un adulto nuevo que busca reclamar su territorio.

—Así que esto es una lucha territorial —dijo Kahurangi.

Tom se encogió de hombros de la forma más rígida que jamás he visto.

—Quizá. También podría ser su forma de aparearse.

Un enorme pedazo de kaiju voló por el aire y arrastró vísceras en el trayecto. Un estruendo ensordecedor inundó la cabina.

—Tal vez, no —se corrigió Tom cuando pudimos escucharlo de nuevo.

El kaiju que no era Kevin se tambaleó mientras se alejaba de él y se desplomó a través de los árboles en dirección al *Shobijin*.

—Oh, no, no, no, huye hacia el otro lado, estúpida mole de piedra —exclamó Niamh.

—Tranquilo —dijo Tom—. Kevin no irá a por el otro.

—Vale, pero ¿qué pasa con eso? —dijo Aparna mientras señalaba.

Todos miramos en esa dirección. Kevin había arrancado un gran trozo de tierra del tamaño de un parque pequeño con ese puño inmenso y lleno de garras y echó hacia atrás un brazo gigantesco.

—Utiliza herramientas —susurró Aparna casi para sí misma. La miré, medio impresionado por el hecho de que pensara en ciencia en un momento como este.

Los altavoces volvieron a activarse.

—Uhhhh, les recomiendo que se abrochen los cinturones ya —dijo Roderigo Perez-Schmidt.

Nos hundimos en los asientos.

A medida que me lo abrochaba, vi como Kevin lanzaba el pequeño parque en la dirección hacia la que había ido el otro kaiju, que también era la nuestra. El inmenso pedazo de tierra se partió en varios trozos y uno bastante grande se desvió hacia nosotros.

«Eso tiene árboles dentro», dijo mi cerebro, y entonces la cabina al completó se sacudió y bamboleó mientras la bola de tierra, rocas y árboles hacía que el *Shobijin* se inclinara en un ángulo oblicuo antes de derribarlo contra el suelo, presa de la gravedad.

Pero no caímos a causa de la gravedad. Nos mantuvimos en el aire y seguimos nuestro camino.

—¿Cómo es posible que sigamos vivos? —preguntó Niamh, que habló de nuevo para todos—. Nos acaban de golpear unos árboles.

—Os he dicho que esta cosa era robusta —dijo Tom.

Miré a mi alrededor en la cabina. Las ventanas se habían roto, pero no se habían caído de los marcos. Los equipajes de mano se habían caído de los compartimentos. Una mujer no había conseguido sentarse a tiempo y se había llevado una mano a un lado de la cabeza del que manaba un pequeño hilillo de sangre, pero, aparte de eso, todos parecían estar bien. Tom tenía razón. El *Shobijin* parecía destartalado, pero había sobrevivido al ataque.

Bueno, sobrevivido a una pelea de kaiju y a sus daños colaterales. Creo que era lo más cerca que deseaba estar de un auténtico ataque kaiju.

—Dime que no siempre es así —le dije a Tom —. Me refiero a que un kaiju nos lance árboles.

—Es la primera vez que me ocurre —me aseguró él.

Los altavoces se activaron una vez más.

—Equipo Dorado, acabamos de informar a la base Tanaka. Les alegrará saber que el rastreador de Kevin está sano y salvo y se encuentra a unos ochenta klicks de nosotros —anunció Perez-Schmidt—. En el mejor de los casos, uno de sus parásitos lo habrá cambiado de sitio de algún modo. Bueno, ahora algunos de nosotros tendremos una nueva misión en el horario: conseguirle un rastreador nuevo. Siento la sorpresa. De haberlo sabido, nos habríamos elevado antes de aterrizar. La buena noticia es que llegaremos a la hora acordada y no esperamos más sorpresas entre nuestra ubicación y la base. —Desconectó.

—Nadie se espera las sorpresas —dijo Kahurangi —.

Eso es lo que las convierte en sorpresas.

Ahora, a lo lejos, se oía el triste lamento de una montaña dolorida.

CAPÍTULO 7

Unos quince minutos antes de llegar, un miembro del equipo Dorado atravesó la cabina mientras repartía sombreros y guantes. Todos los aceptaron, y nosotros también. Los guantes eran sospechosamente pequeños, como el sombrero, que era como una gorra con un velo que le daba toda la vuelta.

—Esto parece una medusa —dije—. Una muy pequeña.

—Se estira —comentó Tom—. Y los guantes también. Póntelos. El velo se pega al traje como un velcro. Cerradlo bien. —Hizo un gesto de la cabeza hacia Aparna y Kahurangi, que llevaban el pelo largo—. Meteos el pelo en la gorra.

—Bueno, esto es el último grito en moda —dijo Niamh cuando se colocó todos los accesorios.

—Supongo que hay insectos —añadió Aparna—. De los que pican.

—No te equivocas —dijo Tom.

—¿Cómo son de malos?

Tom sonrió.

—La buena noticia es que solo deberéis llevarlo hasta que lleguemos a la base. La mala, es que es un recorrido de doscientos metros.

—Mirad. —Niamh señaló por la ventana—. Creo que hemos llegado.

Entre los árboles había un claro, un campo natural o hecho por el hombre. A un lado, junto a las torres de alta tensión, había un hangar de madera enorme rodeado de unos más pequeños a cada lado. Supuse que el grande era para el *Shobijin* y los otros para cosas como helicópteros o naves más pequeñas. Mis sospechas se confirmaron cuando vi cómo remolcaban un helicóptero biplaza hasta un

helipuerto adyacente. Un poco más lejos había una plataforma que parecía pertenecer a una refinería, de entre todas las cosas. Más allá, otra plataforma contaba con varias placas solares y tres molinos de viento que giraban muy despacio.

Ligeramente alejado de todo esto se hallaba la zona de aterrizaje del *Shobijin,* a lo largo de la cual había unas pasarelas móviles que conducían hasta una plataforma elevada del suelo de la pradera. Desde ahí, se abría un sendero que seguía hasta un conjunto de secuoyas. Por encima de los árboles, había más pasarelas de madera, plataformas y edificios, todo envuelto en lo que parecían finas redes y cubiertas.

—¿Eso es la base Tanaka? —pregunté.

—Esa es.

—¿Teníais la intención de hacerla parecer un poblado Ewok o fue un accidente?

—Bueno, técnicamente, Tanaka precede el poblado Ewok por un par de décadas, así que las suyas se parecen a las nuestras.

—¿George Lucas lo sabe?

—Tal vez.

Los pilotos maniobraron el *Shobijin* hacia la zona de aterrizaje y las pasarelas se extendieron. Habíamos aterrizado oficialmente. La gente se levantó y recogió sus cosas.

—¿Listos? —dijo Tom.

Se abrieron las puertas. Arrastramos los pies, dimos un paso hacia la plataforma y, enseguida, nos atacaron lo que me parecieron todos los insectos voladores que han existido en la historia del universo.

—Dios mío —dijo Kahurangi, que empezó a aplastarlos.

—No los golpees —le advirtió Tom—. Solo los alentarás.

—Están muy dispuestos a comerme.

—No es personal, se quieren comer a todo el mundo. No dejes de caminar.

—¿Esto es normal? —pregunté.

—Esto es suave —respondió Tom. Señaló la base Tanaka, hacia la que todos se dirigían—. Ahora sabéis por qué el lugar está protegido.

—Podrías haberme avisado de que corría el peligro de que me desangraran durante mis primeros cinco minutos aquí —dije.

—La cosa mejora —contestó él—. Mira.

Señaló hacia la larga pasarela en la base, que estaba cubierta y protegida. A medida que nos acercábamos, oí unos ventiladores que soplaban aire con fuerza desde la entrada de la pasarela cubierta para evitar la entrada del enjambre. Una vez dentro de la zona cubierta, la cantidad de insectos voladores había disminuido de peligrosa a simplemente molesta. Veinticinco pasos después casi habían desaparecido.

Admiraba la falta de criaturas sedientas de sangre.

—Genial.

—Los ventiladores grandes se activan cuando notan que alguien se acerca —explicó Tom—. Pero los pequeños están siempre encendidos para producir una ligera brisa por la pasarela y enviarlos lejos de Tanaka. Solo una sanguijuela muy confiada entraría.

—¿Y si lo hacen?

—Bueno, ese es el motivo por el que tenemos ranas.

—¿Qué?

Tom ignoró mi pregunta y señaló mi conjunto de gorra y velo.

—Ahí fuera, esto mantendrá a la mayoría de los pequeños alejados de ti. Tienes que ir con cuidado con los más grandes, que están junto al agua. En cuanto huelen tu aliento, van directos a tu cara.

—¿Cómo son de grandes? —preguntó Aparna.

—Son de los que golpeas en lugar de aplastarlos.

—No sé si estás de broma o no —dijo Aparna un minuto después.

—Aquí el aire es más denso y tiene más oxígeno que cuando en la Tierra había insectos con las alas del tamaño

de un metro —dijo Tom—. Tú eres la bióloga.

Aparna suspiró.

—Insectos golpeables, vale, lo entiendo.

Por delante de nosotros, el primer equipo Dorado había llegado a Tanaka y los gritos de ánimo comenzaban a escucharse. Miramos a Tom.

—Ese es el equipo Rojo —dijo—. Las personas a las que sustituimos. Se alegran mucho de vernos.

Despejamos el camino y, de inmediato, nos recibieron una docena de personas que nos animaban, vestidas con camisetas festivas por encima de los monos y sombreros de paja de varios tipos, que tocaban ukeleles y guitarras mientras alzaban las bebidas. Al parecer, era el equipo Rojo.

Una vez que todo el equipo Dorado terminó de cruzar la pasarela y pudimos deshacernos de las gorras contra insectos, se hizo un silencio dramático y Brynn MacDonald dio un paso adelante hacia un hombre vestido con una camisa particularmente llamativa y un sombrero de paja especialmente raído, que sostenía una bebida especialmente grande.

—Brynn MacDonald, comandante del equipo Dorado de la base Tanaka de la SPK, aquí para relevar formalmente al equipo Rojo de la base Tanaka de la SPK —anunció.

—Joao Silva, comandante del equipo Rojo de la base Tanaka de la SPK —respondió el hombre con la camisa llamativa y el sombrero destrozado—. ¡Me siento formalmente aliviado de que hayan llegado!

Silva alzó una mano y le puso el sombrero a MacDonald. Un fuerte vitoreo resonó en ambos campamentos. Silva y MacDonald se abrazaron y él procedió a quitarse la camisa horrenda para ofrecérsela a ella, quien la aceptó y se la puso a modo de transferencia de poder.

Con eso, los miembros del equipo Rojo avanzaron en masa y nos dieron la bienvenida con sombreros, camisas e instrumentos musicales, pero no bebidas. A mí me abordó un tipo amable que me entregó un ukelele, un sombrero de

paja con una cinta y una camisa de poliéster con unos loros.

—Está hecha para ti —me aseguró antes de darme un abrazo y alejarse.

—¿Sabes tocar eso? —me preguntó Kahurangi, que iba ataviado con una camisa naranja con unos caballos que corcoveaban y un sombrero de paja estilo fedora.

—Ni idea —le respondí.

—¿Me permites?

Le cedí el ukulele y comenzó a tocar como si lo hubiera hecho toda la vida, aunque era posible que así fuera. Sonrió cuando vio cómo lo miraba.

—No sabía si traerme el mío, pero al final decidí no hacerlo y me arrepentí en cuanto nos marchamos.

—Me alegro de que tuvieran uno aquí.

—Más de uno, parece. Puedo enseñarte a tocarlo, si quieres. En nuestro tiempo libre, que supongo que tendremos a montones.

—Me encantaría —le dije. Kahurangi sonrió y se alejó mientras tocaba.

Me volví hacia Tom, a quien habían engalanado con un sombrero mexicano y una camisa de gatitos.

—Así que hay dos equipo en la base Tanaka. ¿Y nos turnamos?

Tom negó con la cabeza.

—Hay tres equipos. Cada uno permanece aquí durante seis meses y se intercambian con los otros equipos durante tres. —Señaló al equipo Rojo, que ahora ya no llevaba sombreros—. El equipo Rojo lleva aquí seis meses y están a punto de regresar a casa durante tres. —Hizo un gesto hacia la base, donde vi más personal de la SPK—. El equipo Azul llegó hace tres meses para relevarnos durante nuestro parón de tres meses, y se quedarán tres más. Entonces, el equipo Rojo los sustituirá de nuevo. Cada equipo trabaja con los otros cada tres meses. De esa forma, el personal de Tanaka está siempre al completo y asegura la continuidad.

Señalé la camisa de gatitos de Tom.

—¿Y esto? ¿Hacemos esto cada tres meses?

—¿Tienes algo en contra de las camisas extravagantes

y los sombreros feos?

—Los tuyos sí que son extravagantes y feos. Los míos, sin embargo, son bastante elegantes.

—Solo lo hacemos cuando un equipo llega o se marcha. El tercer equipo no deja de trabajar mientras los otros dos hacen los respectivos traslados. Como está haciendo el equipo Azul ahora.

Me toqueteé la camisa.

—Y, eh, ¿nos quedamos los sombreros y las camisas?

Tom sonrió.

—Puedes hacerlo si quieres, pero, por lo general, las devolvemos al almacén. Los instrumentos también son comunitarios. Solemos firmar cuando los usamos. Nos gusta compartirlo todo. Lo que me recuerda que dijiste que habías traído libros y películas en discos duros. Deberías prestárselos a nuestro equipo de informáticos para que lo añadan al servidor comunitario.

—Vale.

—Tienes permiso para tener todo eso, ¿verdad?

—Em…

—Estoy bromeando. Hay un vacío legal en el tratado bajo el que trabajamos con respecto a los derechos de autor.

—¿En serio?

—Sí. Por lo visto, creían que si nos enviaban a una tierra paralela gobernada por criaturas de ciento cincuenta metros de altura que podrían aplastarnos en cualquier momento, deberíamos ser capaces de prestarnos libros electrónicos los unos a los otros y ver *Stranger Tings*.

—Me parece justo.

—Nos permite permanecer cuerdos. Mucho más que los ukeleles. —Alguien llamó a Tom y este miró a su alrededor, vio a la persona y la saludó.

—No tienes que hacerme de niñera —le dije—. Si hay gente de la que debas despedirte, ve.

—Vale, gracias —añadió—. En un ratito, Brynn MacDonald os reagrupará a ti y a tus amigos para ayudaros a que os establezcáis. Mañana os introducirá en la

verdadera orientación. Ya sabes, para que empecéis en vuestros nuevos trabajos.

—Yo levanto cosas —confirmé.

—Por descontado que levantarás cosas —afirmó Tom —. Pero harás más que eso.

—Dun duuuuunnn —imité una música dramática.

Tom soltó una risotada y se marchó. Yo me giré para ver dos grupos de amigos, uno que llegaba y otro que se marchaba, que trataban de ponerse al día sobre los últimos tres meses en un par de horas demasiado cortas.

* * *

—Permitidme empezar por informaros de que ahora mismo estoy un poco borracha, así que seré breve —dijo Brynn MacDonald, que sostenía una vaso de algo, al parecer alcohólico.

Los novatos, a quienes había reunido en la carretera principal de la base Tanaka, esperábamos con educación. Algunos de nosotros también estábamos ligeramente ebrios. La fiesta de despedida del equipo Rojo había sido un poco más intensa de lo que esperábamos.

—Primero, bienvenidos, soy Brynn, pero eso ya lo sabéis. Os conozco a cada uno de vosotros porque tengo vuestros expedientes, pero también es cierto que ahora mismo estoy un poco borracha, como veréis, así que no voy a fingir que recuerdo quién es quién. Ya lo haré mañana, lo prometo. Y hablando de mañana… —Señaló una modesta estructura de madera que estaba un poco más allá por el camino—, os veré en el edificio de administración a las nueve de la mañana, después del desayuno, para empezar vuestra orientación. Trataré de que sea rápida para que os pongáis a trabajar lo antes posible. Sé que todos sois científicos… —se detuvo y me miró—, excepto tú. Tú eres nuestro nuevo machaca.

Gruñí.

—Bueno, todos tenéis trabajo y sois inteligentes, así que lo repasaremos todo rápido. Mientras tanto, esta noche… —Gesticuló en la otra dirección—… se os han

asignado las mismas habitaciones en los barracones, que están por ahí. No os preocupéis, vuestros apellidos están en las puertas y las llaves, dentro, junto con un mono limpio para cada uno. Estaréis bien. Sois listos, os apañaréis, pero si no podéis, preguntadle literalmente a cualquiera, os ayudarán porque aquí no somos unos capullos. Bueno, alguno hay, pero incluso ellos os echarán una mano. Si no lo hacen, siempre se lo podéis dar de comer a los pequeños insectos chupasangre. Ya los habéis visto antes. Eh, ¿habéis visto a las ranas?

Asentimos. Habíamos visto a las ranas que habitaban los pequeños estanques repartidos por la base. Aparte de ser lo más cercano a una mascota que había en la base Tanaka, también servían para alimentarse de cualquier insecto que consiguiera atravesar las mosquiteras. Los bichos sentían el agua, se acercaban a beber y las ranas iban a por ellos. Insecticida natural. Y cuco, además. Aparna, nuestras bióloga, se preguntaba si eran autóctonas o si las habrían importado de nuestra Tierra, pero era una fiesta, así que la pregunta quedó en el aire por el momento, y además, ahora estaba un poco más borracha que los demás y no tenía ánimo para escuchar la respuesta.

—Nos encantan las ranas —dijo MacDonald—. Sé que sabéis dónde está el centro comunitario porque está justo ahí —señaló el edificio situado junto a la pasarela que conducía al aeródromo—, y deberíais volver esta noche tras haberos acomodado porque, la primera noche, es una tradición del equipo Dorado ver alguna película juntos. Hoy veremos, esperad un momento, *Godzilla* y después *Pacific Rim*. Porque, ya sabéis… —Hicimos un gesto para abarcar el mundo—. Y es la versión japonesa original sin cortes, no esa mierda estadounidense con Aaron Burr.

—Raymond Burr —dije.

—Oh, señor, eso. —MacDonald se dio unos toquecitos en la cabeza—. Perdón. Tengo la cabeza llena de canciones de *Hamilton*. Y también estoy un poco borracha. ¿Alguna pregunta?

No teníamos ninguna. MacDonald nos despidió con un

gesto vago con la mano en la que llevaba la bebida y se marchó.

—De verdad que no sé qué pensar de este sitio —dijo Aparna mientras veía como se alejaba.

—A mí me gusta —comentó Kahurangi. Todavía tenía el ukelele entre las manos y rasgaba una de las cuerdas distraído.

—Vamos a buscar nuestras habitaciones en los barracones —propuso Niamh—. Estoy impaciente por ver cómo son. Y da igual como sea, me pido la litera de arriba.

No había litera de arriba. La *suite* en las barracas era una pequeña caseta independiente en una fila de cabañas que se alargaban por un camino de madera que se había construido para convertirse en el área residencial de la base. La caseta estaba formada por una pequeña zona común con un sofá, una mesa con sillas y unas estanterías. Había un ordenador entre las estanterías que mostraba un salvapantallas. En estas había unos paquetes etiquetados que también contenían los monos limpios.

Había dos pasillos cortos y estrechos en cada lado de la sala común que llevaban a habitaciones individuales en las puertas de las cuales ya estaban los nombres de cada uno de nosotros. Los cuartos eran lo bastante anchos para contar con una cama doble y un pequeño pasillo que conducía a un armario y un escritorio con una silla, sobre el que había una pequeña estantería. La cama, sobre la cual se abría una ventana, además de colchón y almohadas, contaba con dos juegos de sábanas y fundas para las almohadas. Había una carpeta sobre la mesa en la que ponía «Guía y directorio de la base Tanaka». En la estantería había un sobre en el que se leía «Para el nuevo ocupante» y una plantita dentro de una maceta enana. Entré en mi dormitorio y me acerqué al escritorio, de donde tomé el sobre.

—¿Dónde está la cocina? —Oí que decía Aparna.

—Olvídate de la cocina, ¿dónde está el puñetero baño? —contestó Niamh.

—Echadle un vistazo a la guía de la base —exclamé.

—¿La qué?

—Está en vuestras habitaciones —dije, y abrí el sobre. Contenía una carta.

«Querido nuevo residente:

Es tradición que, cuando abandonamos el alojamiento, dejemos una nota y un regalito al nuevo ocupante para darle la bienvenida y desearle suerte con la visita. Esta vez, me resulta amargo porque he decidido que esta ha sido mi última vez. Nadie más lo sabe todavía, así que tú eres la primera persona en saberlo, aparte de mí».

Me detuve un momento y seguí.

«También me resulta un trago amargo porque, cuando dejamos este mundo atrás, lo dejamos todo. No podemos llevarnos nada con nosotros ni hablarle a nadie sobre ello. Tres años de mi vida... ¡Cuatro visitas! Y todo lo que me llevo son los recuerdos. Es uno de los motivos por los que lo dejo. Aunque es maravilloso, tengo la sensación de que hace tiempo que mi vida es irreal. Imaginaria. Quizá sea la única que se siente así, pero es suficiente. Es hora de regresar al mundo real y tener una vida de verdad.

En la última visita hice algo estúpido: decidí que mi habitación quedaría mejor con algo verde, así que me compré un esqueje y lo planté en una maceta sobre el alféizar de la ventana. Cuando me tocó marcharme, me di cuenta de que no me lo podía llevar conmigo. Así que te la dejo a modo de regalo. Espero que la cuides como yo he hecho y que te aporte la misma felicidad que a mí. Y, quizá, cuando te vayas en seis meses, se la regales al siguiente residente, que podría incluso ser mi reemplazo.

Te deseo lo mejor y muy buena suerte. Piensa de vez en cuando en mí, que he regresado a nuestro otro mundo. Yo pensaré en ti también, quienquiera que seas, y mucho.

Tuya,

Sylvia Braithwhite».

Dejé la carta, tomé la macetita con la planta y la coloqué de nuevo en el alféizar.

—Quienquiera que se alojara en mi habitación me ha dejado una montaña de cakiwis en la mesa —gritó Niamh

desde su habitación—. De verdad, ¿qué narices?

CAPÍTULO 8

Brynn MacDonald señaló a Aparna.

—Vale —dijo ella—. Eres la nueva bióloga. Dilo.

—¿Que diga el qué? —preguntó Aparna.

—Lo que te ha estado carcomiendo desde que viste un kaiju.

Después de las nueve de la mañana, estábamos todos en una sala de conferencias (muy) pequeña en el edificio de administración, donde nos estaban dando nuestra primera sesión de orientación, como nos habían prometido. Brynn MacDonald, a quien habíamos visto por última vez ligeramente borracha, ya no lo estaba tanto y, como nos había asegurado, se acordaba de cada uno de nuestros nombres y puestos en la base. Nos sentamos alrededor de una mesa de madera (muy) pequeña en sillas de madera (de tamaño normal), y me pregunté si las habrían fabricado en la base. MacDonald estaba de pie junto a una estantería mientras miraba a Aparna, a la espera de una respuesta.

—Vale, vale —dijo ella—. Estos kaiju son enormes. No deberían existir.

—Por la ley cuadrático-cúbica —espetó MacDonald.

—Para empezar.

—¿Todos defendéis la ley cuadrático-cúbica? —preguntó MacDonald. Todos asentimos; Niamh y Kahurangi eran científicos y yo, un friki. Todos sabíamos que, a medida que un cuerpo aumenta de tamaño, su volumen se incrementa al cubo mientras que la superficie crece al cuadrado. MacDonald volvió a prestarle atención a Aparna —. Así que los kaiju son demasiado voluminosos, se les partirían los músculos, los pulmones no les aportarían el oxígeno necesario, no obtendrían la energía suficiente para vivir, sus sistemas nerviosos funcionarían muy despacio

para permitirles moverse, los huesos se les saldrían del cuerpo y, por todas las leyes conocidas de la física, yacerían entre quejidos sobre su propia carne hasta morir.

—No se quejarían porque no podrían tomar aire, pero sí, creo que es un buen resumen —dijo Aparna.

MacDonald asintió, se giró, sacó una inmensa carpeta de la estantería y la colocó delante de Aparna con un golpe seco.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Tus deberes —respondió MacDonald—. Es un sumario de toda la biología de los kaiju que comprendemos hasta el momento.

Aparna puso los ojos como platos al ver el enorme archivador.

—¿Esto es un sumario?

—La versión corta, sí —dijo MacDonald, que nos miró a nosotros tres—. No tenéis que leeros esto, pero deberíais. Es fascinante. Si no le echáis un vistazo, quiero que recordéis que los kaiju tienen una biología completamente distinta a cualquier cuerpo conocido en casa. No hay un solo organismo análogo. Los kaiju no rompen las leyes de la física porque no pueden. La ley cuadrático-cúbica se les aplica como a cualquier otro cuerpo, pero su anatomía única les permite ser de ese tamaño y moverse. Única para nosotros, quiero decir, pues es bastante común por aquí.

—Ayer, Tom Stevens nos dijo que no debíamos pensar en ellos como animales. Que son como ecosistemas —le dije a MacDonald.

Ella señaló el archivador.

—Citó eso —añadió—. Y bien por él. Creí que solo lo había ojeado cuando se lo di. Pero hasta eso es limitarse demasiado. —Gesticuló hacia mí—. Tú eres un sistema y un ecosistema, después de todo. En términos numéricos, tu cuerpo contiene tanto células no humanas como humanas. Bacterias, hongos, protistas, e incluso los pequeños ácaros que viven en tu rostro.

—Sería feliz si no volviéramos a hablar de los ácaros de mi piel —dije.

—¿Sabes que aparecen cuando duermes?

—Ahora sí, gracias por eso.

—Espera hasta que veas los parásitos de los kaiju. Son increíbles —añadió MacDonald—. Lo que quiero decir es que cualquier metáfora que empleemos para comprender a los animales o a una criatura en casa no se puede aplicar a aquello con lo que tenemos que lidiar cuando hablamos de los kaiju.

—Pon un ejemplo —dijo Niamh.

MacDonald entrecerró los ojos.

—Física, ¿verdad?

—Física y astronomía, sí.

MacDonald sacó otro archivador del estante y la situó delante de Niamh.

—Los kaiju obtienen su energía de reactores nucleares.

Niamh miró fijamente la carpeta y después a MacDonald.

—Disculpa, ¿qué?

—Reactores nucleares —repitió ella.

—¿De dónde sacan un reactor nuclear?

—Los plantan.

—¿Qué narices hacen?

Aparna le acercó el archivador de biología a Niamh.

—Vas a querer este —añadió.

MacDonald le devolvió la carpeta a Aparna y se volvió a centrar en Niamh.

—¿Cómo desarrollas un cerebro? O, si eres una persona con útero, ¿cómo haces que crezca otro ser humano?

—Hay una diferencia —dijo Niamh.

—¿De verdad?

—Dices que han evolucionado hasta llegar a desarrollar reactores nucleares —le dijo Kahurangi a MacDonald.

—Eso creemos, sí.

—No quiero repetir lo que ha dicho Niamh, pero ¿eso tiene sentido? ¿Qué dicen los registros de fósiles sobre eso? ¿Tenemos pruebas de que los protokaiju, con estructuras intermedias, llegaran a crear reactores nucleares completamente funcionales?

—Ah, el geólogo. —MacDonald se volvió hacia la librería.

—Oh, mierda —dijo Kahurangi, que imaginó otro archivador inmenso y pesado. Sin embargo, el que MacDonald sacó era tan fino que se lo entregó en mano. Kahurangi lo tomó y puso una mueca de decepción al verlo —. ¿Ya está? —dijo.

—¿En serio?

MacDonald asintió.

—A diferencia de estos dos… —Hizo un gesto hacia Aparna y Niamh—, hay menos información en los campos de la geología y la paleontología porque, como veréis, es más complicado hacer el trabajo de campo.

—Ah —dijo Kahurangi—. ¿Y eso a qué se debe?

—A que la posibilidad de acabar muerto o de que te coman es proporcionalmente mayor.

—Sí, comprendo cómo eso acabaría con la labor de investigación.

—El ultimo geólogo del equipo Dorado se retiró después de que le cosiéramos un miembro. Por segunda vez.

—Oh.

—Bueno, eso no es del todo exacto. No fue el mismo miembro dos veces, sino dos miembros distintos.

—No… me habían informado de esto —dijo Kahurangi.

—Hay un motivo por el que la base Tanaka está construida entre los árboles —añadió MacDonald—. El suelo de la selva no es del todo amistoso. Lo que me recuerda... ¿Alguno de vosotros ha recibido algún tipo de entrenamiento con armas?

La miramos perplejos.

—Hmmmm —dijo MacDonald, como creando una nota mental. Volvió a centrarse en Kahurangi—. Para responder a tu pregunta con la mayor brevedad, no tenemos demasiadas pruebas de las estructuras intermedias porque estamos limitados en lo que podemos hacer y cómo podemos investigar. Hay mucha tierra que romper por aquí.

—Siempre y cuando no me coman, lo entiendo —dijo

Kahurangi.

—Podemos asegurar que la evolución de la vida aquí es extremadamente diferente gracias a factores diferenciadores que aparecen en las muestras geológicas que sí que tenemos. Como algunas condiciones fueron distintas desde el principio, la vida aquí ha evolucionado de otra manera.

—¿Cómo de diferente? —preguntó Aparna.

—Somos los únicos mamíferos en el planeta, para empezar —explicó MacDonald—. Los demás no evolucionaron. Igual que las aves. Hay reptiles, pero no son tan numerosos como los que tenemos en casa. Hay análogos para cada especie, por supuesto. La vida evoluciona para rellenar nichos, pero biológicamente hablando no son iguales.

—Aunque, tenéis ranas —señalé.

—Sí. No de la misma especie que las nuestras, pero hay ranas y otros anfibios. Muchos peces, insectos e invertebrados.

—Así que lo que fuera que ocurrió aquí se dio cuando los anfibios y los reptiles aparecieron.

MacDonald señaló el archivador más fino.

—Bueno, explícalo tú —dijo—. Pero vale la pena apuntar que no es tan simple. Tenemos plantas que florecen, por ejemplo. Por lo que sabemos hasta ahora, han evolucionado casi de la misma forma que las que tenemos en casa. Es complicado.

—Siempre lo es —contestó Kahurangi.

—Lo que me recuerda que también eres químico —añadió MacDonald, que le lanzó un archivador muy grueso antes de que pudiera reaccionar—. Hay mucho más ahí.

—Como es evidente. —Kahurangi observó el archivador.

—Una de las grandes diferencias es que el porcentaje de actínidos en esta Tierra es mayor que en la nuestra, incluidos el uranio y el torio. Las criaturas que la habitan los absorben de una forma que no ocurre en casa.

Algo se activó en mi cerebro.

—Así que todo ser viviente refina uranio, y los kaiju

han evolucionado para utilizarlo.

—Eso es una locura —dijo Niamh.

—Es la evolución —le corrigió Aparna.

—Tal vez —rectificó Kahurangi.

MacDonald me miró con los ojos entrecerrados.

—Eres nuestro nuevo machaca.

—Levanto cosas —afirmé.

MacDonald asintió, se giró y me dio el archivador más grande de todos.

—Empezando por esto, al parecer —dije.

—Sistemas y operaciones de la base Tanaka —contestó MacDonald—. No es justo que no te ponga deberes a ti también.

* * *

—En realidad, esto es fascinante —les dije al resto de los novatos durante la hora de la comida mientras hojeaba mi archivador.

—Eres un friki de los de verdad —dijo Kahurangi.

Nos sentamos en el salón comedor de la base, donde se servía la comida, una de las cuatro diarias que el personal montaba, pero donde también había una zona abierta para picotear a todas horas y un par de cocinas más pequeñas que cualquiera podía utilizar.

—No lo escuchéis —dijo Niamh—. Demuéstralo. Venga, cuéntanos algo fascinante sobre este lugar.

—Hacemos combustible y plástico del aire —dije.

—¿Cómo? —preguntó Aparna.

—Todos visteis esa cosa que parecía una refinería junto al aeródromo, ¿verdad? —Asintieron—. Ahí es dónde lo hacen. Absorben el dióxido de carbono y el vapor de agua del aire y lo catalizan. Según el proceso empleado, consigues plástico o combustible.

—Genial, contaminamos una segunda Tierra —dijo Niamh.

—Si lo sacamos del aire, la huella de carbono es cero —señaló Kahurangi.

—Recordaré que has dicho eso la próxima vez que

aspires gases de escape.

—¿Qué funciona con combustible o plástico aquí? —preguntó Aparna, que alzó los palillos chinos en el aire y tocó el bol de madera con ellos—. No veo mucha cosa, y me han dicho que la base funciona principalmente con energías solar y eólica.

—Las aeronaves emplean la mayor parte del combustible. El plástico se utiliza para reparar lo que traemos, como portátiles o tabletas, y otras cosas. —Señalé la red que recubría la base completa—. Como eso. —Pase la manos por los monos—. Esto también.

—Sí, ¿a qué se deben los petos? —preguntó Kahurangi —. Me siento como si nos hubiera vestido alguien que ha visto demasiadas películas de ciencia ficción de los setenta.

Pasé las páginas del archivador.

—Mantienen a los bichos alejados, por un lado. También están diseñados para favorecer la evaporación del sudor en condiciones cálidas y húmedas, como este planeta.

—Eso no es una broma —comentó Aparna—. Me siento como si estuviera nadando.

—¿Como si estuvieras nadando? Yo siento que apesto —dijo Niamh, que le dio un golpe al mono—. Estas cosas me dan ganas de ducharme cada quince minutos. Lo que me hace pensar en que ¿por qué nos hacen caminar hasta un baño comunitario para ducharnos y hacer nuestras necesidades? ¿Por qué no los tenemos en las cabañas?

Pasé las páginas hasta la sección de las duchas.

—Para simplificar la instalación de fontanería, sobre todo —dije.

—Menuda tontería. Protesto.

—Por favor, no cagues en nuestra cabaña —le pidió Aparna.

—No lo haré —dijo Niamh—. Pero sabéis que tengo razón.

—Para facilitar la instalación de fontanería y para que sea más sencillo recoger los deshechos humanos —continué —, que se esterilizan y tratan antes de emplearlos para producir luz y abonar los cultivos que comemos.

Nos detuvimos y miramos nuestra comida.

—Bueno, eso es genial —dijo Niamh.

—Todo se recicla aquí —seguí—. Y todo lo que no se recicla, se envía por barco a la Tierra humana. Debemos tener un impacto ecológico de cero.

—¿Y la carne? —dijo Kahurangi, que removió algo que emulaba la carne en su plato—. ¿Esto es algo así como ternera de verdad?

—Seguramente —respondí un minuto después tras revisarlo—. Tenemos tanques de acuicultura para hacer caldo de pescado y otros artrópodos, e importamos algunos alimentos que no podemos conseguir. Cualquier cosa de origen animal, lácteo o de cereales. Azúcar y algunas especias. El café y el té. La mayoría de los viajes que realiza el *Shobijin* son para traer suministros. Comida, suministros médicos y aparatos tecnológicos.

—Eso parece caro —dijo Kahurangi mientras se tragaba la (posible) carne.

—Por lo que veo, todo es caro —respondí—. O lo sería, si tuviéramos que tomar en consideración lo que cuesta todo aquí, que, al parecer, no tenemos que hacer.

—¡Es un paraíso socialista! —se jactó Niamh.

—Quizá sea más sencillo traer unos pollos —sugirió Kahurangi.

Aparna negó con la cabeza.

—No quieren correr el riesgo de traer especies extranjeras más de lo que deben.

Kahurangi se rio ante esto.

—Creo que si un pollo tratara de escaparse de aquí, no duraría demasiado.

—No es solo por el pollo, es todo lo que vendría con el animal —continuó Aparna—. Microbios. Parásitos. Virus. La vida aquí es diferente, pero es posible que no del todo. Bueno, al menos en las pequeñas cosas. Y las criaturas de este mundo no tienen ningún tipo de defensa contra nada que el pollo pueda tener. Una gripe aviar podría acabar con la especie. —Se giró hacia mí—. Supongo que los invernaderos son los edificios más biológicamente seguros

de la base.

Pasé las páginas hasta la sección de los invernaderos.

—Tienes razón —dije—. Cuentan con cámaras hiperbáricas, aire pesado, sistemas de filtrado de agua y polinización a mano.

—Alguien se dedica a tomar muestras de flores —añadió Niamh.

—En realidad —continué, y pasé otra página antes de alzar el archivador en el aire—, es la labor de la mayoría de la gente en algún punto de la estancia. Todos aquí tenemos uno o dos roles principales, pero somos unos ciento cincuenta en la base, y hay muchas cosas que hacer. Así que, aparte de vuestro trabajo de jornada completa, cada día alguien realiza tareas que se deben declarar cada vez que se completan. —Saqué el móvil, que estaba conectado a la red Wifide la zona—. Tienen una aplicación.

—Disfruta de la toma de muestras —le dijo Aparna a Niamh, que le lanzó un picatoste.

—¿Y qué pasa con los kaiju? —preguntó Kahurangi.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, mira —dijo él—. Estamos en un lugar en que los monstruos campan a sus anchas y nos aguardan cosas que los humanos jamás han experimentado y, hasta el momento, lo único que hemos hecho ha sido llevar pantalones de plástico y leer lo que nos han pedido. —Tocó los dos archivadores—. Y nos acabas de decir que vamos a realizar tareas domésticas.

—Así que me estás preguntando cuándo te tocará jugar con los kaiju —dije.

—No lo pondría de ese modo, pero sí.

—Tu antecesor jugó con los kaiju y le arrancaron un miembro dos veces —le recordó Niamh.

—Cada vez uno distinto —corrigió Aparna.

—De todos modos, no es la hora de los juegos en planeta Kaiju.

—No digo que quiera acercarme a uno y gritarle que estoy en el bufé —dijo Kahurangi—. Pero la organización se llama Sociedad para la preservación de los kaiju. ¿Cuándo

podremos preservar a los kaiju?

Resultó que la respuesta a eso la sabríamos al día siguiente.

CAPÍTULO 9

—Oh, ahí estás —me dijo Tom cuando entré en el salón comedor. Había ido a tomar una bebida fría y él se acercó con una taza de algo caliente, seguramente un café.

—Aquí estoy —afirmé. Hice un gesto hacia el café—. ¿Cómo puedes beberte eso?

—Es… ¿café? —dijo—. Son las diez de la mañana y mi cerebro necesita despertarse.

—Hace como 90° Fahrenheit.

—Treinta grados —me corrigió Tom—. Aquí empleamos el sistema decimal.

—Quiero decir que hace calor.

—Te acostumbras tras un par de viajes. Casi ni lo noto, ya.

Permanecí de pie mientras sudaba dentro del mono y sobrecargaba su capacidad de absorción.

—Eso estaría bien.

—Te pasará —me aseguró Tom—. ¿Qué tal el primer día de trabajo?

—Me toca levantar cosas —dije. Me había despertado y había revisado la aplicación de la base para descubrir que era una persona muy muy popular: mi lista de tareas tenía quince puntos, la mayoría implicaban mover, levantar y enviar cosas por mensajería de un lado al otro. La base Tanaka no era tan grande como el Lower East Side, pero, aun así, estaba haciendo ejercicio—. Estoy ligeramente resentido de que füdmüd me proporcionara más experiencia para este mundo que una década entera de educación superior.

—Es gracioso. Escucha, te acabo de poner una tarea prioritaria en la lista. En el laboratorio de química hay unos botes que hay que llevar al helipuerto, lo que significa que

vas a conocer a Martin, nuestro piloto de helicópteros. Eso será divertido, es la monda. —Una lucecita indicó que me había llegado una notificación mientras Tom hablaba—. Ese será el aviso de que te ha llegado.

—¿Es tan prioritario que no puedo tomar algo antes?

—Para nada. Mantente siempre hidratado. Después, ve al laboratorio de química. Disfruta del refresco. —Inclinó la taza llena de líquido asquerosamente caliente hacia mí y se marchó.

Fui al salón comedor y leí detenidamente todas las opciones que tenía. Había agua, té, café, zumo que parecía de naranja pero podría haber sido de, no sé, cakiwi o algo así. También había una fuente de refresco, aunque las guías que habíamos encontrado en las habitaciones indicaban que los consumiéramos con moderación o los siropes se acabarían antes. El manual sugería que no tomáramos más de un vaso de agua edulcorada al día. Decidí que podría vivir sin ello. No había necesidad de traer mi pobre adicción a la coca cola a un mundo nuevo y, además, la fuente era de productos de Pepsi. Planeta nuevo, vida nueva.

Me bebí dos vasos grandes de agua y revisé la aplicación. La tarea prioritaria de Tom estaba ahí, junto con una larga lista de otras para las que se me requería y a las que se iban añadiendo otras a cada minuto que pasaba. Para ser justo, no era el único que trabajaba con la lista; también estaba mi análoga del equipo Azul, Val, que parecía capaz de hacer pesas conmigo sin sudar siquiera. La había conocido antes esa mañana porque arrastrar un contenedor de abono desde Aguas negras y reciclaje hasta el invernadero C era una tarea para dos personas, a no ser que quisieras que el abono se desparramara y se deslizara por toda la base, algo que yo no deseaba por nada del mundo.

Taché la tarea de Tom de la lista para indicarle a Val que yo me encargaba y avisar al laboratorio de química de que estaba en camino. Entonces, limpié el vaso y atravesé la base, por donde me subí a un carrito de transporte de

mantenimiento, hasta mi destino.

Kahurangi estaba allí con su compañera del equipo Azul, la doctora Pham Bian.

—He descubierto para qué se emplea la química en la tierra Kaiju —dijo.

—Meta —dije.

—Mejor.

—¿Qué podría ser mejor que la meta? —pregunté, sorprendido.

—Feromonas —intervino la doctora Pham, que le dio un toquecito a un contenedor grande y presurizado, que supuse que era el que me tenía que llevar.

—No unas feromonas cualesquiera —añadió Kahurangi —. Feromonas de kaiju.

—Vaya —dije—. Vale, genial, ¿y esto lo hacemos por qué…?

—Para conseguir que hagan lo que queremos —añadió la doctora Pham—. No podemos limitarnos a hablar solo con uno, así que fabricamos esto para hacérselo entender. Como «Peligroso» o «Territorio reclamado».

—¿Y escuchan?

—A veces.

—A mí me preocuparía esa afirmación.

—Uno trabaja con lo que tiene —dijo la doctora Pham.

—Supongo. —Señalé el contenedor—. ¿Y qué dicen estas feromonas?

—Dicen «Vamos a aparearnos» —contestó Kahurangi.

Consideré su respuesta.

—Ligues kaiju en un contenedor.

Kahurangi sonrió.

—Genial, ¿verdad?

—Es agradable ver que has estado ocupado en tu primer día de trabajo.

—No, la doctora Pham ya había elaborado estas. Aunque trabajaré en la siguiente remesa.

—Debes de estar muy emocionado.

—Te burlas de mí, pero lo estoy —respondió Kahurangi.

—El doctor Lautagata se ha mostrado muy entusiasta con el trabajo de esta mañana —dijo la doctora Pham. Me llevó un momento comprender que se refería a Kahurangi. Hacía tres días que lo conocía y desconocía su apellido y que, al parecer, tenía un doctorado.

—Quiero decir, quién no lo estaría —respondí—. Así que, ¿cuántos contenedores he venido a recoger?

La doctora Pham señaló.

—Estos cuatro —me indicó—. Y Martin te entregará otros, pero no hay prisa. No los necesitaremos de inmediato. El doctor Lautagata te acompañará.

—Bien —dije—. Entonces, quizá también me ayude a cargarlos en el carrito.

Kahurangi sonrió de nuevo y comenzó a levantar contenedores.

* * *

—¿Estos son los creadores de bebés? —preguntó Martin Satie, que señaló los contenedores. Sonaba como si fuera originario de Quebec, por lo que rigurosamente hablando, era el que más cerca estaba de casa de cualquiera de nosotros.

—Lo son —dijo Kahurangi. Trató de matar a las mosquitas que insistían en comerle la cara, pero sus intentos se vieron frustrados por la red. Los tres estábamos de pie en uno de los helipuertos de la base Tanaka, donde había un helicóptero preparado.

Satie gruñó y se dirigió al hangar junto al helipuerto, se detuvo y nos miró a ambos.

—Bueno, vamos —dijo—. Vamos a montar esto.

Confusos, echamos un vistazo al helicóptero.

—¿Disculpa? —espetó Kahurangi.

—¿Crees que voy a volar hasta un kaiju, bajar la ventanilla y lanzar lo que hay en el contenedor? —replicó Satie—. No, claro que no. Ven y ayúdame a preparar el andamio. —Comenzó a caminar de nuevo. Kahurangi y yo nos miramos, nos encogimos de hombros y le seguimos al almacén.

El andamio en cuestión era una estructura de fibra de carbono, que atravesaba la bodega de carga del helicóptero, tras la cabina principal. Cargamos el helicóptero mientras Satie la aseguraba y después nos enseñó cómo enganchar los contenedores, primero al andamio y después a un aparato que liberaría el contenido. Ahora, el vehículo parecía un avión de fumigación.

—Será mejor que retrocedáis —nos advirtió Satie. Obedecimos y dimos un paso atrás. Satie se encaminó a la cabina principal y le dio un par de veces a un conmutador. Una cantidad ínfima de feromonas de kaiju se escaparon.

—Oh, dios mío —dije.

Kahurangi gruñó y se dio la vuelta mientras se cubría el rostro.

Satie se rio.

—¿Te gusta?

—No, en realidad.

—Descríbeme cómo huele.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, quiero saberlo.

—Es como si una familia de mapaches se hubiera asfixiado por el calor dentro de un contenedor y alguien hubiera destilado sus restos fermentados.

—Ajá —dijo Satie—. Yo me limito a decir que huele a Malört, pero también me gusta tu versión. —Hizo un gesto hacia nosotros—. Vale, pues. Entrad.

—¿Qué? —dije.

Satie nos miró.

—¿Quién de vosotros es el doctor Lautagata? —Kahurangi alzó una mano—. Pues necesito que vengas a observar e informar a la doctora Pham.

—¿Informarle sobre qué?

—Cómo funciona tu perfume —dijo Satie—. Y tú… —Me señaló—. Tienes que rociarlo con esto cuando te lo diga.

—¿No puedes hacerlo tú? —pregunté—. Solo hay que darle a un botón.

—¿Alguna vez has volado el helicóptero alrededor de un kaiju excitado y lujurioso?

—No —admití.

—Vale, pues. —Nos miró a ambos—. ¿Alguno de vosotros ha volado antes en helicóptero?

—Yo sí —dijo Kahurangi.

—¿Cómo fue?

—Vomité.

Satie gesticuló hacia la parte trasera de la cabina principal.

—Tú siéntate en la parte de atrás.

* * *

—Me acabo de dar cuenta de que debería haber hecho esta pregunta antes de montarme en el helicóptero —dije por los cascos que Satie me había dado—, pero ¿por qué hacemos esto?

—¿Te refieres a por qué viajamos a cien klicks para rociar a un monstruo con zumo afrodisíaco? —dijo.

—Sí, eso.

—Bueno, ¿sabéis que en el otro sitio tenemos pandas?

—He oído hablar de ellos, sí —dije, y reflexioné en lo rápido que el lugar en el que había vivido toda la vida hasta hacía tres días era ahora «el otro sitio».

—Los osos panda son monos, pero no son lo que diríamos unos eruditos y, en ocasiones, se olvidan de procrear, ¿sabéis? Así que los humanos tienen que ayudarlos a formar una conexión amorosa. Bueno, los kaiju son los pandas más grandes y estúpidos que jamás veréis.

—¿Los kaiju se olvidan de procrear? —dijo Kahurangi.

—Olvidan muchas cosas, la verdad —respondió Satie —. Están en la cima de la escala evolutiva, pero la evolución no los seleccionó por ser los más inteligentes del planeta. Todo lo que hay aquí es más lento que una piedra. El caballero al que vamos a buscar hoy tiene menos luces que el kaiju medio. Hay una hembra de su misma especie a un valle de distancia que intenta llamar su atención desde el año pasado. Cada vez que cruza hasta aquí, él trata de luchar contra ella. Así que hemos venido a hacerle cambiar de opinión.

—Vale, pero ¿por qué nos importa? —pregunté.

—¿Por qué nos preocupamos por los pandas?

—Porque son monos —dijo Kahurangi—. No hay más.

—No te equivocas, pero la respuesta que esperaba es que están en peligro de extinción. Bueno, Edward y Bella también lo están.

—¿Edward y Bella? —repetí—. ¿Habéis nombrado a estos kaiju como los protagonistas de *Crepúsculo?*

—No fue idea mía—dijo Satie—. Si por mí fuera, los habría llamado Sid y Nancy. Les pega más con su personalidad. Pero nadie me preguntó. Lo hizo una milenial como vosotros.

—Los milenials hemos destrozado el arte de nombrar a los kaiju —le dije a Kahurangi.

—Somos lo peor —confirmó.

—Ed y Bel son los únicos de su especie en esta parte del continente. No los vemos más al norte de los cuarenta grados de latitud ni por debajo de esta. Así que, queremos intentar hacer que procreen. Somos la Sociedad para la preservación de los kaiju. Vamos a intentar preservarlos.

—¿Y cómo ha ido hasta ahora? —preguntó Kahurangi.

—No demasiado bien. Este es el quinto intento. —Satie echó la cabeza hacia atrás para señalar los contenedores—. La doctora Pham ha modificado la fórmula a medida que hemos avanzado. Ese es el motivo por el que estás aquí, doctor Lautagata. Deberás contarle cómo reacciona Ed a esta versión.

—¿Cómo reaccionó las primeras cuatro veces?

—Con varias formas de enfado, sobre todo.

—Eso no es bueno.

—No lo es, pero soy un buen piloto. El helicóptero no suele sufrir ningún daño.

—No suele —repitió Kahurangi, que me lanzó una mirada inexpresiva.

—La última versión casi lo logra. La doctora dijo que al fin había visto pruebas de una cloaca tumefacta.

Me reí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —dijo Satie.

—Estaba pensando en que la cloaca tumefacta de Edward habría sido un nombre maravilloso para un grupo.

—Emo, por supuesto —añadió Kahurangi.

—Su primer álbum relucía como una promesa, pero el siguiente era un poco flojo.

—El tercero era bastante mierdoso.

—Para ser sincero, la competencia fue dura aquel año.

—Creo que podrían haber sido la leche.

Me disponía a añadir otra frase a esta conversación horrible y vergonzosa, pero llegamos a la cima de una colina y eché un primer vistazo a Edward.

—Madre mía —dije.

Satie sonrió.

—Mono como un panda, ¿verdad?

Kahurangi hizo un ruido a modo de respuesta.

—Amigo, si crees que eso es mono, llevas demasiado tiempo en este planeta.

—Lo secundo —añadí—. Eso parece el resultado de un ataque de pánico de Lovecraft.

Satie asintió.

—Espera a verle la cloaca.

—No vamos a verle la cloaca en serio, ¿verdad? —dijo Kahurangi.

—Doctor Lautagata, para cuando hayamos terminado, no quedará mucho por ver de Edward.

—¿Cuánto vamos a acercarnos? —pregunté.

—Bastante.

—¿Es completamente necesario? —preguntó Kahurangi.

—¿Has cargado unos misiles en el helicóptero? —replicó Satie—. ¿Llenos de feromonas?

—No.

—Entonces es absolutamente necesario. No te preocupes, doctor. Acercarse es la parte sencilla. Lo complicado será alejarnos.

CAPÍTULO 10

—¿Por qué no nos come? —pregunté. Estábamos tan cerca de Edward que la pregunta ya no era irrelevante.

—Está dormido —dijo Satie.

Lo miré.

—¿Dormido?

—Sí, duermen.

—¿Cómo sabes que está dormido?

—Para empezar, no nos ha intentado comer —dijo—. Por otro lado, no se le ven los ojos.

Miré a Edward.

—¿Tiene ojos?

—Los llamamos ojos. Supongo que ya te habrán explicado que todo es bastante más complicado que eso. Créeme, lo sabrás cuando los veas.

—No tienen ojos de verdad, pero sí una cloaca —dijo Kahurangi por detrás.

—Yo no los he diseñado, solo vuelo hasta ellos —replicó Satie.

—Bueno, vamos a empapar a esta cosa con feromonas y nos marchamos —añadí. No dejaba de mirar a un Edward dormido, consciente de que si estuviera despierto, me moriría de miedo.

Satie negó con la cabeza.

—No funciona así. Si lo rociamos ahora, permanecerá dormido, por lo que el doctor Lautagata no tendrá nada de lo que informar y la doctora Pham se enfadará con vosotros.

—Estoy dispuesto a mentir —dijo Kahurangi.

—Hoy es tu primer día, así que te diré algo que no sabes: no hagas enfadar a la doctora Pham —advirtió Satie —. Irá a por ti al anochecer, hijo. Es un consejo gratuito.

—Parece muy simpática.

—Lo es. Es una persona maravillosa. Pero si le mientes con lo de las feromonas, te abrirá en canal y te usará de comida para los cangrejos de árbol.

—¿Hay cangrejos de árbol? —preguntó Kahurangi.

Satie ignoró el comentario.

—Tenemos que despertarlo —me dijo.

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunté.

Satie acercó el helicóptero a Edward. Mucho.

—Uo, uo, uo —exclamó Kahurangi.

—Estoy con él —añadí.

—Aproximarse tanto suele ser suficiente para llamar su atención —dijo Satie.

—Ya lo has hecho antes.

—Claro.

—Y crees que es inteligente. —Hice un gesto hacia nosotros para señalar que estábamos a escasos metros del muro de carne que era el kaiju.

Satie resopló.

—Si fuéramos inteligentes, no estaríamos en este planeta.

—Eh, ¿qué es eso? —Kahurangi señaló hacia la pared de carne de kaiju. Seguí el dedo con la mirada hacia un punto en el cuerpo de Edward donde había unas cosas que, a falta de una expresión mejor, no dejaban de retorcerse.

—Parásitos —dijo Satie.

—Del tamaño de un *rottweiler*.

—Si nos quedamos, veréis algunos más grandes.

—Creo que ya he expresado mi opinión con respecto a lo de quedarnos.

—No parece que vaya a despertar —le dije a Satie. Los parásitos de Edward se movían, pero él no.

Satie puso una mueca.

—Vale, bueno. Tengo un truco más en la manga. —Nos colocó en vertical sobre la pared que era Edward hasta que planeamos por encima de él. Había el sitio suficiente en la parte de arriba para aterrizar si queríamos. Esperaba que no.

—¿Tienes el interruptor listo? —me preguntó.

Lo tomé.

—Listo.

—Vale. Voy a hacer una cosa y después contaré hasta tres. Cuando llegue a tres, activas el interruptor y cuentas hasta cinco antes de apagarlo.

—¿No vamos a dejar que corra?

—¿Por qué haríamos eso?

—Mira, Martin —dije—. No sé por qué tengo que recordarte esto, pero literalmente es la primera vez que hago esto y no sé nada.

—Una cuenta atrás de cinco funcionará —dijo él—. Cubriremos el resto después. ¿Preparado?

—¿Para qué? —pregunté.

—Para esto —contestó, y descendió el helicóptero de golpe hacia Edward, que se apretujó como un budín con costra dura por encima. Satie alzó el helicóptero unos metros justo por donde acabábamos de golpear a Edward.

La zona contra la que habíamos rebotado comenzó a brillar.

—Uno —dijo Satie.

De pronto, el resplandor se convirtió en un círculo extremadamente brillante de unos tres metros.

—Eh, creo que he encontrado el ojo —dije.

—Dos —corrigió Satie, y entonces lanzó el helicóptero hacia la zona iluminada.

Edward rugió.

—¡Tres! —exclamó Satie, que condujo hacia arriba de nuevo. Activé el interruptor y comencé a contar mientras miraba el ojo. Hasta que no llegué a cuatro, no empezamos a ganar una altitud relativa. Edward nos había perseguido todo el tiempo.

—¡Ya! —le grité a Satie. Nos lanzó hacia arriba y nos alejó de Edward, que casi nos golpea con lo que sea que fuera aquello con lo que nos iba a dar, pues tentáculo me parecía quedarse corto en ese momento.

—¿Aún lo veis? —preguntó Satie. Tanto Kahurangi como yo dijimos que sí—. ¡Estad atentos a sus ojos!

—¿Qué buscamos? —preguntó Kahurangi.

Edward dejó de rugir. Había cuatro discos de luz que supusimos que eran los ojos. Los miramos.

De pronto, se contrajeron y los puntos que brillaban como la luz del sol se centraron en nosotros.

—Oh, mierda —dijo Kahurangi.

Y entonces, igual de inmediato, aparecieron unas alas.

—Oh, mierda —repitió Kahurangi.

—¿Esa cosa tiene alas? —grité, incrédulo.

—Claro —replicó Satie.

—¡Pero hace un momento no tenía!

—Las tenía —dijo Satie—. Pero estabas buscando los ojos.

Edward echó a volar.

—Oh mierda, oh mierda, oh mierda, oh mierda —dijo Kahurangi.

—Deberíamos irnos —le dije a Satie.

Este hizo virar el helicóptero y se alejó volando de Edward.

—Vale, ahora tengo una buena noticia y una potencialmente no tan buena —informó Satie. Estiró la mano izquierda y presionó un botón para activar un monitor que mostraba las imágenes de la cámara trasera. Estaba totalmente ocupado por Edward—. El rebote en la cabeza lo ha hecho enfadar y era probable que fuera a matarnos, pero en cuanto ha notado el olor de las feromonas, ha decido que ya no quería hacerlo.

—¿Estás seguro? —dijo Kahurangi.

—Tiene los ojos dilatados, ¿verdad?

Asentimos.

—Esa es vuestra señal.

—Si no quiere matarnos, ¿por qué nos persigue?

—Porque quiere hacernos otra cosa.

—¿Nos la va a meter un kaiju? —gritó Kahurangi mientras procesaba lo que eso implicaba.

—Esa es la buena noticia.

—¿Cómo puede ser una buena noticia?

—Es una buena noticia porque siempre y cuando

quiera aparearse con nosotros, no deseará matarnos —explicó Satie. Dirigió el helicóptero hacia abajo y voló de forma peligrosa cerca del montón de árboles bajo nosotros. Edward se confundió por un momento, pero pronto acortó la distancia—. Lo que significa que nos perseguirá, pero no nos atacará. Queremos que nos siga porque lo estamos llevando hacia Bella.

—Y cuando la vea, irá a por ella en lugar de a por nosotros —dije.

—Ya lo veremos. Ese es el plan.

—¿Cuál es la noticia no tan buena?

—Las feromonas desaparecen. Rápido. Debemos seguir rociándolo hasta que lleguemos a Bella.

Pensé en ello.

—Así que debemos permanecer los bastante cerca de él para echarle más feromonas.

—Sí.

—Porque si no lo hacemos, querrá matarnos, por lo que estaremos muertos.

—Sí.

—Pero si lo hacemos, y no vamos con cuidado, nos atrapará e intentará follarse el helicóptero. En cuyo caso, estaremos muertos.

—Sí.

—Y siempre haces esto.

—Sí —dijo Satie—. Más o menos. Esto es lo más lejos que jamás hemos llegado.

—Vaya, está cerca —dijo Kahurangi, que señaló la pantalla.

—Échale otra dosis —me pidió Satie—. Cuenta hasta cinco.

Active el interruptor de nuevo y conté hasta cinco. Las feromonas le entraron en la boca, se atragantó y escupió en la pantalla antes de desaparecer.

—¿Qué narices? —dijo Kahurangi.

—Eh —dije, y miré alrededor por las ventanas del helicóptero.

—Suele hacerlo —apuntó Satie.

—¿Desaparecer?

—Sí.

—Es una pesadilla de ciento cincuenta metros. ¿Cómo narices desaparece? —gritó Kahurangi.

—Bueno —dijo Satie, y entonces Edward se lanzó en picado desde arriba para colocarse directamente en nuestro camino listo para agarrarnos con esas extremidades.

Todos gritamos, Satie hizo algo y el helicóptero otra cosa con lo que pasamos a Edward de largo, pero no antes de ver la imagen que me llevaría a la tumba.

La tumefacta cloaca de Edward.

Tras calmarme, volví a mirar a Kahurangi, que estaba boquiabierto y con los ojos imperturbables.

—Tú también lo has visto —dije.

Kahurangi asintió.

—Me voy a poner como una cuba cuando volvamos.

—Te acompaño.

—Dios mío, Jamie. ¿Qué le pasa a este planeta?

—Volvemos a tenerlo detrás —me avisó Satie—. Vuelve a darle.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Si no estuviera tan puesto, nuestros restos ya estarían esparcidos por el suelo de la selva —explicó Satie—. Así que, sí, estoy seguro. Esta vez, espera seis segundos.

* * *

Rociamos a Edward tres veces más antes de llegar al valle de Bella. Estaba despierta, había sacado las alas y, si era posible, era aún más aterradora que Edward.

—Es como si supiera que veníamos —dije.

—En efecto —contestó Satie—. Tiene orejas. O algo así.

—Ya podemos irnos, ¿verdad? —dijo Kahurangi.

Satie negó con la cabeza.

—Todavía nos falta una cosa por hacer.

Miré a Bella.

—Déjame adivinar —dije.

—Si está siguiendo las feromonas, deberán llevarlo

hasta ella —dijo Satie.

—¿Y qué opina ella de nosotros?

—Se ha sentido atraída por Edward durante un tiempo ya. Esperemos que mantenga los ojos en el premio. —Satie dio un acelerón hacia delante.

Fuimos directos hacia Bella con Edward pisándonos los talones. Ella se mantuvo firme.

—Esto podría ser un caso horrible de la postura del sándwich —dijo Kahurangi.

—Deja que el contenedor se vacíe —me dijo Satie—. Solo asegúrate de que no quede nada cuando hayamos pasado por encima de ella.

Asentí y activé los contenedores. Veía lo que planeaba.

—Muy malo —decía Kahurangi—. Muy, muy, muy, muy, muy malo.

Edward comenzó a gritar. Bella clamó de vuelta. Nos unimos, no sé para qué, y Satie giró con violencia por lo que creí que era el hombro de Bella. Apagué los contenedores cuando la dejamos atrás y entonces se produjo un estallido entre la tierra y los kaiju cuando Edward se estrelló contra Bella y los dos rodaron por la tierra a medida que arrancaban árboles como si fueran palos de polo. Esquivamos pedazos de tierra del tamaño de un MINI Cooper y ascendimos hacia el cielo.

Cuando estábamos lo bastante altos y lejos, Satie viró para que viéramos el resultado de nuestra misión.

—Eso es, eh, un espectáculo —dijo Kahurangi—. Voy a pasármelo genial cuando intente explicárselo a la doctora Pham.

—No te preocupes, había cámaras grabando todo el tiempo —contestó Satie.

—¿Cómo? —Kahurangi miró a Satie—. Creía que me necesitabas para informarle.

—Nunca dije que no estuviera grabando.

—¡Me podría haber quedado en Tanaka!

Satie hizo un gesto hacia los kaiju que copulaban.

—Te habrías perdido esto.

—Casi morimos.

—No —dijo Satie—. Soy bueno en mi trabajo.

Kahurangi los miró un poco más y se quitó los cascos para indicar que había acabado de hablar con Satie, al menos, por un rato.

—Se le pasará —me dijo él.

—¿Es necesario que nos quedemos aquí? —pregunté.

—¿Estás de broma? Es pura ciencia.

—Me siento como si estuviera en el PornHub de los kaiju.

—Es la primera vez que vemos cómo esta especie se aparea —dijo Satie—. Si no grabo esto, todos los biólogos de la SPK irán a por mí. No, vamos a quedarnos un poco más, si te parece bien.

—Bueno, creo que deberíamos huir mientras podamos —dije—. Cuando acaben, quizá quieran tomarse un aperitivo.

Satie lo consideró un momento.

—Sabes que, creo que ya hemos tenido bastante ciencia por un día —dijo, y comenzó a dar la vuelta hacia la base.

A medida que lo hacía, la radio se activó.

—Chopper Dos de Tanaka, ¡adelante! —dijo alguien desde la base. Creo que era MacDonald, pero no estaba seguro.

—Chopper Dos de Tanaka, recibido —dijo Satie.

—Chopper Dos, te necesitamos para echarle un vistazo a un kaiju no identificado a cuarenta klicks al sudoeste de tu posición —informó la base.

Satie miró las herramientas. Al parecer, que te persiga un kaiju exige mucho a un helicóptero.

—Base, ¿cuál es la naturaleza del problema? —preguntó—. ¿Es un avistar e identificar?

—Negativo, Chopper Dos. Creemos que es un problema de ventilación.

Satie se detuvo.

—Repítelo, base.

—Creemos que tenemos un problema de ventilación, Chopper Dos. Requerimos confirmación visual y estimación de la gravedad. Cambio.

—Entendido. Cambio y corto. —Se giró hacia mí—. Mierda —dijo.

—¿Esto es un problema? —pregunté.

—Esperemos que no —dijo Satie, que se giró hacia Kahurangi y le hizo un gesto para que se volviera a poner los cascos.

—¿Qué ocurre? —dijo Kahurangi.

—Nos acaban de dar otra misión. Hay una emergencia. Tenemos que desviarnos a cuarenta klicks al sudoeste.

Kahurangi frunció el ceño.

—¿También corremos el riesgo de morir?

—Quizá.

—¿Quizá?

—Puedo dejarte aquí si lo prefieres —dijo Satie—. Puedes volver a pie.

Kahurangi puso los ojos en blanco y se volvió a quitar los cascos.

Satie me miró y sonrió.

—Se le pasará —dijo, y se encaminó hacia nuestro próximo destino.

CAPÍTULO 11

Antes de ver al kaiju, vimos un humo que se enroscaba hacia el cielo y se colgaba en el aire, denso y lánguido. Había más de una zona llena de humo. Unas manchas negras trazaban el camino hacia la criatura, y las seguimos.

—¿Suelen prender fuego a las cosas? —pregunté. Satie negó con la cabeza—. Entonces, ¿por qué este sí?

—No puede evitarlo.

—Ahí está —exclamó Kahurangi a medida que nos acercábamos a la colina. Se había puesto los cascos mientras volábamos. Señalaba el borde de un lago bastante grande. La criatura estaba allí de pie, inmóvil mientras trataba de recuperar el aliento. Tras ella, todo ardía.

Satie maniobró el helicóptero fuera del camino del humo y permanecimos en el aire a más o menos un kilómetro del kaiju.

—¿No nos vamos a acercar? —pregunté.

—No si podemos evitarlo —dijo Satie.

Kahurangi resopló.

—Eso es nuevo.

—Eso es nuevo —afirmé—. ¿Por qué nos quedamos atrás esta vez?

—Estamos aquí para ver si descarga —dijo Satie—. No querremos estar cerca, si lo hace.

—¿Qué es «descargar»? —preguntó Kahurangi.

Satie no respondió directamente. En su lugar, me miró la muñeca en la que llevaba un reloj inteligente.

—¿Esa cosa tiene un cronómetro?

—Claro. —Mi reloj tenía muchas funciones, el noventa por cien de las cuales jamás usaba, como el resto de la gente. El cronómetro era una de ellas.

—Prepáralo. —Satie volvió a mirar a Kahurangi e hizo

un gesto con la cabeza hacia la consola entre mi asiento y el suyo—. Hay unos binoculares ahí. Sácalos y úsalos.

Kahurangi asintió.

—El cronómetro está listo —dije—. ¿Para qué voy a usarlo?

Satie señaló el kaiju con la cabeza.

—La siguiente vez que descargue, inicia el cronómetro en cuanto pare hasta la siguiente vez que lo haga.

—¿Y veremos la descarga?

El kaiju abrió la boca y una corriente de luz cegadora salió de ella y golpeó la superficie del lago, que evaporó al instante.

—Bastante, sí —dijo Satie.

El chorro de luz se detuvo e inicié el cronómetro.

—Esa cosa echa fuego por la boca —dije.

Satie negó con la cabeza.

—Es más complicado que eso. Es un chorro de partículas ionizadas. Un plasma. Está a una temperatura de unos miles de grados.

—Entiendo por qué no querías que nos acercáramos. —Si un chorro de plasma golpeara el helicóptero, sería un muy mal día para este y para nosotros.

—¿Cómo sobrevive el kaiju a este calor? —preguntó Kahurangi. Había sacado los binoculares y apuntaba a la criatura.

—Si no lo detienen, no sobreviven —contestó Satie.

—Eh, conozco a este kaiju —comentó Kahurangi—. Recuerdo a esta cosa. Es el que se peleó con Kevin.

—¿Estás seguro? —pregunté.

Me tendió los binoculares.

—Míralo tú mismo.

Los acepté y apunté hacia el monstruo. No recordaba su rostro, pero sí el pedazo de bestia que voló por el aire durante la pelea. A este kaiju le faltaba un gran trozo de carne del torso.

—Es ese —confirmé, y le devolví los prismáticos a Kahurangi—. Ha recorrido mucha distancia desde entonces.

—Le patearon el culo y no ha dejado de correr desde

entonces. —Kahurangi se puso los prismáticos de nuevo.

—¿Visteis a esta cosa involucrada en una pelea? —preguntó Satie.

—Sí —dijo Kahurangi—. Casi acabamos en el medio. Nos lanzaron árboles.

—¿Y este resultó herido?

—Vimos pedazos de kaiju volar por los aires. Trozos grandes. ¿Por qué?

—Porque… —Satie se detuvo, pues el kaiju soltó otra llamarada de plasma que recorrió el borde del lago e hizo estallar árboles a su paso. Paré el cronómetro y Satie me miró—. ¿Cuánto ha pasado?

Miré abajo.

—Dos minutos con ocho coma treinta y ocho segundos —dije.

—Vale, esto es raro y asqueroso —dijo Kahurangi—. Hay cosas manando del kaiju.

—¿Cómo qué? —preguntó Satie.

—No lo sé. Es como caspa del tamaño de un animal pequeño. —Kahurangi miró a Satie sin quitarse los prismáticos—. ¿Son sus parásitos?

—Seguramente —respondió Satie.

—¿Por qué huyen del kaiju?

—Por el mismo motivo que las ratas abandonan un barco que se hunde. —Satie abrió la emisora de la base—. Base, aquí Chopper Dos.

—Chopper Dos, adelante.

—Kaiju no identificado detectado. Confirmación visual de descarga. A un intervalo de dos minutos y los parásitos están abandonando el cuerpo, corto.

—Recibido, Chopper Dos. Se recomienda realizar el protocolo PEP.

—Recibido, base. Iniciando protocolo PEP. —Satie desconectó la radio y miró a Kahurangi—. Ya puedes guardar los prismáticos.

—¿Qué es el protocolo PEP? —pregunté.

—Significa pies en polvorosa —dijo Satie, que dio la vuelta con el helicóptero.

—Vamos a poner pies en polvorosa porque…

—Porque el kaiju estará a punto de prenderse fuego.

—Define «prenderse fuego» —exigió Kahurangi.

—Os han contado que son seres nucleares, ¿verdad?

—Sí. Aunque todavía no sé cómo funciona o si debería creérmelo.

—Créetelo. Son nucleares y, no supone un problema hasta que lo hace. Cuando un kaiju alcanza la pubertad y su biorreactor está mal formado o se mete en una pelea y la integridad del reactor se ve comprometida, las cosas se ponen muy muy feas muy muy rápido.

Se me encendió la bombilla.

—Descargar —dije—. No lanza la llamarada de plasma a propósito.

Satie negó con la cabeza.

—No. Es la forma en que intentan retomar el control del reactor.

—¿Y funciona?

—A veces. Se puede saber lo malo que es por el tiempo que pasa entre una descarga y otra. Una vez cada dos horas, tiene posibilidades de sobrevivir.

—Ese lo hace cada dos minutos —dije.

Satie se encogió de hombros.

—Es imposible sobrevivir a eso.

—¿Cómo lo saben los parásitos? —preguntó Kahurangi —. No se van porque estén contando los intervalos.

—No —afirmó Satie—. Se están quemando.

Kahurangi abrió la boca para añadir algo, la cerró y la volvió a abrir.

—Voy a hacer una pregunta muy estúpida…

—Sí, los kaiju son bombas nucleares con patas —dijo Satie—. ¿Era esa tu pregunta?

—En realidad iba a decir algo más sobre los parásitos, pero, eh, supongo que eso ya no importa. ¿Una puñetera bomba nuclear?

—¿Por qué te sorprendes? —añadió Satie—. ¿De qué crees que estábamos hablando?

—¡Nos dijeron que estas cosas tenían reactores!

—Sí, ¿y?

—Un reactor nuclear no es lo mismo que una bomba nuclear. ¡En los reactores hay sistemas de seguridad!

—Tiene razón dije.

—No, no la tiene —me contradijo Satie—. Estas cosas no han sido construidas. Han evolucionado. La evolución no diseña extras. Los biorreactores nucleares de los kaiju funcionan bastante bien. Hasta que dejan de hacerlo.

—Y entonces acaban con toda forma de vida a cientos de kilómetro a la redonda —espetó Kahurangi.

—La explosión no es tan grande —dijo Satie.

Kahurangi comenzó a decir algo, pero yo alcé una mano.

—¿Cómo de grande es?

—El kaiju medio estallará como una bomba de entre diez y quince kilotones —dijo.

—No tengo ni idea de lo que es eso —comenté.

Satie revisó los comandos

—Significa que si el kaiju estallara ahora mismo, estaríamos justo por delante del radio de daño del rayo de luz. —Le echó un vistazo a Kahurangi—. Lo que significa que sobreviviríamos. Los sistemas electrónicos y los comandos en el helicóptero están protegidos, así que resistirán a un pulso electromagnético. No es la primera vez que un kaiju sufre una descarga. A cada minuto que avanzamos, estamos un poco más lejos de él.

—A no ser que decida perseguirnos —añadió Kahurangi.

Satie negó con la cabeza.

—Ya no perseguirá nada más. Ha ido ahí a morir.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando los kaiju saben que van a morir, intentan llegar a zonas con agua. A un océano, preferiblemente, pero cualquier gran masa de agua les sirve. No me preguntes por qué. Soy piloto. Pero es así. La SPK lo aprendió a las malas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kahurangi.

—Esta base Tanaka no es la primera base Tanaka —explicó Satie—. La original estaba a unos cuarenta klicks al

Este, en la península de la ensenada. Esto ocurrió en los sesenta. Un kaiju joven con un reactor defectuoso llegó, caminó directo hacia la base y estalló. Ochenta personas fallecieron antes de que se hubieran dado cuenta.

—¿Por qué fue a la base? —pregunté.

—No soy un kaiju, así que no conozco sus razones para hacer las cosas. Pero ahora construimos las bases lejos de grandes masas de agua —hizo un gesto con la cabeza hacia Kahurangi—, y la doctora Pham, y ahora el doctor Lautagata, están fabricando feromonas que dicen «aléjate» para marcar nuestro territorio alrededor de la base.

—Y eso funciona —dije.

—Es como todo en el mundo de los kaiju —continuó él —. Funciona hasta que deja de hacerlo.

El mundo frente a nosotros se volvió muy brillante, lo que significaba que detrás relucía aún más. El kaiju había estallado.

—Va a haber turbulencias —nos advirtió Satie—. Doctor Lautagata, si quieres vomitar ahora, adelante.

* * *

—No he vomitado —dijo Kahurangi durante la cena aquella noche mientras les relataba los eventos del día a Aparna y Niamh. Él y yo acabábamos de salir de una reunión de varias horas con Brynn MacDonald, su homóloga del equipo Azul, Jeneba Danso, Tom Stevens y los jefes de los laboratorios de biología y física sobre nuestro viaje en helicóptero. A Martin Satie lo habían excusado para que atendiera el helicóptero. Al parecer, estaba a punto de volver a salir.

—No, solo te ha atravesado el cuerpo la radiación suficiente para convertirte de forma espontánea en un tumor —dijo Niamh.

—Estoy seguro de que no funciona así —replicó Kahurangi.

—Eso es lo que diría una persona que acaba de convertirse en un tumor.

Kahurangi se giró hacia Aparna.

—Tú eres la bióloga. Ayúdame.

—No digo que seas un tumor humano —añadió Aparna —. Pero debería hacerte algunas pruebas para asegurarme.

Kahurangi me señaló.

—¡Jamie estaba en el mismo helicóptero! ¿Dónde están las acusaciones de ser un tumor hacia él?

—Yo soy casi todo tumor ya —admití.

—Creía que éramos amigos —dijo Kahurangi, que entrecerró los ojos.

—Los tumores no tienen amigos —contesté—. Por otro lado, hoy he descubierto que Kahurangi tiene un doctorado.

—Bueno, todos tenemos uno. —Aparna se señaló a sí misma—. La doctora Chowdhury. —Señaló a Niamh—. Le doctore Healy.

—Dato curioso: *healy* significa «científico» en gaélico —dijo Niamh—. Soy le doctore científique. Podéis inclinaros ante mí.

—Creo que pasaré —dije.

—Mira eso, el tumor está celoso de solo tener un máster.

—No lo estoy. Vale, quizá un poco.

—Nos gustas de todas formas —añadió Aparna.

—Y por gustar, queremos decir que nos apiadamos de ti —comentó Niamh.

—Si te hace sentir mejor, nos has añadido un montón de trabajo nuevo —dijo Aparna.

—Pues, bien —dije—. ¿Cómo he hecho eso?

—En teoría, no has sido tú, sino el pobre kaiju que ha estallado —corrigió Niamh—. Y no solo a nosotros, a todo el mundo. Resulta que el hecho de que un kaiju estalle en pleno vuelo no es tan común como parece.

—Bueno, lo es para nosotros —apuntó Aparna.

—Sí. Según las medias numéricas, nos ha ocurrido a nosotros cuatro más a menudo que a la mayoría de la gente —afirmo Niamh—. Hoy nos hemos limitado a estudiar toda la información que habéis traído vosotros dos tumores, más el material que hemos obtenido de los aerostatos.

Asentí. Teníamos aerostatos en lugar de satélites.

Globos llenos de herramientas a gran altura para que los kaiju no trataran de enfrentarse a ellos o comérselos. Así descubrimos al kaiju al principio. Un aerostato sintió la radiación que venía de las descargas de la criatura.

—¿Ves? —Kahurangi señaló con el tenedor—. En definitiva, no nos necesitaban allí. Podrían haberlo cubierto con un aerostato.

Aparna negó con la cabeza.

—No. Vuestro vídeo del kaiju ha sido muy útil. Tenía un mejor ángulo. Se apreciaba mejor cómo los parásitos lo abandonaban.

—Tampoco les ha ayudado demasiado —dije—. Es difícil escapar de una explosión nuclear.

—Vosotros lo habéis hecho —apuntó Niamh.

—No escapamos, salimos volando.

—Por los pelos —añadió Kahurangi.

—Oh, venga ya —dijo Niamh—. Deja de quejarte. Habéis escapado de un kaiju excitado y de un hongo nuclear. Si no puedes disfrutar de ello, tienes un problema.

—Gracias por el vídeo del kaiju cachondo, por cierto —dijo Aparna—. Ha sido… interesante de ver.

—Deberías haberlo visto en directo —respondí.

Aparna asintió.

—No es eso. Bueno, sí, pero no de la forma que crees. Estas criaturas tienen una relación con la radiación distinta a la nuestra, o a la que teníamos en casa. Nos altera el ADN y es letal en grandes dosis.

—Se manifiesta en tumores —dijo Niamh, que nos señaló alternativamente a Kahurangi y a mí.

—Aquí la utilizan —continuó Aparna—. No es un peligro para ellos como lo es para nosotros. Cuando ocurre una catástrofe nuclear, cualquier cosa que no muera de inmediato por el estallido, se dirigirá hacia la zona de la explosión.

—¿Para qué? —preguntó Kahurangi.

—Para alimentarse. Que un kaiju explote solo es parte del ciclo de la vida aquí.

—Así que estás diciendo que la vida migra al cráter de

la explosión.

—Sí. Desde insectos pequeños hasta otros kaiju. Están todos en continuo movimiento.

—Y ahí está la segunda cosa —dijo Niamh—. ¿Recordáis que dijeron que algo tan potente como una explosión nuclear puede deshacer la barrera entre esta realidad y la nuestra? —Kahurangi y yo asentimos—. Bueno, acabamos de sufrir una explosión nuclear y, ahora mismo, la barrera entre nuestro mundo y este en esa ubicación es tan fina como el papel.

—¿Qué hay en nuestro lado? —pregunté.

—Al parecer, nada —contestó Niamh—. Es parte de un parque provincial canadiense o algo así. No hay gente ni nada más grande que un alce, y lo siento por cualquier alce que cruce a este lado. Pero aquí tenemos kaiju. Muchos. Los malditos Kevin, Bella y Edward, y otros, están de camino a la brecha. Podrían cruzar hacia nuestro lado por accidente. Así que nuestro trabajo, mientras la grieta no se cierre lo suficiente, es bloquearles el paso para alejarlos de allí. Lo que nos lleva a ti —señaló a Kahurangi de nuevo—, que vas a pasar mucho tiempo haciendo feromonas de evasión para mantenerlos alejados, y a ti —entonces, se centró en mí—, que viajarás mucho en helicóptero para rociarles la cara.

CAPÍTULO 12

Así que esto es lo que pasó cuando el kaiju explotó con la fuerza de una bomba nuclear.

Primero, se produjo una explosión e inmediatamente después se creó una bola de fuego nuclear de unos doscientos cincuenta metros de diámetro que evaporó cualquier cosa en su interior, incluido el kaiju en cuestión. Esto formó un cráter inmenso en la costa de un lago sin nombre que, al estar en la orilla, se inundó con el agua del mismo lago.

Tras el incidente, se vio afectada toda forma de vida que se encontrara en un radio de un kilómetro: había árboles arrancados y en llamas, animales convertidos en cenizas; todo transformado en restos humeantes.

Más allá de eso, había cuatro kilómetros de árboles derribados y todo en la zona había recibido lo que en nuestra tierra sería una dosis letal de radiación ionizada. Las criaturas en el planeta kaiju eran resistentes, como Aparna había dicho, pero eso no significaba que aquellos que habitaban la zona estuvieran contentos con ello, porque aún había que tomar en consideración la radiación térmica. Toda forma de vida en la zona se quemó hasta la muerte o casi.

El kaiju había estallado cerca de la superficie y el hongo nuclear absorbió una cantidad ingente de polvo y escombros que lanzó a miles de metros de distancia por el aire para que el viento los dispersara como lluvia, que caería sobre más de mil kilómetros cuadrados por encima de la península de Labrador.

La atmósfera del planeta Kaiju era más densa y tenía más oxígeno que la de casa, lo que nos obligaba a tener en cuenta ciertas observaciones con respecto al daño de la

explosión. En primer lugar, la onda expansiva del estallido tenía más presión, por lo que su alcance de destrucción era mayor y el oxígeno extra proporcionaba más combustible a los incendios. Esto se vio contrarrestado por el hecho de que el kaiju había estallado, con gran eficacia, sobre un pantano de la selva, y los árboles en este planeta habían desarrollado una mejor resistencia al fuego que los que teníamos en casa. Lo que significaba que la tormenta de fuego resultante de la explosión había sido bastante corta y de alcance limitado. Tormenta procedente del oeste que al llegar el atardecer aumentaría su humedad.

La base Tanaka no se vio amenazada por el estallido ni ninguna de sus consecuencias. Toda la acción había sucedido a unos cien kilómetros al sudeste de la base, y los vientos en la zona la habían desviado hacia el este y habían alejado la lluvia de la base. Estábamos bien. Todo iba bien.

Esto era… raro.

—Claro que es raro —me dijo Niamh después de cenar, al día siguiente a la explosión, cuando le confesé mis sentimientos—. En casa, una explosión nuclear supone una amenaza existencial. Aquí, solo es martes.

—Es lunes —dijo Aparna desde el sofá, donde leía un informe sobre los eventos del día.

—Solo es lunes —corrigió Niamh, que se volvió hacia Aparna—. ¿Estás segura de que es lunes?

—Bastante.

—Tengo la sensación de que es martes.

—Yo creo que todos los días son martes aquí.

Niamh chasqueó los dedos.

—Exacto. Y lo que quiero decir es… —volvió a dirigirse a mí— que has bebido de décadas de angustia cultural sobre las explosiones nucleares y la energía nuclear. Es algo muy malo en casa. —Señaló a Kahurangi, que también estaba leyendo—. Este país al completo es una zona libre de radiación nuclear.

—Vamos, Aotearoa —dijo Kahurangi distraído mientras alzaba el puño en el aire. No levantó la mirada de la lectura.

—Llegamos aquí —continuó Niamh—, y no solo no es un problema, sino que forma parte del ecosistema. Que un kaiju estalle aquí es como una caída de ballenas en casa.

—¿Una qué? —pregunté.

—Una caída de ballenas —dijo Aparna desde el sofá—. Cuando una ballena muere, su cuerpo se hunde hasta el fondo del océano, donde alimenta a un ecosistema entero durante meses o incluso años. —Miró a Niamh—. No es la mejor metáfora, pero servirá.

—Gracias por tu aprobación cualificada —dijo Niamh, y volvió a prestarme atención—. Es extraño porque no solo te ves forzado a ver un evento tan terrible como ese con otros ojos, y de una forma que es positiva para el mundo en el que existe, sino que tampoco puedes permitirte que reescriba tu opinión de lo que eso supondría para el mundo. Porque en casa no deja de ser algo horrible.

—Una bomba nuclear puede arruinarte el día —citó Kahurangi.

—Sí, eso es. También sientes disonancia cognitiva, Jamie. Dos pensamientos contradictorios sobre el mismo tema que tienen sentido dentro de sus contextos. Y los humanos odiamos esa mierda. Mucho. La peor respuesta para algo es «depende».

—Has pensado mucho en esto —dije, tras un momento.

—Amigo, mi vida profesional entera gira en torno a la energía nuclear de una forma u otra —añadió Niamh—. Por supuesto que he pensado en ello. Y ahora, todas nuestras vidas profesionales lidian con ello. Esa disonancia cognitiva que sientes ahora mismo es solo el principio.

Eso fue lo primero. La segunda cosa fue que todos en la base Tanaka estaban muy muy ocupados.

Como Niamh había apuntado, no estallaba un kaiju todos los días, y que lo hubiera hecho lo bastante cerca de una base para poder investigarlo ocurría mucho menos. Los horarios se ignoran, los proyectos se cambian y los recursos se reasignan para aprovechar la oportunidad. Lo sabía porque había pasado mucho tiempo transportando materiales y equipos desde y hacia el almacén para los

laboratorios de química, biología y física. En un momento, recogí el material de laboratorio que Val acababa de llevar, porque los químicos habían cambiado de opinión sobre qué proyecto priorizar. Kahurangi parecía un poco avergonzado cuando entré por la puerta justo cuando Val salía.

Martin Satie y Yeneva Blaylock, la piloto que llevaba el Chopper Uno, se habían visto sobrepasados por la cantidad de peticiones de vuelo para observar y experimentar. Había una indignación generalizada porque el *Shobijin* no había regresado todavía de dejar al equipo Rojo, por lo que se necesitarían unos días más para hacerle el mantenimiento cuando volviera. La dirección tuvo que tomar parte en el asunto y asignar los horarios de los vuelos de modo que varias divisiones de equipos no se apuñalaran entre ellos para ser los primeros. También acabaron de reasignarle tareas a un aerostato para que sobrevolara la zona de la explosión a modo de parche, conseguir una vista aérea constante y que Satie y Baylock pudieran dormir y revisar sus vehículos.

De hecho, reasignar el aerostato fue lo que hizo que se cancelaran algunas misiones y se asignaran otras.

—Bella está anidando en la zona de la explosión —contó Ion Ardeleanu, un biólogo del equipo Azul, en una reunión de los científicos y directivos de la base Tanaka cuatro días después de la explosión. Asistí porque servía el catering, lo que significaba que había llevado un carrito lleno de bandejas de panecillos y galletas, jarras de agua y té, platos y servilletas que debía sacar de la sala una vez hubieran terminado.

Ardeleanu proyectó desde el ordenador unas imágenes tomadas desde el aerostato. La foto que se veía ahora era la de Bella caminando por el paisaje destrozado del lago seguida de otra en la que se dejaba caer justo en el borde de una pequeña ensenada del lago que se había formado con el cráter.

—Eso no es bueno —dijo Angel Ford, física del equipo Azul.

—Bueno, depende —respondió Ardeleanu.

—Tenemos un kaiju volador que ha decidido convertir el punto donde la barrera dimensional entre este mundo y el nuestro es más fina en su nuevo hogar —replicó Ford—. Así es cómo se han producido el resto de las incursiones. Dime por qué es algo bueno.

—Porque no quiere cruzar —dijo Aparna. Estaba sentada junto a Ardeleanu y era evidente que era su apoyo en la reunión.

Ford le echó un vistazo.

—Eres nueva —dijo.

—Lo soy —afirmó Aparna—. Todos hemos sido nuevos alguna vez.

—Lo que quiero decir es que tal vez no entiendes lo fácil que es para un kaiju cruzar a nuestro mundo, y lo malo que fuera que lo hiciera.

—Lo entiendo —respondió Aparna—. Pero es un tema de física.

Se oyeron unas risillas; había sido muy osado por parte de Aparna, que era nueva, responderle a Ford de ese modo. Señalaba la pantalla en la que se reproducía en bucle el vídeo en el que Bella se sentaba y se acomodaba.

—Esto es biología, aunque también están pasando otras cosas que no son tan evidentes. —Se detuvo y miró a Ardeleanu—. ¿Puedo?

Él la miro sorprendido.

—Por supuesto —dijo.

—Sí, soy nueva, pero sé leer e investigar —empezó Aparna—. Cuando la misión para que Edward y Bella se aparearan concluyó con éxito, consulté la base de datos de la SPK para ver qué sabíamos sobre el apareamiento de esta especie en particular. Resulta que una vez se reproducen, el macho no tiene nada más que hacer. Sin embargo, la hembra escoge de inmediato un lugar en el que anidar y, como esta especie cuida a sus crías, cuando otros kaiju las ven como aperitivos, la hembra se vuelve realmente territorial. Más de lo que ya es, quiero decir.

Volvió a señalar.

—Tiene sentido que haya escogido la zona de la

explosión. En primer lugar, porque la radiación no les hará daño ni a ella ni a sus crías. Segundo, toda forma de vida en un radio de cien kilómetros sintió la explosión y estará de camino para alimentarse de los restos. Se enfrentará a cualquier kaiju que se acerque, incluido Edward, porque ya lo ha superado. —Más risitas—. Se alimentará, y a sus crías, de las criaturas más pequeñas. —Alzó la mirada hacia Ardeleanu—. Enséñales el vídeo de los parásitos.

—Es bastante horrible —advirtió él a los demás, y reprodujo otro vídeo en el que se veía a Bella de pie, quieta como una estatua, mientras un enjambre de criaturas se deslizaba de ella mientras otras se arrastraban por su cuerpo.

—Se está alimentando —dijo Aparna.

—Creía que los kaiju funcionaban con energía atómica —comenté, antes de recordar que solo estaba ahí para servir.

—Sí, pero también tienen componentes biológicos —explicó Aparna—. Son demasiado grandes para cazar a la mayoría de las criaturas, así que permiten que los parásitos lo hagan por ellos. Se desenganchan, salen, cazan y buscan comida, matan y se comen a su presa, vuelven y se reenganchan para compartir los nutrientes que Bella usa para crear sus huevos. Ellos están seguros y ella obtiene comida para sus bebés. —Se centró en Ford—. Y ese es el motivo por el que no cruzará. Tiene todo lo que necesita aquí. Permanecerá donde está y, mientras tanto, no permitirá que ningún otro kaiju se acerque a la barrera dimensional.

Ford no iba a darse por vencida con tanta facilidad.

—Pero la explosión.

—Ocurrió en este lado —dijo Aparna.

—Eso no importa.

—Tiene razón, no importa —contestó Aparna— desde el punto de vista de la física, pues la barrera entre los dos mundos es más fina y uno se centra en la brecha. Pero, si eres un kaiju, no vas hacia la barrera, sino hacia la explosión. El estallido es energía. Es comida. Por eso

cruzan. Para llegar a la explosión. —Aparna señaló una última vez—. Bella ya la tiene, y no la compartirá con nadie, y tampoco dejará a sus hijos desatendidos. Para cuando hayan crecido lo suficiente para que los deje solos, la barrera habrá sanado.

Ford formó una fina línea con los labios y miró a Ardeleanu.

—¿Y tú estás de acuerdo con esto?

—Sí —dijo él—. Aunque yo habría sido más indulgente.

—Dios mío, vosotros dos… Aparna ha dejado a Ford por los suelos —comenté más tarde esa noche en la cabaña mientras le contaba el encuentro al resto—. Ha sido precioso.

—¿De verdad? —preguntó Niamh a Aparna—. ¿Ha sido precioso de verdad?

—Ha estado bien —respondió ella—. No pretendía ser brusca, pero no dejaba de repetirme que era nueva y, en ese momento, me he dado cuenta de que si no la frenaba en el acto, me lo iba a repetir durante toda la estancia.

—Ahora tienes una némesis —dijo Kahurangi—. Estoy oficialmente celoso. Siempre he deseado tener una.

—Yo seré tu némesis —ofrecí.

—Gracias, Jamie. Agradezco la oferta, pero tienes que ganarte a tu némesis en el campo de batalla.

—Puedo pegarte si eso ayuda.

—Tentador, pero no.

—Mantengo la oferta.

—Parad los dos —dijo Niamh, que volvió a centrarse en Aparna.

—Aunque, no se equivoca. Es posible que te odie para el resto de la visita. Bueno, el resto de la suya.

—Irá bien —contestó ella—. Le hornearé unas galletas y todo quedará perdonado.

—Deben de ser unas galletas muy buenas —dije—. Yo estaba allí. Ha sido duro.

—Han funcionado antes.

—¿Ya has hecho esto?

—Tantas veces que hago unas galletas riquísimas.

—Madre mía, Aparna —comentó Niamh, impresionade —. Eres oficialmente un ejemplo a seguir.

—Cállate, ya lo sé —respondió ella con amabilidad.

—Ahora quiero galletas —comentó Kahurangi.

—Ya sabes el precio —contesté.

—Valdrá la pena. Aunque debería ser yo quien le hiciera galletas a ella. Después de la reunión, me han pedido que no cree una nueva remesa de feromonas de evasión porque Bella se hará cargo del problema por nosotros. Lo agradezco, porque esas cosas son nauseabundas.

—¿Peores que las feromonas «ven aquí»? —pregunté.

—No te haces una idea. Pero ahora no tengo que crearlas o no hacer tantas y tú —me señaló—... no tendrás que ir a rociárselas.

—Menuda decepción —dije.

—Estoy seguro de que encontrarás otra forma de subirte a un helicóptero —añadió Kahurangi.

Tenía razón, pues resultó que había una tercera consecuencia de la explosión de un kaiju.

Turistas.

CAPÍTULO 13

—Perdona, ¿cómo? —dije.

—Turistas —repitió Tom.

—¿Recibimos turistas?

Estábamos comiendo juntos en el comedor después de que Aparna le hubiera cantado las cuarenta a Angel Ford. De hecho, Aparna estaba en el salón con ella, sentadas en una mesa más hacia el interior mientras se reían y comían galletas. Aparna me pilló mirándola y arqueó una ceja, agitó una galleta en el aire y volvió a prestarle atención a Ford. Eran unas galletas muy buenas.

—Puede que «turista» sea despectivo —corrigió Tom—. La mejor forma de definirlo es que la SPK está en deuda con algunas personas y organismos, a quienes debemos mostrar nuestro aprecio de vez en cuando. Y una de las formas de hacerlo es permitirles visitar nuestro mundo.

—Eso es más o menos la definición de «turista», Tom —dije.

Él suspiró.

—Vale, recibimos turistas.

—¿Quiénes son?

—Quienes estás imaginando, seguramente. Políticos, científicos, los millonarios que nos financian. Algunos mandatarios importantes y otros.

—Veo que tratas de ocultar algo vergonzoso con ese «y otros».

—Permítemelo.

—Ni de broma. Desembucha.

—El año pasado, algunos hijos varones de cierto presidente nos visitaron.

Entrecerré los ojos.

—No. Puede. Ser.

—Sí —confirmó él—. No tuvimos elección.

—¿Y?

—Querían cazar un kaiju.

—Deberías habérselo permitido.

—Fue tentador —dijo Tom—. Para ser justo, no son los primeros que lo preguntan. Una vez, un miembro del Estado Mayor Conjunto quiso traer un M1 Abrams para hacerlo. —Lo miré—. Es un tanque.

—Sé lo que es —respondí—. Me pregunto por qué pensaría que funcionaría.

—Cuando llegó aquí, se percató de por qué no era una buena idea. Que es una de las razones por las que los traemos, para que lo comprendan y entiendan lo que hacemos.

—¿Cuántos turistas vienen?

—¿A nivel mundial o a nivel norteamericano?

—Ambos.

—De Norteamérica, unas docenas al año. Creo que más o menos la misma cantidad en el resto de los continentes.

—Vamos, formalmente, unas doscientas personas que no pertenecen a la SPK visitan la tierra kaiju al año.

—Más o menos. Muchas de ellas son recurrentes, pero sí.

Puse una mueca.

—Y ¿cómo es posible que siga siendo un secreto?

—Casi todos los visitantes firman un documento. Saben cómo funciona.

Lo miré atónito.

—Hijo. Varones —dije.

—Y el resto, ¿qué van a decir? ¿Qué han estado en un universo paralelo donde las criaturas del tamaño de Godzilla son reales? Nadie les creería.

—Podrían, si tomaran fotos y vídeos.

—Les quitamos los teléfonos antes de que crucen —me explicó—. Y si consiguieran robar algo, ya has visto las imágenes y los vídeos que tomamos. Son de la peor calidad. Parecen algo que haría un estudiante de instituto con Photoshop y After Effects.

—Tenéis muchas cosas montadas en una calidad de mierda, Tom.

—No, tenemos muchas cosas basadas en la improbabilidad. Esto es como el Área 51.

Parpadeé.

—Un momento, ¿el área 51 existe?

Tom parecía molesto.

—No lo sé. Lo que quiero decir es que la idea de que sea real está tan arraigada en la cultura popular que, aunque fuera una realidad, la versión que Hollywood ha creado de ella la engulliría. ¿Recuerdas que cuando hiciste la entrevista te preguntaron qué opinabas de la ciencia ficción?

—Claro.

—Hacemos esas preguntas porque quienes han visto las películas de *Godzilla* y la saga de *Parque Jurásico* están mejor preparados para afrontar la realidad de este lugar. Nuestros cerebros ya están modelados para ello, por lo que no nos cortocircuitamos cuando llegamos. Bueno, pues también funciona al revés. Si estamos muy acostumbrados a la versión ficticia de algo, hace más sencillo negar su existencia en el mundo real.

—Eso es una teoría de la conspiración de otro nivel, Tom.

Tom asintió.

—Te lo aseguro. Los cerebros humanos son una mierda, pero también son la razón por la que hemos podido mantener este lugar en secreto a plena vista. Tenemos que hacer otras cosas, por supuesto. No podemos enviar todo lo que necesitamos a través de la base aérea de Tule porque se haría evidente que hay demasiado tráfico hacia una zona muerta en el interior de Groenlandia, incluso aunque tengamos una autorización oficial y un tratado con varias naciones. Por ejemplo. En líneas generales, lo mantenemos en secreto. Es demasiado surrealista para creerlo.

—Es un *lampshading* invertido —dije.

—No sé qué es un *lampshading*, mucho menos su contrario.

—Es un término literario. Significa atraer la atención hacia algo improbable, reconocer que es imposible en el texto y seguir con la historia.

—¿Y funciona?

—Más de lo que crees.

—Supongo que sí —dijo Tom—. Bueno, sí, tenemos turistas. Sí, sería mejor para todos que no los hubiera. Pero ya que los tenemos, tiene sentido que les saquemos partido. Y por eso estoy hablando contigo, Jamie.

—Ay, madre —dije.

—Cuando pensé en ti para esta tarea, revisé tu LinkedIn. Tu cargo oficial en füdmüd era algo parecido a director de marketing, ¿no?

—Asistente del director de marketing y retención de clientes —añadí—. Básicamente, me dedicaba a asistir a reuniones y escuchar a otras personas hablar. Cuando presenté mis propias ideas, me dieron el hachazo.

—No es culpa tuya —dijo Tom—. Consulté quién era el director general de füdmüd después de hablar contigo. Resultó que lo conocía.

—¿Conoces a Rob Sanders?

—Casi, para ser sincero. Iba un par de años por delante de mí en Dartmouth en el instituto. Incluso entonces, tenía una reputación de pelota y traicionero. Venía de una tradición académica. Era la cuarta generación o algo así. Su familia saca dinero de contratos de defensa. Supongo que la mayoría de la inversión inicial de füdmüd saldría de los fondos del negocio familiar.

—Qué agradable.

Tom asintió.

—Ser un hijo varón tiene sus ventajas. Así que creo que no te despidieron por falta de competencia. Lo que es bueno, porque el marketing y la retención de clientes son perfectos para…

—Ni se te ocurra decirlo —le advertí.

—… para cuidar de nuestros turistas durante su estancia aquí.

—Levanto cosas —protesté.

Tom alzó las manos en son de paz.

—Lo sé. Y eres muy bueno, por lo que he oído. Hasta le caes bien a Val, y está la primera en la lista de «Más probable que te tire de los árboles».

—Venga ya, es genial.

—Es genial, pero también te tirará de un árbol si la haces enfadar.

—¿Qué pasa en este sitio que todos son geniales, pero intentarán asesinarte si los haces enfadar?

—Hay un tipo de personalidad que prevalece —dijo Tom.

—Pero si le caigo bien a Val, debería seguir levantado cosas —insistí—. ¿No hay nadie más a quien puedas molestar para que haga esto?

—La había, pero pertenece al equipo Rojo, y este año ha dejado la SPK.

—¿Sylvia Braithwhite? —pregunté.

Tom me miró extrañado.

—¿La conoces?

—Se alojaba en mi habitación —contesté—. Me dejó una bonita nota de bienvenida donde me pedía que cuidará de su planta.

—No solemos recibir turistas en Tanaka —me explicó Tom—. La base Honda es más grande y está más preparada para hacerlo. Para empezar, hay menos moscas chupasangre. Pero, de vez en cuando, algunos vienen aquí, y ella los acompañaba por la zona. Los mantenía ocupados y se aseguraba de que no se los comieran. Ese tipo de cosas. Nos gustaría que te hicieras cargo de la tarea.

—Esto quiere decir que están a punto de llegar.

—Acaba de estallar un kaiju. La noticia ha llegado a la Tierra. Nos han llenado de peticiones y por «peticiones», me refiero a exigencias. El Pentágono. El Departamento de Energía. La NASA. Varios senadores. Casi todos los millonarios. Y eso solo en los Estados Unidos.

—¿Cómo los escogéis?

—No lo hacemos nosotros, sino quienes están en casa. Han sido inteligentes, al menos. Han dicho que pueden

traer a tres grupos, una vez a la semana, y comenzarán a llegar en quince días. Entonces, cerrarán la puerta de la base Honda por mantenimiento unas dos semanas.

—¿Es algo habitual? Lo de cerrar el acceso, digo.

—Sí. Se realiza unas semanas después de las rotaciones de los equipos, algo más tarde que ahora, pero esto también es aceptable. Y una de las ventajas es que esas dos semanas en las que no estarán disponibles, permitirán filtrar las peticiones. Tres semanas seguidas de visitantes no es lo mejor para nuestro trabajo. El tiempo y los recursos que gastamos en ellos son tiempo y recursos que no podemos emplear en nuestras cosas. Pero es lo que tiene ser una ONG y estar fuera de nómina.

Solté un suspiro.

—Así que necesitas que sea el director de crucero durante tres semanas.

—Sí. Para ser más exactos, durante dos días a la semana. Tendrás un grupo de seis turistas cada vez. Llegarán en el *Shobijin,* montaremos a tres en el Chopper Dos para llevarlos a la zona de la explosión mientras los otros se instalan, rotaremos los grupos y al día siguiente les enseñarás los laboratorios para hacer una presentación, y luego los llevarás de excursión por el campo antes de que vuelvan a casa. Lo que me recuerda que necesitas entrenamiento de campo. —Tom sacó el móvil.

—¿Por qué? ¿Qué es el entrenamiento de campo?

—Solo significa que te evaluarán en la selva. Tú y el resto de los novatos ibais a recibir este entrenamiento de todas formas en unas semanas. Haré que Riddu te imparta un tutorial rápido. —Tom tecleó algo, se detuvo y escribió en la pantalla de nuevo—. Quizá de armas también.

—El entrenamiento de armas no suele formar parte de la dirección de crucero —comenté.

—Irá bien —añadió Tom—. Así que, ¿lo harás?

—¿Tengo elección?

Tom bajó el teléfono.

—En realidad, sí, tienes elección, Jamie. Te estoy pidiendo que hagas algo fuera de tu ámbito de trabajo,

básicamente porque creo que lo harás bien. Pero también porque, si no te importa que sea franco, el resto de la gente a la que elegiría para esto están haciendo ciencia de verdad ahora mismo. Si se lo pidiera a ellos, perderíamos conocimientos potenciales. Si lo haces tú, Val levantará más cosas durante un par de días en las siguientes tres semanas.

—Podrías hacerlo tú —dije.

—Podría, pero soy un capullo —contestó Tom. Sonreí —. Además, estaré muy ocupado coordinando las presentaciones de los laboratorios y otras cosas. No te preocupes, te respaldaré.

—Vale —dije—. Lo haré.

—Gracias.

—Será fácil. Solo prométeme que Val no me lanzará de un árbol porque le voy a añadir más carga a su trabajo.

—Lo entenderá —dijo Tom—. Y si no lo hace, dile que si te negabas, se lo iba a pedir a ella.

* * *

—¿Confías en que haré que no sufras ningún daño? —me preguntó Riddu Tagaq en el vestíbulo del ascensor que llevaba a la selva. Tanto uno como el otro estaban al aire libre pero cubiertos. El ascensor y la escalera adjunta en forma de zigzag que formaba parte de la estructura de apoyo eran las únicas formas directas de bajar a la selva desde la pasarela de la base. Había otro ascensor en el aeródromo. Ambos eran los bastante grandes para introducir vehículos y operaban con un sistema hidráulico que jamás habría imaginado—. ¿Confías?

—Eh, claro —dije.

Tagaq asintió y señaló a lo que parecía un traje de apicultor grueso y acolchado.

—Pues póntelo. Sobre la ropa irá bien.

Dudé.

—Voy a pasar mucho calor ahí dentro —dije.

—No lo llevarás demasiado tiempo —añadió Tagaq.

—Define demasiado.

—Tanto como sea necesario. —Tagaq esperó en

silencio. Me encogí de hombros y me coloqué el uniforme de apicultor.

Como sospechaba, comencé a sudar de inmediato.

—Esta cosa va a acabar conmigo —le dije a Tagaq.

—Justo lo contrario —añadió ella, e hizo un gesto hacia el ascensor. Entré. Me siguió y presionó el botón para que bajáramos.

Riddu Tagaq era la directora de las instalaciones y de la seguridad de la base Tanaka, y ahora llevaba uno de estos sombreros conmigo.

—Ya sabes por qué la base está en los árboles —dijo en un tono que indicaba que no esperaba que fuera una pregunta.

—Sí —respondí—. La selva es peligrosa.

—Lo es —aceptó Tagaq—. Pero una cosa es que lo tengas en mente y otra que lo hayas asimilado. Sé que lo sabes aquí. —Me señaló la cabeza. Entonces, llevó el dedo a mi corazón—. Ahora es hora de probar si lo sabes aquí.

—Quiero decir, me lo creo —aseguré.

Tagaq negó con la cabeza.

—No, todavía no.

El ascensor se detuvo; habíamos llegado a la selva.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Tagaq señaló.

—Sal. Paséate.

—¿Vienes conmigo?

—Enseguida. Adelántate.

Le lancé una mirada dubitativa a través de la visera de plástico impermeable, ella me devolvió el gesto con una expresión que indicaba que esperaría hasta que las montañas desaparecieran a que hiciera lo que me había pedido. Suspiré y salí del ascensor.

De inmediato, me atacaron todo tipo de insectos pequeños. Y eso solo era una parte del proceso. Seguí caminando con la mirada fija en las botas, que se hundían con cada paso que daba. El suelo estaba húmedo y se estaban formando charcos. Cada vez que daba un paso, brotaban criaturas del suelo: algunas echaban a volar por el

miedo y otras me saltaban por encima o sobre las botas. Unas cuantas de estas decidieron que sería un buen ejercicio cardiovascular y me subieron por el traje directas, o eso me pareció, a las cuencas de los ojos.

—Vale, esto es horrible en todas sus formas —le grité a Tagaq, que no dijo nada. Algo grande aterrizó en la visera de plástico y me bloqueó la vista. Maldije y me resbalé, por lo que casi me caigo. Me aferré al primer árbol que vi para recuperar el equilibrio.

Algo grande y pálido se arrastró por el árbol hacia mi mano.

Lo aparté como si hubiera tocado una superficie caliente.

La criatura se detuvo y sacudió una serie de antenas. La miré y una parte de mi cerebro intentó situarla. Un segundo después sabía a qué me recordaba: un cangrejo de los cocoteros, esos enormes monstruos de las islas del Pacífico que crecen hasta medir un metro de largo y son tan inteligentes como para abrir los cocos al lanzarlos desde los árboles.

«Esperaba que fueras más fea», pensé. «Bastante más».

El bicho hizo rodar las antenas como si me leyera la mente.

—Mierda —dije en voz alta.

Canturreé e hice el sonido de una paloma estrangulada por un cuco.

—Mierda —repetí.

Por el resto del tronco, varias criaturas salieron a la vista.

—¡Mierda! —Había llegado la hora de volver al ascensor. Me giré mientras el primero se lanzaba contra mí y se enganchaba a mi traje.

Traté de sacudírmelo de encima pero fallé, miré hacia arriba y vi que casi todos los árboles estaban repletos de esas cosas que me miraban correr, o eso parecía.

Me tropecé, porque, claro, tenía que hacerlo. Y, por supuesto, enseguida se abalanzaron sobre mí. Cuando miré al frente por la visera de plástico, vi que una de las

criaturas abría un orificio del que algo dentado y puntiagudo salió disparado y golpeó el visor, donde se desparramó un líquido. Estaba bastante seguro de que era veneno. Oí, pero no sentí, otros ataques similares mientras las lenguas puntiagudas atravesaban la tela del traje. Parecía inevitable que antes o después alguna iba a atravesarlo.

Intenté levantarme, pero no veía hacia dónde correr. Las criaturas se deslizaban a mi alrededor y me dificultaban hallar un lugar en el que apoyar una mano para levantarme. Empecé a hiperventilar. Definitivamente, iba a morir.

Alguien se agachó y me alzó del suelo antes de arrancarme las criaturas de encima y lanzarlas. Era Tagaq.

—Quédate quieto —me ordenó al tiempo que apartaba criaturas y las tiraba como si no fueran nada. La mayoría de ellas salieron corriendo, aunque unas pocas trataron de llevar a cabo un segundo ataque y volvieron a lanzarse contra mí. Tagaq pateó a la mayoría y atrapó a una a medio camino en el aire, donde la golpeó con el puño, algo que me habría parecido muy guay si no estuviera a punto de hacérmelo encima y si no hubiera sido ella la que me hubiera obligado a salir ahí afuera para que me atacaran en primer lugar.

En unos minutos, estábamos solos de pie en la jungla.

—Estás bien —dijo Tagaq.

Le grité.

—Estás bien —repitió, y me tocó el traje—. Fibra de carbono acolchada. Podrían haberte pinchado durante años y jamás la habrían atravesado.

—¡Me lo podrías haber dicho!

—Podría —afirmó—. Pero necesitaba que sintieras en el corazón lo que sientes ahora.

Estaba a punto de gritarle otra vez, pero me detuve.

—Vale, primero, que te den —dije—. Es una forma horrible de hacer esto. —Tagaq no dijo nada; solo esperó—. Dos, que te den, tienes razón, ahora lo entiendo.

—Bien —respondió—. Porque tengo otra cosa que

decirte. Los tres cangrejos que te han atacado ahora son la cosa menos peligrosas que encontrarás en la selva. Las criaturas que se alimentan de ellos son mucho peores, y hay muchas. Y, peores todavía son las que se comen a estas últimas. Y aún peores los parásitos de los kaiju.

—¿Ni siquiera los kaiju?

Tagaq negó con la cabeza.

—No suelen mostrar interés por nosotros. Sin embargo, sus parásitos sí.

Empecé a hacer una pregunta, pero me detuve. Miré a Tagaq y luego a mi alrededor.

—¿Por qué no nos atacan?

Tagaq sacó algo de un bolsillo del mono y me lo enseñó.

—Ultrasonidos —dijo—. Los cangrejos de árbol los odian.

—¿Y las cosas que se comen a los cangrejos? ¿Y las que se las comen a ellas?

—Tenemos otras formas de defendernos de ellos. Ya te lo enseñaré. —Tagaq miró a su alrededor—. Sé que te han pedido que cuides de los turistas. Siempre quieren ver la selva de cerca. Quieren sentir que han visto este mundo de verdad. Pero, si les mostráramos la realidad de este mundo, morirían. Y ¿sabes por qué?

—Porque no lo sienten en el corazón —dije.

—Y no tenemos tiempo para hacer que lo sientan. —Tagaq hizo un gesto hacia donde estábamos—. Así que, los traemos aquí, a este punto, y les mentimos al decirles que esta es la verdadera tierra kaiju. Deberían agradecernos que lo hagamos, y de que hagamos que lo crean. —Me señaló—. Pero tú no lo creas. Nunca, porque pisarás otros lugares en este mundo. Y te consumirá antes de que puedas gritar. ¿Lo entiendes?

—Sí —dije, de verdad.

—¿Cómo estás?

—¿Sinceramente? Estoy bastante seguro de que he mojado los pantalones.

Tagaq asintió.

—Vamos a volver a la base y a sacarte de esto para que te cambies antes de volver a empezar. —Caminamos hacia el ascensor.

—¿Tú hiciste esto? —le pregunté mientras andábamos —. La primera vez que pisaste la selva.

—Sí.

—¿Cómo te fue?

Me miró.

—Me cagué encima mientras corría.

—Eso… me hace sentir mejor.

Ella gruñó.

—Debes preocuparte de los que no lo hagan.

CAPÍTULO 14

—Ha sido un día interesante en el ala de observación de maternidad de los kaiju —dijo Aparna al grupo en cuanto entró en la cabaña tras su turno en el laboratorio. Había sido la última en acabar de trabajar y estábamos esperándola para ir a cenar.

—¿Tan emocionante que nos vas a hacer llegar tarde a la cena? —pregunté. Había sido mi segundo día de entrenamiento de campo con Riddu Tagaq, así que estaba listo para comer.

—Dímelo tú. —Aparna abrió el portátil, que estaba en modo hibernación. Se iluminó y mostró lo último que había en pantalla: una imagen aérea de Bella, tomada desde el aerostato que había sobre ella. Todos la miramos.

—Bella se ha cagado —dijo Niamh, un segundo después.

—No —replicó Aparna, molesta.

—¿Estás segura? —pregunté—. Porque Niamh no se equivoca. A mí me parece un zurullo.

—Caca de pájaro, para ser exactos —añadió Kahurangi —. Como la mayor caca de gaviota que jamás se haya hecho.

—La mayor caca de gaviota es un buen nombre para un grupo —apunté.

—No lo es —dijo Aparna—. Y no es caca. Bella acaba de poner huevos.

—Y ha defecado —insistió Niamh—. Yo no lo habría hecho así, pero me sirve.

Apara hizo un sonido de exasperación.

—No es caca, ¿vale? Es gelatina natural de kaiju. Un medio lleno de nutrientes para los huevos fertilizados, y es fascinante. —Señaló la mancha que se suponía que no era

la mayor caca de gaviota que jamás se había hecho—. Esa gelatina contiene todo lo que los embriones necesitan para sobrevivir y desarrollarse en el huevo. Les transfiere nutrientes y restos de la placenta, sobre todo, pero eso no es lo único.

—También se emplea como cobertura para los postres —bromeé.

—En realidad, no te equivocas —dijo Aparna—. Quiero decir, estás más que equivocado y deberías avergonzarte de ti mismo, pero, por otra parte, tienes razón, pues es una fuente de alimento que otras criaturas encuentran irresistible. Está diseñado para atraerlos.

Kahurangi parecía confuso.

—¿Por qué Bella querría hacer eso? Se comerán sus huevos.

—A algunos, pero hay miles de ellos. Decenas de miles. No se espera que sobrevivan todos. Y, mientras las criaturas vienen a comérselos a ellos y a su medio, los parásitos de Bella bajan en picado y se alimentan de ellos. Y utiliza lo que obtiene de los parásitos para poner más huevos.

—¿Va a aparearse de nuevo con Edward? —pregunté. Recordé la última vez y no esperaba repetir el papel de Cupido. Aparna negó con la cabeza.

—Tiene su esperma guardado dentro.

Niamh puso una mueca.

—Qué asco.

—Es más habitual de lo que crees, biológicamente hablando.

—La biología es asquerosa. Toda ella, pero, sobre todo, guardar el esperma en tu cuerpo como si fuera un termo de semen.

—Termo de semen, buen nombre para un grupo —dijo Kahurangi, y le choqué los cinco por el esfuerzo.

Aparna puso los ojos en blanco.

—La cosa es que repetirá esto unas tres o cuatro veces más durante las siguientes semanas. Hemos visto esto antes con su especie. —Señaló a los huevos viscosos—. Pero esta es la primera vez que seremos testigos del desarrollo de

cerca. Y es emocionante. —Cerró el ordenador de golpe—. Pero es evidente que vosotros, panda de capullos, sois incapaces de apreciarlo. Sois todos horribles y os odio.

—Somo lo peor —afirmé—. ¿Podemos ir a cenar ya?

—Espera, puedo superar el pringue de huevo —dijo Niamh, y se inclinó para tomar su propio ordenador.

—¿A cenar? ¿Alguien?

—Dios mío, Jamie, no te estás muriendo de hambre.

—Más o menos.

—Cómete a Kahurangi.

—Preferiría que no.

—Gracias —dijo él.

—Pero tal vez lo haga si no vamos pronto a cenar.

—Seré rápido. —Niamh sacó una imagen silenciosa del bosque. Un dron o un helicóptero sobrevolaba en círculos una parte en la que no había nada especialmente llamativo hasta que hubo un destello.

—¡Ahí!

—¿Es eso? —pregunté.

—¿A qué te refieres con «es eso»?

—Son árboles.

—No son los árboles, cucharada de argumentos estúpidos. —Niamh rebobinó el vídeo—. Es el destello.

—¿Qué destello? —preguntó Aparna.

—¡Este! —Niamh señaló cuando un pequeño brillo apareció.

—¿Es eso?

Niamh miró a Aparna con los ojos entrecerrados.

—Sé que deberíamos estar torturando a Niamh, pero de verdad que me gustaría saber qué es tan asombroso sobre ese destello —dijo Kahurangi.

—Gracias —respondió Niamh—. Este vídeo ha sido tomado por un dron canadiense en casa. Sobrevolaba la zona homóloga del mundo donde Bella ha colocado su enorme trasero de kaiju. Y este destello —Niamh pausó el vídeo cuando apareció— somos nosotros.

Kahurangi asintió.

—Un parecido maravilloso.

Niamh le pegó con cuidado.

—No nosotros como «nosotros», sino nosotros en referencia a este planeta.

Miré a Aparna.

—Creía que dijiste que Bella no iba a cruzar.

—Y no lo ha hecho —contestó ella, que miró a Niamh —. ¿Verdad?

Niamh sonrió triunfante.

—Sabía que superaría los huevos viscosos. Y no, no va a cruzar. Pero —volvió a señalar el destello— eso no significa que la conexión entre los dos mundos no esté abierta. El kaiju que estalló debilitó la barrera entre nuestros mundos. La brecha empezó a sanarse de inmediato debido a que la grieta solo se vuelve más fina con una fuente activa de energía nuclear. Pero, entonces Bella tomó asiento justo dónde la barrera ha perdido fuerza…

—Y tiene su propio reactor nuclear —dije.

—En efecto. —Niamh asintió—. Por lo general, los kaiju se mueven demasiado para dispersar la barrera ellos solos. Para conseguirlo se necesita una gran explosión, como una bomba, o un crecimiento residual gradual en un lugar, como en Camp Century. Pueden atravesarla si ya es fina, pero una vez se cierra, están atrapados. Eso es lo que les ocurrió a los que cruzaron. No pudieron regresar, no se adaptaron a nuestro mundo y perecieron.

—Pero Bella no ha cruzado —dijo Aparna—. Se ha limitado a quedarse sentada.

—Porque no tiene motivo alguno para pasar, como dijiste —aceptó Niamh—. Tiene todo lo que necesita. Se limita a sentarse mientras irradia energía nuclear hacia la brecha, lo que la mantiene abierta. Y de vez en cuando —señaló el destello—, vemos esto.

—¿Qué lo causa? —preguntó Kahurangi.

—No lo sé —dijo Niamh—. Jamás lo hemos visto porque nunca se ha producido una explosión nuclear seguida de un reactor que mantiene la brecha abierta. Al menos, jamás lo hemos visto. Creo que las probabilidades de que una kaiju se quede embarazada y que otro estalle en

el mismo día, cerca de la primera, son bastante ínfimas.

—¿Son tan bajas cómo llegar al comedor antes de que acaben de servir la cena? —pregunté.

Niamh me miró y le sonrió a Kahurangi con dulzura.

—¿Y tú? ¿Qué descubrimiento científico impresionante has hecho hoy, doctor Lautagata?

Kahurangi sonrió de vuelta ante este nuevo intento por dejarme morir de hambre.

—Por desgracia, nada tan innovador como vosotros dos —dijo—. Solo he estado creando cosas apestosas para conseguir que los kaiju hagan, o no, lo que les pedimos, depende de lo que sea. Llevo tanto tiempo ya que puedo identificar las feromonas por el olor. Es tan útil como espantoso.

—Útil y espantoso es el próximo nombre de mi grupo —dijo Aparna.

Todos la miramos.

—¿Qué? ¿No me puedo meter en lo de los nombres de las bandas?

—¿Podemos irnos ya? —pregunté—. De verdad que me voy a morir si no como algo.

—Pobre Jamie —se burló Niamh—. Corretear por la selva debe dejarte agotado.

—Ya te llegará —le aseguré—. Os llegará a todos. La buena noticia es que mañana voy a entrenar con armas. No corretearé más, solo dispararé.

—¿Y eso por qué es una buena noticia? —preguntó Kahurangi—. La idea de verte con un arma en la mano es francamente aterradora.

—Si crees que eso es aterrador —respondí—, espera a verme con un bajón de azúcar.

* * *

—¿Alguna vez has disparado un arma? —preguntó Riddu Tagaq.

—En videojuegos —dije—. ¿Es malo?

—¿Alguna vez has tenido un motivo para usar un arma, aparte de en los videojuegos?

—No.

—¿Crees que tu vida habría sido mejor si hubieras poseído un arma?

—No.

—Entonces no es malo —concluyó Tagaq—. Hay un tipo de personas que sienten que deben ir armadas o el mundo vendrá a por ellas de algún modo. En casa, esto no es la mejor forma de vivir. Aquí, sin embargo, es la única forma de sobrevivir fuera de la base.

Estábamos en la zona de tiro cubierta de la base Tanaka, de pie tras una mesa donde yacían una gran variedad de armas con sus cargadores, cartuchos y demás. Reconocí algunas de ellas, pero no pude identificar la mayoría.

Señalé una de las que conocía: una pistola.

—¿Tendré una de estas?

—¿Crees que te servirá?

—Jamás he usado una.

Tagaq asintió, tomó la pistola, la revisó, la cargó y le quitó el seguro.

—Es una Glock 19 —dijo, y la disparó hacia una diana con forma de hombre que estaba a unos diez metros de distancia. Me sobresalté por el ruido del disparo y enseguida me pitaron los oídos.

—¿Qué te parece ahora? —me preguntó un minuto después.

—¿No se supone que debería llevar unos cascos a modo de protección para esto? —grité.

—Si llevas cascos en la selva, no oirás a lo que sea que vaya a comerte. Responde a mi pregunta.

—No creo que esté preparado para ello —dije.

—No lo estás —afirmó Tagaq. Volvió a poner el seguro, vació el arma y la dejó en la mesa de nuevo—. Y menos mal. Una pistola no es la mejor arma para este planeta, ni para la mayoría de la gente que llega a esta base. Requiere de entrenamiento y prácticas constantes para mantener la habilidad y la puntería. Es un arma de corto alcance, y aquí es menor porque el aire es muy denso. Las balas se caen

más rápido aquí. Las criaturas son veloces. Gran parte de la gente no es muy buena a la hora de apuntar a algo que tienen cerca y se mueve a gran velocidad. —Señaló el arma —. Si tienes algo tan cerca como para verte obligado a usar este arma, date por muerto.

—Si este arma no sirve para nada aquí, ¿por qué me la has ofrecido? —pregunté.

—Porque es en lo que piensas cuando te hablan de armas —respondió Tagaq—. No eres el único. Le ocurre a todo el mundo. Nunca has disparado un arma, pero ves cómo lo hacen todo el tiempo en las películas, en la televisión y en los videojuegos. Pistolas y fusiles en su mayoría. —Señaló algún tipo de fusil de asalto en la mesa —. Esto es lo que esperas. Esto es lo que crees que quieres, aunque no lo sepas. Te han adiestrado para que pienses que son las mejores armas disponibles. Necesito que pienses que aquí las hay mejores.

Ladeé la cabeza.

—Esto lo haces mucho —dije—. Todo eso de «Necesito que creas esto».

—Te lo podría decir directamente —contestó Tagaq—. Y al acabar, aún querrías una pistola o un rifle. No eres tú. Debo acabar con esta creencia con cada uno de vosotros. Este mundo no es el nuestro. Necesito que lo asimiles.

—Eso del corazón y la cabeza otra vez.

—Sí. O crees o mueres.

—¿Ha ocurrido? ¿Ha muerto alguien?

—Por supuesto. Y es duro. Difícil de explicar a la gente de aquí, sobre todo cuando tienen a alguien en casa.

—¿Por qué?

—Porque, en general, no hay restos que repatriar.

Lo consideré.

—No quiero ser maleducado, pero no eres el alma de la fiesta, ¿verdad?

—Soy un encanto en las fiestas —dijo Tagaq—. Sobre todo en las que tienen karaoke. Pero esto no es una fiesta. Soy yo intentando salvarte la vida y, quizá, ayudándote a que salves la de alguien más. Así que, ¿estás listo para ver

las armas que creo que deberías usar?

—Sí. Por favor —dije.

—Bien. —Se inclinó y agrupó unos cuantos objetos sobre la mesa.

Reconocí uno que era una pistola. El resto eran nuevas para mí.

—«Arma» tiene dos acepciones básicas. La primera, y la que todo el mundo emplea, es la de un objeto que causa o inflige daño. La segunda, que es más relevante aquí, es la de un objeto que uno utiliza para defenderse o conseguir una ventaja. ¿Qué sabemos de estas criaturas?

—¿Que son horribles y quieren comerse a todo humano que ven?

Tagaq negó con la cabeza.

—No. Son horribles y quieren comérselo todo. No solo a los humanos, y no somos la primera opción en el menú. Nos matarán y comerán si les resulta conveniente. Pero si hacemos que otra cosa resulte más oportuna, se contentarán con devorarlo en nuestro lugar. Así que hacemos dos cosas: volvernos menos atractivos para ellos y hacer que valga la pena que ataquen a otras cosas.

Sacó un objeto del bolsillo.

—Recuerdas esto.

—La cosa ultrasónica —dije.

—Lo llamamos el «gritador» —añadió Tagaq—. Funciona con los cangrejos de árbol y otros seres. Tendrás el tuyo propio. —Gesticuló hacia un frasco—. Esto te hará oler como un parásito bastante desagradable.

—Y eso es bueno, ¿por qué?

—Debido a que muchas criaturas pensarán que hueles a algo horrible que se los comerá sin pensar mientras siguen con vida, saldrán corriendo hacia otra dirección cuando sientan el hedor.

—Y ¿qué piensan de mí esos parásitos horribles a los que huelo?

—Quizá te dejen tranquilo, piensen que te quieres aparear o traten de comerte.

—¿Se comen a los de su especie?

—Toda criatura se alimenta de los suyos, incluidos los kaiju.

—Eso no es muy tranquilizador.

Tagaq asintió y alcanzó otro objeto.

—Por eso tenemos esto, que lanza frascos llenos de actínidos y feromonas del estrés para imitar a una presa herida. Se abre al impactar, así que si algo va a por ti, lánzaselo.

—¿A ellos?

—Si quieres.

—¿Es opcional?

—No está hecho para matarlos, sino para llamar su atención. Dice «cómeme», en todo idioma nativo. Te dejarán de lado e irán a por esto, donde sea que caiga. Al igual que todo ser viviente en la zona.

—E intentarán comerse los unos a los otros en mi lugar.

—En tu lugar y en el de cualquiera que forme parte de tu grupo, sí.

—Si se lo lanzo, todo lo que habrá a su alrededor irá a por ellos, ¿no?

—¿Crees que acertarás el disparo?

—Veo a dónde quieres llegar.

—Gracias.

—Vale, pues. —Señalé—. Gritador, feromonas de parásitos, lanzador cómeme. Entendido, pero ¿y si siguen yendo a por mí?

Tagaq alzó un bastón.

—Quieres que les golpee con un palo.

Apretó un botón en el palo.

—El palo viene con cincuenta mil voltios.

—Mejor.

—La carga no dura demasiado. Si puedes golpearles con el bastón sin encenderlo, hazlo. Estas criaturas sienten el dolor. Trata de guardarte el voltaje para cuando lo necesites de verdad.

—¿Y si el palo no da resultado?

Tagaq puso una mueca y sacó una pistola con un cañón

corto.

—Este es tu último recurso. La munición se disemina en cuanto disparas el arma para compensar la falta de puntería. Matará prácticamente a todo lo que esté a una distancia corta y, a larga distancia, las bolitas de uranio mermado bañadas en feromonas en los casquillos del fusil harán que todo a lo que le des pero no mates huela a comida para el resto de los seres. A eso y a sangre. Ni siquiera pienses en apuntar a noventa grados de cualquier ser humano. Te insistiremos mucho en esto.

—Me parece justo —dije—. ¿Y si no funciona?

—Estarás muerto.

—Oh. Esperaba que hubiera algo más.

—No. Muerto. Arrastrado hacia la selva. Te comerán hasta los huesos, que luego se tragarán. No quedará nada de ti. Nada.

—Esto es a lo que me refería al decir que no eres el alma de la fiesta.

—Cuando termines el entrenamiento y hayas sobrevivido a tu primera misión en la jungla, cantaremos «Total Eclipse of the Heart» a dúo en el karaoke —dijo Tagaq—. Hasta entonces, aprende. —Me tendió una pistola —. Empecemos por esto.

* * *

El ascensor llegó arriba y me sorprendí al encontrarme con Aparna y Niamh.

—¿Me necesitáis para algo? —pregunté.

—Ni mucho menos, monstruo egocéntrico —dijo Niamh, que hizo un gesto hacia Tagaq—. Hemos venido a verla a ella.

—Nos han dicho a Niamh y a mí que vengamos a nuestro entrenamiento de campo —añadió Aparna—. La semana que viene ayudaremos a poner las cámaras en la zona de anidación.

—No me digas —dije. Entonces, me giré hacia Tagaq, que los miraba impasible—. Sé tan rigurosa con ellos como lo fuiste conmigo —le pedí. Mi tono de voz sonó jocoso,

pero no estaba bromeando.

—Sí —respondió Tagaq. Entonces, miró a Aparna y Niamh—. Tenemos que ir a por vuestros trajes.

CAPÍTULO 15

—Así está la cosa —dijo Martin Satie a medida que nos acercábamos al nido de Bella—. Os dejaré aquí y tendréis diez minutos para colocar vuestros instrumentos y hacer lo que sea que necesitéis. Pasado ese tiempo, regresad a la zona de aterrizaje. Bajaré a por vosotros.

—¿No aterrizarás? —preguntó Aparna. Ella y Niamh estaban en la zona de pasajeros del helicóptero junto a Ion Ardeleanu. Yo iba en el asiento del copiloto. Por lo general, era Ardeleanu el que estaba a cargo de las misiones, pero, en este caso, él y yo habíamos venido para hacer de guardaespaldas armados de Aparna y Niamh mientras colocaban las cámaras y el resto de instrumentación. También iban armados, pues Riddu Tagaq les había proporcionado las mismas armas básicas de entrenamiento que a mí un par de días antes, pero no iban tan prepara como Ardeleanu y yo. Debían montar unas cámaras y unos trípodes.

—Doctora Chowdhury, jamás aterrizo en la selva si puedo evitarlo —dijo Satie—. Es una forma muy sencilla de permitir que esos monstruos invadan los asientos traseros. Ahora… —se tocó los cascos—, mantendré el canal abierto y estoy preparado para venir a por vosotros si necesitáis una recogida de emergencia. Por favor, que no sea necesario. Son desastrosas y peligrosas. Volved a la zona de aterrizaje en su lugar. Diez minutos, eso es todo.

—¿Cómo suelen ir estas cosas? —le preguntó Niamh a Satie—. ¿Has hechos muchas extracciones de emergencia?

—No cuando la gente es inteligente —dijo él—. Cada uno de estos es diferente. Esta es la primera vez que aterrizo cerca de una zona en la que se ha producido una explosión nuclear. También es la primera vez que aterrizo

cerca de un kaiju que está anidando. Quizá esas cosas no cambian nada o, tal vez, lo cambian todo. No lo sé, tú tampoco, los doctores Healy, Chowdhury y Ardeleanu tampoco, e incluso este —me señaló— es ajeno a ello. Cuando regresemos, lo escribiremos para que todos aprendan de ello. Hasta entonces, vamos a ser listos y no vayamos a necesitar una extracción de emergencia.

—Amigo, si esa es tu idea de un discurso tranquilizador, tienes que trabajar en ello —dijo Niamh.

—No debía ser tranquilizador, así que ha estado bien. —Satie asintió—. Y aquí estamos.

Todos miramos a nuestro alrededor para ver la montaña que era Bella, posada en el límite del cráter lleno de agua de la explosión. A su alrededor había una masa de su gelatina natal y, en torno a eso una alfombra verdosa que conducía y atravesaba los árboles derribados. Una capa de musgo y algas había crecido con dinamismo en la tierra quemada como un recordatorio de que la vida aquí trataba la radiación de una forma distinta a como lo hacía en casa.

Al sur y al este de Bella, a unos ochenta metros de ella, había una zona pequeña y lisa, lo bastante grande para que Satie nos dejara. Miré a Bella a medida que nos acercábamos. Parecía no haberse percatado de nuestra presencia.

—¿Está dormida como Edward? —le pregunté a Satie.

—Pregunta a los expertos —dijo.

—Está anidando y reservando las fuerzas para crear más huevos —nos informó Ardeleanu—. Quedarse en un único lugar facilita a los parásitos que se alimenten y luego vuelvan a ella. Según el comportamiento de otros kaiju que han anidado a lo largo de los años, a no ser que la molestemos directamente o se sienta físicamente amenazada, no se levantará ni nos molestará a nosotros ni al helicóptero.

—Si lo hace, volveréis a la base a pie —dijo Satie.

—Todo irá bien —nos aseguró Ardeleanu. Miró a Aparna y a Niamh—. Lo haremos como lo ensayamos ayer. Entraremos, saldremos y volveremos a la base a revisar la

información.

Ambos asintieron. Nuestro entrenamiento del día anterior había sido en la selva, justo sobre la base, donde habían puesto puntos que correspondían a los lugares que las fotos tomadas con el aerostatos sugerían que serían mejores para colocar las cámaras y el resto del equipo. Niamh y Aparna habían mejorado mucho a la hora de montar los postes a los que iban a enganchar los equipos y después colocar las cúpulas de cristal de las cámaras. A mí se me daba mejor ir por ahí con una pistola y un lanzador de frascos, lo que ya era complicado. Además iba armado con el bastón electrificado y una bandolera llena de proyectiles, botes de feromonas y varios espráis. Niamh le había echado un vistazo a la cartuchera durante el entrenamiento y me había informado de que Chewbacca había llamado y quería su ropa de vuelta.

—Descendemos —dijo Satie. Comenzamos a bajar.

—Recordad, Jamie y yo saldremos primero —explicó Ardeleanu—. Entonces os haré una señal a vosotros dos y sacaréis los lotes con el equipo de la bodega de carga. Jamie le hará una señala a Satie para que despegue una vez lo hayáis sacado todo y hayáis asegurado la carga. —Aparna y Niamh asintieron—. Todo irá bien —repitió Ardeleanu.

La tierra se alzó para encontrarse con nosotros y Satie planeó a unos metros sobre el suelo.

—Hemos llegado —dijo, y me hizo un gesto con la cabeza—. Cuidado dónde pisas.

Asentí, me quité los cascos y me coloqué otros más pequeños. Abrí la puerta para saltar, salí y me caí de culo. El musgo y las algas hacían que el suelo fuera resbaladizo. La rodilla me chasqueó y maldije por el dolor. Oí que Satie me decía algo a través de los nuevos cascos, pero el ruido de los rotores no me permitía escucharlo bien. Decidí ignorarlo y, en su lugar, me levanté con cuidado, saqué el lanzador de frascos y la pistola, quité los seguros y me acerqué cojeando a la puerta del pasajero. La golpeé, Ardeleanu la abrió y salió. Me había visto tropezar y fue

más cuidadoso a la hora de pisar el suelo antes de tomar las armas.

Echamos un vistazo alrededor y, al ver que nada nos acechaba —el helicóptero habría asustado a todo ser viviente en un radio de cien metros—, Ardeleanu les indicó a Aparna y Niamh que salieran despacio antes de dirigirse a la pequeña bodega de carga que estaba directamente detrás de la zona de pasajeros. De ahí sacaron dos bolsa grandes y acolchadas que incluían dos bultos equipo, los postes y la «herramienta de incrustación», que era el nombre sofisticado para un mazo de goma. Los equipos estaban dentro de unas cúpulas acrílicas que parecían esas que se emplean en los restaurantes para mostrar las tartas, pero en lugar de pasteles había varias cámaras y más material científico.

Niamh y Aparna cerraron la bodega de carga, me dieron el visto bueno y todos nos alejamos del helicóptero. Satie esperaba mi aprobación y, en cuanto vio mis pulgares en alto, ascendió unos cien metros y mantuvo la posición.

—Cuidado, resbala —me dijo Niamh por los cascos. Le lancé una mirada asesina. Entonces, me giré hacia Aparna —. Tú vienes conmigo —ordené.

—La seguridad primero —dijo Ardeleanu, y desabrochó el compartimento en su bandolera donde guardaba las feromonas de parásitos—. Gritadores y el espray. —Asentí, saqué el mío y rocié a Aparna mientras él hacía lo mismo con Niamh. Después, lo embadurné a él y viceversa.

—Olemos como un puñetero muerto —dijo Niamh.

—Esa es la idea —le recordó Aparna.

Guardé el espray, saqué el gritador del bolsillo, lo encendí y lo volví a guardar. Miré a Aparna mientras me imitaba y le di el visto bueno a Ardeleanu, quien hizo lo mismo cuando él y Niamh habían activado los suyos.

Ardeleanu consultó el reloj.

—Nos ha llevado un minuto —informó—. El entrenamiento nos llevó seis. Nos vemos aquí en cinco minutos con cuarenta y cinco segundos. —Vi cómo Niamh

ponía los ojos en blanco. No estaba de acuerdo con esforzarse por batir un récord personal. Aun así, se marchó con Ardeleanu.

Miré a Aparna.

—¿Lista?

—No voy a apresurarme, si te parece bien —dijo.

—Me parece bien —le aseguré—. Seamos rápidos pero no estúpidos. —Caminamos en la dirección contraria a Niamh y Ardeleanu, hacia el primer punto que habían escogido, a unos cien metros. Andamos despacio porque las algas y el musgo no se volvían menos blandos a medida que avanzábamos.

Nuestro primer destino era el más lejano porque queríamos trabajar a medida que volvíamos. Mientras caminábamos, vigilaba el paisaje, tanto el que nos rodeaba directamente, desde donde saldría cualquier criatura que quisiera comernos, como el de la imponente torre que era Bella. Andar a su alrededor era como pasear por la Estatua de la Libertad, si el monumento pudiera sacar las alas en cualquier momento y echar a volar.

Aparna siguió mi mirada.

—Es increíble, ¿verdad?

—Increíble es quedarse corto.

Aparna asintió.

—Todavía no parece real, ¿verdad? Todo esto.

—Haberme caído de culo ha sido muy real —le aseguré.

—Sí, vale, lo que tú digas —dijo—. Pero el resto. Nos encontramos donde se produjo una explosión nuclear hace dos semanas. La tierra está resbaladiza por la vida que ha crecido en ella. —Señaló a un lado, donde la densa gelatina natal yacía en el suelo. Veía los huevos dentro, elípticos y del tamaño de una bola de bolos. Protuberancias similares a venas salían de ellos y desaparecían en la gelatina—. Hay cosas ahí dentro que se convertirán en eso —señaló a Bella — que no debería existir físicamente, si me lo preguntas, y aun así, aquí estamos. Increíble.

—¿Todavía crees que los kaiju no deberían existir? —

pregunté. Me percaté de que a nuestro alrededor había criaturas que estaban escurriendo el bulto. Los gritadores y las feromonas de parásitos funcionaban y creaban una oleada de seres dispuestos a evitarnos. La mayoría llegados a este punto eran insectos y pequeños lagartos, ninguno de los cuales habrían supuesto una gran amenaza. Sospechaba que la gran parte de la acción real con criaturas se estaba llevando a cabo en la gelatina natal, donde seres más grandes se alimentaban de los huevos de kaiju para después ser devorados por los parásitos. La naturaleza cruel y despiadada, como Tennyson dijo una vez, o el ciclo de la vida, como decía Mufasa.

—He leído el sumario —dijo Aparna—. La ciencia lo verifica. Pero es complicado. Lo que los kaiju tienen que hacer para vivir es una locura.

—Te refieres a los reactores nucleares orgánicos —solté. Estaba entablando una conversación con ella no solo por hablar, sino porque tenía la sensación de que estaba más nerviosa de lo que parecía con esta primera misión en tierra. Hacerle hablar la distraería.

—Sí, pero eso solo es una cosa. Y no es lo más raro. La cosa más extraña es que cuentan con ventiladores.

Abrí la boca.

—Para enfriarse a sí mismos, no frikis de convenciones de cómics, Jamie, te veo.

Cerré la boca de nuevo, con una sonrisa.

—Y lo más raro de eso es que los ventiladores no forman parte de ellos. Son colonias de parásitos… —Y entonces, Aparna empezó a parlotear sobre cómo los parásitos les introducían aire a los kaiju para enfriar los órganos internos, incluido el reactor, y cómo esto era suficiente para que se produjera el intercambio de calor, y cómo el constante flujo de aire hacía que siempre hubiera una brisa alrededor de un kaiju, y cómo el constante intercambio de aire convertía al kaiju en uno de los polinizadores más importantes del planeta, y así hasta que no tuvo tiempo de ponerse nerviosa durante la caminata.

Cuando llegamos donde habíamos planeado plantar el

primer equipo, nos topamos con un montón de cangrejos de árbol que se alimentaban de un cadáver justo en el lugar escogido para montar la cosa.

—Oh, mierda —dijo Aparna, que se detuvo.

—Sigue caminando —ordené—. Llevamos los gritadores. Los asustaremos a medida que nos acercamos.

Y eso hicimos con la mayoría. Se escabulleron según nos acercábamos. Sin embargo, cinco de ellos se quedaron para vigilar el cuerpo y ondearon las antenas de forma amenazadora.

Ya había estado aquí, pero, a diferencia de la otra vez, ahora había pasado tiempo bajo la tutela de Riddu Tagaq mientras aprendía a lidiar con estos pequeños capullos.

Esto significaba caminar directamente hacia ellos, agarrarlos por el centro del caparazón, donde tenían un punto ciego, y lanzarlos con fuerza y lejos.

Y eso fue lo que hice con el primero al que me acerqué antes de que tuviera tiempo para reaccionar. Lo agarré y lancé mientras chillaba por el susto. Mi técnica de lucha contra los cangrejos era impecable.

Sus compañeros giraron las antenas para seguirlo por el aire y al suelo de nuevo antes de centrarse en mí de nuevo.

—¿Quién más quiere recibir? —pregunté.

En una película, habrían huido de forma cómica. En la vida real, tuve que repetir el proceso de agarrar y lanzar cuatro veces más. Y entonces tuve que tomar el cadáver podrido y lo tiré a unos metros de nosotros para que, si los cangrejos regresaban, fueran a molestar al cuerpo y no a nosotros. Salí de la experiencia oliendo peor que antes, que ya era mucho decir.

Permanecí de pie donde habíamos planeado colocar el instrumental y señalamos a modo de celebración.

—Cuando estés lista, doctora Chowdhury —dije. Aparna se sacudió para salir de la quietud y se puso a trabajar con rapidez. Desabrochó la bolsa, sacó la estaca y el mazo e instaló el equipo.

Mientras lo hacía, escaneé la zona con el lanzador de

frascos en la mano. Si había algo más grande que un cangrejo de árbol, no quería que lo viéramos. La única ventaja de caminar por un campo repleto de restos de una explosión nuclear, si se le podía llamar ventaja, era que había poca verticalidad. Nada vendría a por nosotros desde arriba, por lo que tendríamos que preocuparnos por una dimensión menos.

—Hecho —dijo ella, y se levantó. El equipo permaneció de pie a varios metros del suelo y las cámaras tenían casi la misma altura que un humano acostado.

—¿Tiene señal? —pregunté.

Aparna asintió y señaló la luz verde en el bulto.

—Envía señal al aerostato más cercano, y también la recibe. Es posible que ya estén recibiendo la señal en Tanaka.

Gesticulé hacia el equipo y consulté mi reloj inteligente.

—Nos ha llevado cuatro minutos. Vamos, tenemos que poner el otro y volver al helicóptero.

—Va bien, de momento —dijo Aparna.

—Venga, Aparna —repetí—. No lo gafes.

* * *

Ion Ardeleanu dijo literalmente: «Ha ido mejor de lo que creía» antes de resbalarse y caer sobre el musgo y que algo del tamaño de una pantera se lanzara hacia él desde la gelatina natal.

No lo vimos venir. Ardeleanu venía por una pequeña colina inclinada y Niamh iba delante de él, camino arriba. Sería justo decir que Aparna y yo teníamos la mirada fija en Niamh, no en Ardeleanu, pues primero iba nuestro amigo y también porque el papel de Ardeleanu era el de guardaespaldas, por lo que, debía cuidar de su seguridad. A diferencia del resto, no era la primera vez que se embarcaba en una misión. Creíamos que sabía lo que hacía. No estábamos preparados para que resbalara, se cayera y una criatura saliera de golpe de la gelatina para ir a por él.

Cuando ocurrió, Aparna y yo estábamos a unos veinte

metros de Niamh, que a su vez se encontraba a unos diez metros de Ardeleanu. Estábamos lo bastante cerca de Niamh para que viera cómo nos cambiaba el rostro y se giró para ver qué ocurría. Niamh había sacado su bastón, igual que ella. Una vez había colocado el equipo, estaba listo para defenderse solo.

Esto le resultó útil a Ardeleanu, pues Niamh no perdió el tiempo. Corrió hacia él, sin resbalarse ni caerse, y comenzó a golpear a la criatura que ahora trataba de arrastrar a Ardeleanu colina abajo, hacia la gelatina natal de kaiju. Aparna y yo nos apresuramos a ayudar.

Los golpes que Niamh le proporcionó sirvieron para apartar a la criatura del biólogo caído que, enfadada, comenzó a moverse de forma amenazadora hacia Niamh. Esto no le impresionó y movió el bastón hacia el ser otra vez, y ahora se oyó un golpe al tiempo que un arco de voltaje fue del palo a lo que era el rostro de la criatura. Niamh había activado la parte eléctrica. El ser retrocedió rápido y sacudió la cabeza, pero no se batió en retirada.

Aparna fue hacia Ardeleanu y revisó sus heridas. Yo me acerqué a Niamh, que parecía enfadado y preparado para volver a enfrentarse al animal.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Una pregunta un poco estúpida para hacer ahora —dijo Niamh, lo que significaba que sí que lo estaba.

La criatura permaneció en su lugar a unos metros de distancia mientras nos estudiaba.

—¿Cómo está? —le grité a Aparna.

—Tiene la pierna izquierda destrozada y sangrando —dijo ella.

—Estoy bien —la contradijo Ardeleanu, que intentó ponerse en pie.

Aparna le puso una mano en el pecho para evitar que se moviera.

—No está bien.

Asentí y cambié el canal de los cascos al de Satie.

—Chopper Dos, adelante.

—No hace falta que me lo digas, ya lo veo —respondió

Satie—. Listo para realizar una extracción de emergencia.

—Gracias —dije.

La criatura comenzó a hacer un ruido.

—Creo que deberías saber que hay más cosas de esas de camino —me advirtió Satie—. Los veo por encima de la gelatina.

—Recibido —dije. Alcé el lanzador de frascos y, de acuerdo con lo que me habían explicado, disparé uno detrás de la criatura y dentro de la gelatina tras ella, donde se rompió con un puf impresionante y una nube de polvo metálico y feromonas.

El ser miró hacia atrás, a la nube, y después, despacio y decidido, hacia nosotros.

—Eso no es bueno —dije. Le tendí mi pistola a Niamh —. Si esa cosa se mueve, dispara —ordené.

—Es jodidamente evidente —respondió. Volví hacia Aparna y Ardeleanu, que aún trataba de ponerse de pie.

—Puedo moverme —aseguró.

—Señor, cállate —dije, y tomé su pistola y el lanzador de frascos—. Escoge uno —le ofrecí a Aparna, que tomó el lanzador. Recargué el mío con un recambio de la bandolera y cogí la pistola—. El helicóptero está de camino —le avisé.

—Lo sé —contestó, e hizo un gesto hacia arriba con la cabeza. Satie se movía para descender—. Voy a necesitar ayuda para subirlo al helicóptero.

—Puedo hacerlo —insistió Ardeleanu.

—Cállate —le pedimos los dos—. Enviaré a Niamh de vuelta cuando llegue —le dije a Aparna.

Ella asintió y yo volví hacia Niamh.

—El cabrón no se ha movido —dijo.

—No —afirmé—. Espera refuerzos. —Señalé la gelatina, donde varias criaturas más venían hacia nosotros. Unas cuantas de ellas se habían distraído con el delicioso olor del frasco, pero otras avanzaban en nuestra dirección.

—Gracias a Dios que hemos montado los equipos —dijo Niamh—. Ahora verán cómo nos comen en alta definición desde la base.

Asentí.

—Ve a ayudar a Aparna y Ardeleanu —dije. El helicóptero estaba tan cerca que apenas oía la conversación. Niamh retrocedió y yo me quedé solo ante la criatura. Dos de sus amigos estaban a unos veinte metros de distancia y avanzaban hacia nosotros lentamente.

Consideré mis opciones, guardé la pistola y saqué el lanzador. La criatura parecía ver lo que hacía, pero no hizo nada para remediarlo, pues esperaba a que su amiga se acercara.

Me moví de forma agresiva hacia la criatura para cerrar la distancia entre nosotros mientras gritaba con la intención de asustarla. Entonces, comencé a tambalearme en la gruesa mezcla de musgo y algas.

Eso era a lo que esperaba la criatura, a que perdiera el equilibrio, que me distrajera y estuviera indefenso. Abrió las fauces, su grito casi hizo desaparecer el ruido de los rotores del helicóptero, y se encorvó para atacar.

Que era lo que yo esperaba. Mi posición era buena. Solo había engañado a este cabrón siniestro que ahora tenía la boca abierta.

Disparé el frasco directo a él.

«¿Crees que acertarás el disparo?», recordé las palabras de Riddu Tagaq cuando le pregunté sobre disparar a las criaturas.

Al parecer, no había sido un disparo tan bueno.

Pero también debo decir que estaba disparando de muy muy cerca.

El frasco reventó en la boca de la criatura como una granada y lanzó al ser, ya de por sí aturdido, hacia los que se acercaban. Una vez que estos olieron el tufillo de su colega conmocionado o muerto, se olvidaron de mí y decidieron que el último era una comida más sencilla.

Creo que podría haber usado la pistola para obtener el mismo efecto, pero, en realidad, utilizar el lanzador de frascos era mucho más satisfactorio.

Más seres se abrieron paso desde la gelatina hacia el camarada caído, así que lo interpreté como mi momento para marcharme. Caminé despacio hacia el helicóptero, sin

bajar la guardia en ningún momento, hasta que alcancé la puerta del copiloto. La abrí y entré. Satie ascendió mientras yo me abrochaba el cinturón.

—¿Qué te dije de lo de no necesitar una extracción de emergencia? —me dijo después de que me hubiera ajustado el cinturón y encendido los cascos.

—Perdona —contesté. Miré al asiento de los pasajeros. Ardeleanu estaba en el suelo y Aparna se había colocado sobre él para limpiarle la herida con el antiséptico del kit de primeros auxilios del helicóptero—. ¿Cómo está? —pregunté.

—Es una herida bastante fea —dijo Niamh.

—Comunica a la base que necesitamos asistencia médica —le pedí a Satie.

—Lo he hecho antes de recogeros —respondió.

Miré a Ardeleanu, que no llevaba los cascos puestos. Estaba diciendo algo, pero el ruido fuera de la cabina lo ahogó. Parecía un «estoy bien». Aparna lo ignoró y lo curó de todas formas. Era muy sensato por su parte. Miré a Niamh, que todavía seguía enfadado. No estábamos todos bien, pero sí vivos. Me lo tomé como una victoria. Volví a mirar al frente, me asomé por la ventanilla del helicóptero y dejé salir una exhalación larga y temblorosa. Satie se percató de ello, pero no dijo nada.

Hasta unos minutos después, cuando la curiosidad le superó.

—Eh, no he podido verlo bien —dijo—, pero ¿de verdad le has disparado a una de esas cosas en la cara con un puñetero lanzador de frascos?

CAPÍTULO 16

Cuando llegamos, nos recibió una camilla para llevar a Ardeleanu al hospital. La base Tanaka contaba con dos doctores y dos enfermeras, y una de los doctores, Irina Garin, era cirujana. Supuse que Ardeleanu la vería pronto. Lo bajaron a toda prisa del helicóptero y se lo llevaron mientras él no dejaba de repetir que de verdad estaba bien.

—Me alegro de que esté a salvo, pero cuando se encuentre mejor creo que le pegaré —dijo Niamh mientras el biólogo se alejaba.

—Me parece bien —concordé—. ¿Cómo estás? —Incluí a Aparna en esto—. ¿Cómo estáis los dos?

—Necesito un trago —contestó ella.

—¿Un trago? —exclamó Niamh—. Yo necesito varias copas.

Aparna sonrió.

—Me refería a eso, pero no quería parecer una borracha.

—A la mierda con eso. Tras la aventura de hoy, voy a emborracharme y a llevar una pantalla de lámpara a modo de sombrero.

—Dejadme pagar la primera ronda —me ofrecí—. Después de eso, serás el responsable de hacerte con una pantalla. —Nos despedimos de Satie y le aseguramos que le pagaríamos una copa cuando acabara. Luego nos dirigimos al túnel que llevaba a la base, donde, al parecer, nos esperaban todos para celebrar nuestra llegada.

Kahurangi saltó de entre la muchedumbre y nos dio un abrazo a cada uno.

—Gracias por no haber muerto —dijo.

—¿Qué narices? —pregunté, y miré a mi alrededor.

—Amigo, todos hemos visto el vídeo de cómo habéis

salvado a Ardeleanu entre los tres.

—¿Todos?

—Bueno, ha sido un día con pocas noticias.

Miré alrededor.

—Ya veo.

Kahurangi me golpeó en el hombro de forma afectuosa.

—Acepta la victoria, Jamie. Hoy sois héroes.

Me dio un ligero empujón hacia la multitud que esperaba. Aparna y Niamh me siguieron y se sucedieron una serie de abrazos y palmaditas en la espalda.

Por lo visto, Niamh tenía razón. Las cámaras sobre los trípodes funcionaban y, gracias a nuestras posiciones, habían grabado desde varios ángulos el ataque a Ardeleanu y cómo lo habíamos protegido. Lo mismo había ocurrido con el aerostato, que proporcionaba una vista vertical y había transmitido los diferentes puntos de vista a la base Tanaka en tiempo real. El vídeo adicional grabado desde el helicóptero se sumaría al resto cuando se transfiriera a un ordenador. Para cuando volvimos a la base, nos habíamos convertido en un programa de televisión digno de ver. Todo el mundo había visto a Aparna asistir a un colega caído, a Niamh electrocutar a una criatura en la cara y a mí dispararle en la boca.

—Me he tenido que ir a otro planeta para hacerme viral —anotó Aparna mientras veíamos el vídeo del ataque ya en la cabaña. Nos habían dado a los tres la tarde libre, y Kahurangi estaba jugando a *hockey*.

—Eres muy famosa para unas ciento cincuenta personas —le contestó Niamh.

—Ese es el nivel de fama que deseo.

—¿En qué estabas pensando cuando empezaste a golpear a esa cosa? —le preguntó Kahurangi a Niamh. Habíamos llegado a ese momento en el vídeo en que Niamh se había puesto sumamente agresivo con la criatura, pero todavía no la había electrocutado.

—¿Qué parece que esté pensando? Estaba enfadado.

—Tienes mucha ira acumulada, amigo mío —observó Kahurangi.

—No tienes ni idea.

—¿Y tú? —me preguntó Kahurangi.

—Estaba pensando en lo molesto que iba a estar Satie con nosotros —contesté—. Nos pidió que no sufriéramos una emergencia, y vamos nosotros y sufrimos una.

—No fuisteis vosotros, sino Ardeleanu. —Kahurangi rebobinó hasta el momento en que el biólogo se cayó de bruces y la criatura salió de la nada para ir a por él.

—Tío, yo me resbalé y me caí —dije—. Fue lo primero que hice al salir del helicóptero. Todavía me duele la rodilla. Lo atacaron a él, pero podría haber sido cualquiera de nosotros.

—Yo no —intervino Niamh.

—No, la ira acumulada te habría hecho inmune a un ataque si hubieras acabado en el suelo —dije.

—Por supuesto que sí.

Todos nuestros teléfonos sonaron con una notificación. Aparna tomó el suyo primero.

—Es una actualización sobre el estado de Ardeleanu —dijo—. Tiene desgarros en los músculos pero no le ha afectado a ningún ligamento ni tiene venas importantes perforadas. Le han recetado antibióticos de amplio espectro y le han dado unas muletas. Le han ordenado que no haga más trabajo de campo durante el resto de la visita. Estará bien.

—Como no dejaba de repetir —apunté.

Niamh entrecerró los ojos.

—Ni se te ocurra.

—Perdón.

—Además —continuó ella—, esta noche después de cenar habrá una ceremonia especial y una fiesta en nuestro honor. De los tres, quiero decir. Disculpa, Kahurangi.

Este sonrió.

—Considerando lo que habéis tenido que hacer para que se celebre una fiesta en vuestro honor, no me importa que me omitan.

—¿De qué va la «ceremonia especial»? —preguntó Niamh.

Aparna miró el comunicado.

—Aquí pone que «van a iniciarnos en las órdenes».

Niamh frunció el ceño.

—¿Y qué puñetas crees que significa eso?

* * *

—De vez en cuando, entre nuestras filas encontramos personas que hacen cosas extraordinarias en momentos extraordinarios —decía Brynn MacDonald en el comedor. Estaba frente a la mesa en la que acababa de cenar justo antes de levantarse y, literalmente, gritarle a todo el mundo para que se callaran y le prestaran atención. Si esto formaba parte de la «ceremonia especial», entonces era muy muy informal—. Y cuando eso ocurre, ¿qué hacemos?

—¡Introducirlos en las órdenes! —fue la respuesta general.

—¡Sí! ¡Eso es! Y hoy es uno de esos días —prosiguió MacDonald—. Estoy segura de que ya habréis visto el vídeo en que Ion Ardeleanu casi se convierte en el bufé, y entonces tres de nuestros ciudadanos más novatos van a su rescate. Para celebrar este evento, es hora de hacer las iniciaciones. Para empezar, cedo el paso a mí homóloga del equipo Azul, vuestra amiga y la mía, Jeneba Danso.

Todos aplaudieron mientras MacDonald se sentaba y Danso se ponía en pie delante de su propia mesa.

—Nuestra primera iniciación de la noche va para Ion Ardeleanu —anunció Danso, que señaló hacia donde este se sentaba y lo hizo levantarse, algo para lo que necesitó apoyarse en las nuevas muletas. Ella sostenía algo en la mano, y tras echarle un vistazo resultó ser lo que parecía una medalla de plástico sobre una cinta—. Nuestro biólogo jefe ha realizado cinco visitas a la base Tanaka y en su labor ha descubierto, identificado y clasificado cientos de especies de este planeta. Pero, tal y como hemos aprendido hoy, durante todo ese tiempo lo único que todavía no había descubierto es que cualquier criatura de las que ha identificado y nombrado estarán encantadas de hincarle el diente.

Las risas se sucedieron a nuestro alrededor, y por qué no. Ardeleanu no había muerto; es más sencillo hacer bromas cuando uno está vivo.

—Para celebrar que han escapado de las fauces de la muerte, de verdad, y para recordarle que vaya con más cuidado la próxima vez, esta noche me enorgullece introducir a Ion en la antigua y sagrada Orden del Pastelito Sabroso. —Se oyeron aplausos y Danso se acercó a Ardeleanu para colocarle la medalla alrededor del cuello antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Esa es una orden antigua y sagrada? —le pregunté a Kahurangi, que estaba sentado a mi lado, mientras aplaudía.

—Supongo que se inventan estas órdenes antiguas y sagradas sobre la marcha —contestó él.

—Gracias, Jeneba, y gracias, base Tanaka —dijo Ardeleanu cuando el aplauso menguó—. Me enorgullece que se me reconozca como un aperitivo oficial... —Se escucharon unos gruñidos, como los que emite un padre cuando emplea una jerga que no debería—, y también espero que sea la última que algo me ve de ese modo.

Más aplausos.

—¡Pero esperad! Pues soy el siguiente en realizar una iniciación. Cuando me caí y me convertí en sujeto de un intento de consumición, una vez la maleducada criatura se había apartado de mi pierna, la doctora Aparna me trató con una atención compasiva, pues primero me protegió de posibles mordiscos posteriores y después se ocupó de mí hasta que regresamos a la base. Recuerdo haberle dicho que estaba bien y también me acuerdo de su respuesta, que fue, y cito: «Cállate».

Hubo más risas.

—Y resultó que tenía razón. Yo no estaba bien, y ella lo sabía. No soporto ser el centro de atención, incluso aunque sea porque los monstruos me tomaron por un sabroso aperitivo. Pero ella me convirtió en el centro de su atención hasta que estuve a salvo en la base. En reconocimiento por haber cuidado de mí, a pesar de mis intentos por fingir que

la pierna destrozada no era para tanto, me llena de alegría introducir a la doctora Chowdhury en la antigua y sagrada Orden del Ruiseñor Persistente. Aparna, tendrás que venir a mí, todavía no me mantengo en pie.

Los aplausos empezaron de nuevo y Aparna caminó rápido hacia él, recibió la medalla de plástico y un abrazo y volvió a sentarse tan veloz como pudo. Ser famosa para ciento cincuenta persona era su límite.

Ardeleanu se las ingenió para volver a su asiento, y MacDonald se levantó de nuevo.

—Ahora es mi turno para introducir al siguiente miembro —dijo—. Le doctore Niamh Healy ha estado con nosotros durante, señor, dos semanas, y aun así, cualquiera que haya pasado tiempo a su lado habrá descubierto, y apostaría lo que fuera porque también ha apreciado, su completa intolerancia hacia las estupideces. Así que, en cuanto un parásito se lanzó sobre Ion, Healy hizo lo que siempre hace. Dijo «esto es una estupidez» y fue a acabar con ella. ¡Con un bastón eléctrico!

Más aplausos.

—Por su negativa a soportar estupideces tanto de los humanos como de los parásitos asquerosamente grandes y su evidente destreza con las armas a corta distancia, estoy más que complacida por iniciarle en la antigua y sagrada Orden de las Completas Sandeces.

Más aplausos, y Niamh se encaminó a por su medalla y abrazo correspondientes. Entonces, se giró hacia la multitud reunida y alzó la medalla con una mano, lo que hizo que el lazo girara alrededor de su cuello.

—¡Esto es una sandez! —dijo. Se oyeron gritos y hurras mientras volvía a su asiento.

Ahora le tocaba levantarse a Tom Stevens.

—Creo que os he contado a más de unos pocos cómo recluté a Jamie Gray —dijo—. La situación incluía comida a domicilio y la necesidad de última hora de encontrar a alguien que moviera las cosas de un lado para otro en la base. —Se oyeron risas—. Así que tuve suerte, pero Jamie también. ¿Quién más de nosotros, en sus primeras dos

semanas en la base, ha sido perseguido por un kaiju, ha escapado por los pelos de una explosión nuclear y, para rematar, ha disparado a un parásito justo en la cara con un lanzador de frascos? Quiero decir, es mi tercera visita y jamás he hecho nada de eso. —Me miró—. Lo admito, Jamie. Estoy muy celoso.

—Deberías —respondí, y hubo más risas.

—Cualquiera que haya recibido un entrenamiento con armas de Riddu Tagaq, lo que se refiere a todos nosotros llegados a este punto, sabe que su mantra con respecto a las armas es «¿De verdad crees que vas a hacerlo?». Y, aun así, cuando Jamie tuvo que enfrentarse a un parásito que se habría comido a todo el mundo en aquella partida, se encaminó directo hacia él, le gritó y le disparó el frasco en la boca. Justo en la boca, gente.

—Hablaré con Jamie sobre eso —añadió Riddu Tagaq desde algún punto en el comedor. Esto arrancó una risotada al público.

—Por tanto, por su tranquilidad al encontrarse bajo presión, por darle tiempo al resto del equipo para que llevaran a Ion de forma segura de vuelta al helicóptero y por tener la valentía de ignorar a Riddu Tagaq, me siento orgulloso y feliz de otorgarle a Jamie Gray la medalla de la antigua y sagrada Orden de Madre mía, Jamie acaba de dispararle a un parásito en la boca con un lanzador de frascos.

—Cada vez tengo más claro que se están inventando esto sobre la marcha —me dijo Kahurangi. Sonreí, fui a por la medalla y el abrazo y le di las gracias a todo el mundo. Entonces, MacDonald anunció que oficialmente ya era la hora de la fiesta, se subió el volumen de la música y la gente fue a por bebidas. Les di las gracias a las personas que se acercaban a felicitarme y, cuando acabaron, observé la medalla de cerca. Tenía las palabras «El papá más guay del mundo» escritas en ella, que por muchos motivos no era terriblemente acertada, pero sabía que era la intención lo que contaba.

Alguien me dio un toque firme en el hombro. Me giré y

vi el rostro impasible y serio de Riddu Tagaq.

—Puedo explicarlo —solté. Era mentira, no podía.

Tagaq alzó una mano.

—Ya me darás explicaciones más tarde. Tenemos otros asuntos que atender esta noche.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto —dijo ella. Entonces, me dedicó una gran sonrisa llena de dientes—. ¡Karaoke!

* * *

Y al día siguiente, todo volvió a la normalidad. Aparna y Niamh volvieron al trabajo, que ahora consistía en revisar los vídeos y la información que recopilaban los equipos que habían colocado en la zona. Creo que pensaban que, puesto que habían sido atacados por unas criaturas mientras colocaban los equipos, se merecían liderar el trabajo que se hacía con todo lo que grababan.

Asimismo, era posible que a mí me hubieran iniciado en la antigua y sagrada orden de a lo que fuera que me hubieran iniciado, pero la gente todavía necesitaba que les llevara cosas o las quitara o las levantara, y yo no quería que Val pensara que me estaba regodeando en la gloria. El día después a la fiesta, aún había gente que me felicitaba y me contaba historias de sus propias iniciaciones a las órdenes. El día siguiente a eso, a nadie le importaba.

Y estaba bien. Era una carga pesada ser el padre más guay del mundo, pero no necesitaba pensar en ello a cada momento del día.

Al día siguiente, Tom se acercó a mí mientras yo salía del comedor después de la comida. Sostenía una tableta.

—Primero, esto no es cosa mía —dijo.

—Eso es una introducción tremenda —respondí.

—Los primeros turistas llegan en un par de días.

—Sí, lo sé. —Me había hecho con las listas de los personajes importantes que nos visitarían durante las próximas tres semanas, y eran lo me habían descrito como una mezcla estándar de mandos militares, políticos excursionistas y científicos que podrían tener algo útil que

aportar a nuestro trabajo.

—Ha habido un cambio de última hora con el programa de esta semana. Acaba de llegar, literalmente, de la base Honda, que lo acaba de recibir de la tierra.

—Vale ¿y?

—Han cambiado al doctor Plait por uno de los nuevos inversores.

—Vale, así que voy a ser la niñera de un multimillonario. Conozco a los de su clase.

—Bueno, ahí está el tema.

—Joder, Tom, deja de ser tan misterioso.

Me tendió la tableta.

—Recuerda que yo no he tenido nada que ver con esto.

Tomé la tableta y leí la lista de visitantes revisada.

—Esto tiene que ser una puñetera broma —dije.

CAPÍTULO 17

El *Shobijin* se deslizó hacia el muelle y el equipo aeronáutico de la base Tanaka salió de inmediato para asegurarlo y prepararlo para descargar los recursos que transportaba como si fuera una cuerda salvavidas entre nosotros y la base Honda y, por ende, el mundo real. Una vez vacío, lo llenarían de nuevo con muestras científicas o artilugios que habíamos creado en Tanaka y que nos habían pedido las otras bases, como botes de algún tipo concreto de feromonas de kaiju, pues Tanaka estaba mejor equipada para fabricarlas que las demás.

Sin embargo, el *Shobijin* se llenaba en su mayor parte de basura que no podíamos tratar, reciclar o usar como abono. La llevaba de vuelta a Honda y de ahí a la Tierra para deshacerse de ella como era apropiado. Transportar basura por el aire para enviarla a través de una puerta dimensional para deshacerse de ella podía parecer extravagante, pero eso era la SPK. Nos tomábamos en serio la idea de que debíamos dejar la menor huella posible en este mundo.

No obstante, esta vez las tornas se invertirían y el viaje del *Shobijin* sería para traer basura a Tanaka.

Se extendió la pasarela hacia la base y la puerta hacia la zona de pasajeros se abrió. Debido a que se trataba de un viaje de carga, la zona de pasajeros se había reacondicionado, pero aún había algún que otro asiento para los turistas que habían venido a vernos. El primero de estos apareció por la puerta y atravesó la pasarela seguido por un segundo, y un tercer y último turista.

Rob Culodemono Sanders. El antiguo director general de füdmüd.

—¿Cómo es posible que sea uno de los turistas? —le

había preguntado a Tom el día anterior cuando me había anunciado que Sanders estaba de camino.

—No lo sé —dijo Tom—. Lo único que me aventuro a decir es que se ha gastado algunos de esos millones que dijiste que se llevó de la venta de füdmüd en la SPK, y ellos le han permitido venir a ver el lugar.

—¿Así es cómo funciona? ¿Le lanzas un par de millones a la SPK y te dejan venir a acariciar monstruos?

—Bueno, en realidad, sí —admitió Tom. Lo miré impasible, y se percató de ello—. Así es cómo se juega a esto, Jamie. Los gobiernos pueden financiarnos mucho antes de que quiénes somos y lo que hacemos se haga público. Conseguir dinero de los über-ricos…

—He visto lo que has hecho ahí.

—… forma parte de cómo trabajamos y seguimos en las sombras.

—Es una manera sospechosa de conseguir fondos.

—Espera a averiguar que una parte de esos patrocinios realizados por millonarios en realidad son estatales —dijo Tom—. Firman un contrato sin licitación con la empresa de un multimillonario a cambio de un servicio muy caro con la condición de que una parte de los ingresos lleguen aquí.

—¿Los multimillonarios blanquean el dinero del gobierno por nosotros?

—Básicamente.

—Repito: sigo atónito al ver que todo esto sigue siendo un secreto —dije.

—Recibido —dijo Tom—. Y recuerda lo que te dije la primera vez que hablamos de ello. Es un secreto, pero no tanto. —Señaló la tableta—. A veces significa desvelar el secreto a personas que preferiríamos no hacerlo.

Mientras veía a Rob Sanders caminar pasarela abajo, me incliné hacia Tom, que estaba de pie a mi lado junto a Brynn MacDonald, que también formaba parte del comité de bienvenida.

—No puedo prometerte que no se lo ofrezca a los cangrejos de árbol —dije.

—Resístete a la tentación —me sugirió Tom—. No

estaría bien darles de comer a uno de nuestros inversores.

—Quizá solo algún miembro suyo.

—Jamie.

—Vale —dije—. Le dejaré vivir. Por hoy.

Los tres turistas llegaron a donde estábamos nosotros y MacDonald le dio la bienvenida al primero de ellos.

—Teniente general Tipton —dijo—. Bienvenido de nuevo a la base Tanaka. —Le hizo un gesto con la cabeza a Sanders y al otro turista—. Comprendo que solo cuenta con la mitad de su equipo ahora mismo.

—En efecto —dijo él—. La doctora Gaines, que venía con nosotros de parte del Departamento de Energía, sufrió un grave ataque de asma tras atravesar el portal a la base Honda. Se está recuperando en sus instalaciones médicas, y los otros dos miembros de su equipo decidieron quedarse con ella.

—Espero que esté bien.

—Lo estará. Y estoy seguro de que mantendrán a su gente ocupada. —Tipton hizo un gesto hacia Sanders y la otra persona en su equipo—. Permítame presentarle al coronel David Jones, mi asistente, y este es Robert Sanders, que ha venido en representación de Tensorial, uno de nuestros mayores contratistas. Ha heredado el puesto de su padre.

Parpadeé ante esto y recordé que Tom había mencionado hacía un par de semanas que Sanders venía de una familia que ganaba dinero con contratos de defensa. Supongo que eso significaba que volvería al redil en las últimas semanas.

—Un placer —dijo MacDonald—. Este es Tom Steven, mi asistente, y Jamie Gray, quien será su guía durante su estancia.

Sanders señaló a Tom.

—Me resultas familiar —dijo.

—Coincidimos en Dartmouth —contestó Tom—. Iba un par de años por detrás de usted.

—Vaya, qué pequeño es el mundo —dijo Sanders—. Lo que me lleva a… —se giró y me miró—. ¡Mira a quién

tenemos aquí!

—Soy yo —afirmé.

—¿Conoce a Rob? —preguntó Tipton.

—Jamie era uno de mis ejecutivos en füdmüd —le contó Sanders.

—¡Oh! Debiste de estar muy contento con el pago de tus acciones cuando Uber compró la empresa —me comentó Tipton.

—Es una pena —dije, y miré a Sanders—. No estaba allí cuando ocurrió y tampoco tenía una sola acción.

Tipton se rio con satisfacción.

—Estoy seguro de que te arrepientes de ello.

—Bueno, me llevé un quince por ciento de descuento en Duane Reade, así que no fue tan malo.

Tipton señaló a Sanders.

—Este se acaba de convertir en multimillonario por eso. Si tuviera su dinero, estaría en una playa en Cancún con una gran bebida de frutas en la mano. Este volvió a trabajar para su padre.

—Para ser sincero, ya estaba metido en Tensorial cuando era director general de füdmüd —dijo Sanders—. Siempre tuve un pie dentro. Y ahora estoy aquí.

—Sí, sudando como un mono —añadió Tipton—. Este lugar no se ha enfriado ni un poquito desde la última vez que vine.

—No, supongo que no —contestó MacDonald, que me señaló—. Jamie será el encargado de su estancia, así que, no duden en pedirle…

—En realidad, y disculpe que la interrumpa, doctora MacDonald —dijo Tipton, y así es como descubrí que Brynn MacDonald tenía un doctorado en algo—… me han asignado la tarea de obtener un resumen completo de lo sucedido en el caso KakKasuak…

—¿El qué?

—Así es cómo llamamos en el otro lado al kaiju que estalló —explicó Tipton—. Me han ordenado que obtenga un resumen exhaustivo del evento tan rápido como sea posible y que regrese lo antes posible. —Asintió hacia

Jones, que metió la mano en la bolsa que llevaba y le presentó a MacDonald un portapapeles—. Aquí está todo sobre lo que nos tienen que informar. Necesitaremos los informes hoy.

MacDonald tomó el portapapeles y se lo dio a Tom sin siquiera mirarlo.

—Tenemos una sesión completa de informes programada para mañana…

Tipton negó con la cabeza.

—Lo siento de nuevo, doctora MacDonald, pero tenemos que regresar mañana por la mañana. —Alzó una mano para anticiparse a la objeción que ella se disponía a hacer—. Le aseguro que no quiero mandonearla ni alterarle los horarios. Esto viene de mis jefes, y también de los suyos, y su jefe. Viene de arriba.

—No lo entiendo —dijo MacDonald—. No es como si un kaiju no hubiera estallado antes.

—Ha ocurrido —dijo Sanders—, pero no se ha visto desde la zona aérea canadiense.

Recordé que Niamh había señalado un destello que había identificado un dron canadiense desde el aire en el lugar que correspondía a donde Bella anidaba en nuestro lado de la barrera.

—No es una amenaza —informó MacDonald.

Tipton sonrió.

—Puede que tenga razón, pero es solo una cuestión de tiempo antes de que un vuelo comercial lo vea, o unos turistas…

—¿Hay turistas en Terranova y Labrador? ¿En octubre? ¿Durante una pandemia? —espeté.

—… o unos residentes cercanos —dijo Tipton, que me miró disgustado. Estaba menos emocionado por que le interrumpieran que por interrumpir—. Y no quiero faltarles el respeto a sus trabajadores, doctora MacDonald, pero no todo el mundo en casa está del todo convencido que una kaiju embarazada que anida junto a la brecha entre los dos mundo no sea una amenaza. Estoy seguro de que tiene razón, pero necesito información para persuadir a los

demás. Y la necesito hoy porque me esperan en la Casa Blanca el lunes por la mañana.

—La Casa Blanca —dijo MacDonald, escéptica.

—Voy a informar al jefe de estado. Él hablará con su jefe si es necesario.

MacDonald asintió.

—Tom preparará las reuniones para hoy.

—Gracias —dijo Tipton—. ¿Cuándo podremos ver la zona de la explosión?

MacDonald me miró.

—Martin está listo —informé—. Íbamos a llevar a uno de los grupos los antes posible. Y eso puede ser ahora.

—El coronel Jones se quedará aquí para vigilar el equipaje y se coordinará con el señor Stevens —dijo Tipton.

—Vale. —MacDonald volvió a mirarme—. Son todo tuyos, Jamie. Nos vemos en noventa minutos. —Ella, Tom y el coronel Jones salieron mientras este último tomaba notas en la agenda.

Me giré hacia mi obligación.

—¿Alguna vez has montado en helicóptero?

—Por supuesto —dijo Sanders.

—¿Y usted? —le pregunté a Tipton.

Este me miró serio.

—Soy el teniente general de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. ¿Qué cree?

* * *

Mientras nos aproximábamos al lugar y Satie y Tipton, que estaba en el asiento del copiloto, hablaban sin parar sobre helicópteros, Sanders me dio un toque en el hombro, se quitó los cascos y me hizo un gesto para que me acercara a él. Me quité los míos y enseguida recordé lo bien que un par de cascos de aviación de calidad bloqueaban el sonido del motor del helicóptero. Me incliné hacia él.

Sanders dijo algo.

—¿Qué? —dije.

Sanders se acercó y prácticamente me gritó en la oreja:

—Digo que espero que no haya resentimientos porque

te despidiera en marzo.

«¿De verdad estás haciendo esto ahora?», pensé, pero no se lo dije.

—No es cómo esperaba que acabara la evaluación de rendimiento —respondí junto a su oreja cuando acabó de gritarme. Era la única forma de mantener una conversación. Era evidente que no deseaba que los otros estuvieran al tanto de ella.

—Lo entiendo —dijo—. Pero no te ha ido nada mal.

—No me habría importado recibir el pago por las acciones.

—La compra de acciones se produjo con las de clase A. Tú y la mayoría de los empleados teníais las de clase B, que simplemente se intercambiaron por acciones de Uber.

—Así que tampoco me habría convertido en multimillonario.

—No, a no ser que ya fueras uno. ¿Eso te hace sentir mejor?

—La verdad es que no.

—De todas formas, esto es mejor —dijo Sanders—. Y, en realidad, estoy celoso. Puedes estar aquí todos los días. Es mi primera vez aquí.

—¿Pero conocías su existencia?

Sanders asintió.

—Tensorial y las empresas que la han precedido está comprometida con las tecnologías que emplean energía nuclear. ¿Alguna vez has oído hablar de un generador termoeléctrico de radioisótopos?

—¿Radio qué?

—Es un tipo de generador de energía nuclear. Los fabricamos y la SPK los utiliza.

—¿Ah, sí?

—No en esta base. En otros lugares. La cosa es que llevamos décadas trabajando para la SPK. Mi padre me lo contó cuando era un niño.

—¿Y le creíste?

Sanders negó con la cabeza.

—No a la primera. Es demasiado loco, ¿verdad? Pero

entonces me di cuenta de que era real. Y le dije que deseaba ir.

—¿Qué respondió a eso?

—Dijo «Cuando consigas tu primer mil millón de dólares». Así que fundé füdmüd.

—¿Fundaste füdmüd para venir aquí?

—Hice un trato con mi padre.

—Füdmüd podría haber sido un fracaso.

Sanders sonrió.

—Jamás fue diseñado para tener éxito. La creé para venderla.

—No sé qué significa.

—Cuando fundas una empresa, puedes hacerlo para dominar un sector o para causarle tanto daño a alguien que decida comprarte. Creé füdmüd para hacerles daño a Grubhub y a Uber Eats. Y una de ellas me compró. Por miles de millones de dólares.

Pensé en lo que eso significaba y la forma tan cínica en la que Sanders había construido su empresa. Entonces, recordé las sugerencias que le di en la reunión en la que me despidió. Las empleó, lo que ya era bastante malo, pero también las utilizó para molestar a alguien hasta el punto de que le pagara para que se alejara. Mi único intento de ser un genio de los negocios funcionó para contrariar a otra empresa que compró a un competidor que no tenía interés alguno en competir.

—Bueno, eres un tremendo capullo —murmuré bajo el rugido del helicóptero.

—¿Qué? —preguntó Sanders.

—He dicho «Que es un truco estupendo».

—Es el arte del engaño, amigo.

No dije lo siguiente que se me pasó por la cabeza y cambié de tema en su lugar.

—Así que, ¿por qué me despediste? —pregunté—. Ahora que estamos aquí y que no importa.

—No era personal —dijo Sanders—. ¿Recuerdas a Qanisha Williams? —Asentí—. Hablé con ella sobre cómo la pandemia iba a destrozar la economía. Me dijo que

esperaba que no fuera muy malo. Yo le respondí que era tan malo que hasta la gente que tenía buenos trabajos esa semana iban a apuntarse para ser entregadores a la semana siguiente. No creía que fuera a ocurrir, así que le hice una apuesta al estilo Duke.

—¿Una qué?

—Me aposté un dólar. Sabes, como los hermanos Duke en *Entre pillos anda el juego*.

Me devané los sesos con esta referencia.

—Esa película antigua de Eddie Murphy.

—Sí. Le hice apostar y entonces le dije que sacara el listado de empleados y escogí diez nombres al azar. Los llamé a mi despacho y los despedí.

—Yo incluido.

—Lo siento. Qanisha luchó por ti, creo que deberías saberlo.

—Éramos amigos —dije. Y lo habíamos sido.

—Eso es lo que ella dijo. Le contesté que podía quitarte de la lista si ella te reemplazaba. No lo hizo.

—Tampoco habría querido que lo hubiera hecho —dije. Sabía que Qanisha no era la única que dependía de su salario.

—Le hice prometer que no contaría nada y le dije que si la mitad de la gente a la que acababa de despedir se convertían en entregadores una semana después, ganaría la apuesta.

—¿Y?

Sanders habló con tono engreído.

—Seis de diez.

—Deberías estar orgulloso —dije.

—Entiendo a la gente.

—¿De verdad?

Antes de que Sanders respondiera, Tipton nos hizo un gesto para que nos pusiéramos los cascos. Estábamos cerca de la zona de la explosión.

—¿Crees que el piloto nos permitirá aterrizar y pasear? —preguntó Sanders, antes de que nos colocáramos los cascos.

—No apostaría por ello —dije.

—¿Quieres hacer una apuesta al estilo Duke?

—La verdad es que no.

—Lo intentaré de todos modos. Mira esto. —Se puso los cascos y rápidamente se los volvió a quitar y se inclinó de nuevo—. ¿Cómo se llamaba el piloto?

—Martin —contesté.

—Entendido. —Se recolocó la protección auditiva y se reconectó a través del intercomunicador a la vez que Bella se volvía visible y se cernía sobre su nido.

—Bueno, esa cosa es inmensa —dijo Tipton, que miró a Bella—. Y se ha limitado a permanecer ahí sentada durante dos semanas.

—No ha estado sentada —dijo Satie—. Pone huevos. La primera tirada de huevos eclosionará la semana que viene. Una multitud de pequeños kaiju nacerán, se comerán a sus hermanos y hermanas y después saldrán corriendo hacia el bosque. Entonces pondrá más huevos. Repetirá esto varias veces más antes de acabar.

—Y no moverá un músculo mientras lo hace.

—No lo necesita. Todos sus parásitos se mueven por ella.

—¿Cuánto vamos a acercarnos? —preguntó Tipton.

—Depende de lo nerviosos que os pongáis —respondió Satie.

Tipton se rio.

—¿Qué le parece si nos deja bajar a echar un vistazo? —propuso Sanders.

—No se lo recomiendo —dijo Satie.

—¿Por qué no?

—Jamie lo sabe.

—Aterricé aquí con algunos científicos hace una semana y casi se comen a uno de ellos —le conté.

—No me importa el riesgo —dijo Sanders.

—Es fácil de decir cuando no te han intentado comer —repuso Satie.

—Le pagaré diez mil dólares para que aterrice cinco minutos.

—¿Lleva diez mil dólares encima? ¿En efectivo?

—No.

—Entonces, no —dijo Satie—. Y, de todas formas, ¿para qué me servirían diez mil dólares aquí? La tierra kaiju es un paraíso socialista, señor Sanders.

—Cien mil dólares, Martin —dijo Sanders—. Te los ingresaré en la cuenta bancaria que tengas en casa en cuanto volvamos.

Satie se giró para mirar a Sanders, que le devolvió la mirada y le dedicó una pequeña sonrisa. Estaba seguro de haber encontrado el precio de Satie. Este último se volvió de nuevo hacia los mandos. Sanders se centró en mí como si dijera «¿Ves?».

El helicóptero descendió con violencia. Si no hubiéramos llevado los cinturones, habríamos tocado el techo. Satie bajó y casi nos dejó a la altura del suelo antes de detenerse y planear sobre árboles caídos y hierba nueva.

Entonces, miró a Sanders.

—Venga, fuera —dijo.

Sanders miró a su alrededor. Aún estábamos a cierta distancia de Bella.

—¿Cómo? ¿Aquí?

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro.

—Bueno, si le voy a pagar cien mil dólares, quiero estar cerca de ella. —Sanders señaló a Bella.

—No voy a aceptar su dinero —dijo Satie—. Solo le permito bajar.

—No lo entiendo.

—Lo sé. Fuera.

Sanders miró el asiento del copiloto.

—General Tipton…

—No está hablando con él —lo interrumpió Satie—. Está hablando conmigo. No va a decir una maldita palabra. No está a cargo de esta misión ni de la aeronave. Yo sí. Y le estoy diciendo que salga.

Sanders estaba visiblemente confundido.

—No veo el problema.

—Me ha insultado, señor Sanders.

—¿Ofrecerle dinero es un insulto?

—No me ha insultado al ofrecerme dinero, sino al creer que podría comprarme.

Sanders parpadeó en silencio. Era evidente que no entendía la diferencia.

Me limité a mirar por la ventana. A media distancia del rugido de los rotores, las criaturas miraban en la dirección del helicóptero, curiosas, como si se preguntaran si podía ser comida.

—Cuando me ha hecho la primera oferta, esperaba que lo dejara pasar como una broma —dijo Satie—. No es el primer multimillonario que he transportado. Sé cómo les gusta sacudir su polla de dinero para ver quien está dispuesto a comérsela. Si lo hubiera dejado pasar cuando le he dado la oportunidad, estaba dispuesto a ignorarlo. Pero ha insistido. Quería ver cuánto me costaría comprometer la seguridad del resto de pasajeros en la aeronave, yo incluido, para reivindicar su control. Así que, aquí tiene mi respuesta, señor Sanders. Le dejaré salir gratuitamente. Y no hay cantidad de dinero en el mundo, en este planeta o en el otro, que usted o nadie podrían pagar para que le permita volver a subir.

Sanders tragó saliva, miró a Tipton, después a mí y luego por la ventana, donde, creo que vio a las criaturas curiosas por primera vez.

—Ahora, puede salir. —Satie señaló la puerta.

Sanders volvió a mirarlo.

—He cambiado de opinión.

—Todavía no lo entiende —dijo Satie—. No es su opinión la que tiene que cambiar ahora.

—Martin…

—Doctor Satie, si no le importa —continuó, y así es cómo descubrí que tenía un doctorado. Por un momento, me pregunté si de verdad yo era la única persona en este planeta que no contaba con un título terminal de algún tipo.

Sanders se recompuso.

—Doctor Satie, es evidente que lo he ofendido, y lo

lamento muchísimo —dijo—. Por favor, acepte mis disculpas más sinceras por lo que le he dicho.

—Las aceptaré con la condición de que no diga una sola palabra en lo que queda de viaje —dijo Satie—. Ni a mí, ni al general Tipton ni a Jamie. Limítese a permanecer sentado, señor Sanders. ¿Lo acepta? Asienta si lo hace.

Sanders asintió.

—Bueno, entonces tenemos un trato —dijo Satie, y se alejó de Sanders—. Ahora vamos a echarle un vistazo a esa maldita criatura, ¿os parece? —Nos alzó de nuevo en el aire y de nuevo hacia Bella.

Miré a Sanders, que estaba pálido y sudado.

«Porras», pensé, «podría haber ganado un dólar».

CAPÍTULO 18

Una vez realizada la visita por la zona de la explosión, era la hora de dar explicaciones.

—Hay algo que no entiendo —dijo Rob Sanders en la primera sesión informativa que habíamos preparado para él, el general Tipton y el coronel Jones con nuestros científicos y personal. Si Sanders sufría algún tipo de daño psicológico residual por haber sido humillado por un piloto de helicóptero un par de horas antes, no lo parecía. La resistencia del ego de un multimillonario era algo digno de ver—. Sabemos que los kaiju, los grandes, tienen reactores nucleares orgánicos, pero mientras sobrevolábamos a Bella hoy y contemplábamos la zona llena de huevos, me ha venido a la mente que jamás he oído hablar de una cría de kaiju que tenga un reactor dentro. ¿Lo tienen?

—Sí y no —dijo Aparna. Como era la persona encargada de recopilar la información obtenida de la zona de anidación, y esta reunión era aparentemente sobre ello, era la bióloga que lideraba la reunión. Aparte de ella y los turistas, la sesión incluía a Brynn MacDonald, a Tom Stevens y a mí. La estábamos llevando a cabo en una sala de reuniones muy pequeña dentro del edificio de administración. Era una reunión muy íntima. Añadido a mi papel de cuidador de visitantes, una vez más me habían encargado supervisar los aperitivos.

—Eso es difuso —contestó Sanders con una sonrisa.

Aparna sacudió la cabeza a modo de respuesta.

—No es difuso para nada. Sí, porque incluso a una edad temprana, hasta como embriones en el óvulo, existen ciertas estructuras en el cuerpo del kaiju que se desarrollarán hasta convertirse en el reactor más adelante. No, porque esas estructuras previas no son el reactor en sí

todavía. Deben producirse ciertos procesos antes.

—¿Como qué? —preguntó Tipton.

—Ciertos cambios hormonales, para empezar.

—El kaiju debe llegar a la pubertad —dijo Sanders.

—En cierto modo —respondió Aparna en un tono que sugería que, de hecho, no quería—. Sería incorrecto imaginar el desarrollo de un kaiju igual que el de un mamífero o incluso un vertebrado de nuestra tierra. Es mucho más complejo.

Sanders asintió.

—Cuéntenos más, por favor.

—Vale. Por ejemplo, el desarrollo del reactor nuclear no está solo supeditado a la edad de la criatura, ahí es donde la metáfora de la pubertad erra, sino que también depende de la carga parasitaria. Si un kaiju no cuenta con los parásitos suficientes, o de una cierta especie, entonces la cámara nuclear no se desarrollará.

Tipton frunció el ceño.

—¿Así que estas cosas no se vuelven nucleares si no tienen las pulgas adecuadas?

—Otra vez, en cierto modo —dijo Aparna—. Pero es mucho más intrincado que eso. —Hizo un gesto hacia MacDonald—. Cuando llegué aquí, la doctora MacDonald nos dijo que no pensáramos en los kaiju como animales, sino como ecosistemas en sí mismos. Esto es acertado de una forma que es difícil de explicar. Las criaturas a las que denominamos «parásitos de kaiju» no son parásitos como tal. Algunas lo son, pero la mayoría tienen una relación de comensal con el kaiju mientras que otras se relacionan para obtener un beneficio mutuo. Y no solo con los kaiju, sino entre ellas. De hecho, hay algunas especies que tienen una relación de comensal con los kaiju y una de beneficio mutuo con otros parásitos. Viven en los kaiju, pero sobreviven gracias a las demás criaturas.

—Eso es genial, pero ¿qué significa? —dijo Sanders. Era evidente que no entendía nada de lo que Aparna explicaba.

—Básicamente, si no recogen a los parásitos adecuados

de su entorno, no se pueden llevar a cabo ciertos procesos en su desarrollo —dijo Aparna—. En el caso de la cámara nuclear, un kaiju en desarrollo debe, entre otras muchas cosas, adquirir un tipo de parásito que actúe como un sistema de refrigeración dentro de él, de forma que absorba el aire del exterior para enviarlo a través del kaiju y deshacerse del calor. Esos parásitos crean las condiciones adecuadas para que el kaiju crezca. Aumentar su tamaño le provoca estrés al kaiju en cuestión, pues su capacidad para seguir viviendo solo con las funciones metabólicas se reduce rápidamente. Este estrés provoca que su cuerpo emane ciertas hormonas e inicia otros procesos que, entre otras cosas, crean y activan la cámara nuclear.

—¿Y si no encuentran el parasito adecuado?

—Entonces no se convierten en kaiju. O se mueren porque se hacen demasiado grandes y caen víctimas de la ley cuadrático-cúbica… —Sanders frunció el ceño, lo que me hizo pensar que jamás había oído hablar de dicha ley—, o permanecen en esa temprana fase de desarrollo. Tampoco es correcto pensar únicamente en los kaiju como seres inmensos. Pueden tener una vida feliz en etapas de desarrollo tempranas, en las que son tan grandes como, digamos, un elefante o un Tiranosaurio Rex. Solo hay un pequeño porcentaje de kaiju que se convierten en lo que consideramos tamaños monstruosos.

—Así que si quieres un kaiju, necesitas algunos parásitos —dijo Tipton.

Aparna asintió.

—No solo unos parásitos, sino los parásitos adecuados para cada especie de kaiju. Una de las cosas más interesantes de Bella, y Edward, el kaiju que la fecundó, es que están en la zona geográfica equivocada. Su especie es endémica de lo que nosotros conocemos como México y Centroamérica, donde hay unos parásitos que son esenciales para su desarrollo, que no existen en el norte. Eso significa que habrían llegado hasta aquí desde el sur ya convertidos en kaiju totalmente formados, pues no se habrían podido desarrollar por completo aquí.

—¿Qué implica eso para sus hijos? —preguntó Sanders —. ¿Se convertirán en kaiju de tamaño completo?

—Depende —contestó Aparna—. Si Bella se queda en la zona mientras crecen, o si pueden acercarse a Edward sin que él o alguno de sus parásitos se los coman, quizá se hagan con alguna de las criaturas esenciales que necesitan para convertirse en kaiju más grandes. Si Edward y Bella los abandonan, se quedarán en la fase temprana de desarrollo. Eso sí, la mayoría no llegará tan lejos.

—Quiere decir que se los comerán.

—Sí o se morirán de hambre. Los kaiju son depredadores en todos los estados de su vida y, cuanto más grandes se hacen, más se acercan al ápice de su nicho ecológico. Un ecosistema puede soportar una cantidad concreta de depredadores. Y cuando tienes una zona llena de kaiju, las cosas se ponen feas.

—¿Por qué? —preguntó Tipton—. Tienen energía nuclear. Están por encima de la necesidad de comer.

Aparna negó con la cabeza.

—Obtienen parte de la energía de los procesos nucleares, pero necesitan nutrientes para sus sistemas biológicos. Todavía cazan. Y van a por otros kaiju. Cazan kaiju menos desarrollados, pero, sobre todo, desde el punto de vista ecológico, también tienen sus legiones de parásitos, muchos de los cuales cazan, y todos cuentan con un metabolismo. Un kaiju es una montaña andante de bocas. Ellos y sus parásitos se comerán el campo sin pensarlo. O lo harían, si no se defendiera.

—¿Se defiende? —dijo Sanders.

—Oh, sí —respondió Aparna—. Todo aquí es absurdamente letal porque lo que no es un parásito de kaiju ha evolucionado para defenderse de ellos. Algunos seres incluso cazan parásitos. Es una guerra constante. A veces, el campo gana y derrota a los parásitos.

—Y ¿entonces qué ocurre?

—Bueno, recuerde. Los kaiju no son animales, son ecosistemas —dijo Aparna—. ¿Qué ocurre cuando acabas con una parte esencial de un ecosistema? Es muy probable

que todo lo demás también muera.

—Es esta competición constante la que hace que esta versión de la tierra sea tan interesante, desde el punto de vista de la química —añadió Kahurangi en la siguiente reunión programada, donde informó a Sanders y a Tipton sobre las últimas novedades del laboratorio de química—. Todo señala a lo demás, y la mayor parte es una variación de «Déjame en paz o te mataré».

—Y ¿cómo difiere esto de nuestra Tierra? —preguntó Tipton.

Kahurangi sonrió.

—Por el volumen, en especial. Aquí todo grita.

—Y, ¿cómo les gritamos de vuelta? —preguntó Sanders.

—No necesitamos hacerlo. Gritamos lo que ya dicen. No sé si alguna vez han visitado la selva…

—No todavía —interrumpió Sanders con tono seco. Sí, definitivamente se había recuperado de lo sucedido antes.

—… pero empleamos esencias y feromonas que imitan a parásitos de kaiju, así que todo nos evita.

—Su asociada, la doctora Chowdhury, nos contó que hay criaturas que matan a los parásitos, no que huyen de ellos —dijo Tipton.

—No le mentía —apuntó Kahurangi—. Pero como ocurre en casa, hay restricciones. Algunos seres son presas de esos parásitos. Echarán a correr. Algunos quieren cazar al parásito, así que se acercan a mirar. Pero como todos los depredadores, analizan la situación. Si les resulta un problema, nos dejarán tranquilos. Tratamos de que les parezca complicado. Pero no es perfecto. —Hizo un gesto hacia mí—. Jamie acaba de volver de una misión en la que un depredador ha intentado probar suerte.

—Algo hemos oído. —Tipton se volvió hacia mí—. ¿Cómo fue?

—Jamie le disparó en la cara —dijo Kahurangi, orgulloso, antes de que pudiera responder.

Tipton me miró de arriba abajo, como si me reevaluara.

—No parece de los que disparan a la cara.

—Todos tenemos secretos ocultos —dije.

—Así que, si obtenemos los químicos adecuados, podremos controlar a esas cosas —dijo Sanders, que volvió al tema que le interesaba.

—¿Controlar? No —contestó Kahurangi—. No hablamos en términos de control.

—¿Por qué no?

—Porque no son personas, y no hablamos de ellos. Estas criaturas no atienden a órdenes cuando huelen las feromonas o las esencias. Reciben sugerencias. Si tenemos una feromona diseñada para provocar una respuesta de huir o pelear, queremos que huyan, y el noventa por ciento del tiempo, lo hacen. Sin embargo, el diez por ciento restante querrán pelear.

—Y no hay forma de que puedan perfeccionar esto.

—En realidad no —dijo Kahurangi—. E incluso aunque pudiéramos, no garantizaríamos que hicieran lo que deseamos cada vez. Son criaturas biológicas, no máquinas. A ver, también podemos hablar con otras personas, ¿verdad? No tenemos que rociarlos con químicos ni nada parecido. Simplemente, les hablamos y ellos entienden lo que decimos. ¿Siempre hacen lo que queremos?

—No siempre —admitió Sanders.

—Ahí lo tiene.

—Déjeme llevar esto en otra dirección. ¿Se podría drogar a un kaiju?

Kahurangi sonrió.

—¿Quiere colocar a un kaiju, señor Sanders?

—No quiero hacer nada con ninguno. Solo quiero saber si es hipotéticamente posible.

—Estoy seguro de que lo es, aunque, por lo que sé, jamás lo hemos hecho.

—¿Jamás?

—Bueno, soy nuevo, así que tendría que consultarlo —admitió Kahurangi—. Pero, en un sentido más amplio, son criaturas biológicas aunque obtengan su energía de reactores nucleares. Estoy seguro de que se pueden crear

compuestos que tengan efectos específicos sobre ellos.

—Y para otras criaturas que habitan el planeta también.

—Por supuesto, aunque todo reaccionará de forma distinta. Joder, hay medicamentos que funcionan en adultos, pero no lo hacen tan bien en niños y viceversa. Además, habría que ser muy valiente para atreverse a drogar a un kaiju o a uno de sus parásitos con un fármaco inventado para ver qué ocurriría.

—Ya lo hacen cuando los rocían con feromonas —apuntó Tipton.

Kahurangi volvió a sonreír.

—Sí, pero después salimos corriendo como alma que lleva el diablo.

—¿Hay algo en su arsenal actual de olores y feromonas que mantenga a un kaiju en un mismo lugar? —preguntó Sanders—. Bella está sentada justo sobre una barrera fluctuante entre nuestros mundos. Si se levanta, podría hacerlo en el lado equivocado.

Kahurangi negó con la cabeza.

—No —dijo—. Pero a mi modo de ver, Bella no parece tener ganas de cruzar y se limita a alejar a otros kaiju.

—¿Cómo?

—Bueno, hablando de feromonas, desde que anidó, ha emitido grandes cantidades de feromonas que indican lo mismo a cada kaiju que se encuentre por la zona.

—¿El qué? —preguntó Tipton.

—Mantente alejado.

—¿Y qué ocurre cuando se levanta? —le dijo Tipton a Niamh en la tercera reunión del día, donde los estaban actualizando sobre los trabajos relacionados con la física en el lugar.

—¿Se refiere a si podría cruzar a nuestra Tierra?

—Sí, esa es mi preocupación.

—Bueno, si pudiera, y llegaré ahí en cualquier momento, la pregunta sería: ¿por qué lo haría?

—¿Porque es un animal estúpido que podría inclinarse hacia el lado equivocado al levantarse? —dijo Sanders.

—Primero, no es un animal estúpido —respondió Niamh—. Ninguna de estas criaturas lo es.

—No son inteligentes.

—Claro que lo son —dijo Niamh en un tono que indicaba su decepción al tener que explicar algo tan evidente—. No piensa que Bella sea inteligente porque no participa en la bolsa de valores o hace algo irrelevante, pero normalizado. Pero, de hecho, es una criatura muy lista, considerando que se deja llevar por sus necesidades. Ahora mismo, debe quedarse en un único lugar y poner huevos. No necesita levantarse, y solo lo hará si algo la molesta. Y, de todas formas, si se pusiera en pie, sería para responderle a algo en este lado de la brecha, como otro kaiju que entrara en su territorio. En cuanto ocurra, vuestro problema se solucionará solo.

—Eso —dijo Tipton de repente, y señaló a Niamh—. Eso es lo que necesitamos saber. Explíqueme eso.

—La barrera se rompió cuando el otro kaiju estalló —explicó Niamh—. Solo es parte de la liberación de tanta energía nuclear. La cosa es que, no importa lo grande que sea el agujero en la brecha dimensional, enseguida comienza a sanar.

—¿Por qué? —preguntó Sanders.

—Porque la cantidad de energía nuclear liberada se reduce y toda radiación nuclear comienza a desvanecerse. La brecha se sana de forma predecible porque está ligada a la actividad nuclear ambiental en la zona. A no ser que se añada más energía, se cerrará por completo.

—Pero esta no se cierra —dijo Tipton.

—Cierto, porque hay un maldito reactor nuclear inmenso, que vive y respira, sentado justo al lado —añadió Niamh—. Bella funciona con energía nuclear, y esa energía es la que mantiene la brecha abierta. O, al menos, la hace más fina de lo que debería. Pero, en cuanto cambie de lugar…

—Su energía se irá con ella.

Niamh asintió hacia Tipton.

—E incluso ahora, la cantidad de energía que está

añadiendo a la mezcla no es suficiente para atravesar la barrera. Quizá, durante los primeros días, cuando los niveles de radiación ambiental eran mayores en la zona. Pero han pasado semanas, y esas cantidades se han reducido. Mantiene la brecha fina, pero no lo suficiente para que ella u otros kaiju la atraviesen por su cuenta.

—¿Y qué ocurre con el destello? —preguntó Sanders.

—Eso es interesante —dijo Niamh, animado—. Creía que el destello era una brecha entre nuestros mundos por donde se podría cruzar. Pero colocamos varios equipos que muestran que lo que realmente ocurre es que mientras permanece ahí sentada, alimentando la barrera, se construye algo similar a una carga estática. Y, en cierto modo, algo lo remueve y toda la energía estática estalla. Y la descarga se produce en ambos lados de la barrera.

Sanders se detuvo.

—¿Es electricidad estática?

—No, es algo mucho más raro —dijo Niamh—. Jamás hemos visto nada parecido porque nunca hemos tenido un kaiju sentado en un lugar el tiempo suficiente para que sucediera. Y, ya que soy la primera persona en describir su naturaleza, lo he llamado el efecto Healy, y algún día, cuando pueda publicar sobre ello, me otorgarán un premio Nobel y los demás físicos con doctorados por la Universidad de Trinity se morirán de envidia.

—Nos ha llevado muy lejos en un momento —dijo Sanders con media sonrisa.

—Permítanme disfrutar de mi momento —contestó Niamh.

—Quiero asegurarme de que le entiendo —dijo Tipton —. La brecha entre nuestros mundos se ha diluido y esta kaiju está alimentándola con su energía, pero no es lo bastante fina para que esta o cualquier otro kaiju la atraviese, y si alguno se acercara, Bella se moverá para hacerle frente y con ello, acabará con la energía que mantiene la brecha abierta.

—En efecto.

—Pero ¿se podría abrir de nuevo? —preguntó Sanders

—. ¿Lo suficiente para dejarla pasar?

—No, a no ser que ella misma estalle —dijo Niamh—. Y no hay pruebas de que haya riesgo de ello.

—Así que lo que está diciendo es que sería necesaria una explosión nuclear.

Niamh lo pensó un momento.

—¿No? Pero si hablamos de eficacia en este lado, sí, pues no contamos con ningún tipo de material fisible concentrado. No obstante, si Bella estalla aquí, solucionará el problema de inmediato. Morirá y los demás kaiju solo cruzarán si se produce una explosión nuclear al otro lado de la brecha.

—Eso es muy raro —murmuró Tipton.

—¿El qué? —preguntó Niamh.

—El hecho de que un ser de este mundo sienta algo de lo que ocurre en el nuestro. El hecho de que exista una tierra alternativa y cómo la descubrimos a través de las bombas nucleares.

Niamh sonrió.

—Amigo, si está confuso, piense en esto: cada vez que jugamos con energía nuclear, debilitamos la barrera dimensional, no solo entre nuestro mundo y este, sino entre cualquier otra tierra alternativa potencial y la nuestra.

Tipton frunció el ceño.

—¿Qué?

—Cada una de ellas —añadió Niamh—. Millones. Miles de millones. Miles de miles de millones.

—¿Cómo lo sabe?

Niamh se encogió de hombros.

—Son matemáticas.

—Entonces, ¿por qué solo vemos esta?

Niamh les dedicó una sonrisa más amplia.

—Esto les va a encantar. Porque, por lo que sé hasta ahora, se debe a que nuestras dos tierras son las únicas que cuentan con criaturas nucleares. Los kaiju crecieron por naturaleza. Nosotros empleamos el cerebro.

—Entonces, ¿por qué tuvo que cruzar la barrera un kaiju para que descubriéramos este mundo? —preguntó

Sanders.

—Porque creemos que somos inteligentes —respondió Niamh.

—¿Cómo ha dicho?

—Creemos que somos inteligentes —repitió Niamh—. Y al pensar eso, solo veíamos lo que queríamos y no más allá. Estábamos concentrados en crear bombas nucleares y no pensamos en cómo la energía nuclear puede poner el multiverso patas arriba. No tomamos en consideración que podría haber un multiverso. No forma parte de nuestro ideal.

—Y el kaiju sí que lo tuvo en cuenta —respondió Sanders, escéptico.

—Por supuesto que no —dijo Niamh con el mismo tono de «no me creo que tenga que explicar esto»—. Ellos no tienen en cuenta algo así. Jamás se les ocurrió crear un modelo de un universo donde los mundos alternativos podrían existir o no. Solo fueron astutos, siempre en el contexto de sus necesidades. Sintieron una fuente de alimento y caminaron hacia ella. No pensaron en que iban a cruzar un portal dimensional. Simplemente, llegaron a nuestro mundo porque jamás se les ocurrió que no podrían.

CAPÍTULO 19

—Tengo un par de preguntas para usted, si no le importa —le dijo Brynn MacDonald al general Tipton después de que Niamh hubiera terminado con su presentación y salido de la sala y nos acercáramos al final del horario de reuniones.

—Por supuesto, doctora MacDonald —dijo Tipton.

—Para empezar, siento curiosidad por las conclusiones que ha sacado y de lo que informará cuando regrese.

Tipton miro a Sanders.

—Creo que es más que evidente que ustedes saben lo que se hacen —dijo él—. Jamás lo hemos puesto en duda. La SPK siempre encuentra gente muy buena. Pero, es un evento poco habitual y creo que comprenderán por qué en el mundo real nos preocupa. Han pasado décadas desde la última vez que un kaiju atravesó la barrera, y el mundo ha cambiado mientras tanto. Por lo que tener a uno sentado justo en la brecha es una cuestión de seguridad, o al principio es lo que parecería.

—Y cree que ya no lo es tanto —dijo Tom Stevens.

—Sí —señaló Tipton—. Les aclararé que estas presentaciones deben respaldarse con información que pueda compartir con los científicos de la Tierra. Si llegan a conclusiones distintas, les informaré y, sinceramente, no estaré muy contento con ello. Pero jamás han falseado la información antes. No estoy seguro de por qué empezarían a hacerlo ahora.

—Gracias por el cumplido, general.

—Un placer. Por supuesto, doctora MacDonald, nos haría a todos un favor si hallara una forma de hacer que Bella se moviera para que la brecha se cerrara por completo. Rocíela con alguna feromona o algo. Hace esas cosas todo el tiempo.

—Lo hemos pensado —dijo Tom—. Pero puesto que no hay peligro de que cruce, hemos decidido que no es un problema. Además, los kaiju que empollan son susceptibles.

—¿Susceptibles? —preguntó Sanders.

—Bella destrozaría a cualquier otro kaiju que fuera una amenaza para sus huevos. Si uno de nuestros helicópteros se acercara e intentara hacer que se moviera, ella lo vería como una amenaza e intentaría destruirlo. Y es muy probable que lo persiguiera hasta acabar con él, lo que supondría el riesgo de llevarla hacia la base Tanaka.

—Preferiríamos que Bella no nos aplastara —comentó MacDonald con tono seco.

—Así que creemos que es mejor dejarla donde está por ahora —continuó Tom—. Tenemos esas cámaras y el equipo para monitorizarla y llevamos a cabo observaciones en vivo con los helicópteros. Si ocurre algo de lo que debamos preocuparnos, lo sabrá.

—¿Cuánto tiempo más pasará ahí? —preguntó Sanders.

—Hasta que deje de producir huevos. Debería poner más pronto, y es posible que haya una tercera tanda después.

—Así que, ¿semanas? ¿Meses?

—Al menos, otro mes.

—Entiendo que sienta curiosidad por estas criaturas, señor Sanders —dijo MacDonald.

—Por supuesto —contestó Sanders.

—Tanto que ha intentado sobornar a mi piloto para que aterrizara cerca de Bella —continuó MacDonald—. Comprenderá que el doctor Satie redactó un informe de incidente poco después de que aterrizaran, como está obligado a hacer siempre que ocurre algo raro durante un vuelo.

Sanders parecía incómodo pero no demasiado. Estaba en tierra y en el ambiente de una sala de reuniones, su campo de juego habitual.

—Doctora MacDonald, he comprendido que me he dejado llevar por mi entusiasmo…

—Sí, lo ha hecho —dijo MacDonald—. Por favor,

cuénteme por qué.

—Es la primera vez que vengo —explicó Sanders—. Que veo esto. Todo esto. Me dejé llevar. Estuvo mal por mi parte. Lo lamento.

MacDonald le lanzó una mirada sin emoción.

—Sabrá que su familia no tiene una reputación demasiado destacable en lo que respecta a la base Tanaka.

Sanders parecía confuso.

—En realidad… no.

—En los años sesenta, cuando la SPK acababa de empezar, su abuelo presionó para que empleáramos los generadores termoeléctricos de radioisótopos como forma de energía, incluida la primera versión de la base Tanaka. Había un informe en el que se explicaba que los kaiju se sentían especialmente atraídos por esa versión de los GTR y los buscaban, pero su homólogo en aquel entonces… —MacDonald hizo un gesto hacia Tipton—… lo aprobó de todas formas porque, en gran parte, su abuelo lo sobornó. ¿Le gustaría adivinar qué ocurrió después, señor Sanders?

—Supongo que habría muchas visitas de kaiju.

—Sí, incluido uno con un reactor defectuoso que destruyó la base —dijo MacDonald—. La antigua base Tanaka estaba construida junto al agua, y los kaiju con reactores defectuosos tratan de acercarse al agua, quizá como una forma para enfriarse antes de llegar al punto crítico. Este fue directo al agua y después a la base. Hasta en un momento tan crítico como ese, no pudo evitar buscar lo que creía que era comida. Murieron docenas de personas, señor Sanders. Aunque es irónico que esos mismos generadores sigan aquí, bajo los escombros. Pero no están activos, por supuesto.

—No sé cómo responder a eso —dijo Sanders un minuto más tarde—. A excepción de que yo no voy a sobornar al general Tipton.

—Doy fe de ello. Todavía tengo que pagar una hipoteca y la matrícula del colegio para tres niños —dijo Tipton.

—Jamás me ha parecido una persona fácil de sobornar

—comentó MacDonald a Tipton.

—Gracias —respondió él con sarcasmo.

MacDonald se centró en Sanders de nuevo.

—Pero sabemos que usted es de esos que tratan de comprar a la gente. Como su abuelo. Así que, una vez más, señor Sanders, dígame por qué trató de sobornar a mi piloto para que le permitiera aterrizar.

—Doctora MacDonald, le juro que fue por mera curiosidad personal —dijo él, que suspiró exasperado—. Mire, sé que a veces puedo ser un capullo. Sino, pregúntele a Jamie. —Me señaló y todas las miradas aterrizaron sobre mí.

—Sí que puede —afirmé—. Si no recuerdo mal, se lo dije el mismo día en que me despidió.

—¡Sí! Gracias —me dijo Sanders antes de volver a mirar a MacDonald—. Esta mañana he entrado en modo capullo engreído y me han regañado por ello, lo que me parece justo. Y, además, he aprendido la lección. Ser un capullo engreído aquí no es aceptable. Sobre todo con su piloto de helicóptero. Lo siento. Le prometo que no volverá a ocurrir.

MacDonald miró a Sanders y luego a Tipton.

—¿General?

—Bueno, tras haber pasado dos días con él, doy fe de que es un capullo —contestó Tipton—. También debo decir que la petición me sorprendió tanto como a su piloto. No tengo motivo para pensar que fue cosa de la emoción del momento.

—¿Jamie? —MacDonald se dirigió a mí.

—¿Eh? —dije, porque soy así de tranquilo.

—Martin dice que os vio hablar en privado en el helicóptero justo antes del intento de soborno. ¿De qué iba la conversación?

Me vino una idea a la cabeza y la solté al momento.

—Era sobre *Entre pillos anda el juego*. —MacDonald parecía confusa—. ¿Ibais a hacernos una jugarreta?

—No —respondí—. Hay una película titulada *Entre pillos anda el juego.* Es de los ochenta.

—La peli de Eddie Murphy —comentó Tom.

—Esa —dije.

—¿Y por qué hablabais de esa película? —preguntó MacDonald.

—Era parte de la conversación. Rob es un gran fan de Eddie Murphy.

MacDonald miró a Sanders para confirmarlo.

—Es cierto —dijo él—. El Eddie Murphy del principio de su carrera, no el de ahora. Aunque *Yo soy Dolemite* es bastante buena.

—Y no hablasteis de nada más —insistió MacDonald.

—Antes de eso hablamos de füdmüd, la empresa que fundó y para la que trabajé antes de que me despidiera abruptamente —contesté—. Intentaba explicarme que mi despido no fue nada personal.

—¿Qué opinas de eso? —preguntó Tom.

—Bueno, de repente me quedé sin trabajo y sin dinero y me pasé los siguientes seis meses repartiendo comida en medio de una pandemia. La verdad es que me pareció muy personal.

—¿Se lo dijiste?

Miré a Sanders.

—Ya sabe que pienso que es un capullo.

MacDonald asintió.

—Vale —dijo. Se volvió hacia Sanders—. Enhorabuena, es su primer error, señor Sanders. No le daremos otra oportunidad. Vuelva a cruzar la línea, a molestar o a interferir con el personal de la SPK y no me importa cuánto dinero tenga su familia o con qué contactos cuente, me aseguraré de arruinarle la vida. Y jamás volverá a este lado. ¿Ha quedado claro?

—Sí —dijo Sanders—. Gracias. Lo lamento.

—Bien. —MacDonald se miró el reloj inteligente—. Tenemos un par de horas antes de la cena, así que, a menos que necesite algo más, general, sugiero que nos tomemos un descanso. Estaría encantada de que usted y el señor Sanders me acompañaran para cenar, si lo desean.

—Eso sería maravilloso. Gracias —dijo Tipton.

MacDonald asintió.

—Nos vemos a las seis y media entonces —anunció ella —. Jamie les recogerá en sus alojamientos.

Todos se levantaron y salieron de la sala menos yo, que tenía que limpiar. Una vez recogidos los refrescos, los puse en el carrito y me dirigí hacia el comedor.

Por el camino vi que Tipton y Sanders hablaban. Caminé hacia ellos mientras veía cómo un Tipton animado le daba toquecitos a Sanders en el pecho. El general me vio acercarme, interrumpió la conversación con Sanders, asintió con la cabeza y se alejó.

—¿Todo bien? —le pregunté a Sanders.

—Todos me están echando la bronca hoy —dijo.

Asentí.

—¿Qué te ha dicho el general?

—Me ha dicho que lo que he hecho hoy ha sido lo más estúpido que le ha visto hacer a un civil en este lado y que a la SPK no le importa de quién soy hijo o cuánto dinero tengo porque siempre encontraréis a otros multimillonarios que os financien debido a que tenéis puñeteros Godzillas y los frikis con dinero harán cola a la puerta para verlos. «Puñeteros Godzillas» es una cita literal, por cierto.

—Seguro que sí —dije—. Quizá «frikis con dinero» también.

—Y estás en lo cierto. —Sanders sonrió con remordimiento—. Así que, sí, no tengo el mejor de los días.

—Que te den una dosis de humildad no es lo peor del mundo —sugerí.

—No lo sé —contestó él, y entonces recordó algo—. Has mentido ahí dentro por mí. Sobre lo que hablamos antes de que le hiciera la oferta al piloto.

—No he mentido —dije—. Solo he seleccionado algunos de los temas de los que hablamos.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Por qué no debería?

—Bueno, para empezar, crees que soy un capullo.

—Lo eres —afirmé—. Pero llegados a cierto punto, creo que las regañinas lo han dejado claro. Lo demás sería

añadir leña al fuego. Creo que lo has entendido.

—He aprendido muchas cosas hoy —dijo Sanders—. Este lugar no es como esperaba. Bueno, gracias.

Asentí de nuevo.

—¿Qué plan tienes ahora?

—Me has pillado —contestó Sanders—. No es que haya mucho que hacer por aquí. Quizá vuelva a mi habitación y mire la pared hasta la hora de cenar. ¿Por?

—Bueno —dije—. Sería justo decir que has tenido un día decepcionante, ¿no?

—Sí, ¿por?

—Deja que lo arregle.

—¿Cómo?

—Deja que me encargue de esto —dije, e hice un gesto hacia el carrito—. Después iremos a dar un paseo.

* * *

—¿Vamos a meternos en problemas por eso? —preguntó Sanders mientras bajábamos las escaleras hacia la selva. Podríamos haber tomado el ascensor, pero varias semanas de ir de aquí para allá con cosas por la base más seis meses de repartir comida por los apartamentos sin ascensor del East Village me habían hecho darme cuenta de que las escaleras no me suponían un problema. A Sanders comenzaba a faltarle el aire y eso que estábamos bajando.

—Para nada —dije—. Si os hubierais ceñido al horario original, os habría traído aquí abajo mañana. Ya que os habéis deshecho de la programación, esto ya no íbamos a hacerlo. Solo lo estoy reprogramando.

—Quizá deberíamos haber avisado a Tipton —dijo Sanders.

—No. ¿Cuántas veces ha estado aquí ya? Creo que ya ha visto bastante. —Llegamos al descansillo y permanecimos de pie ante la puerta cerrada—. Todo esto es nuevo para ti. ¿Estás listo?

—Listo —contestó Sanders entre jadeos. Quité el pestillo y abrí la puerta, activé el gritador que llevaba en el bolsillo y salimos a la selva—. Esto es increíble —dijo

Sanders mientras miraba a su alrededor.

—Lo es —confirmé.

—¿Es seguro?

—Seguro es una palabra que no usamos demasiado por aquí —contesté—. Pero es tan seguro como puede. Solo que, ya sabes. No te alejes demasiado de mí, por favor.

Sanders sonrió.

—Entonces eres mi guardaespaldas.

—Algo parecido —afirmé.

Nos alejamos un poco de la puerta hacia los árboles. A medida que nos acercábamos, metí la mano en el bolsillo y apagué el gritador. Unos diez segundos después, el primer cangrejo apareció por un árbol y nos apuntó con las antenas.

—Vaya —dijo Sanders, y el imbécil intentó tocar al bicho. Volví a activar el gritador y la criatura se escabulló —. ¿Lo has visto?

—Lo he visto —dije.

—¿Qué son?

—Los llamamos cangrejos de árbol. No es muy creativo, lo sé.

—¿Son peligrosos?

—Son venenosos —respondí. Desde mi primer encuentro con ellos, había aprendido que el veneno de los cangrejos de árbol es prácticamente inofensivo para los humanos. Es doloroso y una gran cantidad te dejaría hecho un asco durante un día, pero no te matará. Es un motivo por el que Riddu Tagaq los utiliza para asustar a los novatos. Pero no le iba a contar eso a Sanders.

—Así que no debería haber intentado tocar uno —dije.

Apagué el gritador.

—Haz lo que quieras —dije, e hice un gesto hacia el árbol donde el cangrejo había vuelto a aparecer. Esta vez, Sanders se alejó de él y un poco de mí. Yo di un paso en la dirección contraria, lejos de él y del árbol—. Ve con cuidado.

—¿Por qué?

—Se mueven en grupo. —Señalé el árbol en el que

había a la vista tres cangrejos más.

—Vale, creo que he tenido suficiente —dijo Sanders. No apartaba la mirada de los cangrejos de árbol que, para ser justos, no alejaban las antenas de él.

Di otro paso silencioso hacia atrás para alejarme de Sanders y del árbol.

—¿Rob?

—¿Sí?

—¿Por qué querías aterrizar en la zona de la explosión? —pregunté—. De verdad.

—Ya he explicado el motivo —dijo. Habían aparecido más cangrejos que ahora canturreaban entre ellos.

—No —dije—. Has mentido sobre el motivo y, cuando me han preguntado, he evadido el tema lo suficiente para que se creyeran tu mentira. Pero sé que mentías.

—¿Sí? ¿Cómo lo sabes? —Sanders me miró al decirlo, y uno de los cangrejos aprovechó la oportunidad para escurrirse desde el árbol al suelo. Tocó la tierra con una pierna cuidadosa, como si quisiera asegurarse de que era sólida. Sanders vio cómo se movía por el rabillo del ojo y le prestó atención de nuevo al árbol lleno de cangrejos.

—Porque querías convertirlo en una puñetera apuesta al estilo de los Duke —dije—. Te confiaste al pensar que conseguirías que Martin hiciera lo que deseabas. Lo que significa que lo habías planeado. Lo que quiere decir que tenías un plan.

—Eso son muchas suposiciones —comentó Sanders.

—Vale, como tú quieras —dije, y me giré para alejarme. Oí un golpe suave detrás de mí; uno de los cangrejos se había dejado caer y ahora estaba en el suelo.

—¡Espera!

Me volví y Sanders me concedió una corta mirada llena de pánico. Ahora, tres de los cangrejos estaban en el suelo y uno de ellos había comenzado a caminar hacia él con paso muy medido.

—Esto es entre nosotros —dijo. Y a pesar de mí mismo, admiré su necesidad de negociar mientras estaba, o eso creía él, a punto de ser comido.

—Venga —dije.

—Quería tomar una muestra —admitió.

Fruncí el ceño y me percaté de que el cangrejo más cercano a Sanders se disponía a acortar la distancia que había entre ellos de un salto. Encendí y apagué el gritador y el animal se detuvo y retrocedió, confuso.

—¿A qué te refieres con tomar una muestra? —pregunté.

—Me he traído una jeringa —siguió—. Dije que era para la insulina.

—¿Eres diabético? —pregunté, y volví a pulsar el gritador.

—No, solo les conté que lo era.

—¿Dónde está esa jeringa?

—En mi bolsillo.

Pulsé el gritador.

—Muéstramela.

Sanders rebuscó en el bolsillo del mono y sacó un paquete cerrado en el que había una jeringuilla con una aguja. Era muy pequeña. Me reí.

—¿Qué? —dijo él.

—Tío, ni de broma ibas a atravesar a Bella con eso.

Sanders parecía molesto o lo más cerca de molesto que una persona aterrorizada pudiera estar.

—No era para Bella.

Todo cobró sentido en mi cabeza.

—Ah, ya lo entiendo —dije, y activé el gritador una vez más. Quizá me lo estuviera imaginando, pero me daba la sensación de que los cangrejos ya estaban exasperados a este punto.

—Querías tomar una muestra de sus huevos.

—Sí —admitió él.

—Pero ya tenemos toda la información genética de los kaiju en una carpeta.

Sanders negó con la cabeza.

—No en el otro lado. Tenemos información sobre su genética, pero no los genes.

—Y creías que podrías pasar la muestra entre el

personal a la vuelta.

—Llevo la botellita de la insulina —dijo él.

El cangrejo que se había adelantado se había cansado de esperar y se lanzó hacia Sanders. Él gritó, se dio la vuelta y el cangrejo lo pasó de largo.

Encendí el gritador a todo volumen mientras el cangrejo estaba en el aire. Aterrizó y corrió con el resto.

Me acerqué a Sanders.

—Así que pensabas que podrías aterrizar en una zona con un kaiju activo, pasearte hasta la gelatina natal, que está repleta de criaturas que se retuercen como estos —señalé hacia donde se habían ido los cangrejos de árbol—, pero mucho peores, tomar una muestra sin que ninguno de nosotros nos percatáramos de ello y llevártelo al otro lado.

—Sí, básicamente —dijo Sanders.

Apagué el gritador. Los cangrejos se volvieron a asomar entre el árbol.

—Debe ser increíble tener tanta confianza en uno mismo —comenté.

—En retrospectiva, veo los fallos en el plan —admitió Sanders, sin dejar de mirar a los cangrejos.

—Unos cuantos —confirmé. Volví a activar el gritador y los cangrejos huyeron. Una mirada incipiente en su rostro me indicó que Sanders había averiguado que los movimientos de los cangrejos estaban demasiado sincronizados.

Sonreí y saqué el gritador del bolsillo.

—Los mantiene alejados —dije—. A no ser que lo apague.

—Me has traído aquí abajo a propósito —dijo con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto —afirmé.

—¿Por qué?

—Porque te conozco mejor que el resto y sentía curiosidad. Y, además, te has comportado como un capullo conmigo. Quería devolverte el favor.

—Bueno, lo has hecho bien —dijo Sanders—. De verdad.

—Aún no he terminado —le advertí. Agité el gritador y me lo guardé en el bolsillo antes de que Sanders creyera que me lo podía arrebatar. No podía. Yo estaba en mejor forma física que él, levanto cosas al fin y al cabo, pero por qué no iba a dejarle pensar lo contrario.

—¿Qué más quieres? —preguntó Sanders.

—Está el tema de tu castigo —dije.

Sanders puso los ojos como platos.

—No eres capaz.

Lo miré serio.

—¿De qué? ¿De dejarte aquí fuera para que te coman los cangrejos? No sería muy sutil. Quiero decir, podría hacerlo, y haría que me creyeran. Fuiste lo bastante estúpido para querer aterrizar en la zona de una kaiju. Nadie dudaría de mi palabra si les dijera que saliste corriendo entre los árboles y solo dejaste un cadáver de huesos detrás. —Esto no era cierto, por supuesto. Los cangrejos de árbol no lo matarían, aunque desearan arrancarle la piel hasta dejarlo en los huesos. Pero no le diría eso—. Pero entonces estarías muerto y no podrías aprender.

Sanders puso los ojos en blanco.

—Por el amor del cielo, deja el papel de villano de película y dímelo.

—Has perdido tus privilegios en la tierra kaiju —dije —. Este será tu primer y último viaje.

—No puedes hacer eso —espetó Sanders—. MacDonald es la que manda aquí.

—Esto quedaría entre tú y yo —continué—. A no ser que quieras que se lo cuente a MacDonald.

—Sería tu palabra contra la mía.

—Bueno, verás, MacDonald ya tiene tu número, así que yo ganaría esta. Pero solo por si acaso… —Metí la mano en el bolsillo delantero del mono en el que no estaba el gritador y saqué el móvil, que tenía una grabadora—. Esto ya se ha subido a mi cuenta en la nube local, así que no intentes enfrentarte a mi para que te lo dé.

—Así que quieres que no vuelva más.

—Sí, básicamente —dije—. O podría darle a MacDonald el archivo de audio y ella te exigirá que no vuelvas jamás, además de que es posible que te cuelguen por contrabando o por cualquier otro cargo del que te acusen, no lo sé, pero sería interesante, y supongo que emplearán cortes secretas o algo similar para esto porque, bueno. —Hice un gesto para abarcar todo el mundo—. Lo dejo a tu elección.

—Eres un auténtico capullo —dijo Sanders.

—Qué puedo decir, has sido mi modelo que seguir —respondí—. Ahora, vamos, tenemos que volver para la cena.

—Espera —dijo Sanders, y vi cómo se centraba—. Has ganado esta ronda. Vale. Bien hecho. Pero, si no lo haces, haré que valga la pena.

—Tentador —dije—. Pero no. Bueno, me voy y apago el gritador. Puedes seguirme. O no. —Eché a andar. Un segundo después, Sanders me pisaba los talones. Mantuve el gritador activado todo el tiempo. Incluso aunque no te mataran, los cangrejos de árbol eran horribles. A medida que nos acercábamos a la puerta, Sanders miró las escaleras.

—¿No hay un ascensor? —preguntó.

—No —dije—. No lo hay.

CAPÍTULO 20

Tras el drama de nuestro primer grupo de turistas, los dos siguientes fueron agradablemente tranquilos. Eran científicos y políticos, con un único multimillonario que, gracias al cielo, se comportó y no necesitó que fingiera darlo de comer a los cangrejos de árbol. Como me habían pedido, tomé el papel de director de crucero y los mantuve ocupados y entretenidos. Respondí a sus preguntas básicas, me aseguré de que estaban donde debían cuando debían y en una ocasión me presenté como voluntario para cantar a dúo en el karaoke «Under Pressure» con un tímido ganador del premio Nobel de Química. No necesitaba un doctorado para cuidar de unos genios.

Cuando no estaba jugando a ser director de crucero, intentaba ponerme al día con el trabajo de levantador de cosas, pues Val se había hecho cargo de la mayoría del trabajo que compartíamos mientras dirigía a los espectadores. Val jamás se quejó de que me dedicara a otras tareas y le dejara a ella el trabajo de levantar cosas. Eso no significaba que no me sintiera mal por haberlo hecho.

Mi compromiso con la culpa y con alzar cosas no pasó inadvertido.

—Vas a morirte de cansancio —me advirtió Tom—. Apenas ha pasado un mes de tu visita. Como sigas con este ritmo, no quedará nada de ti dentro en cinco meses.

Pensé en ello.

—¿Solo ha pasado un mes?

—Un mes y una semana, pero sí.

—Vaya.

Tom sonrió.

—¿Se te ha hecho largo?

—Largo no —respondí—. Tengo la sensación de que

llevo aquí toda la vida.

Tom asintió.

—El tiempo funciona distinto aquí. Estamos aislados del resto de la humanidad y prácticamente nada llega hasta aquí. ¿Recuerdas las noticias? Como, ¿cuándo fue la última vez que oíste hablar de la covid? ¿O de las elecciones?

—Bueno, voté —dije. La SPK recibió papeletas cuando llegó Sanders y envió votos en blanco para todos los residentes estadounidenses en el viaje de vuelta.

—Vale, ¿pero has vuelto a pensar en las elecciones?

—En realidad, no —admití—. En realidad estoy vagamente sorprendido de que no haya ocurrido aún.

Tom asintió de nuevo.

—Eso es lo que quiero decir. El tiempo no significa casi nada aquí. Llegarás a tu casa de Nueva York en marzo y en tus dos primeras semanas estarás poniéndote al día y diciendo «¿Que han hecho qué?».

—No sé si tengo ganas de que llegue.

—Ha sido especialmente malo durante los últimos años. Con eso dicho, el tiempo pasa en este lado y tú deberías controlar el ritmo. Casi nada de lo que hacemos aquí es tan importante como para que trabajes hasta la extenuación.

Miré a Tom, impactado.

—¿Dónde está tu ética de trabajo protestante, joven? ¡Fuiste a la escuela de negocios!

—Lo sé, lo sé. Soy una vergüenza para el capitalismo, pero estoy a punto de reducir ligeramente tu horario de trabajo por añadírmelo un poco a mí, y así ambos nos sintamos mejor.

—¿Vas a levantar algo por mí? —pregunté.

—Oh, claro que no —dijo Tom—. Voy a apartarte de la misión de volver a plantar los equipos en la zona de la kaiju y a apuntarme yo.

—¿De verdad? —Después de tres semanas, la mayoría de los equipos de la zona de la kaiju tenían poca batería o habían experimentado fallos o las imágenes eran inútiles porque alguna criatura u otra cosa los habían tirado o

cubierto de baba. Los compañeros de ciencia estaban preparando equipos actualizados y los enviaríamos una vez el último de los turistas se hubiera marchado y la base Honda cerrara su puerta dimensional por mantenimiento—. ¿Por qué lo haces?

—Me gustaría decir que porque soy un buen tío y estoy preocupado por ti, pero en realidad es porque Riddu Tagaq me ha dicho que ha llegado la hora de volver a certificar mis habilidades en el entrenamiento de campo y de armas. Si vas directamente a una misión tras una revisión, esta dura más.

—Nadie me dijo nada de eso —comenté.

—Te examinaron para mandarte a una misión, así que iba implícito.

—No lo estaba, para nada.

—Bueno, enhorabuena, Jamie. No necesitarás una revisión de tus habilidades en el campo y con armas hasta dentro de dos visitas. Y una vez asista a la misión de la que te voy a sacar, se me aplicará la misma norma. A no ser que no quieras que vaya.

—No, ve. Te la cedo. Y mientras lo haces, yo levantaré cosas.

—Estás ignorando mi advertencia a propósito, ya veo —dijo Tom.

—No, no, te he escuchado y he pensado en ello de verdad —le contradije—. Y la he rechazado.

—Esto es lo que recibo por intentar ser de ayuda.

—Quieres ser de ayuda. Tengo algunas cosas que podrías entregar por mí. Cosas pesadas.

—Preferiría que no.

—Cobarde.

* * *

—Mierda, la transmisión vuelve a fallar —dijo Niamh. Estaba en el laboratorio de física mirando un monitor muy enfadado. La pantalla que acrecentaba su ira estaba en blanco.

—¿Qué transmisión? —pregunté. Había ido al

laboratorio de física a recoger equipos para llevar al almacén. Los laboratorios en la base Tanaka eran pequeños y cualquier cosa que no se fuera a usar directamente se desechaba para hacer sitio a lo que sí se le daba uso.

—La del lugar del kaiju. —Niamh señaló la pantalla.

—Bueno, sería lo lógico, ¿no? —dije—. Si están cambiando el equipo ahora mismo. —Era el martes siguiente a que hubiéramos enviado a los últimos turistas a casa, es decir, el día después de que los hubiéramos mandado de vuelta a la Tierra y el día en que la base Honda iba a cerrar la puerta dimensional por mantenimiento. La tierra kaiju estaría sola durante dos semanas.

Niamh enmendó mi error rápido.

—No, no lo es —dijo—. O no debería, de todas formas. Los lotes individuales de herramientas están apagados cuando los quitamos, pero la transmisión llega a través del aerostato, que tiene su propia cámara y mandos. Este no lo van a cambiar, y es lo que no funciona.

—¿Ocurre a menudo?

—Ha pasado alguna vez. Los aerostatos son como cualquier otra máquina. Son complicados y se les debería realizar un mantenimiento más a menudo. —Sonreí—. ¿Qué? —preguntó Niamh ante mi sonrisa.

—Te escucho quejarte de los aerostatos como si hubieras sabido de su existencia hace seis semanas.

—Tío, el tiempo pasa de una forma muy rara aquí.

—Tom me lo dijo justo hace unos días.

—Además, no me equivoco —continuó Niamh—. Hemos utilizado el mismo aerostato sobre Bella desde que se sentó ahí abajo. Hace mucho tiempo ya. Si perdemos la transmisión, no podremos obtener información de los lotes de mandos.

—¿Perderéis información?

—No, todos lo grabarán y lo guardarán en la memoria local si no se puede conectar. Pero, al final, llenarán toda la memoria y entonces perderemos información. —Eso le molestó a Niamh. Al haber instalado los equipos previos,

era el responsable de la transmisión de la información.

Asentí.

—¿Cuánto hace que se ha caído la transmisión?

—Ahora mismo —dijo Niamh—. Estaba observando la transmisión aérea, a la espera de revisar las conexiones con los nuevos equipos. El helicóptero acababa de dejarlos a todos en tierra y estaban cambiando las cosas. Entonces, has llegado, me has distraído y, cuando he vuelto a mirar, ya no funcionaba.

—Lo siento.

—Más te vale. —Caviló frente a la pantalla—. Normalmente se desconecta durante unos segundos como mucho antes de volver a funcionar. Ahora está tardando más de lo habitual. Es molesto. Quiero más información. Datos que vengan de un lote de mandos que no estén manchados de moco de parásito.

—Voy a pasar por el edificio de administración —dije —. ¿Quieres que les avise de que la transmisión del aerostato se ha caído? Están conectados por radio con el Chopper Uno. Quizá puedan comprobar si algo va mal.

—Estoy seguro de que todo va bien —dijo Niamh—. Con esto me refiero a que vayas y te quejes a Administración para que se enfaden contigo y no conmigo.

—Voy —contesté.

Llegué a Administración y me encontré con Aparna y Kahurangi.

—La transmisión del aerostato se ha caído —me dijo ella.

—Lo sé. Niamh me ha pedido que viniera a quejarme.

Kahurangi señaló la oficina de Brynn MacDonald.

—Hay otro problema —comentó—. Tampoco pueden contactar con el Chopper Uno.

Fruncí el ceño.

—¿Hace cuánto?

—Desde que hemos llegado para quejarnos de que la transmisión del aerostato se ha caído.

—Así que no hace tanto.

—No, pero es raro que la transmisión se haya caído y

que no podamos contactar con el helicóptero a la vez —añadió Kahurangi.

—Sobre todo, cerca de un kaiju —agregó Aparna.

Asentí. Aún no había hecho la conexión. Algo o alguien podría haber molestado a Bella lo suficiente para que se hubiera despertado del letargo de empollar. Si ese fuera el caso, podría ser una muy mala noticia para el aerostato, para el helicóptero y para todo el que estuviera en esa misión, que incluía a los homólogos de Kahurangi y Niamh del equipo Azul.

Y recordé que a Tom Stevens también.

MacDonald salió de la oficina; parecía disgustada. Estaba a punto de decirles algo a Aparna y Kahurangi, pero al verme, se detuvo.

—Sé lo de la transmisión y lo del helicóptero —le dije.

—Entonces quiero que vayas al aeródromo y hables con Martin Satie —me pidió—. En voz baja y con discreción. El aeródromo cuenta con su propia radio, quizá pueda ponerse en contacto con el Chopper Uno desde allí.

—¿Y si no puede? —pregunté.

—Una cosa detrás de la otra —dijo MacDonald, que se volvió hacia Aparna y Kahurangi—. Necesito que no habléis sobre esto con nadie más todavía.

—Niamh Healy también sabe que ocurre algo —comenté—. Vengo de hablar con elle.

—Podemos hablar con Niamh —dijo Kahurangi.

—No es algo que vayamos a poder mantener en secreto mucho más tiempo —nos advirtió Aparna—. No somos los únicos con acceso a la transmisión del aerostato. Ion volverá pronto al laboratorio y querrá esa información.

—No es el aerostato lo que me preocupa —dijo MacDonald—. Se caen de vez en cuando. Que el Chopper Uno esté incomunicado es lo que me preocupa. —Me miró —. ¿Por qué sigues aquí? Vete.

Salí por la puerta y me dirigí al aeródromo con tanta prisa que casi olvidé llevarme el sombrero y los guantes.

Martin Satie no parecía sorprendido de verme.

—¿Vienes de la Administración? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Tampoco pueden contactar con el Chopper Uno.

—No. La transmisión del aerostato también se ha caído.

—¿Hace cuánto?

—Al mismo tiempo que se ha perdido la comunicación con el Chopper Uno.

—¿Hay algo en la transmisión antes de que se cayera?

—No lo he visto. Estaba hablando con le doctore Healy, quien lo estaba consultando de que cayera. Tampoco ha visto nada.

Satie asintió.

—Vale. Bueno, pues vamos.

—¿Qué?

—Tenemos un helicóptero incomunicado y un aerostato caído cerca de un kaiju —dijo Satie—. Necesitamos ojos. Tú tienes dos.

—Tú también —espeté—. Tengo que volver para informar.

—Vale. —Satie sacó el teléfono, desbloqueó la pantalla y tecleó algo—. Vale.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—Acabo de escribirle a la doctora MacDonald para decirle que te tomo prestado un momento.

—¿Y sabe lo que eso significa?

Satie me miró.

—La doctora MacDonald te ha enviado aquí en lugar de escribirme. Quiere que esto se haga con discreción. También busca respuestas. Si le digo que te voy a tomar prestado, significa que se las voy a traer, y cualquiera que mire por encima de su hombro cuando reciba el mensaje, no sabrá que hay un problema. Siempre estoy tomando prestado a alguien.

—Entendido —dije.

—Creí que lo harías.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—No tengo ni idea, y por eso vamos a salir ahí fuera. Pero si vemos al kaiju en el aire, sé exactamente lo que

vamos a hacer.

—¿El qué?

—Esperar que no nos vea antes de que podamos salir a toda prisa de allí. Si está despierta y se mueve, debe de estar muy enfadada por algo. Si nos ve, nos derribará sin pensarlo.

* * *

—Dime qué ves —dijo Satie mientras sobrevolábamos la zona en círculos.

Aquí está lo que vi.

El Chopper Uno era una masa de fuego y humo en el suelo junto a la orilla del lago.

La tierra cercana a donde había anidado la kaiju y al accidente estaba repleta de criaturas de la jungla. Si alguien había salido del helicóptero, ya se lo habían comido esos bichos.

Nuestros amigos estaban muertos.

Informé a Satie.

Él asintió.

—Ahora —empezó—, dime lo que no ves.

—No veo el aerostato —dije.

—¿Qué más?

—No veo los huevos que Bella puso.

—¿Qué más?

—No veo a Bella.

Se había marchado. Sus huevos habían desaparecido. Todos sus parásitos y otras criaturas que la acompañaban también.

Todo había desaparecido.

—Esto no está bien —dije.

—No, no lo está —afirmó Satie—. Ahora dime por qué.

Este era el motivo: porque cuando miré abajo, a donde Bella había estado, no parecía que la kaiju hubiera estado ahí y se hubiera ido.

Cuando miré hacia donde Bella había yacido, parecía que Bella jamás hubiera estado allí.

CAPÍTULO 21

—Así que, ¿dónde ha ido? —preguntó Brynn MacDonald. Brynn, Jeneba Dando y Aparna, Niamh y Kahurangi, además de Martin Satie y yo estábamos en la sala de reuniones de la oficina de administración. A Satie y a mí nos habían convocado porque habíamos viajado a la zona y vuelto para informar. Mis amigos se encontraban allí porque habían liderado la toma de información del área y, en el caso de Niamh y Kahurangi, tras el supuesto fallecimiento de sus colegas en el accidente del Chopper Uno, estaban a cargo de sus respectivos laboratorios.

Era justo decir que todos seguíamos conmocionados, como el resto de nuestros compañeros en la base. MacDonald y Danso informaron al personal de Tanaka tan pronto como Satie y yo regresamos e informamos sobre el supuesto accidente. Para entonces, ya corrían los rumores, incluso aunque mis amigos no habían dicho nada. No tenía sentido permitirles seguir con ello.

Todos estaban de luto. En una base tan pequeña como la nuestra, todos se conocían entre ellos y acabábamos de perder a cinco de los nuestros. Al menos, quienes nos encontrábamos en la sala de reuniones teníamos algo con lo que mantenernos ocupados.

—No lo sabemos —le respondió Aparna a MacDonald. Estaba proyectando una imagen desde el portátil al monitor de pared de la sala de reuniones. Era un mapa del kaiju local, que se extendía en cientos de kilómetros cerca de la península de Labrador—. Bella está marcada y etiquetada, e incluso sin el aerostato que se ha caído en la zona, aún recibimos lecturas de los demás. Tenemos un pequeño punto ciego donde la cobertura del aerostato caído no se superpone sobre los otros. Así que es posible que esté ahí.

Sin embargo, si así fuera, Martin y Jamie deberían haberla visto.

—No hemos visto nada —dijo Satie, y yo asentí. Tras haber sobrevolado la zona y haberlo grabado, dibujamos un amplio círculo en el cielo para intentar localizar a Bella—. No está allí. Y no hay nada que indique dónde podría haber ido.

—Vuela —apuntó Danso—. No dejaría huellas o tomaría un camino como los otros kaiju.

Aparna asintió.

—No habría dejado rastro, pero sí que habría aparecido en nuestro mapa, sin importar la dirección que hubiera tomado. Incluso al sudoeste, dónde tenemos la menor cantidad de aerostatos, la habríamos detectado en cuestión de minutos.

—Se le puede haber caído el rastreador —propuso Kahurangi—. Le ocurrió al kaiju que vimos cuando llegamos a la base la primera vez.

—Kevin —dije.

—Ese era —coincidió Kahurangi, pero no sonrió al hablar. Por primer vez, los nombres de los kaiju no resultaban graciosos.

—Así que crees que ha ahuecado el ala y se le ha caído el rastreador —le dijo Satie a Kahurangi.

—No lo sé, pero parece factible. —Asintió hacia Aparna—. Ella ha dicho que hay un punto ciego en el rastreo. Si se le ha caído allí, eso explicaría muchas cosas.

MacDonald miró a Satie.

—¿Cuánto nos llevará traer otro aerostato a la zona?

—Podemos asignar el que está justo al sudoeste en cualquier momento —dijo. Como jefe de los aviadores y las aeronaves de la base Tanaka, también era responsable de los aerostatos que la base controlaba—. Pero se mueven despacio. Al más cercano le llevará la gran parte del día.

—Necesitamos respuestas antes de eso.

—No puedo hacer que vayan más rápido —dijo Satie —. Pero, entretanto, si quieres, podemos emplear el *Shobijin* como aerostato temporal. Ahora mismo, no está haciendo

nada más. Ponedle tripas de aerostato y que flote por ahí hasta que podamos mover uno de verdad hacia allí.

MacDonald miró a Danso, que asintió.

—Hagámoslo, entonces —dijo.

Aparna alzó una mano.

—Hay otro problema.

—¿Cómo, doctora Chowdhury?

—Es posible que Bella esté oculta en el punto ciego o quizá se le cayera el rastreador —anotó Aparna—, pero eso no responde a la pregunta de dónde están sus huevos. Han desaparecido. Todos.

—Otras criaturas se los comieron cuando se marchó —sugirió Danso.

—Estoy segura de que lo harían —dijo Aparna—. Pero no tan rápido. —Se giró hacia mí—. Dijiste que no viste ni los huevos ni la gelatina natal.

—No —confirmé. Satie también asintió—. Estábamos bastante altos, así que tal vez no lo vimos todo. Pero no había nada donde sabíamos que había estado Bella. No hay Bella ni hay huevos.

—Bella no habría abandonado sus huevos a no ser que hubiera una emergencia o una amenaza inminente —explicó Aparna a MacDonald y Danso—. Sabemos que la hibernación es un comportamiento habitual en su especie. Pero si se ha movido, no se habrá llevado, y tampoco podría llevarse, los huevos con ella. —Señaló la pantalla—. Bella ha desaparecido y eso es extraño. Pero sus huevos también lo han hecho y eso es imposible.

Danso miró a Niamh.

—A no ser… —añadió

—A no ser que Bella haya cruzado la barrera dimensional —dijo Niamh, que captó la idea de Danso.

—¿Es una posibilidad?

—No debería —dijo Niamh, despacio—. Su comportamiento mientras anidaba ha disuelto la barrera dimensional, pero no lo suficiente para que cruce. Y su estado físico no ha cambiado desde que comenzó a anidar. No tenemos ningún tipo de información que indique

cambio alguno. E incluso aunque hubiera habido un cambio —le dijo Niamh a Aparna—, tienes razón: los huevos deberían estar ahí. No se los habría llevado.

—¿Por qué no? —preguntó Kahurangi.

—Porque no tienen reactores nucleares propios todavía —dijo Niamh.

—Pero los parásitos de Bella se habrían marchado con ella —añadió MacDonald—. Y no tienen reactores nucleares biológicos.

—Si hubieran estado físicamente sobre ella cuando ha desaparecido, sí —dijo Niamh—. Literalmente se apuntaron al viaje. Pero los huevos de Bella no están unidos a ella. No habrían cruzado con ella, del mismo modo que no la habrían seguido si hubiera alzado el vuelo.

—Así que la pregunta no es dónde está Bella, sino dónde están sus huevos —dijo MacDonald.

—Sí.

—Así que, ¿dónde están sus huevos?

—No tengo ni idea —dijo Niamh, que se detuvo a pensarlo—. No, eso no es cierto. Tengo una idea, pero no me gusta.

—Cuéntanos.

—Tampoco os va a gustar.

—¿Qué es?

—Bella y sus huevos han atravesado la barrera dimensional.

—Acabas de decir que no podía atravesarla —dijo Danso.

—No puede —confirmó Niamh—. Y sus huevos tampoco. Al menos, no solos.

—Escúpelo, doctore Healy —dijo MacDonald.

—No estoy intentando prolongar esto, lo prometo —siguió Niamh—. Estoy intentando descifrar la logística de esto en mi cerebro. Pero pase lo que pase, parece lógico que si las condiciones en este lado de la barrera no han cambiado, entonces ha ocurrido en el otro. No tengo ni idea de qué podría ser.

—Una explosión nuclear lo habría hecho —añadió

Kahurangi.

—Amigo, si alguien está detonando bombas nucleares en el campo canadiense ahora mismo, estamos realmente jodidos.

—Si no es una bomba nuclear, ¿qué podrías ser? —pregunté.

—No lo sé —repitió Niamh—. Atravesar la barrera dimensional requiere de una gran cantidad de energía nuclear aplicada a la vez o acumulada a lo largo del tiempo. —Señalaron el mapa que seguía en la pared del monitor—. Donde Bella esté, o estuviera, no hay nada al otro lado. Solo hay bosque. No hay ciudades ni carreteras. Tampoco hay gente. Y en definitiva no hay un furor nuclear por atraer a Bella y sus huevos al otro lado.

—Así que no tiene sentido que esté en nuestro mundo —dijo MacDonald.

—No lo tiene —afirmó Niamh—. Pero también es lo único que tiene sentido por lo que hemos visto.

—A no ser que nos estemos dejando algo —dijo Kahurangi. Señaló el ordenador de Aparna—. ¿Puedo?

Aparna asintió. Kahurangi lo tomó y accedió a una carpeta restringida de la reunión en la que estábamos, donde Satie había colocado el vídeo de nuestro vuelo. Kahurangi avanzó el vídeo a una parte en la que la cámara del helicóptero tenía una vista sin obstáculos del suelo y de las criaturas que se movían en manada alrededor.

—¿Qué se supone que debemos ver aquí, doctor Lautagata? —preguntó Danso.

—Estaba mirando este vídeo antes y algo raro me ha llamado la atención —dijo Kahurangi—. Me acaba de venir a la mente. Todas estas criaturas están arrastrándose por ahí y no se están atacando entre ellas.

—Vale, ¿y?

—Corrígeme si me equivoco, pero algunas de estas criaturas son presas de estas otras. —Miró a Aparna.

—¿No?

Aparna entrecerró los ojos ante la pantalla e intentó adivinar de qué especie eran.

—Parece correcto.

Kahurangi asintió y volvió a señalar la pantalla.

—Este sería nuestro equivalente a unos caimanes ignorando a unas crías de gacela junto al agua. Esto no ocurre a no ser que los caimanes piensen que hay algo mucho mejor alrededor. —Me miró—. Has disparado un frasco. Ya sabes cómo reaccionan las criaturas a un bote una vez estalla. Ignoran todo lo demás para ir a por él.

—Más o menos, sí —dije—. Aunque no menosprecies el «menos» aquí.

—No es una ciencia exacta —aceptó Kahurangi—. Pero el principio se mantiene.

—¿Estás diciendo que es algo relacionado con las feromonas? —dijo MacDonald—. Y, si ese es el caso, ¿qué tiene que ver con lo que está diciendo le doctore Healy?

—No es por las feromonas —dijo Kahurangi—. Las feromonas solo son una parte de lo que incluimos en los frascos. Lo otro son actínidos. La fauna local se vuelve loca con ellos. Y, por supuesto, el uranio es lo que más les gusta. —Pausó el vídeo—. Eso es lo que hacen cuando hay mucho en el aire o, al menos, creen que lo hay.

—¿Hay una cantidad significante en este punto con respecto a otro lado? —preguntó Niamh.

—No lo sé, tendría que revisar el mapa —dijo Kahurangi.

—Y tú te llamas geólogo.

Kahurangi sonrió y esa fue la primera sonrisa de verdad que vi en toda la reunión.

—Aquí se produjo una explosión nuclear hace unas semanas —dijo—. Así que seguirá atrayendo a las criaturas locales. Es un motivo por el que creo que Bella anidó aquí, para que sus parásitos encontraran bastante alimento para ellos y para ella. Pero esta actividad sugiere que ha ocurrido algo más que directamente ha traído más actínidos a la zona o que ha dado una impresión temporal de que los había.

—¿Cómo qué? —preguntó MacDonald.

—No estoy seguro —dijo Kahurangi—. Pero sea lo que

fuere, estoy dispuesto a apostar que no ha sido natural. Es algo que hemos hecho. Los humanos. Quizá no sea un intercambio nuclear. —Hizo un gesto de la cabeza hacia Niamh—. Pero involucra a los humanos, seguro.

—Curiosa elección del momento —añadió Satie.

Comprendí lo que decía y me giré hacia MacDonald y Danso.

—¿Cuánto llevamos incomunicados con el otro lado? —pregunté.

—Cuando la base Honda cierre la puerta, lo hace durante un par de semanas —explicó Danso.

—¿Se puede acortar?

—No es como activar un interruptor —dijo ella—. Lo desmontan todo para realizar las tareas de mantenimiento. Ya han empezado. Aunque fuera una emergencia, les llevaría varios días volver a montarlo todo y empezar a funcionar de nuevo.

—Esto es una especie de emergencia —dijo Niamh.

—Necesitamos más de lo que tenemos ahora para acelerar las cosas —añadió Danso.

Niamh estaba incrédulo.

—¿No es suficiente que haya un puñetero kaiju en el otro lado?

Danso señaló a Aparna.

—La doctora Chowdhury nos ha dicho que tenemos puntos ciegos. Necesitamos ser capaces de ver qué ocurre ahí primero. No queremos crear una falsa alarma.

—Espera un momento —dije—. Camp Century no es el único lugar desde donde la gente cruza a este lado. Hay otros portales en otros continentes.

—Sí —dijo MacDonald.

—¿No podemos hacerles llegar un mensaje?

MacDonald negó con la cabeza.

—Nuestras redes de aerostatos no son tan extensas. Cubren el área local, en este caso, este pedazo de América del Norte. Si necesitamos enviar un mensaje a Europa, Asia o Australia, solemos hacerlo a través de Camp Century, que lo transmite al otro lado.

—Tiene que haber algo más que podamos hacer.

—Podríamos usar el *Shobijin* —dijo MacDonald—. Enviadlo a la base de la SPK en Europa, pero no será más rápido a la larga y queremos usar el *Shobijin* aquí. No importa lo que ocurra, pasará al menos una semana antes de que podamos decir o enviar nada al otro lado.

—Si Bella sigue allí para entonces, ya lo habrán averiguado —dijo Aparna. Tenía razón. Al final, el kaiju iba a ser difícil de ignorar.

—Todavía necesitamos respuestas —dijo Danso—. Por nosotros mismos más que nada. Tenemos que saber qué ha pasado con nuestra gente. Y debemos hacer todo lo que podamos para descubrirlo y por qué.

—Los equipos —comenté—. ¿Funcionan?

—Quizá —dijo Niamh—. Depende. Los antiguos tienen poca batería y la fauna de la zona los ha abollado, pero aún funcionan. A no ser que el equipo los apagara cuando fueron a colocar los nuevos. Por otra parte, quizá hemos perdido los viejos si estaban en el helicóptero cuando... —Niamh se detuvo, pues no había forma sencilla de decir lo que venía después. Se tomó un momento antes de seguir—. Pero, de todas formas, no podremos acceder a la información hasta que el *Shobijin* llegue para recibirla y la transmita de vuelta a la base. Si consigue hacerlo.

Miré a Satie.

—¿Cuánto tardarás en tener listo el *Shobijin?*

—Al menos, varias horas —respondió.

Asentí y me levanté.

—Bueno, entonces vamos —le dije.

Él sonrió, y esa fue su primera sonrisa del día.

—Esa es mi frase —protestó mientras se ponía en pie.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó MacDonald.

—Necesitamos respuestas —contesté e hice un gesto de cabeza hacia Danso—. Y aún quedan algunas horas de luz, así que voy a echar un vistazo.

—Por la zona —comentó MacDonald.

—Sí.

—Que sabes que está repleta de criaturas que estarían

encantadas de comerte —dijo Kahurangi.

—Sí —respondí—. ¿Quieres venir?

—¿Querer? No. Pero lo haré —dijo—. Porque necesitarás a alguien que te vigile las espaldas. Déjame hacer una parada en el laboratorio primero. He estado trabajando en unas fórmulas de feromonas nuevas. Tengo algunas cosas que quizá desees poner a prueba.

—¿Vas a probarlas conmigo?

—No. Debo estar allí para controlar al sujeto.

Parpadeé.

—Tío, ¿de verdad?

Kahurangi se rio de nuevo y negó con la cabeza entre risitas.

—Perdona —me dijo—. Ha sido un día horrible. De verdad necesitaba ver esa mirada en tu rostro ahora.

CAPÍTULO 22

—Este es el nuevo material —me dijo Kahurangi a medida que nos acercábamos a la zona. Se inclinó hacia delante desde la parte trasera del compartimento de pasajeros del Chopper Dos y me tendió un bote dispensador lleno de algo que podría pasar por crema solar.

Lo tomé.

—¿Qué es? —pregunté.

—¿No prefieres llevarte la sorpresa?

—No, en realidad no.

Kahurangi asintió.

—Estas feromonas harán que todo crea que eres un kaiju.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué querría eso? Esas cosas tienen parásitos. Grandes. Algunos son tan grandes como yo.

—Lo son —dijo Kahurangi—. Pero los de Bella están con ella ahora mismo. La mayoría. Y el resto de las criaturas que están aquí pensarán que eres la ladera de la montaña. Solo formarás parte del paisaje. Te ignorarán.

—Y estás seguro de ello —dije.

—He intentado agrupar a los cangrejos de árbol de vuelta en la base. Se han comportado como si ni siquiera estuviera allí.

—Sí, pero los cangrejos de árbol no te matarán.

—Lo harían si pudieran —añadió Kahurangi.

—Y ¿si hay algún parásito en la zona? —pregunté—. Ya sabes, ¿como si se hubiera quedado atrás cuando Bella se fue?

—Supongo que los confundirías. Quizá se acerquen a ti, pero como no eres un kaiju, te ignorarán y buscarán al verdadero kaiju que debería estar en algún lado.

—Estás suponiendo.

—Planeaba realizar una prueba de campo pronto —dijo Kahurangi—. Me he dado un poco de prisa con esto.

—No me estás aportando demasiada confianza —contesté.

—Bueno, por eso tengo esto —alzó otra botella—, que es lo que ya conoces y utilizas. Y también tengo esto. —Me mostró el lanzador de frascos.

—¿Estáis listos? —preguntó Satie.

Miré a Kahurangi, que asintió.

—Estamos listos —dije.

—No pierdas el tiempo —ordenó Satie—. Sé rápido. Lo que sea que encuentres, tráelo al helicóptero y volveremos a la base. El *Shobijin* llegará esta noche y comenzará a recopilar información. Lo que sea que haya ocurrido aquí, no quiero darle la oportunidad de que suceda de nuevo.

—Seremos rápidos —le aseguré. Satie asintió y descendimos. Satie planeó mientras Kahurangi y yo salíamos, tomó las botellas de espray y las armas y sacó uno de los lotes del depósito. No importaba lo que ocurriera con los otros lotes, habría algo en el suelo retransmitiendo. Le di el visto bueno a Satie y él ascendió lo suficiente para evitar que la estela del rotor nos arrastrara. Iba a asegurarse que tuviéramos una vía de escape rápida si necesitábamos alguna.

—Vale, aguanta —dijo Kahurangi, que me roció con el camuflaje de kaiju.

El olor me provocó una arcada.

—Dios mío, es horrible —dije.

—No funcionaría si oliera a flores —dije, y siguió rociándome desde la cabeza a los pies, por delante y por detrás. Cuando terminó, me tendió el espray—. Ahora yo. —Yo hice lo mismo con él con la feromona. También sufrió una arcada.

—Si no funciona, al menos no tendremos buen sabor cuando nos coman —dije, y le devolví el espray.

Lo guardó.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Recuerdo dónde Aparna colocó los suyos —añadí—. Empecemos por ahí. —Me dirigí hacia donde sabía que estaría el primero de esos lotes.

Lo encontramos un par de minutos más tarde, junto con su recambio.

—Dime que no estoy imaginando lo que estoy viendo —me dijo Kahurangi.

Negué con la cabeza.

—No te lo estás imaginando. —Ambos lotes estaban aplastados y el contenido roto—. Faltan los discos duros —comenté, tras haber mirado más de cerca.

—Quizá se han desperdigado por ahí —propuso Kahurangi—. Las cosas se han removido desde entonces.

—¿Te parece que esto lo han hecho las criaturas de la zona? —le pregunté.

—No lo sé —admitió—. Sé que el equipo se ha diseñado para lidiar con lo que este planeta les lance, y han modificado el diseño durante años. Pero es posible que los hayan pisoteado.

Lo mismo había ocurrido con los equipos del siguiente emplazamiento: destruidos y sin los discos duros.

—Sí, vale, definitivamente no es una coincidencia —dijo Kahurangi.

—Dejaremos el nuevo equipo aquí —sugerí. Kahurangi asintió y empezó a prepararlo mientras yo vigilaba. Por lo general, ya debería haber llamado la atención de varios bichos, que habrían huido de nosotros debido a las feromonas de depredador o, a pesar de ello, nos estarían evaluando. Esta vez, aparte de los pequeños insectos mordedores que siempre se lanzaban a la cara de uno, y a otras zonas, nada nos esquivaba ni nos seguía la pista. Solo nos dejaban a solas.

—Caramba —dije cuando me percaté—. Tu cóctel funciona, amigo.

—Bueno, de momento sí —comentó Kahurangi mientras nos peleábamos con el equipo—. En realidad es la segunda versión. La primera fue un desastre.

—¿A qué te refieres?

—En lugar de hacer que todos te ignoraran, los hacía enfadar mucho. Creo que estaba indicándoles que el kaiju estaba siendo atacado o algo así. Casi no llego a las escaleras esa vez. Era como una horda zombi de cangrejos de árbol.

—Gracias por no mezclar los frascos —dije.

—De nada —contestó Kahurangi—. Pero jamás me des un motivo para rociarte con él. —Sonreí y miré hacía donde Bella solía estar, justo a tiempo para ver un gran destello de algo.

—Vaya —dije.

Kahurangi alzó la mirada.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. —Conecté con Satie a través de los cascos —. ¿Has visto algo?

—¿Aparte de a vosotros dos moveros lo bastante lento para convertiros en aperitivos? No.

—Mantén la mirada en el lugar donde Bella estaba —dije.

—¿Qué estoy buscando?

—Lo sabrás en cuanto lo veas.

—¿Os falta mucho a los dos?

—Tenemos que ir a otros dos puntos —dije.

—No pierdas el tiempo hablando conmigo —contestó Satie, y desconectó.

—Hecho —dijo Kahurangi antes de mirar en la antigua dirección de Bella—. ¿Qué miramos?

—Creo que he visto un destello.

—Es de día.

—Lo sé —dije—. Por eso creo que lo he visto. Puede que me lo haya imaginado.

—Estaremos al tanto mientras hablamos —propuso Kahurangi.

—Vigila tú —le pedí—. Estaré pendiente de que nada intente comernos. Por si tu nueva cepa de feromonas deja de funcionar.

En el siguiente destino solo había un equipo: el antiguo. Y, sorprendentemente, no estaba ni aplastado ni

roto.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Kahurangi.

Analicé la zona y vi algo a unos metros de distancia.

—Ven conmigo —dije. Caminamos hacia la cosa. Era el nuevo equipo y, como los otros, estaba destrozado.

A diferencia de los otros, en este había una bala.

—Hola —dije, y se lo mostré a Kahurangi, que le echó un vistazo y resumió lo que ambos pensábamos en una palabra.

—Joder —dijo.

—¿Crees que Riddu Tagaq dejó a alguien aquí fuera con algo que dispara balas? —pregunté.

—No. ¿Una pistola? Sí. ¿Un rifle? No. Ella no tiene tanta fe en nuestra puntería.

—Esto significa que tienes razón —dije—. Alguien atravesó el portal. Alguien entró y le disparó a esta cosa.

Kahurangi asintió.

—Y posiblemente desarmó el aerostato. Y derribó el Chopper Uno. Joder. —Apartó la mirada, indignado.

Me giré y solté el equipo roto. Mientras yo hacía lo mismo, algo brilló en mi vista periférica.

—Mierda, creo que acabo de ver el destello del que hablabas —dijo Kahurangi.

Lo miré. Tenía la vista fija en la dirección contraria de donde yo lo había visto. Fui hacia donde creía que la había visto.

—¿Dónde vas? —preguntó Kahurangi.

—Vale, ahora sí que he visto algo —dijo Satie a través de los cascos—. ¿Qué cojones ha sido eso?

Los ignoré a ambos y me agaché junto a un árbol caído. Había un objeto parcialmente cubierto por el musgo y las algas. Lo recogí.

Era un teléfono.

Un móvil que parecía haberse colocado a propósito, con la cámara apuntando hacia donde Bella había anidado.

—Hola —dije de nuevo en voz más baja esta vez.

—¿Jamie? —dijo Kahurangi, que se acercó a mí.

Me giré y le enseñé el teléfono.

—¿Qué hace eso aquí? —exclamó.

—Creo que alguien lo dejó a propósito —le expliqué. Pulsé el botón de encendido. Nada. Estaba muerto. Abrí la emisora del helicóptero.

—Martin —dije.

—He visto el destello —repitió Satie.

—Vale —apunté—. Una pregunta que no viene al caso: ¿tienes un cargador de móvil en el Chopper Dos?

—¿Qué?

—Un cargador de móvil.

—¿Planeas hacer una llamada o algo?

Miré la parte de abajo del teléfono.

—A poder ser, un cargador USB-C.

—El Chopper Dos tiene dos salidas de USB y tengo uno de esos cables con varias entradas, incluido el USB-C. ¿Por qué?

—Acabaremos en dos minutos. Prepárate.

Desconecté y miré a Kahurangi.

—Ya sé lo que vamos a encontrar en el último punto de la instalación, pero debemos estar seguros —dije.

Asintió.

—Vale.

Corrimos hacia el último punto de la instalación, donde hallamos dos lotes de equipo destrozados. Ni siquiera nos detuvimos, solo confirmamos que estaban rotos y aplastados y, de inmediato, volvimos a la zona de recogida, donde Satie nos esperaba. Saltamos al helicóptero y Satie despegó, directo hacia arriba.

Hizo un gesto hacia los mandos entre su asiento y el del copiloto, donde me acababa de poner el cinturón, y me coloqué los cascos de la cabina de mando.

—Ahí están el cable y el cargador —dijo, y me miró mientras sacaba el teléfono—. ¿Por qué tienes que cargar el teléfono con tanta urgencia?

—Este no es mi móvil —dije.

—¿De quién es?

Negué con la cabeza.

—No lo sé, pero estoy seguro de que quién fuera el

dueño, fue lo bastante inteligente para grabar lo que sea que estuviera sucediendo en la zona. Y espero que fueran los bastante listos para hacer algo más.

—¿Qué?

—Desbloquea la pantalla.

* * *

—Esto no es fácil de ver ni de oír —les advertí a todos en la sala de reuniones.

Todos asintieron. El grupo anterior se había reunido y estaba al tanto de que había encontrado algo, pero solo Kahurangi y Satie tenían idea de lo que había encontrado. Abrí el portátil, proyecté en la pared y abrí el primer vídeo. En la primera imagen, Tom Stevens miraba a la cámara que acababa de colocar en posición. Había un equipo en el suelo a su lado.

Empecé a reproducir el vídeo.

—No creo que tenga mucho tiempo —decía Tom—. Hemos aterrizado y empezado a montar los equipos cuando hemos oído un estallido y hemos visto que algo golpeaba el aerostato y al helicóptero casi a la vez. Entonces, hemos visto lo que parecía un grupo de soldados equipados que atravesaban el portal y se dirigían hacia Bella. Nos han visto y algunos nos han disparado. Todos hemos echado a correr y ahora nos están cazando. Creo que van a matarnos. No sé quiénes son ni de dónde vienen. Dejo este teléfono apuntando a Bella y grabando. Espero que no lo encuentren, y tengo la esperanza de que lo halle alguien de Tanaka. No sé qué más decir. Voy a alejarme.

Con eso, recogió el equipo, se levantó y se alejó del teléfono antes de salir del plano.

Unos segundos más tarde, alguien más apareció en cámara. Iba vestido de camuflaje y llevaba algún tipo de fusil militar mientras le gritaba a Tom que se detuviera. El soldado salió de plano sin dejar de gritar. Pausé el vídeo.

—En este punto, el audio es complicado de entender, así que voy a subir el volumen —dije. Todos asintieron. Subí el volumen y volví a reproducir el vídeo.

El sonido ambiental sonaba más fuerte, pero las voces que vinieron después apenas eran audibles.

Primero se oyó a Tom:

—No voy armado.

Entonces, se oyeron unos gruñidos no tan comprensibles desde la parte del soldado seguido por Tom.

—Vengo de la base Tanaka. ¿Quiénes sois y por qué estáis aquí? ¿De dónde venís?

Más palabras incomprensibles.

—Estamos aquí para hacer ciencia. ¿Para qué habéis venido? —dijo Tom.

—Lo hizo a propósito —dijo Niamh.

—¿Qué? —preguntó MacDonald.

—Lo de hablar claro. La pronunciación. Quería asegurarse de que lo que decía quedaba grabado.

MacDonald parecía lista para contestar, pero entonces Tom dijo algo más:

—¿Cómo habéis llegado? ¿Cómo sabíais llegar hasta aquí?

Más gruñidos a modo de respuesta.

—Solo trato de entender qué está ocurriendo aquí —dijo Tom.

Se oyeron más murmullos procedentes del soldado, como si estuviera hablando consigo mismo, y después, más balbuceos agresivos.

—No puedo desmontar el equipo —dijo Tom—. Los sellamos en la base y los hacemos difíciles de destruir para obtener información sin importar lo que ocurra. ¿Por qué quieres que lo desmonte?

Esta vez, se oyeron gritos y «joder» formaba parte de la conversación.

—No quiero discutir contigo —siguió Tom—. Solo te digo lo que puedo y no puedo hacer.

Más murmullos.

—Vale, voy a dejar el equipo aquí y luego retrocederé —siguió.

Se hizo el silencio y entonces sonó el estallido seco del disparo de un fusil.

—Te he dicho que son duros —dijo Tom un par de segundos más tarde.

Otro disparo.

—Me gustaría regresar con mis compañeros de equipo ahora —pidió Tom un momento después—. Se que están asustados. Yo estoy aterrado. Habéis destruido nuestra información y os habéis asegurado de que no podamos contactar con la base. No podemos parar lo que vayáis a hacer aquí. No seremos un problema.

Más susurros, y unos segundos después, el soldado volvió a aparecer en imagen mientras retrocedía sin dejar de apuntar a Tom con su arma al tiempo que hablaba apresuradamente por los cascos.

—A ver, ¿qué narices queréis que haga con este tío? —Ahora que estaba cerca del micrófono se le entendía—. Nos habían dicho que no habría nadie. Que no habría nadie hasta que nos hubiéramos marchado. Ahora estoy con este capullo y otros miembros de mi escuadrón se están encargando de sus colegas.

Permaneció de pie mientras escuchaba lo que le decían por el auricular.

—Bueno, pero esa es la idea —respondió el soldado a quienquiera que estuviera al otro lado—. Ya hemos derribado el helicóptero. No tenemos que hacerles nada a estos imbéciles. Solo desnudarlos y dejarlos en la selva. Estarán muertos antes de que cualquiera de sus colegas aparezca. ¿Por qué desperdiciaríamos balas?

Hubo otra pausa seguida de un suspiro.

—Dios mío. Vale —dijo el soldado—. Nos van a pagar de más por esto, y quiero más por haber echado abajo un helicóptero.

Todos los ojos en la sala se giraron hacia Satie, que permaneció sentado con gesto sombrío. Ya había oído esta parte antes.

—Sí. Sí. Vale. Bien —contestó el soldado, y volvió a salir de la pantalla.

Unos segundos más tarde, Tom dijo:

—No tienes que hacer esto.

Entonces se oyó otro golpe seco de fusil. Y otro.

La habitación se quedó en silencio a excepción de unos cuantos sollozos. Todos sabían lo que había ocurrido fuera de cámara.

De forma inesperada, el soldado reapareció en cámara mientras miraba a su alrededor.

—El cabrón miró si alguien lo había visto —dijo Niamh.

Antes de que viera el teléfono, tenía otro problema entre manos: las criaturas de la jungla se estaban acumulando, atraídas por el ruido de los disparos y el repentino sangrado. El soldado alzó el fusil de forma amenazadora y se marchó rápidamente en el sentido contrario a la cámara. En cuestión de segundos, apareció en pantalla la imagen de decenas de patas corriendo para perseguirlo.

—Me gustaría pensar que lo pillaron y se lo comieron —dijo Danso.

—No visteis ningún resto de Tom cuando llegasteis —nos dijo MacDonald a Kahurangi y a mí.

Ambos negamos con la cabeza.

—Ninguno de los dos vimos restos ni a los invasores, quienesquiera que fueran —respondí, y pausé el vídeo—. El soldado tenía razón. Las criaturas se llevarían todo lo que encontraran entre los árboles.

MacDonald asintió, insatisfecha.

—¿Qué narices están haciendo? —preguntó Danso—. ¿Por qué están aquí siquiera?

—Tengo la respuesta —dije. Cerré el archivo de vídeo que estábamos viendo y puse otro—. Hay algunos vídeos entre el que acabamos de ver y el que os voy a mostrar —continué—. El teléfono interrumpe los vídeos cuando llegan a los cinco minutos de manera automática. Es para ahorrar en memoria. Esto es bueno, porque significa que, cuando la batería murió, no perdimos el vídeo. —Saqué el vídeo que estaba buscando.

—¿Qué estamos mirando? —preguntó MacDonald mientras reproducía el vídeo.

Señalé varios objetos del tamaño de un barril en el campo de visión, que estaban desplegados a varios metros uno del otro.

—Estas cosas —dije.

—¿Qué son?

—No lo sé, pero creo que los usaron para dibujar un perímetro alrededor de Bella y sus huevos.

—Vale, pero ¿por qué? —preguntó Danso.

—Por esto —dije, y señalé el vídeo.

En él, las cosas que parecían barriles comenzaron a brillar de pronto. Entonces, se produjo un destello que sobrecargó el sensor de la cámara y se oyó un chasquido parecido al de un rayo. Cuando la imagen recuperó la claridad, Bella, sus huevos, los barriles y los intrusos habían desaparecido.

—Vale —dijo Niamh, después de que parara el vídeo —. ¿Cómo narices han hecho eso?

CAPÍTULO 23

Mi día había sido largo, agotador y me había destrozado el alma de forma indescriptible. Tras apenas probar bocado en la cena, decidí que me iría a la cama pronto e intentaría dormir. Esto resultó en unas cuantas horas de insomnio mientras repasaba en mi cabeza los eventos del día y miraba la planta en la maceta que Sylvia Braithwhite me había regalado.

—Esto no está funcionando —le dije a la planta. Aunque estoy seguro de que esta se mostraba compasiva, no dijo nada. La puerta de mi habitación se abrió y Niamh apareció.

—Ey.

—Se suele llamar primero —dije.

—Lo sé, pero no lo hago.

—Podría haber estado durmiendo.

—Nadie va a dormir esta noche.

—O meneándomela.

—Es evidente que nadie va a hacer eso hoy.

—Tienes razón.

—Te necesitamos en el salón.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos tu ayuda con algo.

—¿El qué?

—Si sales de la cama y vienes al comedor, lo descubrirás. —Niamh desapareció del marco de la puerta, pero la dejó abierta para que la luz del comedor se filtrara al interior. Tras un minuto más en la cama para demostrarle que no tenían poder sobre mí, me levanté y fui al salón, que mis compañeros de cabaña habían inundado con papeles y portátiles.

—Dejadme adivinar. Me necesitáis para que recoja

cuando hayáis acabado —dije.

—Bueno, levantas cosas —añadió Kahurangi—. Pero no es eso.

—Necesitamos tus consejos —pidió Aparna.

—No tanto tus consejos como que nos escuches y nos digas que no se nos ha ido la cabeza —comentó Niamh.

—Vale —dije, y me senté a la mesa—. ¿Qué ocurre?

Aparna también se sentó.

—Bella tiene que volver a este lado de la barrera. De algún modo. Esta noche a ser posible.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hace, creemos que explotará.

—Te refieres a estallar como una bomba atómica.

—Sí.

—En Canadá.

—Sí.

—Hay… ciertos obstáculos a la hora de traerla de vuelta —dije un momento después.

—No fastidies —contestó Niamh, que también se sentó —. Pero quizá tengamos algo. Más o menos.

Alcé una mano.

—Espera un momento —le dije a Niamh.

Volví a centrarme en Aparna.

—Explícame todo lo relacionado con que Bella vaya a estallar, por favor. Creía que estaba bien.

—Estaba bien —subrayó Aparna—. Aquí. Pero ya no está aquí. Ahora está allí. Y en nuestra Tierra, las cosas son distintas, ambientalmente hablando. El entorno no es tan denso ni tan rico en oxígeno. Y es mucho más frío. Están a finales de octubre en Labrador. Hace muchísimo frío.

—Y eso afecta al kaiju.

Kahurangi ladeó la cabeza.

—Efectivamente. Pero afecta más a los parásitos.

—Ya los está matando. —Aparna tomó su ordenador y abrió una carpeta para mostrármelo, como si fuera a leerlo entero—. Sobre todo, a los que actúan como sistema de refrigeración y ventilación. Estos son habituales entre algunas especies de kaiju, así que sabemos mucho sobre

ellos. Como, por ejemplo, que son muy susceptibles al frío. Cuando la temperatura cae por debajo de los diez grados, empiezan a morir.

Miré a Aparna impasible.

—Eso son como cincuenta grados Fahrenheit —dijo ella, que apenas reprimió la exasperación.

—Entendido —dije.

—No es solo la temperatura —añadió Kahurangi—. Un kaiju y todos sus parásitos están acostumbrados a una atmósfera más densa y a que haya más oxígeno en el ambiente. Ir a nuestra Tierra es para ellos el equivalente a que nosotros subamos a seis mil metros de altura e intentar correr una maratón.

—Así que la falta de oxígeno también los está matando.

—No los mata directamente, pero hacen su labor con menor eficacia —dijo Niamh—. Y eso afecta al kaiju. Afecta a Bella.

—Bella es una especie voladora de kaiju —dijo Aparna —. Los kaiju voladores tienen un sistema de ventilación especialmente complejo. Forma parte de su manera de volar. Y esos sistemas de ventilación están íntimamente conectados al sistema de refrigeración de los reactores internos. Alterar y matar a los parásitos que controlan los sistemas de ventilación…

—Hará que Bella estalle —acabé.

Aparna asintió.

—Cierto.

—Esta noche.

—O durante el día de mañana.

—¿Y cómo sabemos esto?

—Ahí es donde entro yo —dijo Niamh—. Aunque has ayudado.

—¿Ah, sí? —contesté, sorprendido.

—Solo un poco, que no se te suba a la cabeza.

—Vale, eso está mejor.

Niamh sonrió.

—Cuando Kahurangi y tú estabais allí, ambos visteis un destello. Martin Satie también. Es el mismo brillo que ya

habíamos visto, aunque ahora es más intenso, pues lo visteis a la luz del día, y se está produciendo con mayor frecuencia. Estamos recibiendo información del equipo que volvisteis a colocar en tierra, gracias por ello…

—De nada.

—… Y también desde el *Shobijin*. Ese destello es una descarga generada por los procesos del reactor de Bella combinado con lo que narices usaran para abrir la barrera desde el lado humano.

—El destello está ganando fuerza y se produce cada vez más —explicó Kahurangi—. Niamh cree que tiene relación con que Bella está más estresada y la temperatura de su reactor va en aumento.

—Sí, eso —dijo Niamh—. Hay otra cosa. Justo antes de que se produzca el destello, la barrera dimensional entre nuestros mundos es más fina. Esos centelleos son tan potentes que las matemáticas sugieren que justo antes de que sucedan, la barrera apenas existe.

—Apenas —repetí.

—Sigue ahí —subrayó Niamh—. Pero te apuesto lo que quieras a que se puede desestabilizar con facilidad. Con un poco más de energía, alguien podría cruzar.

—O podrían enviarlo —dije, pensando en Bella.

—¿Ves? —le comentó Niamh a Kahurangi—. Te dije que Jamie no estaba del todo confuso.

Miré a Kahurangi.

—¿Me has llamado confuso?

—No lo he hecho —protestó Kahurangi.

—El problema es —continuó Niamh, que pasó por alto el horrible razonamiento de Kahurangi para defender su calumnia hacia mi persona— que a medida que estas cosas se vuelven más intensas y frecuentes, el reactor de Bella se sobrecalienta y entonces, bueno.

—¿Los destellos aparecen con mayor frecuencia o se vuelven más potentes de forma aleatoria?

—Una muy buena pregunta —dijo Niamh—. Una vez más, estás superando las expectativas que Kahurangi tiene de ti.

Volví a mirar al eludido.

—Todo mentiras —susurró.

—No son aleatorios —continuó Niamh—. La potencia aumenta proporcionalmente al tiempo de la frecuencia entre cada destello. He comenzado a trazar una gráfica y va a ocurrir algo en unas dieciséis horas a partir de ahora.

—¿Qué?

—Ya has oído a Aparna.

Asentí.

—¿Qué papel juega la cosita del perímetro en todo eso?

—Ahí entro yo —añadió Kahurangi—. Tengo una teoría sobre ello.

—Tiene una hipótesis —espetó Niamh—. No es lo mismo.

—Solo estás molesto porque he extendido tu metáfora.

—Estoy molesto porque es una idea de mierda y desde el punto de vista de un físico, eres un geólogo muy bueno.

—Niños —dije.

—En realidad, eres un geólogo pasable —acabó Niamh.

Miré a Kahurangi.

—¿Y bien?

—Niamh describió el destello como una descarga de electricidad estática. —Y aquí, Kahurangi miró a Niamh en un intento por retarlo a que le contradijera, cosa que no hizo—. No es exactamente como la electricidad estática, pero como metáfora funciona bastante bien. Vi el vídeo de cómo el perímetro se llenaba de actividad y se abarcaba a Bella y sus huevos, y pensé en unos electroimanes que generaban una corriente eléctrica. Supongo que eso es lo que ha sucedido aquí, pero en lugar de crear una corriente, está derrumbando la pared entre nuestro mundo y este sin tener que emplear una reacción nuclear para ello.

—Una basura de hipótesis —dijo Niamh.

—A excepción de eso, encaja bastante con la información que tenemos —contratacó Kahurangi.

—La información disponible es un vídeo de diez segundos.

—Y el hecho de que las criaturas estén revoloteando por la zona como si estuviera cubierta de uranio.

—Y el hecho de que las pruebas apuntan a que la barrera es más fina de lo que podría hacer el reactor de Bella solo —añadió Aparna.

—Ya veo cómo va esto —dijo Niamh—. Ponte de su parte, claro que sí.

—Su lado tiene información que la respalda.

Niamh resopló.

—No estás realmente enfadado con Kahurangi, ¿verdad? —pregunté.

—Es evidente que no. Solo me irrita que haya llegado a una hipótesis razonable antes que yo. —Niamh miró a Kahurangi con los ojos entrecerrados—. Químico asqueroso y mezquino.

Kahurangi sonrió.

—Así que, ¿cuál es el plan? —dije. Asentí hacia Aparna —. Nos estás diciendo que Bella va a morir si no la traemos de vuelta y se llevará un pedazo de Canadá con ella cuando estalle. —Miré a Niamh—. Tu nos has dado una línea temporal que indica que tenemos menos de un día para que eso ocurra. —Señalé a Kahurangi—. Y tú dices que la única forma de hacerla volver es utilizar el mismo portal por el que cruzó al otro lado, para empezar.

Kahurangi parpadeó.

—Yo no he dicho eso.

—Estoy seguro de que iba implícito —contesté—. Supongo que la cosa no está activa ahora, pero el reactor de Bella mantiene la barrera fina. Pero hasta siendo tan fina como ahora, no es suficiente. Si va a volver, debería activarse de nuevo.

—Vale —dijo Niamh—. Bueno, eso es un problema. Después están todos los demás.

—Como el hecho de que no podemos cruzar hasta allí para empezar —dijo Aparna.

—Y que, si conseguimos cruzar, va a haber un comité de bienvenida —añadió Kahurangi.

—Te refieres a la gente que secuestró a Bella en

primera instancia y que mató a algunos de los nuestros —dije.

—Sí, esos.

—Incluso aunque pudiéramos cruzar, MacDonald y Danso no lo aceptarán —apuntó Aparna.

Asentí. Tras nuestra última reunión, las dos coincidieron en enviar un mensaje urgente a la base Honda para informarles de los eventos sucedidos en Tanaka y pedirles que hicieran del arreglo de la puerta una prioridad. Aunque Honda aceptara la solicitud, pasarían días hasta que algo o alguien la atravesaran. Mientras tanto, MacDonald y Danso habían situado la zona en la que había estado Bella fuera de los límites, a excepción de para el personal del *Shobijin*, quienes abandonarían el lugar cuando se sustituyera por el nuevo aerostático.

—Hemos perdido a más personas hoy que desde los sesenta —había dicho MacDonald—. Estas personas están entrenadas para matar y no han dudado en hacerlo. No podemos arriesgarnos a darles la oportunidad de que vuelvan a cruzar con nuestra gente aquí.

MacDonald y Danso tenían razón, por supuesto. Incluso aunque cualquiera en nuestro lado pudiera cruzar, estos asesinos estarían esperando su llegada cuando lo hicieran. Sería estúpido, y posiblemente suicida, intentarlo.

Sin embargo, si algunos no lo hacíamos, Bella moriría y se llevaría un buen pedazo de Labrador con ella. Un trozo prácticamente deshabitado.

A no ser que se moviera.

—¿Bella puede volar por allí? —le pregunté a Aparna.

—No muy bien —respondió ella un minuto después.

—Eso es un sí.

—No quiere volar ahora mismo —añadió Kahurangi—. Tiene huevos.

—No quiere volar, pero lo hará si se siente amenazada o si está en peligro, ¿verdad? —pregunté—. Como, por ejemplo, si siente que se está ahogando poco a poco y quemándose porque los parásitos que hacen circular el aire en su interior se están secando por el frío y la falta de

oxígeno.

—No hay mucho al otro lado a donde pueda llegar, ¿verdad? —preguntó Aparna.

—La base Tanaka se encuentra más o menos en el mismo lugar que Happy Valley-Goose Bay en Labrador. Hay unas diez mil personas —dije—. Además, hay una base militar canadiense allí. Y ambos están junto a un río y la ensenada de un océano.

Aparna asintió.

—Y Bella estará buscando agua.

—¿Buscando? —dijo Niamh—. La tiene justo delante de la cara.

—No necesariamente en el otro lado —dije—. Y si está sufriendo en su ubicación actual, estará buscando algún otro lugar en el que estar. Como un destello de luz a cien kilómetros, justo al lado de una gran masa de agua.

—Sufrir el ataque de un kaiju no será bueno para una base militar canadiense —admitió Kahurangi.

—Que luego estallará —dijo Niamh—. Y se llevará a diez mil canadienses consigo.

—¿Es posible que se mueva? —le pregunté a Aparna.

—No lo sé —dijo ella—. Esto no ha ocurrido nunca, pero Kahurangi tiene razón. No sé moverá. A no ser que esté completamente segura de que debe hacerlo. Así que, si lo hace, es posible que no pase mucho tiempo hasta que estalle.

—Y ¿qué ocurriría si la trajéramos de vuelta? ¿Explotaría de todas formas?

—Si regresa, sus parásitos dejarán de morir y volverán a hacer circular el aire en su interior sin importar las circunstancias —dijo Aparna—. Si la traemos a tiempo, vivirá. No estará contenta con ello durante un tiempo, pero vivirá. Creo.

—¿Y eso nos importa? —preguntó Niamh—. ¿Si vive o no?

—Bueno —contesté—, somos la Sociedad para la preservación de los kaiju.

Todos me miraron un momento.

—Es muy típico de ti simplemente soltarnos la mierda del nombre, Jamie —dijo Niamh al final.

—Perdón —respondí, aunque no lo sentía para nada—. Así que, estamos todos de acuerdo en que vamos a hacer esto, ¿no? ¿Traer de vuelta a Bella?

—Todavía está el problemilla de no poder cruzar —dijo Kahurangi.

—Y el de no poder llegar a la zona en primer lugar —continuó Aparna.

—Además de los soldados que estarán encantados de asesinarnos si cruzamos —acabó Niamh.

—Por eso me habéis traído aquí —dije—. Todos sabéis lo que tenemos que hacer. Lo indican los datos. Solo necesitabais que viniera para decirlo en voz alta. Así que este soy yo diciendo que tenéis razón. No habéis perdido la cabeza. Bella debe volver a este lado. Se tiene que hacer esta noche. Y como no puede hacerlo sola, tenemos que ayudarla. Y debemos ser nosotros porque no creo que queráis poner en riesgo a nadie más. O podemos pedir permiso, aunque no nos lo darán. ¿Me equivoco?

Se miraron entre ellos y después a mí.

—No sabía que estaba planeando la posibilidad de morir está noche para proteger a un kaiju —dijo Kahurangi —. Pero tal vez esté dispuesto a arriesgarme a morir para salvar a una kaiju y a diez mil canadienses.

—Ahora sabemos lo que te motiva —comenté—. Diez mil canadienses.

—Yo me apunto —se limitó a decir Aparna.

Asentí.

—Mira, no digo que no me apunté —dijo Niamh—. Estoy dentro. Por qué no. Pero este feliz trabajo en equipo no cambia el hecho de que no sabemos cómo cruzar ni cómo llegar a la maldita zona.

—Vosotros tres dedicaos a lo primero —dije—. Tengo una idea para el segundo.

* * *

Martin Satie se dirigió hacia la puerta de la cabaña que

compartía con otros miembros de su tripulación de aviación. Por su rostro y lo rápido que abrió la puerta, supe que no estaba durmiendo.

—Te esperaba —dijo.

—¿Sí? —pregunté.

Asintió.

—Me apunto.

—Si ni siquiera sabes qué te voy a pedir.

—Sí, lo sé —contestó Satie—. No conozco las palabras exactas que vas a decir, pero lo sé. Conozco a tus amigos. Sabía que no la dejarías, y no lo harás. Necesitas un vehículo, así que me necesitas a mí. Me apunto.

—No sé qué decir.

—Podrías disculparte.

—¿Por qué debería disculparme? —pregunté.

—Supuse que vendrías antes —dijo Satie—. Me he quedado despierto esperándote. Me podría haber echado una siesta.

CAPÍTULO 24

—Mirad eso —dijo Aparna a través de los cascos a medida que nos acercábamos a la zona.

El área entera brillaba con un tono dorado suave. Su intensidad aumentó hasta que se produjo el destello que estábamos esperando. Entonces, desapareció para volver a producirse, aunque más despacio. El brillo se reflejaba débilmente en la parte de abajo del *Shobijin,* que estaba planeando la zona.

—Supongo que no necesitaremos las linternas, después de todo —dijo Kahurangi. Habíamos llevado linternas en las bolsas que habíamos montado, junto con jerséis, botes con varios tipos de feromonas, kits de primeros auxilios y de emergencia, barritas de proteína y agua, gritadores, bastones electrificados, lanzadores de botes y pistolas. Nos habíamos asignado las armas según lo que mejor se nos daba. Me dieron el lanzador de botes porque tenía una reputación con ellos.

—Las necesitaremos —dijo Niamh—. Si no hay otra opción, las usaremos para golpear cosas con ellas.

—Parece que estés en tensión —contestó Kahurangi.

—Claro que lo estoy —espetó Niamh—. El plan es estúpido.

—Solo dices eso porque es mi plan.

—No lo digo solo porque sea tu plan, aunque sí.

Los dejé discutir y me giré hacia Satie.

—¿Todo bien en tu lado? —dije, más para tranquilizarme a mí mismo que para recordárselo a él.

Lo vi asentir en medio del brillo del equipo.

—Espera a cruzar, si es que podéis. Si podéis cruzar, volved a Tanaka. Si algunos cruzáis, recoged al resto y regresad a Tanaka. Si ninguno puede cruzar, esperaré a que

os pongáis en contacto conmigo, pasaré a recogeros y volveremos a Tanaka. Si cruzáis al otro lado, les contaré a MacDonald y a Danso lo que pretendéis. Si solo llegáis a la Tierra algunos, quien se quede lo hará.

—No estarán contentos contigo —dije.

—Ya están molestos conmigo —dijo Satie—. La emisora que conecta con la base lleva apagada todo este tiempo. Es probable que hayan llamado desde que nos hemos ido. Estoy seguro de que la tripulación del *Shobijin* ya estará buscándonos.

—Acuérdate de decirles que se retiren. No queremos que estén ahí si conseguimos que Bella regrese. Podrían asustarla.

—Se lo diré. Que me escuchen es otra historia.

—Estoy seguro de que te meterás en problemas.

—Tú tendrás más problemas. Yo solo os ofrezco transporte.

—Gracias de todas formas.

—Esto es lo que hacemos —dijo Satie—. O lo que se supone que hacemos. También he perdido amigos como tú. Recuperar a Bella de aquellos que nos la arrebataron junto con nuestros amigos es lo que querrían que hiciéramos.

—Estoy seguro de ello.

—Tampoco me importaría que les dispararais a un par de ellos.

Sonreí.

—Tendrás que hablar de ello con Kahurangi. Es el que lleva el arma.

—Si se da el caso, no usaré la pistola —dijo Kahurangi. Había estado escuchando porque tenía la emisora del pasajero activada en los cascos—. Tengo otra cosas preparada para nosotros.

—Servirá —dijo Satie. Estábamos casi sobre el destino —. Vamos a dejaros en tierra.

Maniobró para descender y procuró evitar el *Shobijin* mientras tanto. Mientras bajábamos, eché un vistazo a la aeronave y creí ver a la tripulación, que nos saludaba desde allí. Les devolví el gesto.

Una vez en tierra y con el helicóptero lejos, Kahurangi y yo rociamos a Aparna y Niamh y después el uno al otro con las feromonas «Soy un kaiju». Nos lo aplicamos generosamente sobre el cuerpo y las mochilas.

—Amigo, esta mierda apesta —le dijo Niamh a Kahurangi.

—No me culpes —dijo—. Yo no creo la biología de los kaiju, solo la exploto.

—Haz algo de ingeniería genética. Haz que los kaiju huelan bien. Esta versión al completo de la Tierra huele a perro mojado.

—¿Sabes lo que huele bien de verdad? La feromona que pone a los kaiju y sus parásitos en modo asesino. Si hueles algo que te recuerde a las naranjas, deberías echar a correr.

—Recordaré eso.

—Mejor. —Kahurangi se guardó el espray en la mochila, se la colocó a la espalda y echo un vistazo alrededor—. Esto es increíble —dijo.

Tenía razón. En la tierra, el brillo no era una única capa de luz, sino miles, y posiblemente millones, de pequeñas partículas de luz que flotaban en el aire y se volvían más relucientes en sintonía.

—Parecen luciérnagas —dijo Aparna.

—No son luciérnagas —corrigió Niamh—. Mirad más de cerca.

Lo hicimos. Las motas no eran motas para nada, sino unos anillos irregulares cuyo tamaño y forma cambiaba a medida que los observábamos. Me moví, y los aritos lo hicieron conmigo.

Le mencioné esto a Niamh, que asintió.

—No se mueven conmigo —dijo.

—Son tridimensionales —añadí.

—Son más que eso, pero es lo único que veis.

—Pedante.

—Físico —rectificó Niamh, que señaló—. Y su tamaño aumenta cuando se acercan donde Bella está. Estaba. Debería estar.

Seguí su dedo. Tenía razón. Poco a poco, los anillos brillantes incrementaron su tamaño y su brillo se difuminó a medida que creían.

—Están todos donde la barrera se vuelve más fina —explicó Kahurangi sobre los aros.

Niamh asintió y se pasó la mano por uno de los anillos pero no ocurrió nada.

—Aunque no es suficiente.

—No todavía —afirmó Kahurangi.

Todos brillaron y se apagaron.

—Ahora necesitamos una linterna —dijo Aparna.

Comenzaron a resplandecer de nuevo, pero de forma más tenue.

—Vale —le contestó Niamh en tono sombrío a Kahurangi—. ¿Dónde quieres poner a prueba tu estúpida hipótesis?

Kahurangi hizo un gesto hacia donde Bella debería haber estado.

—El efecto parece más fuerte cerca de donde Bella solía estar. Probemos ahí.

Nos echamos a andar en grupo. A nuestro alrededor, las criaturas actuaban como si no hubiéramos estado allí, a excepción de los insectos que siempre trataban de sorber hasta nuestra última gota de sangre.

—Esto tiene buena pinta —dijo Kahurangi, de proto. Estábamos en un punto en el que los aros espectrales eran casi tan largos como un antebrazo y casi invisibles—. No parece que se hagan más grandes a partir de aquí. ¿Alguna objeción de intentarlo aquí?

Aparna y yo no teníamos ninguna.

—Yo tengo varias —dijo Niamh.

—Adelante, sácalas de tu sistema —respondió Kahurangi, que se quitó la mochila de la espalda y la desabrochó para buscar dentro.

—Primero, o para ser exactos, de nuevo, esto ni siquiera es una hipótesis. Es una suposición —dijo Niamh —. Basado en nada más que una corazonada, que en sí ya está fundamentada en nada más que en una idea que ha

salido de tu trasero.

—Sí —afirmó Kahurangi, que sacó una bolsa de tela de la mochila.

—Segundo, esto es mala ciencia. Lo que vamos a hacer no es experimentar sino una sesión espiritista. Es como física homeopática. Me ofende estar aquí y haber aceptado seguiros el rollo solo porque todos sentimos que debíamos hacer alguna cosa.

—Vale —dijo Kahurangi, que abrió la mochila y metió la mano dentro.

—En tercer lugar, y por todas las razones enunciadas, si esto funciona, te odiaré para siempre.

—Anotado —dijo Kahurangi—. Tiende la mano.

Niamh gruñó y obedeció. Kahurangi depositó cuatro pequeños objetos cilíndricos en su mano.

Perdigones llenos de uranio.

—Esto es absurdo —se quejó Niamh.

—Sabemos que la barrera se vuelve más fina y desaparece con las reacciones nucleares —explicó Kahurangi. Sacó otros cuatro cilindros—. También suponemos que quienquiera que se llevó a Bella halló la forma de crear la energía suficiente para llevársela sin utilizar una reacción nuclear pero sí material nuclear. —Hizo un gesto hacia mí y le tendí la mano—. Sabemos que ahora mismo la barrera es más fina de lo que sería únicamente con la energía de Bella, lo que significa que hay algún tipo de efecto residual. —Dejó los cilindros, fríos y grises, en mi mano—. Así que no es irracional hipotetizar que un combustible nuclear refinado podría tener un fuerte efecto sobre la barrera. Quizá lo suficiente para que podamos pasar.

Niamh puso una mueca.

—Odio esto.

—Además, no se te ha ocurrido una idea mejor.

—Sí, debería darme vergüenza verme limitado por la ciencia de verdad.

—Si no funciona, al menos lo habremos intentado —dijo Kahurangi. Había sacado otros cuatro cilindros y se los

había ofrecido a Aparna.

—Asegúrame que no se me va a caer la mano si cojo eso —dijo ella.

Kahurangi sonrió.

—Estos son perdigones de combustible sin utilizar. Si se hubieran usado, os matarían. Así que son seguros de sostener durante el tiempo que tardaremos en usarlos.

Aparna miró a Niamh.

—Kahurangi es un montón de basura comprensivo, pero hasta ahora ha acertado —le aseguró a Aparna.

Ella asintió, estiró el brazo y tomó los perdigones ofrecidos. Entonces, Kahurangi sacó los últimos cuatro, los dejó un momento en el suelo y guardó la bolsita en la mochila antes de cerrarla y volver a colocársela a la espalda. Recogió los suyos y se levantó.

—¿Listos? —preguntó.

—¿Para qué? —contestó Niamh—. ¿Para quedarnos aquí de pie con cuatro perdigones en las manos con la esperanza de ver si cruzan hacia nuestro planeta?

—Básicamente, sí.

—Uuuunnnngh, esto es lo peor.

—Lo sé —dijo Kahurangi.

—Lo peor. Tengo la sensación de que me van a retirar el doctorado por hacer esto.

—No me creo que sea la que va a decir esto —le dijo Aparna a Niamh—. Pero, vaya, te estás quejando muchísimo ahora mismo.

—¡Esto es lo que la mala ciencia me hace! ¡Ahora lo sabes!

—Vale, vale, es suficiente —dije—. Es una idea loca y posiblemente terrible. Seguramente no funcionará y, si lo hace, volveremos a la base para enfrentarnos a nuestros jefes iracundos. Hasta entonces, tengamos esperanza. Esperemos. ¿Te parece lo bastante justo?

—Me sirve —dijo Kahurangi.

Aparna volvió a asentir. Niamh puso los ojos en blanco pero también asintió.

—Genial —dije, y cerré el puño alrededor de los

perdigones—. Venga, todos, un golpe de puño.

Kahurangi sonrió y se inclinó.

—Os quiero, frikis de los kaiju —dijo Aparna, que citó una frase de la película *Dando la nota* pero con un toque personal. Me gustó entender la referencia.

Niamh suspiró y se inclinó. Durante unos breves segundos, todos nuestros puños se tocaron.

El mundo se iluminó como si hubiera un castillo de fuegos artificiales.

—Oh, venga ya —gritó Niamh, y entonces se oyó un tremendo chasquido; un rayo había partido una secuoya por la mitad.

Aparna señaló hacia arriba y movió la boca para vocalizar un «Mirad». Todos miramos.

Una columna de luz, grande y reluciente brillaba hacia arriba, al parecer, de la nada. En lo que parecía ser la base, veíamos, de una forma muy difuminada, el perfil de lo que habría sido la boca de Bella. A nuestro alrededor brillaban agujeros dimensionales que brillaban y crecían, y por el centro veíamos otro mundo.

La barrera se había roto. Había una forma de pasar.

Se levantó una ráfaga de viento cuando el aire cálido de la tierra de los kaiju fue absorbido por la atmósfera más ligera y fría de la tierra humana. En cuanto entraban en contacto, se condensaba y se formaba una nube de vapor.

Miré a nuestro alrededor y, a unos metros de distancia, vi un agujero vaporoso, lo bastante grande para atravesarlos. Eché a correr.

—¡Vamos! —grité, aunque apenas me oía a mí mismo. Esperaba que los otros tres me siguieran, pero no tenía tiempo para asegurarme de ello.

Estaba cadi en el agujero cuando las luces se apagaron de golpe. El agujero vaporoso frente a mí se empezó a cerrar de inmediato.

Me incliné hacia él y cerré los ojos mientras lo hacía.

Y entonces, lo había atravesado y estaba dando tumbos por el suelo, que estaba suave y cedía bajo mi cuerpo, amortiguando la caída.

Y, de pronto, Niamh me dio una patada en la cabeza mientras se colaba por el hueco, seguido de Aparna y Kahurangi, y me alegra decir que ninguno de los dos me golpeó de vuelta.

—Lo siento —dijo Niamh.

—No pasa nada —le reafirmé. Comprobé dónde habíamos llegado.

El agujero ya no estaba.

—¿Estáis todos bien? —pregunté.

—¿Bien? —dijo Kahurangi—. Estoy genial. Hemos cruzado. ¡Ha funcionado! —Abrió el puño y me enseñó los perdigones enteros.

—No ha funcionado —dijo Niamh—. Hemos cruzado porque el eructo atómico de Bella ha hecho que la barrera caiga.

Kahurangi asintió.

—Y los perdigones de uranio.

—El lugar por el que hemos cruzado estaba a metros de tus malditos perdigones de combustible, hombre imposible.

—Aún cuenta.

Niamh alzó una mano.

—No te hablaré de esto más.

—Ey —dijo Aparna—. Mira dónde estamos.

Observamos a nuestro alrededor. Bella, con sus más de cien metros de altura, estaba a nuestro lado e iba directa hacia arriba. Había cosas que se sacudían y movían por todo su cuerpo: sus parásitos y ecosistema personal. Había una fuerte brisa mientras el cuerpo de Bella absorbía aire. A su alrededor había una capa gruesa de algo gomoso. Gelatina natal.

—Hemos aterrizado en pringue —dijo Niamh, que miró al suelo.

Me levanté. Por suerte, la gelatina no se me pegaba. Metí la mano en el bolsillo y saqué el móvil y, por primera vez desde que nos habíamos ido a la tierra kaiju en septiembre, lo encendí en busca de cobertura.

No había.

Tampoco me sorprendía; estábamos en los bosques de

Labrador y la civilización humana más cercana estaba a cien kilómetros de distancia. Los árboles no necesitaban servicio telefónico. Era muy malo. Si había un momento para que apareciera la Policía Montada de Canadá, era este.

Consulté la hora: las dos y veinte de la mañana.

—Hace frío —dijo Aparna, que sacó el jersey de la mochila. Todos la imitamos, del mismo modo que nos detuvimos, revisamos y cargamos nuestras armas.

—Hemos llegado a las dos y veinte de la madrugada —le dije a Aparna.

Ella asintió, pues sabia el motivo por el que le daba la hora. Ahora nos tocaba esperar a ver el intervalo entre las descargas de Bella.

—¿Alguien más está atontado? —preguntó Kahurangi.

—Te has acostumbrado a la atmósfera del otro mundo —contestó Aparna—. Solo respira.

—Vale, entendido.

Miré alrededor. Bella estaba iluminada por la luna, que estaba casi llena y caía por el oeste. Estábamos demasiado cerca de ella para ver nada más, pero oía suaves sonidos en la distancia.

—Creo que hemos aterrizado al otro lado de Bella —dije—. Lejos de quienquiera que se la llevó, quiero decir.

—Eso es una suerte —contestó Niamh—. Habría sido un inconveniente haber aterrizado delante de la gente a la que queremos sorprender.

—Así que, ¿cómo vamos a hacer esto? —dijo Aparna—. ¿Cómo llegaremos al perímetro y lo encenderemos para recuperar a Bella?

Todos miramos a Kahurangi.

—¿Por qué me miráis a mí? —preguntó.

—Tú eres el que nos ha traído —dije.

—En realidad, no —replicó Niamh.

Kahurangi alzó las manos.

—Me había centrado en traernos hasta aquí —dijo, y entonces me señaló—. Después de eso, creía que Jamie tenía un plan.

Iba a responder, pero, en ese momento, alguien se puso

delante de Bella y se colocó delante de nosotros mientras cargaba con algún tipo de equipo. Dio varios pasos hacia nosotros antes de mirar hacia arriba y percatarse de que había cuatro personas ante él.

Nos miramos los unos a los otros durante unos largos diez segundos.

—Vale —dijo al final—. ¿Quién narices sois?

CAPÍTULO 25

—Permítame enseñarle un documento de identidad —dijo Niamh, que cerró la distancia con el intruso en un momento y le golpeó con un bastón aturdidor.

Se puso tenso, gorgojeo por la sorpresa y se cayó sobre el suelo del bosque, inconsciente.

Los demás nos limitamos a mirar, impactados.

Niamh se percató.

—¿Qué?

—Tienes problemas de ira —comentó Kahurangi un segundo después.

—Si tuviera problemas de ira, estaría muerto.

—¿Estás seguro de que no está muerto? —preguntó Aparna.

—Lo oigo gimotear cuando respira —dijo Niamh.

Seguimos mirando.

Niamh suspiró, puso los ojos en blanco con una expresión exasperada y volvió la mirada hacia nosotros.

—¿Qué queréis que diga? Este capullo nos podría haber delatado. No hemos atravesado una maldita barrera dimensional para que nos atrape el primer payaso que nos vea. Le he golpeado. Tenía que hacerlo. Y, sinceramente, me molesta que os pongáis pesados con ello.

—No es eso —dije—. Pero es que ahora tenemos a un tipo inconsciente del que preocuparnos.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que si lo dejamos aquí, los parásitos de Bella lo van a convertir en embutido.

Niamh se encogió de hombros.

—Que le den.

—¡Niamh! —dijo Aparna.

—Como si él no nos fuera a abandonar.

—Esto es a lo que me refiero con los problemas de ira —dijo Kahurangi.

—Quizá esté ocupándome de cierta irritación residual porque tu plan ha funcionado —le admitió Niamh—. Ha funcionado en cierto modo, pero no me equivoco con este imbécil.

—Tal vez no —confirmé—. Pero quizá deberíamos intentar ser mejores personas que los seguidores sin rostro de una organización malvada.

Niamh volvió a suspirar.

—No te equivocas —dijo—. Pero mira. No podemos hacer esto cada vez que nos encontremos con uno de esos capullos. Nos pasaremos la noche escondiendo cuerpos. Bella habrá explotado para cuando hayamos acabado.

—Vamos a encargarnos de este tipo ahora y ya resolveremos lo demás a medida que avanzamos —dije.

—Deberíamos haber tenido un plan mejor para cuando cruzáramos —afirmó Aparna.

—De pronto, me siento culpable —dije.

—Un poco, sí —añadió Kahurangi.

Gesticulé.

—Bueno. Por ahora, arrastremos a este tipo hacia la línea que dibujan los árboles. Ponedlo por allí y rociadle con la feromona «Soy un kaiju» para que lo dejen tranquilo.

—Buena idea —dijo Niamh—. Y así, cuando despierte, olerá a mierda.

—Estoy abierto a un plan mejor.

—No tengo ninguno, así que hagamos esto.

—Vosotros dos haced eso —dijo Kahurangi—. Necesito que Aparna me ayude con algo.

—¿Con qué? —preguntó Niamh.

—A preparar un plan de reserva. Así no tendremos que arrastrar el cuerpo de todos hacía el límite de los árboles.

—Bien. —Niamh se giró hacia mí—. ¿Quieres los brazos o las piernas?

—Elige tú —contesté. Niamh tomó las piernas y yo alcé los brazos del hombre. Levanto cosas.

—¿Qué haces? —preguntó Niamh tras lanzar al

desconocido y rociarlo entero—. ¿Estás saqueando a este cabrón?

—No lo estoy saqueando —contesté mientras rebuscaba entre sus bolsillos.

—Lo que tú digas, solo recuerda que me llevo la mitad de lo que encuentres.

Saqué el teléfono del tío.

—Ahí está —dije. Lo encendí y me pidió la huella. Le tomé la mano y escogí una. Murmuró mientras lo hacía, así que le acaricié la mejilla, sonrió adormilado y volvió a dondequiera que su cerebro estuviera en ese momento.

—Creía que no había cobertura aquí fuera —dijo Niamh.

—No la hay —contesté, y le mostré la pantalla—. Sin embargo, hay wifi. Este lugar tan extraño tiene su propia intranet.

—¿Vas a enviar un correo?

—No —repliqué. Miré entre las aplicaciones en busca de una que sirviera para compartir archivos. La encontré y la abrí—. Busco planes secretos, y creo que he encontrado algo.

Niamh se asomó.

—Esto será útil hasta que bloquees el móvil y nos alejemos de su huella dactilar.

Le di el teléfono.

—Sujétalo. —Saqué el mío del bolsillo—. No voy a enviar un correo. Pero sí que voy a utilizar una red cerca de la zona para transferir estos archivos.

—Te estás comportando como un friki de la informática —dijo Niamh con poca admiración.

—Trabajé en una empresa tecnológica emergente —dije—. Al menos, aprendí un par de cosas.

—Entonces haz que vaya más rápido —dijo—. O tendré que volver a golpear a este pobre hombre.

Cuando los archivos se habían transferido, apagué el teléfono del tío y lo lancé en medio del bosque.

—Vamos —le dije a Niamh—. Tenemos que movernos. Quienquiera que sea este tipo, lo echarán de menos pronto.

No queremos estar ahí cuando alguien venga a buscarlo.

Comenzamos a caminad y encontramos a Kahurangi y a Aparna, que venían hacia nosotros.

—Hemos oído voces —dijo Aparna—. Creo que están buscando a su amigo.

Miré hacia Bella y vi unas linternas que se movían.

—Vale —contesté. Nos alejamos y dejamos atrás al hombre inconsciente y las linternas de sus colegas.

Recorrimos agachados unos doscientos metros y todos vigilaban mientras yo rebuscaba entre los archivos que me había descargado.

—Aquí —dije—. Es una lista de qué hacer y que no en ese perímetro. Lo llaman un portal transdimensional.

—Dime que no han destrozado el *Doom Eternal* para eso —dijo Kahurangi.

—Siento decirte que sí.

—Eso es una violación de los derechos de autor.

—No creo que vayan a intentar venderlo —dije, y seguí leyendo—. Parece que requiere una tremenda cantidad de energía para funcionar, así que se tiene que preparar antes de activarlo. Esas cosas que parecen barriles con condensadores. Una vez tienen la energía suficiente, se libera en los componentes de la parte de arriba de los barriles, que dispersa la barrera entre nuestros cuerpos hasta convertirla en nada.

—¿Cómo exactamente? —preguntó Niamh.

—No lo explica. No es un esquema ni nada parecido. Solo describe cómo funciona lo suficiente para que un imbécil no muera mientras trabaja. —Le di la vuelta a la pantalla para que lo vieran—. En plan, «No te acerques al condensador. En realidad no son seguros y podrían darte una descarga de cien mil voltios por accidente».

—Es… bueno saberlo —dijo Aparna.

—En serio, parece un diseño muy malo —dije.

—Si los condensadores se cargan, entonces hay algo que les aporta esa energía —dijo Kahurangi—. Hay un generador en alguna parte. Y si lo hay, es posible que ahí esté el interruptor para apagarlos.

—Encontrarlo, descargar los condensadores en el perímetro y enviar a Bella a casa —dijo Aparna.

Asentí y pasé las páginas del documento hasta que llegué a un boceto de diseño.

—Ahí es donde debería estar el generador —dije—. Supongo que, al no estar a primera vista, lo encontraremos al otro lado de Bella junto con el resto del campamento de lo que sea que hayan montado.

—Pues vamos a apagar el interruptor —dijo Niamh.

—Es posible que esté vigilado.

—¿Por qué lo estaría? ¿De verdad crees que estos capullos esperan visita?

—Quizá no, pero uno de ellos ha desaparecido porque alguien a quien no mencionaré lo ha golpeado hasta dejarlo inconsciente —señalé.

—Entiendo tu punto de vista tanto como defiendo que era necesario —dijo Niamh—. Pero eso significa que lo que sea que vayamos a hacer, tenemos que hacerlo rápido.

—En eso estoy de acuerdo.

—¿Y si se lo decimos? —dijo Aparna.

—¿Qué?

—Sé que vamos con la idea de que son mala gente…

—Son malas personas —le recordó Kahurangi—. Mataron a nuestros amigos.

—Lo sé —reconoció ella—. No he olvidado eso, pero tampoco creo que pretendieran que Bella se convirtiera en una bomba nuclear al cruzar. No creo que entiendan el peligro al que se exponen, aunque no piensen en las demás personas. Tal vez la envíen de vuelta si se lo contamos.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Niamh.

—No estoy muy segura —admitió Aparna—. Pero creo que al menos uno de nosotros deberá decirlo en voz alta antes de que hagamos nada más. Por lo menos deberíamos estar dispuestos a considerarlo. Aunque estas personas sean malas, son seres racionales.

—Admiro tu optimismo —dije.

—Sí, yo lo admiro, y también creo que nos asesinarán en cuanto tengan la oportunidad —añadió Niamh—. Así

que no, iremos únicamente a por el generador.

Kahurangi asintió.

—Estoy de acuerdo con Niamh.

—Vale —dijo Aparna—. Valía la pena intentarlo.

Salimos del bosque y nos movimos en sentido antihorario hacia el bulto que era Bella. A medida que lo hacíamos, el campamento humano se hizo visible entre una fila de luces, y una colección de contenedores, cuyo propósito se había modificado para cualquier actividad que llevara a cabo la gente de ahí abajo. Había al menos una docena de personas en el exterior, donde sacaban material de la gelatina natal y de la propia Bella. Otros deambulaban entre los contenedores. Uno de ellos no era siquiera un contenedor, sino un pequeño tráiler. Sospeché que quien fuera que liderara la operación, estaría ahí dentro.

Kahurangi señaló a un punto.

—Creo que el generador está ahí dentro.

Seguí su mano hasta un contenedor que estaba alejado de los demás. Las puertas estaban cerradas y un cable grueso serpenteaba fuera de él y se extendía varios metros hasta una caja enorme que estaba conectada al primero de los barriles de la zona.

Ningún otro cable sobresalía del contenedor. Lo que fuera que estuviera alimentando al resto del campamento estaba en otra parte. En efecto, todo señalaba a que estábamos ante el generador.

—¿Alguien ve a algún vigilante u otros tíos cerca? —pregunté. Yo no veía a nadie, pero no estaba de más que los demás lo confirmaran. Nadie veía nada, y la persona más cercana estaba a unos diez metros de él y seguía alejándose.

Todavía en el límite con el bosque, decidimos dar un rodeo hasta que estábamos directamente detrás del contenedor del generador, frente a la inmensa torre que era Bella.

—¿Estamos listos? —pregunté.

—¿Deberíamos ir todos? —contestó Aparna.

Niamh la miró.

—¿Quieres quedarte atrás?

—En realidad, no.

—Iremos todos —dije—. Uno.

Bella se movió, monstruosa, alzó la cabeza y gritó.

—Dos —susurré completamente perdido.

Un rayo de luz volvió a manar de ella, casi derecho hacia arriba, seguido por un chasquido que resonó por todas parte. El haz de luz se interrumpió de golpe a unas decenas de metros sobre su cabeza al tiempo que cruzaba a la tierra de los kaiju y formaba un agujero en el cielo.

A nuestro alrededor, el mundo empezó a brillar. El efecto del portal, tan pronunciado al otro lado, apena se percibía aquí, a excepción de cuando Bella soltaba tanta energía nuclear al mismo tiempo. La propia Bella estaba sumida en niebla debido a que el aire húmedo y cálido de la tierra de los kaiju atravesaba los grandes agujeros dimensionales e impactaba con el aire frío y denso de esta tierra.

En ese momento, era como cualquier kaiju que uno haya visto en las películas. Grande. Iracunda. Aterradora.

Primigenia.

Bella dejó de gritar y el rayo de luz se detuvo. El mundo dejó de brillar y los agujeros desaparecieron. Tenía en mente consultar el reloj para registrar el intervalo entre sus descargas.

—Tres —dije, y mire la hora.

Todos echaron a correr.

«No quería decir eso», pensé, y eché a correr para alcanzarlos.

La puerta al generador estaba ligeramente abierta y las luces brillaban en el interior. Una vez estábamos todo dentro, cerramos la puerta tan despacio como pudimos.

Había un tubo fluorescente en la parte de arriba de las paredes del comedor. También había un objeto, largo y moderno, con un panel de mando que leía datos y un ordenador conectado con un cable USB-C.

—¿Este es el generador? —preguntó Aparna.

—Eso creo —contesté, y miré los mandos, que contaban con potencias de salida y otros indicadores.

—No parece un generador. Mas bien, es como un iPhone muy grande.

—Tampoco huele como un generador —dijo Niamh.

—Tenéis razón —afirmó Kahurangi—. Durante el trabajo de campo, he visto motores diésel y esto no lo es. Para empezar, te puedes escuchar al hablar.

—Está produciendo energía —dije—. Al menos es lo que indica el panel.

—¿El panel dice algo de cómo apagar los condensadores? —preguntó Niamh.

—No. —Le eché un vistazo al ordenador—. Pero quizá esto sí. —El portátil tenía una pestaña abierta en la que había una imagen de los condensadores conectados los unos a los otros. Había varias docenas de ellos. Al mover el cursor sobre los iconos, noté lo cerca que estaban de llegar a la capacidad máxima. Estaban al 95 por ciento o más.

En la pestaña inferior derecha había un gran botón rojo en el que se podía leer: «Descargar condensadores».

—Bueno, eso sí que es oportuno —dije, y les mostré el botón al resto

—¿A qué estás esperando? —preguntó Niamh—. Hazlo.

—Dame un segundo para asegurarme de que no me dejo nada —dije.

—Parece claro.

—¿Quieres pulsar el botón?

—Si no lo haces en esta década, tal vez.

Pulsé el botón de «Descargar condensadores».

Un cuadro de diálogo apareció de pronto: «Confirmar descarga».

—Oh, por el amor del cielo —dije, y confirmé.

No ocurrió nada.

—¿Y bien? —preguntó Kahurangi.

Me encogí de hombros.

—No ha funcionado.

—¿Has pulsado el botón?

—He pulsado el botón —dije—. Y lo he confirmado con el cuadro de diálogo.

—Pues, mierda.

Alguien llamó a la puerta del contenedor.

Todos nos sobresaltamos y miramos hacia la puerta.

Alguien volvió a llamar.

—En retrospectiva, quizá uno de nosotros debería haber vigilado —dijo Aparna.

Tras llamar una tercera vez, alguien dijo:

—Es la última vez que llamo antes del gas lacrimógeno.

—Voy —respondí.

Todos me miraron.

—¿Qué? —dije—. ¿Preferís el gas lacrimógeno?

—Podríamos movernos al otro lado del contenedor —dijo Kahurangi.

—El otro lado del contenedor está cubierto —dijo la voz.

—Deja de decir cosas en voz alta —le siseó Niamh a Kahurangi.

—De verdad, salid ya antes de que os dispare a todos —anunció la voz.

—Esto se nos da fatal —comentó Aparna. Ninguno le discutimos.

Salimos del contenedor con las manos en alto. Cinco hombres con rifles militares nos esperaban. Rápidamente, nos arrebataron las armas y las mochilas y nos pusieron de rodillas con las manos detrás de la espalda.

—¿Cuál de vosotros ha dejado a Dave inconsciente? —preguntó el que estaba directamente frente a nosotros.

—He sido yo —dijo Niamh.

—Eso ha estado mal. Es nuevo. Apenas está por encima de los internos.

—Lo siento, pero todos os parecéis a la gente que mató a mis amigos.

El hombre sonrió.

—Os mataría a todos también, pero nos han pedido que no lo hagamos de momento.

—¿Quién os lo ha ordenado? —pregunté.

—Yo —contestó una voz a nuestra espalda.

Me giré para mirar.

Era Rob Sanders, porque no podía ser nadie más.

CAPÍTULO 26

—Solo para que lo sepáis, el plan es ataros y daros de comer a los parásitos de kaiju —nos explicó Sanders. Nuestras mochilas y armas estaban colocada frente a él. Uno de sus secuaces había encontrado una silla plegable para que se sentará. Entonces, ese mismo lacayo y otros volvieron a apuntarnos con sus armas—. Es evidente que no podemos dejaros vivir, pero si contestáis a mis preguntas, quizá vuestra muerte sea menos doloras que dejar que los parásitos os coman mientras seguís conscientes.

—¿Lo has ensayado? —dijo Niamh—. Suena como si lo hubieras ensayado. Mucho. Frente a un espejo.

—Doctore Healy —dijo Sanders, que miró a Niamh—. Recuerdo lo maleducado que fuiste la última vez que nos vimos. No me sorprende tu comportamiento. Y no, ha sido espontáneo. Y cierto. Así que esta es mi primera pregunta: ¿Cómo habéis cruzado?

—Con bolitas de combustible —contesté.

—¿Disculpa?

—Bolitas de combustible de uranio —dije—. Verás las mías en mi mochila.

Sanders frunció el ceño y rebusco en mi bolsa hasta que encontró un par.

—Te estás quedando conmigo —dijo, y miró los pequeños cilindros.

—Pregúntale al doctor Lautagata —dije.

—Supuse que habría algún tipo de campo repleto de actínidos purificados —explicó Kahurangi—. Llevamos algunos y fuimos capaces de cruzar.

—¿Y cómo funciona eso exactamente?

—Los sostuvimos en un círculo que parecía cosa de brujería —dijo Niamh.

Sanders me miró en busca de confirmación. Me encogí de hombros.

—Permanecimos de pie juntos, alzamos las manos llenas de perdigones de combustible y fuimos capaces de cruzar. —No sentía la necesidad de contarle que el agujero por el que habíamos entrado estaba a varios metros de nosotros y que se había formado gracias a la energía nuclear que Bella escupía por la boca. Parecía información superflua.

Sanders miró a Aparna.

—Eres la única que no recuerdo que fuera una sabelotodo —dijo—. ¿Estoy en lo cierto?

Aparna asintió.

—Ha ocurrido tal y como Jamie ha descrito.

—¿Y vuestros jefes lo aprobaron?

—No pedimos permiso —dije.

—Entiendo por qué —dijo Sanders—. Parece muy sospechoso.

—Estábamos desesperados por cruzar —añadió Aparna.

Sanders la miró.

—¿Y por qué?

—Porque necesitamos que manden a Bella de vuelta. Es un peligro para sí misma y para ustedes.

Sanders sonrió.

—Ah, lo dices por los eructos nucleares.

Aparna frunció el ceño ante su burla.

—Sí.

—Lo sabemos todo sobre ellos. No nos preocupan.

—¿No les preocupa que un kaiju se convierta en una bomba nuclear sobre ustedes? —preguntó Kahurangi incrédulo.

—Contamos con ello —dijo Sanders—. Tío, hemos traído un kaiju a este lado. ¿Sabes lo ilegal que es? Si estalla, arrasará con toda prueba de lo que hemos hecho aquí, incluida ella misma. No quedará nada aparte de un cráter.

—E incendios repentinos y lluvia radioactiva —puntualizó Kahurangi.

Sanders hizo un gesto con la mano.

—De todas formas, es un parque nacional al que no viene nadie.

—Bella podría moverse —dijo Aparna—. Cabe la posibilidad de que se marche si siente mucho dolor o si está confusa. Si se va y se dirige a Goose Bay, entonces miles de personas podrían morir.

Sanders mostró una amplia sonrisa.

—Lo que es mejor todavía —dijo—. Hay una base militar canadiense allí. ¿Un ataque nuclear al ejército canadiense? ¿En Labrador? Mierda, eso confundiría a todo el mundo. Pasarán meses intentando averiguar quién lo hizo y por qué. Supongo que al final le echarían la culpa a China, pues por qué no. Un ataque nuclear a América del Norte durante una pandemia, justo antes de las elecciones —justo antes de estas elecciones—. Será increíble. Por un lado, decretarán la ley marcial. En segundo lugar, la bolsa caerá. Tengo vendedores al descubierto esperando.

—La ley marcial y la caída de la economía son una buena oportunidad para ti —dije de forma sarcástica.

—No te enfades porque tenga un plan, Jamie —dijo Sanders—. Es evidente que es más de lo que tenías. ¿De verdad creías que podrías enviar a Bella de vuelta con solo juguetear con mi ordenador?

—Tal vez —contesté, y me percaté de lo ridículo que sonaba.

Sanders se llevó una mano a la camisa y sacó algo pequeño enganchado a una cadena.

—Una llave USB de seguridad, amigo mío. Los condensadores no se descargan sin que esté físicamente conectado al ordenador. Venga ya, es seguridad básica de director general.

—¿Por qué tu perímetro sigue activo, entonces? —preguntó Niamh.

—¿Perímetro? —Sanders parecía confuso.

—Disculpa, tu portal transdimensional —espetó Niamh, asqueado.

—Es un buen nombre —dijo Sanders—. Se me ocurrió

a mí.

—Tío, es del maldito *Doom* —dijo Kahurangi.

—Tienes un historial de robar términos de los clásicos de la ciencia ficción —puntualicé.

—No tengo ni idea de qué estáis hablando ninguno de los dos —dijo Sanders—. Con respecto a tu pregunta, doctore Healy, sigue activo porque es un seguro. Si Bella se volviera revoltosa antes de que algo nos indique que va a estallar, la enviaríamos de vuelta. No lo necesitamos ahora. De hecho, cuando acabe aquí, lo apagaré y abandonaré a Bella aquí.

—¿Cómo funciona de todas formas? —presionó Niamh. La sesión era para sonsacarnos respuestas, pero Sanders era un pedazo de mierda egocéntrico al que le gustaba hablar. El plan que todos habíamos decidido sin hablarlo por adelantado era hacer que siguiera con su monólogo.

—¿Te gusta? —le preguntó Sanders a Niamh.

—Quiero entenderlo.

Sanders consultó su reloj con disimulo.

—Para lo que te va a servir considerando el tiempo que te queda.

—Quiero saber cómo se te ocurrió, cómo hiciste el prototipo y lo tuviste listo para esto —Niamh gesticuló con la cabeza con la cabeza para abarcarlo todo—… en un par de semanas. Y por «tú» me refiero a los científicos que tengas contratados, porque es evidente que tú eres incapaz de hacerlo.

—Au —dijo Sanders—. Tengo una carrera de ingeniería.

—Tienes una licenciatura de la universidad en la que venías de una tradición académica —dije—. Tu familia podría hacer una donación al edificio y permitirte patinar por todas partes.

Sanders entrecerró los ojos.

—Podría daros de comer a los parásitos ahora mismo si quisiera.

—Entonces no conseguirías las respuestas a tus preguntas —dijo Aparna.

—¡No las estoy consiguiendo ahora! —exclamó Sanders —. Supongo que me habéis hecho hablar sin parar para conseguir más tiempo. Sí, sé lo que es. He visto *Los increíbles*.

—El portal transdimensional —continuó Niamh—. Haz un monólogo sobre ello, por favor.

—Obviamente, lo tenemos desde hace tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde los sesenta, si insistes. —Sanders se volvió hacia mí—. ¿Recuerdas el drama en la base Tjeanaka? ¿Dónde tu gerente trató de hacerme un sermón sobre cómo mi familia se vio involucrada en la desaparición de la antigua versión de Tanaka? Tenía más razón de lo que creía. Ese kaiju no estaba cerca de la base por casualidad. Lo atrajimos.

—Así que ya habíais matado a miembros de la SPK antes —dije.

—No sabíamos que el kaiju tenía un reactor defectuoso —reconoció Sanders—. No se nos puede culpar por ello.

—No, solo por llevar un kaiju a un lugar en el que podría matar a docenas de personas.

—Si te parece —dijo Sanders, que lo admitió porque parecía que no le importaba demasiado—. Estábamos intentando acceder a una versión anterior del portal, que se alimentaba como este, con los GTR de nuestra empresa. —Sanders señaló el contenedor del generador con un pulgar —. Ese es un prototipo generador de polonio 210. Saca una inmensa cantidad de energía a gran velocidad. Es perfecto para este caso, aunque el combustible no dura demasiado.

—¿Lo has intentado antes? —dijo Aparna.

—No funcionó —contestó Sanders—. Podríamos provocar una rotura en la pared dimensional, pero no fue lo bastante potente para que nada la atravesara. Necesitábamos un debilitamiento residual, y jamás lo íbamos a conseguir. Hasta ahora. Que el primer kaiju estallara y debilitara la barrera y que Bella decidiera sentarse en el límite del cráter y su cuerpo cuente con un reactor para debilitarla… —Sanders se besó las puntas de

los dedos como un chef—… ha sido perfecto. Mi familia lleva generaciones esperando este momento. —Hizo un gesto a su alrededor—. Hace años que lo tenemos preparado. Actualizamos los componentes de vez en cuando, por supuesto, pero estamos preparados.

—Sí, vale, ¿pero por qué? —preguntó Kahurangi—. ¿Qué tiene de bueno traer un kaiju aquí? No puedes controlarlos. Tampoco puedes aprovechar su energía. No pueden sobrevivir aquí más de unos días. ¿Qué sentido tiene?

Sanders sonrió.

—Doctor Lautagata, de todas las personas, creí que usted lo entendería.

—No lo hago.

—Entonces, permita que le ayude. ¿Cuál es su mochila? —Kahurangi señaló su mochila, Sanders rebuscó en ella y sacó el espray—. ¿Qué es esto?

—Feromonas de kaiju.

—Que utilizáis para mantener a los parásitos alejados.

—Sobre todo.

Sanders gesticuló hacia los cuatro.

—Y ese es el motivo por el que los cuatro oléis a pantalones de gimnasio fermentados.

—Sí.

—Así que estás menos interesado en el kaiju que en lo que puedes sacar de él —dijo Sanders. Olió la boquilla de la botella, puso una mueca, lo dejó en el suelo y siguió rebuscando por la mochila de Kahurangi—. Para ti, el kaiju no es el kaiju. Es un montón de compuestos, olores y feromonas con los que puedes jugar para obtener lo que deseas. —Sacó lo que parecía un control remoto, lo miró desconcertado y lo soltó—. Yo soy igual. Pero esto no va de olores y feromonas.

—Quiere el reactor —dijo Aparna de pronto.

Sanders le sonrió.

—La doctora Chowdhury es sin duda la más inteligente de los cuatro. Sí. Mi familia ha estado metida en el negocio de la creación de energía nuclear y sus derivados desde las

Segunda Guerra Mundial. Imagina la ventaja competitiva que obtendríamos si en lugar de construir reactores nucleares viables, pudiéramos simplemente cultivarlos. Seguro. Efectivo. Ecológico. Las energías eólica y solar solo nos llevarás más allá.

No me importa el kaiju de una manera u otra. Solo quiero saber cómo sus cuerpos forman los reactores.

Me miró.

—Aunque ya deberías haberte dado cuenta. Me pillaste intentando sacar información genética de los kaiju.

—No sabía que esto era el plan B —dije.

—Me alegro de que no lo descubrieras —añadió Sanders—. Pero eso plantea la cuestión de cómo descubriste que estábamos aquí. Cuando mi gente entró, lo primero que hicieron fue echar abajo el aerostato.

—Y el helicóptero —añadí.

—No esperábamos encontrar el helicóptero —admitió Sanders—. Ni a su personal. Creímos que con el aerostato y los equipos sería suficiente. Incluso con el helicóptero derribado, deberíais haber pensado que era Bella quien atacaba, no nosotros. ¿Qué pasó?

—Fuisteis descuidados —dijo Niamh.

—Es evidente, pero cómo, es lo que estoy preguntando.

—Recuerdas a Tom Stevens —añadí.

—El tipo que dijo que fuimos juntos a Dartmouth.

—Ese. Tu gente lo asesinó.

—Esa será una nota incómoda en la revista de exalumnos, pero continúa.

—Antes de que ocurriera, escondió una cámara —continué—. Pillamos a tu gente. Vimos vuestro perímetro.

—Portal transdimensional —corrigió Sanders.

Lo ignoré.

—Y sabemos que no fue un accidente o el resultado de un ataque de kaiju. Lo sabemos. Nuestra gente lo sabe. Y en cuanto el portal de la base Honda vuelva a funcionar, la gente en este lado también lo sabrá.

Sanders miró a uno de los hombres que nos apuntaba con las armas, el que había preguntado cuál de los dos

había golpeado a Dave.

—Dijiste que el sitio estaba limpio.

—Pensé que lo estaba —respondió el hombre. Ahora que lo sabía, la voz coincidía con lo que recordaba del vídeo de Tom.

—Bueno, es obvio que no lo estaba —espetó Sanders—. Esto complica las cosas.

—No hay nada que vincule esto con usted o su empresa —dijo el hombre—. No tenemos prendas de ropa identificativas. El portal no tiene marcas. No pueden saberlo.

—Excepto que ya has hecho esto antes —dije—. Tu empresa, quiero decir. Al final, la SPK se dará cuenta.

—No, no lo harán —contestó Sanders, casi distraído—. Nunca les informamos de lo que estábamos haciendo. Era algo entre nosotros y el Departamento de Energía.

—Entonces lo sabrán —dije.

Sanders me sonrió.

—Sabes quién manda en los Estados Unidos ahora mismo, ¿verdad? ¿Crees que les importará? ¿Sobre todo si les doy una excusa para declarar la ley marcial y arruinar las elecciones? Amigo, me darán la Medalla Presidencial de la Libertad por esta mierda.

Apreté los dientes.

—Odio que tengas razón —dije.

—Lo sé —dijo Sanders, con tono tranquilo—. Pero no creo que llegue tan lejos. Con pruebas o sin ellas, nos aseguraremos de que no se vuelva en nuestra contra—. Se volvió hacia Aparna—. Hemos pasado las últimas horas extrayendo material genético de los óvulos de Bella —prosiguió—. Y nos hemos llevado algunos de los huevos para criarlos en un entorno controlado. Observaremos a los jóvenes kaiju mientras se desarrollan.

—Pero eso no te ayudará —dijo Aparna.

—Ya lo sé —contestó Sanders—. Lo sé porque me explicaste que necesitaban parásitos para crecer y también por la propia investigación de nuestra empresa. Razón de más para traer a Bella. También hemos estado cosechando

sus parásitos, tanto por su genética como por los seres en sí.

—¿Y no se han comido a nadie? —preguntó Niamh.

—Algunos lo han intentado, pero cuanto más frío hace y más ligero es el aire, menos activos se vuelven —dijo Sanders—. La mayoría se han aferrado al calor de Bella.

—Lo que hace que tu amenaza de ofrecernos como alimento para ellos sea menos aterradora.

—Bueno, os entregaremos a ellos directamente, eso ayudará. —Sanders comprobó su reloj de nuevo—. Y pronto, porque solo quedan un par de horas hasta que Bella estalle, según nuestra estimación.

—Los canadienses ya tienen que saber que estáis aquí —dijo Kahurangi.

—Por supuesto que lo saben; nos dieron permisos —añadió Sanders—. Creen que estamos practicando radiointerferometría. Hace una semana les dijimos que esta noche podrían ver alguna luz intensa procedente de la zona como parte de nuestro trabajo, así que lo están esperando.

—¿Y el maldito kaiju masivo? —preguntó Niamh.

—Tenemos permiso para construir estructuras siempre que no alteremos el lugar para siempre. Por lo que saben, Bella es una estructura.

—Nadie se lo creerá —dijo Aparna.

—Puede que no lo hicieran si estuviéramos en el centro de Montreal, pero estamos a sesenta millas de la ciudad más cercana, en Labrador, en medio de una pandemia. Ni siquiera nos encontramos en ninguna ruta de vuelo. No creo que entiendas lo increíblemente perfecto que este lugar es para algo como esto.

—Sin embargo, estás planeando alterar el lugar para siempre —dije—. Una explosión nuclear lo hará.

—Bueno, eso es cierto —reconoció Sanders—. Pero creerán que estallamos con ella. Aunque, de hecho, un helicóptero de carga viene a llevarse nuestro contenedor de laboratorio, a mi tripulación y a mí. Estará al caer. Habéis llegado justo cuando estábamos terminando. —Sanders se dio una palmada en los muslos y se levantó—. Así que, vamos allá y acabemos con esto, ¿de acuerdo?

—¿No quieres hacernos más preguntas? —pregunté.

—En realidad, no —respondió Sanders—. Creía que sí. Pero sé cómo habéis llegado, sé que nadie sabe que estáis aquí y sé que tampoco se sabe que la empresa de mi familia o yo estamos detrás de esto. Vosotros vais a morir y acabaréis vaporizados. ¿Qué más necesito saber?

—Tenemos más preguntas —dijo Aparna.

—Seguro que sí, pero en realidad esto no funciona así. Aun así, espero que hayáis disfrutado del monólogo.

—Lo hemos hecho —dijo Kahurangi—. Y también lo hará la sede de SPK.

Sanders hizo una pausa.

—¿Cómo?

Kahurangi señaló con la cabeza el objeto con aspecto de mando a distancia que había en el suelo.

—Eso ha estado grabando todo el tiempo y ha enviado lo que has dicho a un dispositivo que escondí en Bella. De momento está allí oculto. Está en un interruptor de presencia. Si no pulso ese botón —señaló un botón rojo en el mando— al menos una vez cada hora, lo enviará todo.

—Es una bonita amenaza en una zona donde no hay cobertura —contestó Sanders.

—Tenéis una red wifiinstalada —señalé.

—Es local —dijo—. ¿Y cómo lo sabes?

—Porque utilicé el teléfono de Dave para descargar tus archivos compartidos, y los subí al mismo dispositivo.

—Que no tiene conexión —recordó Sanders—. Te estás tirando un farol.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Niamh—. Se llaman satélites, imbécil. Tu amigo Elon acaba de poner unos cuantos miles de ellos.

—No somos amigos —dijo Sanders, —a la defensiva.

—En realidad, este funciona con los satélites Iridium —comentó Kahurangi—. Son viejos y lentos, pero son fiables. Y lo recibirán todo en —consultó el reloj— cinco minutos.

Sanders se agachó y tomo el mando.

—¿Este botón? —preguntó, y señaló el disco rojo del mando. Lo pulsó—. Malos monólogos —le dijo a Kahurangi

—. Has revelado tu secreto demasiado tarde.

Kahurangi sonrió.

—No creerás que funcionará sin mi huella digital, ¿verdad?

Sanders frunció el ceño y miró el mando.

—¿Qué?

—Es un sistema de seguridad básico —siguió Kahurangi.

Sanders le tendió el mando.

—Púlsalo —dijo.

—¿O qué? —dijo Niamh—. ¿Vas a matarlo? Amigo, ya has jugado esa carta.

Sanders se volvió hacia Niamh.

—¿Qué tal si hago que te disparen en las tripas para que te oiga gritar de agonía hasta que apriete el botón?

—Vaya, eso es duro —comentó Niamh—. Además, que te den.

—Como quieras. —Sanders miró a su secuaz principal —. ¿Me harías el favor?

—Oye, oye —dijo Kahurangi—. Nadie va a disparar a las tripas de nadie. Dame el mando. —Extendió la mano y Sanders le dio el mando.

Kahurangi nos miró a todos.

—Entonces, supongo que esto es todo —dijo.

—Supongo que sí —respondí.

—Solo quiero decir que, no importa lo que pase, me alegro de haberos conocido a cada uno de vosotros —dijo Kahurangi, que miró a Sanders—. A ti no —aclaró—. Tú puedes morir en un incendio. Pero tú, Jamie. Tú, Aparna. Tú, Niamh. Me alegro de nuestra amistad.

—Me alegro por la tuya —dijo Aparna.

—Yo también —coincidí.

—No esperaba salir con gente tan cursi —dijo Niamh —. Pero sí. Sois los mejores. —Miraron a Sanders—. De nuevo, tú no. Tú eres lo peor.

—El peor, sin duda —coincidió Aparna.

—El peor monstruo de la historia —dije.

—Todavía puedo hacer que te disparen en las tripas —

amenazó Sanders—. Como a todos los demás.

—Oh, claro —replicó Kahurangi, que apretó el botón y le devolvió el mando a Sanders—. Por cierto, he mentido.

—¿Cómo?

—Ha mentido —añadí—. Y yo también.

—Todos hemos mentido —dijo Aparna.

—No sobre gustarnos —le comentó Niamh a Sanders—. Lo hacemos. Y tampoco sobre que eres un gilipollas. Lo eres.

—He mentido sobre lo que hace ese mando a distancia —admitió Kahurangi—. Uno, no graba nada; es solo un mando a distancia.

—Dos, no controla una caja que envía datos a un satélite —añadió Aparna.

—No, también he mentido al decir eso —coincidió Kahurangi.

—Tres, no es un interruptor de presencia —dije—. Cuando has apretado el botón, lo has activado.

—¿Activar el qué? —preguntó Sanders.

Oímos gritos y alaridos desde la dirección de Bella.

—Has dicho que los parásitos son perezosos aquí y se aferran a Bella —dijo Kahurangi—. He colocado una bomba de feromonas que debería despertarlos enseguida.

A nuestro alrededor, el ligero aroma a naranjas y cítricos atravesaba los olores de los pinos y la tierra.

—¿Qué quieres decir con que los has despertado? —preguntó Sanders.

—Una vez te dije que las feromonas no son un lenguaje perfecto —dijo Kahurangi—. Y es cierto. Esta feromona, sin embargo, es lo más parecido a decir una cosa en voz alta. Y lo que dice es: «Nos están atacando. Matad a todo lo que se mueva». Lo acabas de activar y les estamos dando tiempo para que nos alcancen.

—Mierda —dijo el hombre de Sanders.

Giré la cabeza para ver una avalancha de parásitos que se había desprendido de Bella y algunos de los cuales galopaban ahora hacia nosotros.

Miré a Sanders, que los veía venir con la boca abierta.

Me levanté de un salto, agarré a Sanders y le arranqué la llave USB del cuello.

Me volví hacia mis amigos.

—Corred —dije.

CAPÍTULO 27

Nos dispersamos mientras los parásitos nos alcanzaban.

Los hombres que nos habían apuntado con sus armas se habían olvidado de que existíamos. No éramos las temibles criaturas alienígenas que corrían hacia ellos a toda velocidad. Solo éramos unas personas, desarmadas además, y no íbamos a hacerles nada. Los hombres se dieron la vuelta y comenzaron a disparar sus rifles contra los parásitos.

Resulta que Riddu Tagaq tenía razón: es difícil darle a un parásito que se mueve rápido con una bala diminuta.

Dos de los hombres cayeron casi de inmediato entre gritos y sin dejar de pelear. Los demás hicieron lo mismo que nosotros y echaron a correr.

Miré hacia atrás, vi a Rob Sanders estremecerse y luego mirar a su alrededor.

«¿Qué está buscando?», me pregunté.

Me vio y comenzó a perseguirme solo para detenerse a coger la escopeta que Kahurangi había traído.

«Ah, claro, tengo su llave», pensé.

Entonces volví a correr hacia Bella, hacia aquello de lo que huían todos los demás.

Mientras avanzaba, los parásitos galopaban a mi alrededor y pasaban por delante de mí. Seguía oliendo a la feromona «Soy un kaiju» y esperaba que mis amigos también.

Vi cómo la gente de Sanders corría, esquivaba y gritaba al tiempo que la avalancha de parásitos los perseguía. En mi visión periférica, vi cómo un parásito se abalanzaba sobre un humano y lo hacía caer al suelo antes que otros parásitos se abalanzaran sobre él. Dejé de prestar atención a lo que le ocurría después de eso.

Miré a Bella, que eligió ese momento para hacer algo que no esperaba.

Se movió.

Su cuerpo, que había permanecido inmóvil salvo para expulsar gritos nucleares, se estremeció y se sacudió. Los parásitos que aún no habían bajado de ella salían a toda prisa en oleadas, pues sus hogares se habían visto perturbados por el movimiento de Bella.

Kahurangi nos lo había explicado antes. Mientras nos dirigíamos al generador nos explicó a Aparna y a mí que colocáramos las bombas de feromonas donde Bella tomaba aire. La kaiju las absorbería y estas irían a cada parte de su cuerpo. Sus parásitos reaccionarían primero, pero al final ella también lo notaría.

—¿Y entonces qué? —pregunté.

—Apártate de su camino —había dicho él.

Corrí más rápido hacia Bella.

Sentí el impacto de los perdigones antes de oír el chasquido de la escopeta, que me acribilló la espalda y la cabeza.

Sanders estaba demasiado lejos para que el disparo me causara daño, pero escocía como un demonio e interrumpió mi ritmo. Tropecé y caí al suelo, lo que le dio tiempo a Sanders a cerrar la distancia entre nosotros.

—Devuélveme la lla... —fue lo máximo que consiguió decir antes de escupir el pedazo de tierra que le lancé directamente a la cara. Había una pequeña roca cerca; la cogí y se la tiré. Maldijo cuando le golpeó en la barbilla, y se llevó la mano a la pequeña herida.

—¿En serio? —Le oí decir, incrédulo, pero me perdí lo que vino después porque volví a salir corriendo.

Mientras corría, me di cuenta de que me había lesionado el tobillo izquierdo al caer. Lo notaba caliente y dolorido, y cada paso que daba lo empeoraba.

Alcé la vista y vi que Bella asomaba directamente frente a mí, sin nada más entre ella y yo. También me percaté de algo más.

Me estaba mirando directamente a mí.

Aquellos ojos grandes, brillantes y sobrenaturales habían girado sobre su cabeza y ahora miraban atentamente hacia abajo, donde estaba yo.

Me quedé helado, porque supongo que eso es lo que se hace cuando uno se convierte en la presa.

—Me queda un disparo más, Jamie —dijo Sanders, que venía detrás de mí—. No me hagas usarlo.

Volví a mirarlo.

—Tengo noticias para ti, Rob. Eres el menor de mis problemas ahora mismo. —Señalé hacia arriba y él siguió mi mano para ver que Bella nos observaba a ambos.

—¡Oh, mierda! —dijo.

Estiré el brazo en señal de advertencia.

—No corras.

—¿Por qué narices no?

—De todas formas, no te servirá de nada —seguí.

Los dos miramos a Bella paralizados.

Que había decidido que quería vernos más de cerca.

No sé cómo describir la geometría de una criatura de más de cien metros de altura, que bajó la cabeza hasta estar a la nuestra. Pero sucedió. La cabeza de Bella tenía el tamaño de una casa suburbana grande, y sus ojos se deslizaron hasta que nos encontraron. Había cosas que se movían dentro y alrededor de su cabeza: parásitos que aún no se habían desprendido o se habían movido para atacar.

—Oh, joder —dijo Sanders.

—Cállate —contesté.

Los ojos de Bella se desdoblaron y nos analizó a ambos por separado.

Mientras Bella nos miraba, sentí el calor de sus entrañas, forzado a salir de su cuerpo a través de la red que sus parásitos habían creado para ella. Era casi insoportable, como estar frente a un horno a punto de recalentarse.

También había algo más. Algo en la forma en que Bella se sostenía mientras nos observaba. Parecía...

Agotada. Cansada. Fuera de su elemento.

Triste.

Tal vez estaba leyendo entre líneas porque sabía que la

habían llevado a un lugar al que no pertenecía. Quizá mi cerebro estuviera preparando una falacia patética solo para esperar, contra viento y marea, que esa monstruosa criatura con la cabeza del tamaño de una casa no me comiera o me pisara. O tal vez, solo estaba sufriendo un brote psicótico. Alguna o todas las opciones podían haber sido ciertas en ese momento.

Eso no cambiaba el hecho de que, en ese mismo instante, lo que más deseaba hacer en el mundo era poner una mano sobre Bella y decirle que todo iría bien.

—Pobrecilla —le susurré.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo Sanders detrás de mí. Estaba claro que me había oído.

Me volví hacia él.

—Cállate, Rob —dije—. Tú la trajiste aquí. La arrastraste a un lugar donde lo único que puede hacer es morir. Tú quieres que muera. ¿Y para qué? Para conseguir un proceso bioindustrial que tu empresa familiar y tú podáis monopolizar.

—El mundo necesita energía bionuclear ilimitada...

—Tío, no intentes fingir que lo haces por el mundo —dije—. El mundo te importa una mierda. Este o el suyo. —Señalé a Bella—. Tom Stevens me dijo una vez que parte del trabajo del SPK era mantener a los kaiju a salvo de los humanos. Bromeábamos sobre quiénes eran los verdaderos monstruos. Pero resulta que no es una broma después de todo, ¿verdad?

Sanders le lanzó una mirada nerviosa a Bella, que seguía analizándonos, y luego volvió a mirarme a mí.

—Dame la llave, Jamie, y la enviaré de vuelta —dijo—. Tengo todo lo que quiero o necesito de ella. Dame la llave y activaré el portal. Puede volver. Tú también. Todos podéis regresar.

—¿Qué hay de la parte en la que ibas a darnos de comer a los parásitos? —pregunté.

—Puedo cambiar esa parte del trato.

—O la parte en la que me has disparado con una escopeta.

—He cometido errores.

—Y nos vas a dejar vivir sin más, sabiendo lo que sabemos y que nos preguntarían sobre ello a la vuelta.

—Creo que puedo motivaros lo suficiente para que contéis una historia que nos beneficie a todos.

—Aquí es donde nos ofreces dinero —dije.

—No sólo dinero —añadió Sanders—. Pero el dinero es una parte.

Sonreí.

—Es tentador —respondí—. Hasta que he caído en que ahora mismo estás haciendo una apuesta al estilo Duke contigo mismo sobre si soy lo bastante estúpido como para aceptar tu oferta.

Sanders me devolvió la sonrisa.

—Te has acordado.

—Sí

—¿También recuerdas que todavía tengo una escopeta?

Bella dejó salir una ráfaga de aire supercaliente y nos derribó a los dos. Su cabeza desapareció y subió, y subió y subió al cielo.

Sanders se levantó y me apuntó con la escopeta.

—Jamie Gray —dijo—. Hagamos esto.

Bella gritó, un rayo salió disparado de ella y el mundo se volvió dorado.

Miré hacia arriba; un agujero dimensional se había abierto detrás de Sanders. La niebla se formó a su alrededor y le nubló la vista.

Rodé mientras él apretaba el gatillo. Los perdigones estaban demasiado apretados para darme.

Mientras rodaba y giraba, vi que algo corría hacia mi cara.

Un parásito.

«Las feromonas han desaparecido», pensé.

La criatura saltó sobre mí y alcanzó a Sanders en el pecho.

Este gritó sorprendido y aterrorizado cuando el parásito le hizo caer por el agujero. Lo perdí de vista entre la niebla.

En algún lugar al otro lado de la bruma, Sanders dejó de gritar y empezó a chillar.

Me levanté, comprobé el estado de mi tobillo y miré hacia arriba justo cuando el haz de luz de Bella desapareció. El portal que rodeaba el rayo empezó a cerrarse, y algo entró por él y deshizo la niebla.

Un helicóptero. El Chopper Dos.

—Maldito Martin Satie —dije, y empecé a hacerle gestos y a saltar al tiempo.

Bella divisó el Chopper Dos y lo golpeó. Satie la esquivó y puso distancia entre él y Bella.

La kaiju se levantó despacio y alcanzó su máxima altura.

Se desplegó.

Y entonces empezó a caminar. En mi dirección.

Decidí que me preocuparía por el dolor del tobillo más tarde. Me desvié noventa grados desde la dirección en que Bella iba.

Salió del perímetro de los condensadores con sus primeros pasos.

Con los siguientes, aplastó la mayoría de los contenedores que la gente de Sanders había utilizado como laboratorio.

Con la tercera tanda, un ruido como el de unos motores a reacción empezó a salir de ella.

Bella aleteó, con esas enormes alas, con la esperanza de encontrar cierto agarre en el fino aire de nuestro planeta.

Al final, lo hizo.

Bella estaba en el aire.

Volví a mirar al suelo y vi tres formas que corrían hacia mí: Aparna, Niamh y Kahurangi.

—Amigo, ¿estás bien? —preguntó Kahurangi, que llegó el primero.

—Tengo el tobillo dolorido, pero estoy bien —dije. Aparna y Niamh nos alcanzaron. Les mostré la llave USB de Sanders—. Ya podemos encender el perímetro —dije.

—Eso es genial, pero hay un pequeño problema —comentó Niamh—. Nuestro pájaro ha volado del gallinero.

—Cuanto más tiempo esté en el aire, más difícil será hacerla volver —nos advirtió Aparna.

—Tengo una idea —dije. Me volví hacia Aparna—. ¿Cuánto ha tardado Bella en descargar esta vez?

—Un poco más de veinte minutos —contestó ella.

—¿Cómo afectará que esté volando a esto?

—Está haciendo un gran esfuerzo para volar, por lo que estará gastando mucha energía. Será mucho más corto.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

—Haz una estimación.

—Diez minutos como máximo.

Niamh levantó la vista.

—¿Es ese el puto Chopper Dos? —Satie estaba desciendo hacia donde nos encontrábamos.

Le di la llave USB a Kahurangi.

—Tú y Niamh bajad al generador y prepararos.

Cogió la llave.

—¿Que nos preparemos para qué? —gritó, mientras el Chopper Dos se volvía más ruidoso a nuestro alrededor.

—Para enviar a Bella de vuelta —exclamé—. Vamos a traerla de vuelta.

Kahurangi sonrió.

—Estás loco y te quiero.

Agarró a Niamh, le enseñó la llave y le hizo un gesto hacia el generador. Se pusieron en marcha.

Satie se situó lo bastante bajo para que Aparna y yo nos montáramos, Aparna en la zona del pasajero y yo en el asiento del copiloto.

—Creí que habíamos acordado que ibas a volver —le dije a Satie, una vez que me había abrochado el cinturón y conectado los cascos.

—Decidí que podía esperar a meterme en problemas —contestó Satie—. Y entonces comprendí que cuando nuestra Bella eructaba, creaba un gran agujero. Quise ver cómo era de grande. Y lo descubrí.

—Sabes lo que estamos haciendo ahora, ¿verdad?

—Pensé que nunca lo preguntarías —respondió Satie.

—No he preguntado, todavía.

—Claro que sí, pero te has expresado mal. Vamos a perseguir a nuestra dama. Doctora Chowdhury, tenemos unos diez minutos, ¿verdad?

—Menos que eso en realidad —contestó Aparna.

Satie nos hizo girar con violencia hacia la madrugada para perseguir a Bella.

* * *

—No es muy rápida —observó Satie a medida que nos acercábamos a ella, en dirección noroeste. Se dirigía hacia donde había supuesto: a Goose Bay.

—El aire aquí no le resulta de mucho ayuda —puntualizó Aparna—. Lo compensa con sus sistemas de flujo de aire, pero es posible que hayan comenzado a fallar. Es increíble que pueda volar.

—Estás diciendo que podría caerse en cualquier momento —le dije a Aparna.

—No me sorprendería.

—Eso no es bueno —comentó Satie—. No será capaz de volver andando a donde la necesitamos.

—¿Qué vas a hacer?

—Déjame intentar ser educado primero —dijo Satie. Voló por delante de Bella y, una vez había suficiente distancia entre ellos, viró y se interpuso en su camino.

—¿Acobardarse es educado? —dijo Aparna, alarmada.

—Tan educado como el tiempo nos permite —contestó Satie.

Bella voló directamente hacia el Chopper Dos y se desvió en el último momento para evitarlo. La turbulencia que crearon sus alas y los sistemas de flujo de aire nos sacudieron. Satie nos equilibró y siguió a Bella, que había retomado su camino hacia el noroeste.

—Esto me pasa por ser amable —dijo.

—No vas a hacer lo que creo, ¿verdad? —añadí.

—No sé lo que crees que voy a hacer, pero sí, probablemente —contestó Satie.

Volví a mirar a Aparna.

—Llevas el cinturón, ¿verdad?

—Creía que sí, pero ahora no estoy segura —dijo Aparna.

Asentí con la cabeza.

—Esa es la actitud. —Miré a Satie—. Muy bien, hazlo.

Entre el resplandor de los mandos, vi a Satie sonreír. Comenzó a tomar altura para después iniciar un rápido descenso hacia la cabeza de Bella.

—Oh, no me gusta esto. No me gusta nada —declaró Aparna.

—Sííí —afirmé. Intenté con todas mis fuerzas no hacerme pis encima.

El Chopper Dos chocó con fuerza contra la cabeza de Bella y los patines de aterrizaje la arañaron. En un momento dado, parecía que uno de los patines se había enganchado y que íbamos a salir despedidos hacia delante y morir, pero se soltó, y Bella gritó.

—Eso ha llamado su atención —dije.

—No lo suficiente —contestó Satie, que dejó caer el Chopper Dos directamente delante de la cara de Bella, de modo que el rotor de cola quedó a centímetros de ella.

Por los gritos, me di cuenta de que la kaiju se estaba enfureciendo. Consulté el monitor para ver la vista trasera.

—Dientes —dije enseguida.

—Estoy en ello —contestó Satie, y nos lanzamos de golpe y de una forma muy peligrosa.

Bella nos siguió, decidida a hacernos pagar por haberla molestado.

—Ya no vuela despacio —comenté mientras veía cómo nos pisaba los talones, con un tono de voz que esperaba que no reflejara el pánico que sentía.

—¿Cuánto tiempo más, doctora Chowdhury? —preguntó Satie.

—Está lista —dijo Aparna—. Supongo que en cualquier momento.

Las débiles luces de la zona destrozada empezaban a hacerse visibles.

—Será mejor que tus amigos se preparen —me dijo

Satie.

—Estarán listos —le aseguré—. Esperemos que podamos cronometrar esta cosa.

—Eh, chicos —dijo Aparna—. Mirad el monitor.

Hice lo que me pidió. Bella se estaba acercando a nosotros, con la boca abierta y gritando. Desde su interior, emergía un resplandor.

—Creo que nos quedamos sin tiempo —dije.

—Ya casi —respondió Satie.

—Casi no me sirve ahora mismo —le aseguré.

Salimos de entre los árboles hacia la zona mientras Bella gritaba y descargaba su ráfaga, que salió disparada por encima del Chopper Dos.

Satie se zambulló y voló a lo que me parecieron centímetros del suelo. A nuestro alrededor, el mundo se volvió dorado. Detrás de nosotros, el mundo se oscureció en el monitor mientras la explosión de Bella destrozaba el suelo y lanzaba tierra hacia el cielo.

—Agarraos —dijo Satie. Nos elevó lo suficiente para que el aliento de Bella no impactara contra los condensadores. Un muro de luz, ancho y reluciente voló junto al Chopper Dos. Era precioso, y estaba lo bastante cerca para que casi pudiera alcanzarlo y tocarlo. Me mataría si lo hiciera.

Pasamos al otro lado del perímetro y el rayo se apagó. Frente a nosotros, grandes árboles se acercaban a una velocidad imposible. Aparna y yo gritamos. Satie se detuvo justo a tiempo y luego planeó sobre las copas de los árboles antes de girar el helicóptero.

Bella y sus huevos habían desaparecido.

No solo se habían esfumado.

Era como si nunca hubieran estado allí.

Miré el lugar donde Bella ya no estaba.

—Ha funcionado —dije—. Lo hemos conseguido.

—Mira —dijo Aparna, que señaló a un punto. Kahurangi y Niamh corrían con torpeza hacia el perímetro cargados con las mochilas.

—Buen disparo —les dije, una vez habían montado en

el helicóptero y se habían abrochado los cinturones y puestos los cascos.

—No nos habías dicho que apareceríais justo por encima de las malditas copas de los árboles —dijo Niamh —. Apenas he tenido tiempo de hacerle una señal a Kahurangi. Casi nos lo perdemos.

—Sí, pero no lo habéis hecho.

—¿Cómo has conseguido que te siga? —preguntó Kahurangi.

—La hemos hecho enfadar —contestó Aparna.

Kahurangi asintió.

—Eso suena bien.

—Esperemos que los kaiju no tengan buena memoria —dijo Satie. De lo contrario, la vida será muy incómoda para el Chopper Dos cuando volvamos.

—¿Crees que está a salvo? —le pregunté a Aparna—. Bella, quiero decir. Los intervalos entre sus descargas eran muy breves.

—No lo sé —contestó Aparna—. Creo que sí. Pero no lo sé. De lo que estoy segura es de tiene una oportunidad ahora que está de vuelta donde debe. Aquí no la tenía.

—Hemos hecho nuestro trabajo —dijo Kahurangi—. Hemos preservado un kaiju.

—Tal vez —enmendó Aparna.

—Creo que ahora el tal vez cuenta.

—¿Qué ha pasado con ese imbécil de Sanders? —me preguntó Niamh.

—Lo mismo que a todos los demás aquí —respondí—. Pero al otro lado de la barrera.

* * *

Aterrizamos en la base de las Fuerzas Canadienses de Goose Bay a las cinco de la mañana y con el Chopper Dos echando humo, literalmente. Como nuestra llegada no estaba programada y aparecimos de la nada, sin itinerario, nos recibió un impresionante despliegue de militares canadienses.

—Qué bonito —dijo Niamh mientras observaba la

disposición de los militares—. ¿Cómo son las prisiones militares canadienses? Es para un amigo.

—No vas a ir a la cárcel —dijo Satie.

—¿Qué les vamos a contar? —preguntó Aparna.

Satie la miró de nuevo.

—No vais a decirles nada. Ninguno de vosotros lo hará. Me lo vais a dejar a mí.

—Encantado —dijo Kahurangi—. ¿Pero por qué van a escucharte?

—Por lo que soy —contestó Satie.

—¿Les importa que seas piloto?

—También tiene un doctorado —dije.

—No les importará que sea ninguna de las dos cosas —replicó Satie—. Les interesará saber que soy coronel de la Real Fuerza Aérea Canadiense.

—¿Qué significa para ellos? —pregunté.

—Entre otras cosas, que tengo más rango que el comandante de esta base.

—Mírate —dijo Niamh, con admiración—. Viviendo con los pobres todo este tiempo.

—No es un barrio bajo —dijo Satie—. Enlace oficial canadiense con el SPK. Puedes preguntárselo a MacDonald y Danso cuando vuelvas.

—Entonces, ¿por qué pilotas el Chopper Dos? —pregunté.

—Vuelo el Chopper Dos porque ser un enlace es aburrido —dijo Satie—. Esto es mucho más divertido. Ahora, todos vosotros os quedaréis aquí en silencio. Dejadme hacer lo mío. —Se bajó del helicóptero y fue a hablar con el soldado al mando. Se llevó una mano al bolsillo y sacó su cartera en busca de una tarjeta.

Se la mostró al soldado.

El soldado saludó a Satie.

Lo demás lo imitaron.

CAPÍTULO 28

No tuvimos que ir a una prisión canadiense. Ni a ninguna otra prisión.

Tampoco regresamos directamente a la base Tanaka.

Primero, porque no podíamos; el portal que llevaba a la base Honda seguía cerrado y pasaría un tiempo hasta que volviera a estar en funcionamiento. Satie, o debería decir el coronel Satie, había transmitido la información a la tripulación del *Shobijin,* quienes habían informado a la base, aunque habrían preferido esperar a que el Chopper Dos cruzara la barrera para hacerlo. Tan pronto como cruzó, el *Shobijin* abandonó el lugar.

Esto fue una buena decisión, pues una vez Bella cruzó, le prendió fuego a casi toda la selva que la rodeaba. Durante una semana, no estuvo muy claro si fuera capaz de restaurar su funcionamiento interno y a sus parásitos. Entonces, se volvió a asentar, puso una última nidada de huevos y empolló durante unas semanas más.

Había sobrevivido. Definitivamente, la habíamos preservado.

El segundo motivo porque no regresamos de inmediato fue porque la SPK tenía que investigar el incidente y éramos los testigos principales. Tras haber dejado la base de las Fuerzas Canadienses en Goose Bay, pasamos dos semanas más en el hotel St. John, donde tuvimos reuniones por Zoom con los jefes de la SPK y otros interesados para explicarles lo que había hecho Rob Sanders y por qué, y cómo eso se relacionaba con Tensorial, la empresa de su familia y sus antecesores. Nos respaldó Dave Berg, también conocido como Dave el poco más que un interno, que había sobrevivido por haber estado inconsciente y rociado de feromonas de kaiju. En conjunto, había perdonado a Niamh

por haberle golpeado.

Resultó que la nueva información sobre la destrucción de la primera base Tanaka no pilló por sorpresa a la gente de la SPK. Siempre se había sospechado que la familia Sanders jamás había expresado del todo sus intenciones. La información, sin embargo, sí que sorprendió al portavoz del Departamento de Energía de los Estados Unidos. Es posible que tuviera otras cosas en mente. Acababan de pasar la elecciones sin una explosión nuclear que las estropeara, y era muy probable que este hombre se quedara sin trabajo en cuestión de un par de meses. Parecía dispuesto a permitir que la SPK lidiara con el problema como deseara.

La SPK hizo lo que debía: hizo que el evento no existiera oficialmente.

La misión de traer a Bella a casa se encubrió con una coartada en la que un grupo de científicos estaban poniendo a prueba un nuevo método de radiointerferomentría.

Que fue terriblemente mal.

Y estalló.

Como a veces ocurría con los proyectos de interferometría por radio.

—No es cierto —había protestado Niamh, que era astrofísique. Pero lo desautorizaron.

En cuanto al multimillonario de la tecnología Rob Sanders, que había financiado el proyecto por su pasión por la ciencia y el conocimiento, se asumió que había fallecido a causa de la explosión y que su cuerpo había sido devorado por posiblemente lobos de Labrador antes de que lo encontraran.

—¿Lobos de Labrador? —había preguntado Kahurangi —. ¿Pero eso existe?

—Oh, sí —le había asegurado Aparna.

Aunque no se podía culpar oficialmente a Tensorial por las actividades de Sanders, o de las que involucraban a la SPK a lo largo de los años, con el cambio de gobierno en enero, el Departamento de Justicia anunció que Tensorial y sus actuales y anteriores directores generales, todos

miembros de la familia Sanders, iban a ser investigados por décadas de fraude relacionado con los Departamentos de Energía y de Defensa, entre otros. Sería un proceso largo e incómodo para la empresa.

Qué bueno... ¡Genial!

Mientras estábamos fuera, la base Tanaka había homenajeado a aquellos que había perdido cuando Sanders se llevó a Bella. La tapadera oficial que se les dio a las familias y a los supervivientes se acercaba mucho a la realidad: mientras investigaban a los animales a los que querían proteger, sufrieron una emboscada de cazadores furtivos, que los asesinaron. Las prestaciones que el programa de supervivientes de la SPK ofrecía eran muy generosas y la pérdida y el luto, sinceros.

Nos contaron que todos en la base Tanaka aguantaron la respiración hasta que descubrieron si Aparna, Kahurangi, Niamh, Martin y yo habíamos sobrevivido. Cuando se enteraron, lo celebraron juntos y juraron acabar con nosotros por haberlos preocupado.

No nos asesinaron cuando volvimos. En su lugar, declararon el día como festivos. Pasamos un día entero celebrando, festejando, bebiendo y cantando en el karaoke.

Entonces, volvimos al trabajo. Aparna al laboratorio de biología, Kahurangi al de química, Niamh al de física, Satie… bueno, a corto plazo no haría demasiado porque hacer llegar un helicóptero a la tierra de los kaiju era un proyecto en sí, pero una vez acabado, volvería a volar.

Y yo volví a levantar cosas.

MacDonald me ofreció el puesto de Tom de forma temporal, con la intención de hacerlo permanente. Lo rechacé. No sentía que fuera correcto sustituirlo y, además, ya había obligado a Val a hacer el trabajo de dos personas durante varias semanas. Y, de todas formas, me gustaba mi trabajo. Levantar cosas le sentaba tremendamente bien a mi cerebro.

Así que seguí haciéndolo, sin montar un gran drama, durante el resto de la estancia.

Y, sinceramente, me resultaba extraño. Tras el

dramático inicio de nuestra visita, lo que vino una vez regresamos a Tanaka era anticlimático.

—Tengo la sensación de que todavía puede pasar algo más —dijo Niamh, y todos estuvimos de acuerdo.

Pero no fue así. Hasta un día de marzo en el que esperábamos vestidos con camisas estampadas y bebidas en las manos para darle la bienvenida al equipo Azul a la base y que ellos nos despidieran.

Como era costumbre, dejé un regalo de bienvenida al miembro del equipo Azul que fuera a ocupar mi habitación y también escribí una nota:

Querido desconocido:

Si es tu primera vez aquí, bienvenido. Si es más que tu primera vez, bienvenido de vuelta. Cuando llegué hace seis meses, que ahora me parece una eternidad, me regalaron una planta. Ahora te hago el mismo regalo. Está más grande que cuando la recibí y la he trasplantado. Quizá debas hacer lo mismo antes de dejársela como presente al siguiente.

La planta me la regaló alguien que iba a abandonar este mundo de una vez. Decía que le había llegado la hora de volver al mundo real. Entiendo lo quería decir (este mundo es muy extraño), pero creo que es tan real como el otro. La planta es de verdad. La gente es real. Los vínculos y las amistades que forjamos también lo son. Es surrealista lo real que este mundo es y puede ser.

La planta es tuya, pero volveré. Y cuando lo haga, espero conocerte y comer contigo y que cantemos juntos en el karaoke, y hablamos sobre plantas, y quizá nos hagamos amigos. No puedo esperar a conocerte.

Hasta entonces, pórtate bien con nuestra planta.

Jamie Gray

Aparna, Kahurangi, Niamh y yo nos despedimos en la BMI, que no estaba tan desierta como cuando vinimos. Las gente había comenzado a vacunarse y la gente, tal vez en un alarde de optimismo, había comenzado a viajar de nuevo. Aparna se dirigía a Los Ángeles con su familia. Kahurangi, a Nueva Zelanda y Niamh a Irlanda, donde a

ambos les esperaban un par de semanas de cuarentena antes de volver a ver a sus amigos y familiares.

—No puedo esperar —había dicho Niamh—. Dos semanas de dormir, servicio de habitaciones y gritarles a las noticias. —Todos nos abrazamos y prometimos mantenernos en contacto por el canal de Discord del equipo Gold.

La última persona de la SPK a la que vi antes de marcharme fue Brynn MacDonald, que me saludó y me dijo que estuviera pendiente por si le encontraba una nueva asistente.

—No podemos sustituir a Tom —dijo—. Pero necesito a alguien que haga su trabajo. —Le aseguré que lo haría.

De pronto, estaba de nuevo en casa, en mi horrible apartamento del East Village, que en realidad no era tan malo como recordaba, con Brent y Laertes.

—Te hemos echado de menos —dijo Brent.

—A mí me gustaba el silencio —exclamó Laertes, desde la otra habitación donde estaba jugando a un videojuego.

—¿En algún momento desde que me he ido has salido de esa habitación? —grité de vuelta.

—Se llama cuarentena, Jamie, quizá deberías investigarlo.

—Ha salido de la habitación —me aseguró Brent.

—Hago caca de vez en cuando —añadió Laertes.

—He ignorado eso —dije con sinceridad.

Brent sonrió.

—Bueno, bien —dijo—. Hemos pedido comida tailandesa y llegará pronto. Mientras tanto, te puedo poner al día de lo sucedido en los últimos seis meses.

—¿De verdad quiero saberlo? —pregunté.

Brent me indicó con la mano que más o menos.

Alguien llamó a la puerta.

—Eso ha sido rápido —dijo Brent, que comenzó a levantarse.

Le hice un gesto para que se sentara.

—Yo voy —dije—. Tengo dinero para darle una propina.

—Señala nuestra pobreza, señor bolsas de dinero —gritó Laertes.

—Yo también te quiero —dije, me volví a poner la mascarilla y fui a abrir la puerta.

—Pad thai, sopa tom kha gai y, oh dios mío, es Jamie Gray —dijo la repartidora en la puerta.

La miré más de cerca.

—¿Qanisha Williams? —dije.

—Madre mía, Jamie —dijo ella. Dejó la comida en el suelo y me tendió una mano. Entonces, recordó que aún eran tiempos de infección y retrocedió—. Lo siento mucho. El marzo pasado. Cuando te despidieron. No te lo dije. Debería haberte avisado, pero no lo hice. Tenía miedo. Lo siento tanto.

—No pasa nada —dije—. Sé lo que ocurrió. Lo que Rob Sanders hizo. Esa apuesta de un dólar que te hizo aceptar.

—Me hizo pagarle un dólar —dijo ella—. ¿Te lo puedes creer?

—Puedo —le aseguré.

—¿Sabes algo de Rob?

—Sí.

—Creen que se lo comieron unos lobos —dijo Qanisha —. ¿No es raro?

—Podría haber sido más raro —le sugerí.

—No sé cómo.

—¿Cómo estás, Qanisha? —pregunté.

—Bueno, ya sabes. —Hizo un gesto arriba y abajo—. Así estoy. Después de que Rob vendiera füdmüd, los nuevos dueños echaron a todo el mundo. No querían la empresa ni a la gente, solo querían la lista de usuarios. Y entonces llegó la pandemia, y no había trabajo, y esto era lo único que encontré.

—Lo entiendo —le dije—. He estado en tu piel.

Qanisha sonrió, pero entonces se entristeció.

—No sé, quizá es el karma, ¿no? Yo tenía tanto miedo de perder mi trabajo que permití que Rob te hiciera algo horrible a ti y al resto de la gente. Y entonces perdí mi empleo de todas formas, y aquí estoy… —hizo un gesto

hacia la comida—, entregándote tu pad thai.

—No es el karma —contesté—. Son las malas personas y mala suerte. Le podría haber pasado a cualquiera

—Sí, bueno, esta vez me ha pasado a mí. —Qanisha me sonrió de nuevo—. Bueno, me alegro de verte, Jamie. —Se giró para marcharse.

—Espera —exclamé, y busqué la cartera.

—Oh, nada de propinas —dijo Qanisha—. No puedo aceptar propinas. No de ti. No después de lo que te hice.

—No es una propina —dije, y le tendí una tarjeta de visita.

La tomo y la miró dubitativa.

—¿Qué es esto?

—La organización para la que trabajo tiene una vacante —expliqué—. Creo que encajarías en el puesto a la perfección.

NOTA DEL AUTOR Y AGRADECIMIENTOS

Comencé el año 2020 con la idea de escribir una novela que comenzara en marzo, después de haber vuelto de unas vacaciones con unos amigos. Esta novela, la que estás leyendo, la escribí entre febrero y marzo del 2021.

Así que, ¿qué ocurrió con la novela que iba a escribir en marzo del 2020?

Bueno, quizá no sea sorprendente que lo que le ocurrió fue el 2020.

No creo que sea necesario recordar cómo fue el 2020, pero en el caso de que lo hayas bloqueado en tu memoria, hubo una pandemia, protestas, incendios, elecciones, corrupción, aislamiento y todo fue espantoso. Además, en noviembre y en diciembre estuve enfermo con algo que estoy seguro de que era covid, aunque las pruebas indicaran lo contrario. Lo que sea que fuera, convirtió mi cerebro en pudin y literalmente no podía pensar en nada más complejo que «me gusta el queso» durante un mes.

Se suponía que estaba escribiendo esa novela; un libro que debía ser oscuro, pesado, complejo y muy ambicioso. En otras palabras, no era la novela ideal que escribir en un mundo que se venía abajo a mi alrededor.

Sin embargo, sí que escribí una novela: decenas de miles de palabras que tenían sentido a nivel de frase y párrafo pero no quedaban bien en un capítulos y definitivamente no en una historia completa. Era una novela que exigía concentración y más concentración y resultó que me costó mucho en el 2020.

Pero ¡entonces llegó el 2021! ¡Año nuevo! ¡Nuevo comienzo! Tras mi enfermedad a final de año, tenía la cabeza bastante despejada para conectar unas cosas con otras. Comencé a escribir de nuevo el 4 de enero, cuando redacté unas cuantas centenas de palabras para revisar.

Escribí algunas más al día siguiente y entonces llegó el 6 de enero y, bueno. Las insurrecciones son grandes distracciones. No lo sabía. Aunque no necesitaba saberlo antes. Pero ahora ya lo sé. Eso fue todo en enero en relación con mi escritura.

Al final, dos semanas después de la inauguración del nuevo presidente, y con el antiguo a oculto a salvo en Florida para gritarle a las nubes, lo intenté de nuevo. Escribí tres mil cuatrocientas palabras en un día, buenas palabra que tenían sentido como frases y como parte de una estructura novelística más larga. Era bueno. Yo me sentía bien. Iba bien encaminado con este libro. Acabé de trabajar con ganas de volver a empezar al día siguiente.

Al día siguiente, encendí el ordenador y no encontraba las palabras que había escrito el día anterior.

Por primera vez en años, mi ordenador se había comido mi trabajo. En un mundo que guardaba automáticamente en la nube procesadores de texto y documentos, creí que era básicamente imposible perder un archivo, sobre todo uno que había guardado manualmente, dos puñeteras veces, antes de cerrarlo.

Pero ahí estaba yo, y las tres mil cuatrocientas palabras, buenas palabras que me gustaban, habían desaparecido.

Y fue en ese momento cuando tuve lo que se podría llamar una epifanía: había acabado con esa novela.

No fueron esas tres mil cuatrocientas palabras por sí mismas. Podrías reemplazarlas en un día y seguir adelante. Fue todo lo demás que rodeaba a esta novela en concreto y mi problema para escribir en lo que había sido, a nivel mundial, el peor año de mi vida. Era la novela equivoca en el año inapropiado y, en ese punto ya la odiaba y también odiaba cómo me había hecho sentir durante la mayor parte de un año mientras intentada darle sentido en un mundo que se desmoronaba, y sentí que tenía que un testigo de todo ello.

Necesitaba dejar de escribir esa novela.

Y eso era un problema, porque estaba bajo contrato y

debía entregarla, eeeeem, como ya. También era un inconveniente porque, a lo largo de los años, he desarrollado una reputación de ser bastante fiable, pues si me das una fecha de entrega, la cumpliré. Quizá entregara el manuscrito a las siete de la mañana del último día posible para que se publicara a tiempo, pero seguí estando ahí.

Esta vez, no solo se me pasó el plazo, sino que lo estropeé por completo. El libro que estaba escribiendo estaba programado en el calendario. La cubierta ya se estaba maquetando. Ya se había planificado la campaña de marketing. Y ahí estaba yo, diciendo: «No, he acabado, adiós».

Debo decir que esto fue un momento de crisis existencial profesional. ¿Quién era yo como autor si no era fiable?

En ese momento, me vinieron dos pensamientos a la mente. El primero era la falacia del costo perdido, en la que la gente sigue haciendo cosas hasta cuando deberían parar porque ya han invertido mucho tiempo y esfuerzo en ello y no quieren que se desperdicie. El segundo era una cita del diseñador de videojuegos Shigeru Miyamoto en referencia a los juegos, pero aplicable a muchos ámbitos, incluida la escritura: «Un juego atrasado acaba siendo bueno. Un juego malo será malo para siempre». Para mí esto significa que a veces es mejor detenerse, revaluar y corregir que seguir adelante a la fuerza debido al miedo y a las fechas de entrega. «Fiable» no es una justificación para «malo».

Así que le envié un correo electrónico a mi editor, Patrick Nielsen Hayden, para explicarle por qué no podía seguir escribiendo esa novela. Creo que ha sido el correo profesional más difícil que jamás he enviado hasta la fecha. Le corresponde a Patrick contar su versión de ese correo, pero puedo decir que se mostró comprensivo y empático. El 2020 fue un añazo. La novela se eliminaría del calendario y ya veríamos qué haríamos a partir de ahí.

Y así, ya no tuve que escribir esa novela. Y toda la energía mental, y la ansiedad, que la habían rodeado

durante la mayor parte del año habían desaparecido de golpe y para siempre.

Me sentí aliviado. Y feliz.

Entonces, mi cerebro dijo «Eh, ya no pensamos en ese viejo asunto, ¿verdad? Porque estaba jugueteando con otra idea mientras no mirabas y aquí la tienes kthxbye».

De pronto, me vino a la mente la trama completa y el concepto de *La Sociedad para la Preservación de los Kaiju*.

Y así, literalmente un día después de haberle enviado el correo a mi editor en el que decía «No puedo escribir esta novela estoy lleno de ansiedad y dolor ya no sé cuál es mi oficio», le mandé otro que era al como «eh, mira, no importa, tengo esta nueva idea que está muy bien y la tendrás en marzo».

Escritores. En serio.

Como escritor me siento agradecido por esta novela porque escribirla ha sido reparador. La SPK no es una sinfonía melancólica de una novela, y lo digo sin ánimo de despreciarla. Es una canción pop. Está hecha para que sea ligera y pegadiza, con ganchos de tres minutos y estribillos para que cantes con ellos, acabes y sigas con tu día, espero que con una sonrisa en el rostro. Disfruté mucho escribiéndola y necesitaba pasarlo bien haciéndolo. Todos necesitamos una canción pop de vez en cuando, sobre todo después de un momento de oscuridad.

«¿Y qué pasó con la otra novela?», os preguntaréis. «¿Alguna vez la recuperarás?». Sabéis qué, es posible. La idea es buena y tal vez en un futuro, si mi mente está bien, y el mundo también, la recupere. Se merecía toda mi atención, y no fui capaz de dársela. Cuando pueda, tal vez lo vuelva a intentar. Ya os lo diré.

Entretanto, os doy esta: la novela correcta en el momento adecuado para mí. Me recordó que me gusta escribir historias y compartirlas con todos vosotros. Solo por eso, estoy orgulloso de que exista y de que la tengas entre las manos.

Con ese preámbulo, ha llegado la hora de los agradecimientos.

En primer lugar, y el más evidente, gracias a Patrick, mi editor, sin quien, literalmente, este libro no existiría. Un buen editor no solo se preocupa por las palabras, también por el autor. Apreció que Patrick me vea, me entienda y me animara de la forma adecuada para que volviera a las andadas.

Gracias también al equipo completo de Tor que me ha ayudado con este libro: Molly McGhee, Rachel Bass, los correctores Sara y Chris de ScriptAcuity Studio, Peter Lutjen, Heather Saunders y JeffLaSala.

Quiero hacer un reconocimiento especial a Alexis Saarela, mi publicista en Tor, no por este libro (aunque estoy seguro de que lo hará genial), sino porque mi último libro publicado con Tor, *La última emperox,* salió justo cuando la covid estaba en pleno auge y todas las presentaciones se cancelaron porque el mundo entero estaba en cuarentena. En lo que parecieron unos días, Alexis y el resto de los publicistas de Tor reestructuraron la gira de presentación para que fuera por internet y virtual. Supuso un esfuerzo inmenso, y funcionó. El público de los eventos era genial y el libro se convirtió en un *best seller*. Quiero que tanto ella como su equipo en el departamento de publicidad de Tor sepan lo mucho que aprecio el trabajo que hicieron por mí y el resto de los autores de la editorial en una época tan complicada.

Gracias también a Steve Feldberg y su equipo de Audible por la labor que realizan con las versiones en audio de mis libros. En el Reino Unido, quiero mostrar mis respetos y gratitud a Bella Pagan y Georgia Summers y al equipo completo de Tor en el país.

Y, por supuesto, gracias a mis agentes Ethan Ellenberg, Bibi Lewis y Ezra Ellenberg, que me venden en los Estados Unidos y en el extranjero. Gracias también a Matthew Sugarman y Joel Goetler por su trabajo con las adaptaciones para el cine y la televisión.

Durante el 2020, me resultó complicado escribir por razones que ya he explicado, y en diciembre pensé que, si me aproximaba al tema creativo en paralelo, podría

reiniciar los motores. Así que escribí una idea para una canción de temática navideña titulada «Another Christmas», y llamé a mi amigo y músico, Matthew Ryan, para ver si estaría interesado en colaborar conmigo. Aceptó. El resultado de la canción me levantó la moral en mi época más oscura y me recordó que todavía podía escribir canciones. Se lo agradezco a él y siempre apreciaré nuestra canción.

Y como siempre, gracias a mi familia: a mi hija, Athena, que se está convirtiendo en una escritora maravillosa, y a mi mujer, Kristine. Krissy me vio sufrir mientras intentaba escribir esa novela a principios del 2020 y sé que fue difícil para ella ver que no conseguía hacerla funcionar porque estaba muy preocupada por mí y porque sabía que es algo en lo que soy bueno. Nunca es agradable ver a tu pareja sufrir dificultades con su trabajo.

Pero fue maravillosa y un gran apoyo porque es una esposa fantástica y posiblemente la mejor persona que conozco. Y cuando tiré la otra novela por la borda y comencé a escribir *La SPK,* me animó a lo largo del proceso, leía los capítulos y siempre me pedía el siguiente, que le daba encantado. Ya he dicho más de una vez que ella es el motivo por el que tenéis mis libros. En este caso fue mucho más relevante. De verdad que se lo debo todo.

Gracias una vez más. Me alegra que me estés leyendo.

Para terminar, aquí te dejo un dato curioso: terminé de escribir el libro el día en que los eventos del libro concluyen. No lo planeé, pero es genial que ocurriera.

John Scalzi
20 de marzo del 2021

Nota

1. *N. de la T.:* Pan plano muy fino, parecido a una crep, que forma la base de cualquier comida etíope o de Eritrea.

La Sociedad por la Preservación de los Kaiju

Publicado originalmente con el título *The Kaiju Preservation Society*

© 2022 by John Scalzi © Traducción de Gemma Benavent

Tor® es una marca registrada de Macmillan Publishing Group, LLC.

Fotografías de cubierta de Hanna Vendepää y Shutterstock.com
Diseño de cubierta de Peter Lutjen
Cubierta de TOR® Tom Doherty Associates

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1550-6 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!